LA MULTITUD EN LA HISTORIA. LOS DISTURBIOS POPULARES EN FRANCIA E INGLATERRA 1730-1848

George Rudé

Directores de la colección
Marisa González de Oleaga
y Jesús Izquierdo Martín

Traducción de
Ofelia Castillo

Prólogo de
Miguel Ángel Cabrera

SIGLO XXI

SIGLO XXI España
México
Argentina

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org

Primera edición en español: 1971
Quinta edición revisada: abril de 2009

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Menéndez Pidal, 3 bis. 28036 Madrid
www.sigloxxieditores.com

Primera edición en inglés: John Willey and Sons, Inc., 1964

© George Rudé, 1964

© John Wiley and Sons, Inc.
Título original: *The Crowd in History*

Fotocomposición: Closas-Orcoyen, S. L.

Diseño de cubierta: Saúl Martínez
DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 978-84-323-1342-4
Depósito legal: S. 496-2009

Impresión: Gráficas Varona, S.A.
Polígono «El Montalvo»
37008 Salamanca

Índice

INTRODUCCIÓN A LA COLECCIÓN CLÁSICOS PARA EL SIGLO XXI: **Marisa González de Oleaga y Jesús Izquierdo Martín** 1

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN. GEORGE RUDÉ Y LOS ROSTROS DE LA MULTITUD: **Miguel Ángel Cabrera** 1

PREFACIO 1

INTRODUCCIÓN 5

PARTE PRIMERA

LA MULTITUD EN ACCIÓN 23

1. Las revueltas rurales francesas en el siglo XVIII, 25 —2. La revuelta campesina inglesa en el siglo XVIII, 41. —3. La revuelta urbana en el siglo XVIII, 59. —4. Las disputas laborales en la Inglaterra del siglo XVIII, 79. —5. El ludismo, 95. —6. La revolución francesa:1) La revuelta política, 113. —7. La revolución francesa: 2) Las revueltas del hambre, 129. —8. La revolución francesa: 3) La disputa laboral, 145. —9. Las revueltas «Por la iglesia y el Rey», 161. —10. «El capitán Swing» y «Las hijas de Rebeca», 179. —11. La revolución francesa de 1848, 197. —12. El cartismo, 213

PARTE SEGUNDA

LA MULTITUD PREINDUSTRIAL 229

—13. Caras en la multitud, 231. —14. Motivos y creencias, 255. —15. La pauta de los disturbios y la conducta de las multitudes, 283. —16. El éxito y fracaso de la multitud, 311.

MAPAS 325

ÍNDICE DE MAPAS 345

Introducción a la colección Clásicos para el siglo XXI

Quienes califican como «clásica» una pieza literaria o artística reconocen en ella ciertas características universales —temáticas, estilísticas, retóricas— que deben servir de guía o modelo para la elaboración de nuevas creaciones. La capacidad de una obra clásica para seguir interpelándonos se afianza en la suspensión de sus condiciones históricas de producción y recepción. También el saber occidental se ha construido a partir de un momento clásico, de una Antigüedad grecorromana en la que el tiempo aparece detenido tras la formulación de las supuestas preguntas universales sobre el hombre y el mundo. Es precisamente esta sabiduría sin tiempo la que otorga un aire familiar a las ciencias sociales y las humanidades modernas, a pesar de la enorme proliferación de escuelas y líneas rivales. La historiografía, pese a su diversidad, ha compartido un bagaje caracterizado por la confianza extrema en un supuesto método natural con el que reconstruir el pasado o con el que descubrir supuestas regularidades históricas que revelaran el devenir humano.

Clásicos para el siglo XXI es un conjunto de textos reeditados a partir del fondo bibliográfico de Siglo XXI de España Editores y reunidos con

la idea de familiarizar al lector con las convenciones modernas sobre el pasado y sus maneras de conocerlo. Son piezas clásicas en la medida que circularon como modelos universales que emular, como ejemplos de la «manera apropiada» de investigar lo acontecido y manejar el presente. La colección no aspira sin embargo a recuperarlos como referentes atemporales, sino como marcas historizadas de recreación de lo real. Y es que, a través del diálogo entre viejos autores y nuevos prologuistas, *Clásicos para el siglo XXI* invita a buscar el «tiempo perdido» de unas obras que son iconos de los cambios ontológicos, epistemológicos y metodológicos experimentados durante las últimas décadas en la creación y comunicación del conocimiento histórico.

Marisa González de Oleaga y Jesús Izquierdo Martín

Prólogo a la nueva edición
George Rudé y los rostros de la multitud

No resulta difícil determinar el lugar que *La multitud en la historia*, de George Rudé, ocupa en el desarrollo contemporáneo de los estudios históricos, ni tampoco discernir en qué consiste su principal contribución a la renovación de dichos estudios. *La multitud en la historia* fue una de las primeras obras de historia consagrada plenamente al estudio de las clases populares y de sus movimientos de protesta, un capítulo de la historia humana al que los historiadores apenas habían comenzado a prestar atención. Pero además de expandir en esa dirección el campo temático de la investigación histórica, la obra contribuyó también a delimitar, definir y consolidar el nuevo tema de estudio. Pues Rudé no se limitó a sacar a la luz los movimientos populares de protesta y a mostrar su relevancia histórica, sino que formuló los interrogantes que la indagación histórica debía responder y los problemas de explicación que debía afrontar, definiendo de ese modo un programa de investigación que serviría de guía a muchos otros autores. Por otro lado, *La multitud en la historia* fue una de las obras fundacionales de una nueva perspectiva teórica dentro de la historia social, la denominada *historia desde abajo*. Una perspectiva cuyo propósito era rescatar para el estudio a unos grupos sociales no tomados

en consideración por la historia tradicional (y, en gran medida, tampoco por la historia social), reconstruir sus motivos y experiencias y restituir su papel en la conformación de los procesos históricos.

Aunque Rudé eligió su tema de investigación movido por sus convicciones ideológicas y sus simpatías políticas, éstas no supusieron más que el impulso inicial. Pues inmediatamente situó su investigación en el terreno del análisis histórico y se propuso como objetivo primordial la elaboración de una explicación más satisfactoria del fenómeno. En este punto, Rudé aparece impulsado por la insatisfacción con respecto a dos de las visiones de la multitud y de las protestas populares prevalecientes hasta la fecha. Por un lado, la visión de aquellos autores de orientación conservadora que, como Burke, Taine y Le Bon, concebían a la multitud como una masa compuesta por grupos sociales marginales y desarraigados, guiada por motivos irracionales y orientada por el deseo de pillaje. Por otro lado, la visión de autores como Michelet, que presenta a la multitud de manera idealizada, como el *pueblo* movido por ideales puros. Rudé confiesa sentir mayor simpatía por esta segunda visión, pero considera que las dos son igualmente insatisfactorias, pues ambas constituyen visiones estereotipadas, abstractas y carentes de base histórica, en las que la multitud carece de cara y de identidad. Además, ambas son visiones elaboradas desde arriba, desde la perspectiva de la alta política y a través de las fuentes generadas por ésta y, por tanto, atribuyen rasgos y motivaciones a la multitud desde fuera. Para subsanar estas deficiencias, Rudé propugna la realización de una investigación histórica que permita elaborar una visión más adecuada de la composición, los móviles y los objetivos de los movimientos de protesta popular. Es decir, se propone restituir la identidad histórica de las capas inferiores de la sociedad y recuperar el universo mental de unas personas anónimas, con el fin de comprender y explicar sus acciones, casi siempre fragmentariamente documentadas. Éste es el propósito que guía la investigación histórica cuyos resultados recoge *La multitud en la historia*.

Bajo el proyecto de Rudé late, asimismo, una segunda insatisfacción, en este caso con respecto a la historia social. Pues aunque ésta se había

ocupado del estudio de los movimientos populares de protesta, su atención apenas había ido más allá de una de sus manifestaciones, el movimiento obrero. De modo que no sólo no se había interesado apenas por otros grupos sociales subordinados, sino que en el caso de la clase obrera había limitado su estudio a las organizaciones creadas por ésta, dejando de lado al resto de la población obrera. Fruto de la misma insatisfacción es la reorientación que experimentó, por esos mismos años, la propia historia del movimiento obrero, que, a través de historiadores como E. P. Thompson, comienza a tomar a los trabajadores, y no sólo a sus organizaciones, como su objeto de estudio.

El propósito de la investigación de Rudé es, pues, realizar una reconstrucción histórica lo más completa y precisa posible de la naturaleza de la multitud y de la protesta popular durante el período preindustrial (siglo XVIII y primera mitad del XIX). Una reconstrucción que permitiera ir más allá de las generalizaciones abstractas, refutar las visiones precedentes, convertir a la multitud en un fenómeno vivo y sentar las bases de una nueva interpretación. Para ello era preciso comenzar por esclarecer todo lo relativo a la composición, las motivaciones y los objetivos de los movimientos de protesta popular. Y a esta tarea se consagró Rudé con verdadera pasión, como da testimonio la primera parte de *La multitud en la historia*. Frente a las visiones estereotipadas y a las interpretaciones psicologistas y conductistas prevalecientes con anterioridad, Rudé reconstruye, de manera detallada, *los rostros de la multitud*. Quiénes eran sus miembros, sus promotores y sus líderes, qué ideas, creencias y motivos le guiaban, cómo actuaba y cuáles eran sus expectativas, aspiraciones y objetivos son las preguntas que se propone responder mediante su investigación. Una vez hecho esto, Rudé pasará, en la segunda parte de la obra, a analizar las consecuencias y la relevancia históricas de las protestas populares y a enunciar algunas conclusiones de carácter teórico.

El deseo de rebatir eficazmente las visiones precedentes de la multitud y de dotar de una sólida base a su interpretación y a sus conclusiones teóricas es lo que lleva a Rudé a poner un especial celo en la búsqueda

de información y a realizar una investigación empírica que sea lo más exhaustiva posible. El resultado fue una reconstrucción minuciosa, detallada y abarrotada de datos, casos y episodios de la multitud preindustrial y de sus acciones de protesta que, en algunos momentos, puede parecer incluso excesiva en su prolijidad. Pero que sirve bien al propósito de presentar de una manera directa a los miembros de la multitud y a su contexto vital. Este afán de minuciosidad empírica acabó convirtiéndose, por lo demás, en un rasgo distintivo del estilo de investigación de Rudé, presente, más allá de *La multitud en la historia*, en gran parte de su obra.

Para llevar a cabo esa tarea de fundamentación empírica y poder, de ese modo, reconstruir con la mayor fidelidad posible los rostros que formaban parte de la multitud, Rudé se sirvió de la información proporcionada por fuentes archivísticas que apenas habían sido utilizadas con anterioridad, pero que contenían preciosos datos sobre la existencia, las inquietudes y la visión del mundo que yacían tras esos rostros. Se trata de fuentes que, como los archivos policiales, judiciales, fiscales y hospitalarios, podían responder a los interrogantes considerados esenciales y permitir identificar y contemplar, aunque fuera parcial y fugazmente, a los hombres y mujeres de carne y hueso que dieron vida a la multitud y a la protesta popular en Francia y Gran Bretaña durante el período preindustrial. Los hombres y mujeres que nutrieron los tres tipos de protesta de que se ocupa primordialmente la obra de Rudé: los motines de subsistencias, las revueltas urbanas y rurales y los conflictos laborales.

La minuciosa indagación empírica llevada a cabo daría como resultado, según Rudé, una serie de hallazgos que obligaban a revisar en profundidad las visiones anteriores de la multitud, en particular la dibujada por los autores de orientación conservadora. El primero de esos hallazgos atañe a su composición. Lo que la investigación muestra es que la mayoría de sus miembros no procedía de la turba de los barrios bajos, sino que eran personas que, aunque de condición humilde, estaban socialmente arraigadas y tenían una ocupación estable, como maestros de

taller, artesanos, asalariados, tenderos y pequeños comerciantes y propietarios rurales. Es decir, el *menu peuple* de las ciudades y la campiña. Los vagabundos y delincuentes tomaron parte, sin duda, en muchas protestas, pero desempeñaron siempre un papel menor o insignificante. Como él dice, la revuelta y el crimen, lejos de ser compañeros inseparables, fueron sólo compinches ocasionales y bastante incómodos.

En cuanto a las motivaciones y objetivos, lo que se observa, según Rudé, es que los participantes en las revueltas poseen un cuerpo coherente de ideas y de aspiraciones propias, que están guiados por nociones culturales profundamente arraigadas y que sus fines tienen que ver con el funcionamiento y la regulación de la vida social. No se trataba, por tanto, de turbas irracionales, movidas por el deseo de participar en el botín, sino de personas de buena reputación que actuaban movidos por creencias y sistemas de valores racionales, que creían que la justicia natural estaba de su parte y que con frecuencia invocaban a la autoridad para legitimar sus acciones. Sus acciones de protesta no eran, tampoco, meras explosiones espontáneas, sino que seguían pautas regulares, se ajustaban a códigos de conducta establecidos y se dirigían contra objetivos específicos. Había ocasiones en que la multitud se desviaba de sus objetivos y se entregaba a la violencia y la destrucción, pero en general las acciones de violencia solían ser selectivas y concentradas. Los ataques se dirigían por lo general contra la propiedad y rara vez contra las personas y se solía hacer una cuidadosa selección de las víctimas y de los bienes contra los que se ejercía la violencia.

Los hallazgos empíricos permiten a Rudé extraer algunas conclusiones sobre la protesta popular preindustrial que tienen un alcance teórico. Una de esas conclusiones es que aunque las protestas tengan su origen inmediato en hechos como la escasez de alimentos, la carestía de precios, la animadversión religiosa o la competencia de las máquinas, son a la vez expresiones de un malestar social más profundo que debe ser tenido en cuenta por la explicación histórica. Además de los motivos inmediatos de descontento, que son los detonantes o desencadenantes de

las revueltas, existen otros motivos subyacentes, que permanecen bajo la superficie, como, por ejemplo, sentimientos arraigados de hostilidad hacia los propietarios ricos. Asimismo, han de tenerse en cuenta los marcos culturales en que se inscriben las protestas, lo que Rudé denomina como «creencias generalizadas» o «mentalidad colectiva». Pues esos marcos culturales contienen concepciones del mundo, principios morales y criterios de legitimidad que dan sentido, orientan y justifican las acciones de la multitud. Nociones culturales como la de inglés nacido libre, el yugo normando o las libertades originales, creencias como la llegada del milenio, la fidelidad a diversos derechos consuetudinarios o concepciones paternalistas del poder real nutren ideológicamente a la multitud y definen sus expectativas y objetivos y a ellos apelan los insurgentes para justificar sus acciones.

Conviene tener en cuenta, además, que en algunos casos los movimientos populares de protesta llegan a adquirir un carácter político. Ello ocurre, según Rudé, cuando los movimientos se ven afectados por una influencia ideológica externa, procedente de otros grupos sociales, como fue el caso, por ejemplo, de los *sans-culottes* durante la Revolución Francesa. A medida que ideas como las de derechos del hombre y soberanía popular fueron asimiladas por los miembros del movimiento, sus luchas y objetivos adquirieron un nuevo contenido y comenzaron a exigir cambios en el sistema político y en la organización de la sociedad. A este respecto, Rudé considera que las clases bajas no pueden llegar a adquirir una conciencia de tipo político por sí mismas, sino sólo como resultado de la influencia ideológica externa. En este punto, suscribe expresamente el postulado leninista de las demandas económicas a las políticas y de que no hay una progresión automática de las ideas sencillas a otras más complejas. Rudé elaborará este postulado teórico, unos años más tarde, en su obra *Ideology and Popular Protest*.

En esta obra sostiene que la ideología popular es una mezcla o fusión de dos elementos, uno inherente y otro derivado. El primero es privativo de las propias clases populares y es el fruto de su experiencia

vital, de la tradición y de la memoria colectiva. El segundo elemento es el cúmulo de ideas, más estructurado, proveniente de otras clases y que le es impuesto a través de la trasmisión y la difusión (como en el caso ya señalado de la ideología liberal). Son estas ideas estructuradas las que hacen que las ideas inherentes se eleven a un nivel mayor de politización y que el movimiento popular pase del nivel de demandas concretas a la exigencia de cambios políticos y sociales. Ambos campos ideológicos, sin embargo, no son compartimentos estancos, sino que entre ellos existe una permanente circulación e interacción de ideas. Por un lado, las clases bajas no son meros receptores pasivos que se limitan a asimilar las ideas recibidas, sino que reelaboran éstas de acuerdo con sus intereses y las utilizan para formular exigencias políticas propias. Por otro lado, muchas de las ideas estructuradas son elaboraciones de ideas inherentes populares previamente existentes.

Desde el punto de vista de la renovación teórica de los estudios históricos, *La multitud en la historia* puede ser considerada como una de las obras fundacionales de la historia desde abajo y, a la vez, una obra pionera en el proceso de transición de la historia social clásica hacia la historia cultural. El propio Rudé se consideraba a sí mismo, expresamente, como un practicante de la historia desde abajo, una modalidad de investigación histórica cuya paternidad él atribuía al historiador francés George Lefebvre, al que tenía por uno de sus maestros. Lefebvre habría sido uno de los primeros historiadores en poner en práctica la historia desde abajo en sus trabajos sobre el campesinado durante la Revolución Francesa, además de refutar la concepción de la multitud de Le Bon. Rudé pretendía, pues, continuar el camino iniciado por Lefebvre.

La historia desde abajo no consistía simplemente en una historia *de los de abajo*, hecha con el propósito de rescatar a las clases bajas del anonimato, incorporarlas a la historia escrita y destacar su papel como participantes activos en la formación de los procesos históricos. Además de eso, era una historia que se proponía analizar y explicar las acciones de

esas clases *desde abajo*, es decir, partiendo de sus creencias, motivaciones y aspiraciones y no conformándose, por tanto, con la interpretación dada por las clases altas y los observadores externos. En suma, que el término historia desde abajo no sólo hace referencia a un tema de estudio, sino también a un enfoque teórico. Como lo primero, es un correctivo a la historia convencional, centrada en las elites, las personas relevantes y las organizaciones sindicales y políticas. Como lo segundo, pretende reconstruir la experiencia de las clases populares con el fin de renovar y refinar la explicación de los procesos históricos. Esta doble condición está presente en la obra de Rudé, que no se limita a hacer la historia de los de abajo, sino que pretende fundamentalmente elaborar una explicación histórica desde abajo.

El propósito de tomar a las experiencias y motivaciones de los actores históricos como punto de partida de la indagación histórica convierte a la historia desde abajo en parte de un movimiento más amplio de reorientación teórica de la historia social (y de los estudios históricos en general) que se inició a comienzos de la década de 1960. Me refiero al movimiento de transición desde la historia social clásica hacia la denominada *historia cultural*, un movimiento que se aceleraría a partir de la década siguiente. Esa transición teórica consistió en una creciente flexibilización de la conexión causal entre las condiciones materiales de vida y la subjetividad y las acciones de las personas y grupos. Sin negar la existencia de dicha conexión causal, los historiadores culturales consideran que ésta no se manifiesta y opera de manera espontánea y automática, sino a través de las disposiciones y los recursos culturales de las personas. Las condiciones de vida determinan la conciencia y la conducta de las personas no por sí mismas, por su mera existencia, sino sólo en la medida en que las personas toman conciencia de ellas y las hacen significativas. Por tanto, la manera en que las personas reaccionan frente a su contexto material depende de la percepción cultural que tengan de él. De lo que se sigue que para explicar la identidad, las ideas y las acciones de esas personas no basta con conocer ese contexto material, sino

que es preciso, además, tomar en consideración su universo cultural (sus creencias, concepciones del mundo, tradiciones...).

La multitud en la historia se inscribe claramente dentro de esta nueva orientación teórica y su autor se atiene a y pone en práctica muchos de los postulados culturalistas. Vista con la perspectiva que nos da el más de medio siglo transcurrido desde su publicación, la obra aparece también como una contribución pionera a la configuración del paradigma de la historia cultural. Rudé se había formado como un historiador marxista, pero, como otros miembros del denominado Grupo de Historiadores del Partido Comunista al que pertenecía, mantenía una actitud bastante abierta hacia la renovación teórica. Por tanto, aunque su premisa teórica de partida es que existe un relación de causalidad entre situación económica y revueltas populares, su investigación le conduce a la conclusión de que dicha relación no es directa, inmediata e inexorable. No sólo en el sentido de que muchas veces las revueltas estallaron en momentos de prosperidad económica, sino en el sentido más general de que las revueltas no eran meras reacciones mecánicas, sino el resultado de múltiples causas y de la intervención de factores culturales. Además del hecho de que la situación política podía imprimir intensidad a las protestas populares, desviarlas de su trayectoria o conferirles nuevos objetivos. Rudé sostiene, por ejemplo, que existe una correlación causal entre fluctuaciones de precios y salarios y protestas, pero a la vez introduce en su explicación otros factores no inmediatamente materiales. Como él dice, los factores materiales son primordiales, pero las propias ideas se convierten en una fuerza material cuando pasan a la «conciencia activa del hombre».

Su convicción de que la acción humana es el resultado de una compleja interacción entre lo social, lo político y lo cultural y que éste último factor es especialmente relevante llevará a Rudé a reflexionar teóricamente sobre el concepto de ideología. En esta empresa, se interesará de manera creciente por la obra de Gramsci, a la que tomará como referencia y punto de apoyo. Lo cual confirma aun más su afinidad con

la historia cultural, pues la obra del autor italiano se convirtió precisamente en una de las referencias teóricas primordiales de los historiadores culturales de filiación marxista, una de cuyas plazas fuertes radica en Gran Bretaña.

La multitud en la historia ha sido objeto, desde su aparición, tanto de debate como de crítica. Los reproches críticos que se le han dirigido han sido múltiples, y van desde aquellos puramente metodológicos a otros que conciernen a su armazón teórica y a sus conclusiones históricas. En cuanto a su tratamiento de la información contenida en las fuentes, se criticó a Rudé que atribuyera demasiado a la ligera un carácter representativo a los detenidos, cuando el perfil de éstos podía no coincidir con el del participante medio o mayoritario de las revueltas. También se ha argüido que su distinción entre multitud pre-industrial e industrial es bastante estática y no tiene en cuenta la existencia de continuidades entre ambos períodos históricos. Según Rudé, la multitud preindustrial estaba compuesta mayoritariamente por artesanos y pequeños propietarios, carecía de organizaciones y liderazgos duraderos, se basaba en visiones culturales provenientes del pasado y sus acciones de protesta adoptaban primordialmente la forma del motín. La multitud industrial, por su parte, está compuesta mayoritariamente de obreros, crea organizaciones permanentes y adopta formas nuevas de acción, como la huelga, la manifestación y el mitin. Sin embargo, se ha reprochado a Rudé que no tuviera en cuenta la pervivencia del primer tipo de multitud durante el período industrial y la consiguiente existencia de continuidades, tanto en la composición como en las formas de protesta. Asimismo, en otros casos, se ha criticado incluso a Rudé que, pese a haberla convertido en objeto relevante de estudio, nunca llegó a definir de manera lo suficientemente precisa y sistemática el concepto de multitud.

Otras voces críticas ha reprochado a Rudé que se ocupara de la multitud exclusivamente cuando protagonizaba acciones de protesta, pero que descuidara el estudio de la multitud como tal, en su desenvolvimiento cotidiano. Esto le habría impedido, por ejemplo, descubrir que

muchas de las acciones y rituales de las protestas populares no hacían más que reproducir pautas de conducta que formaban parte de la vida cotidiana de las clases populares. Finalmente, se ha hecho notar que aunque Rudé dedica un capítulo de su obra evaluar el éxito y el fracaso de las revueltas populares estudiadas, limita su evaluación al impacto inmediato de las mismas y apenas hace alusión a los efectos históricos, más a largo plazo, que dichas revueltas, incluso aunque hubieran fracasado, tuvieron. Movimientos populares como el de los *sans-culottes* y el cartismo, por ejemplo, aunque derrotados, dejaron una huella histórica profunda y duradera, pues contribuyeron de manera directa a la transformación política, social, laboral y legal de Gran Bretaña y Francia y, específicamente, a la democratización del régimen político liberal en ambos países.

Estas críticas –y muchas otras a las que no he hecho mención- no dan cuenta sólo de las debilidades de *La multitud en la historia*, sino también de su enorme poder de inspiración. Pese a esas debilidades, la obra de Rudé ha ejercido una enorme influencia historiográfica y no ha dejado de ser leída, discutida, comentada y hasta imitada por numerosos investigadores. El 1966 E. P. Thompson escribió un breve artículo titulado «La historia desde abajo» en el que ofrecía una amplia nómina de autores y de obras que habían contribuido a la gestación de esta nueva modalidad de historia. En esa nómina, *La multitud en la historia* merece unas pocas líneas y la observación crítica de que algunos de sus capítulos se basan en una investigación deficiente. Sin embargo, de esa larga nómina no pasan de media docena las obras que siguen siendo reeditadas y leídas fuera de los pequeños círculos de especialistas en las materias de que tratan. Entre ellas se encuentra la obra de Rudé. ¿A qué se debe esta vitalidad? Sin duda tiene que ver con algunas de las cualidades ya señaladas, en particular con su condición de obra pionera, que la ha convertido en punto de partida e interlocutor ineludible para cualquiera que se ocupe del mismo objeto de estudio. Además de inaugurar y consolidar un nuevo campo de estudio, puso en marcha un programa de investigación que

ha(n) continuado desarrollándose y dando frutos desde entonces y que los historiadores han tenido que tomar en cuenta, ya fuera para continuarlo, para enmendarlo o para criticarlo. Y no en vano buena parte de la investigación posterior en este campo ha sido abordada y presentada –sea o no críticamente– como parte de la misma empresa iniciada por Rudé. Es esta circunstancia la que ha hecho de ella no sólo una obra canónica dentro del estudio de los movimientos populares de protesta, sino también un hito teórico en la evolución general de los estudios históricos. Pero creo que la razón fundamental de la vitalidad de *La multitud en la historia* se encuentra en que es una obra abierta. Con ello quiero decir que es una obra que invita a la rectificación y la renovación, una obra que permite y casi exige ser continuada, como si no aspirara a ser más que un esbozo inicial que los estudiosos venideros estarían obligados y autorizados a seguir completando. Y es esta circunstancia la que explica que la obra siga rezumando frescura intelectual y que su lectura nos siga resultando historiográficamente estimulante e inspiradora.

Miguel Ángel Cabrera
Doctor en Historia y profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de La Laguna

Bibliografía de George Rudé

The Crowd in the French Revolution (1959). En éste su primer libro, Rudé estudia la composición y el papel de la multitud durante la Revolución Francesa, destacando su importancia como un actor primordial en el desarrollo del proceso revolucionario. La obra analiza la composición y el liderazgo de las multitudes revolucionarias y ofrece una primera reflexión teórica sobre el concepto de multitud que sería aplicado posteriormente en *La multitud en la historia*.

Wilkes and Liberty Wilkes and Liberty: A Social Study of 1763 to 1774 (1962).

The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848 (1964) [*La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848* (1978)].

Revolutionary Europe, 1783-1815 (1964) [*La Europa revolucionaria, 1783-1815* (1974)].

(con E. J. Hobsbawm), *Captain Swing* (1968) [*Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing* (1978)] es un estudio detallado de la revuelta campesina de comienzos de la década de 1830 en contra de la mecanización de la agricultura. La investigación fue realizada desde la perspectiva de la «historia desde abajo» y reconstruye las motivaciones, aspiraciones y expectativas de los protagonistas de la revuelta.

Paris and London in the Eighteenth Century: Studies in Popular Protest (1970) [*Protesta popular y revolución en el siglo XVIII* (1978)] es una recopilación artículos del autor sobre la protesta popular en París y Londres durante el siglo XVIII. Rudé compara los contextos sociales y políticos de ambas ciudades y realiza una estudio «desde abajo» de las clases populares y de sus acciones de protesta.

Hanoverian London, 1714-1808 (1971).

Europe in the Eighteenth Century: Aristocracy and the Bourgeois Challenge (1972) [*Europa en el siglo XVIII: la aristocracia y el desafío burgués* (1978)].

Robespierre: Portrait of a Revolutionary Democrat (1975) es una biografía histórica que atiende tanto a la trayectoria del revolucionario francés como al contexto sociopolítico en que ésta se inscribe. El motivo central de la obra es el análisis y la reflexión sobre el problema de la interacción entre acción individual y condicionamiento social en la historia.

Protest and Punishment: The Story of Social and Political Protesters Transported to Australia, 1788-1868 (1978).

Ideology and Popular Protest (1980) [*Revuelta popular y conciencia de clase* (1981)] contiene una reflexión teórica sobre el concepto de ideología popular. Aunque parte del paradigma marxista clásico, lo reelabora, siguiendo a autores como Gramsci, con el fin de conceder una mayor importancia a los factores culturales en la configuración de la acción humana. La obra incluye también una serie de estudios históricos sobre la protesta popular que abarca desde la Edad Media hasta el siglo XIX.

Criminal and Victim: Crime and Society in Early Nineteenth-Century England (1985).

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA MULTITUD EN LA HISTORIA

Archer, John E., *Social Unrest and Popular Protest in England, 1780-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

Censer, Jack Y Lynn Hunt, «Imaging the French Revolution: Depictions of the French Revolutionary Crowd», *American Historical Review*, 110, 1 (2005), pp. 38-45.

«George Rudé and the anatomy of the crowd», *Labour History Review*, 55, 3 (1990), pp. 27-32.

Friguglietti, James, «Dispersing the Crowd: The Changing Reputation of George Rudé as a Historian of the French Revolution», en Barry Rothaus (ed.), *Proceedings of the Western Society for French History. Volume 28. Selected Papers of the 2000 Annual Meeting*, Greely, Colorado, University Press of Colorado, 2002, pp. 301 y ss.

Harrison, Mark, *Crowds and History: Mass Phenomena in English Towns, 1790–1835*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, esp. cap. 1.

Holton, Robert J., «The Crowd in History: Some Problems of Theory and Method», *Social History*, 3, 2 (1978), pp. 219-233.

Kaye, Harvey J., «George Rudé, historiador social», en George Rudé, *El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, Valencia, Instituto de Historia Social, 2000, pp. 15-77.

Krantz, Frederick (ed.), *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé*, Montreal, Concordia University, 1985.

Lucas, Colin, «The Crowd and Politics between "Ancien Régime" and Revolution in France», *The Journal of Modern History*, 60, 3 (1988), pp. 421–457.

Rogers, Nicholas, *Crowds, Culture, and Politics in Georgian Britain*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, esp. cap. 1.

Shoemaker, Robert B., «The London "Mob" in the Early Eighteenth Century», *The Journal of British Studies*, 26, 3, (1987), pp. 273-30.

Prefacio a la versión castellana

Este libro se editó por primera vez en Nueva York en 1964. Poco tiempo después, mi colega Eric Hobsbawm escribió en la *New York Review of Books* que una de sus virtudes era que pronto estaría pasado de moda. A algunos lectores debe haberles parecido un cumplido algo dudoso; sin embargo, la experiencia de los últimos años ha mostrado que había mucho de verdad en lo que Hobsbawm escribió. El problema general hacia el cual el libro dirigía la atención y el tema que discutía de ningún modo habían desaparecido; en realidad, puede decirse que son aún más pertinentes en la actualidad que cuando apareció esta obra; y este hecho por sí mismo puede justificar una nueva edición en otro idioma, en otro lugar del mundo. Pero es igualmente cierto que el tema del que se ocupa ha adquirido una contextura nueva y más rica en los años transcurridos. Han existido dos razones principales para que esto ocurriera. La primera es que la Historia, incluyendo la de los movimientos sociales y populares, no ha permanecido estática; y el gran encrespamiento de la inquietud estudiantil, racial y nacional que se ha constituido en rasgo de la media década pasada no puede dejar

de suscitar nuevas preguntas, plantear nuevos problemas y significar un desafío a los supuestos basados en la experiencia anterior. El libro, evidentemente, no puede reclamar con respecto a este cuestionamiento una inmunidad mayor que cualquier otro; y bien puede preguntarse (para dar un ejemplo obvio) si a la luz de las formas adquiridas por la rebelión de los negros en Estados Unidos, el movimiento de guerrillas que está germinando y el desafío estudiantil a la autoridad producido en todo el mundo, la distinción que hago entre una multitud «industrial» y una «preindustrial» conserva su validez. En general, como lo he sugerido en un artículo reciente*, creo que la conserva; pero no haré una elaboración del tema en este prefacio introductorio; prefiero dejar a mis lectores que lean lo que tengo que decir y extraigan sus propias conclusiones.

Quizá tenga la misma importancia el hecho de que la década de los años 60 ha presenciado, tanto en Europa como en Estados Unidos, una abundante cosecha de nuevos libros y artículos acerca de los movimientos populares, la historia de la clase obrera y la mano de obra, las rebeliones y revoluciones, muchos de los cuales han ayudado a esclarecer las actividades y manifestaciones de la multitud en la Historia. El estudio de la protesta y la revolución se ha transformado, en realidad, casi en un tema de moda en los cursos universitarios de historia y ciencias sociales y ocupa un gran espacio en los catálogos de los editores. Parte de estas obras han marcado un jalón en el estudio de la historia popular y de la mano de obra: ninguna quizá como el interesante libro de E. P. Thompson: *The Making of the English Working Class*, que apareció poco tiempo antes de que mi propio libro fuera a imprenta y al cual, por lo tanto, no pude referirme en forma tan detallada como me hubiera gustado. Poco después apareció el estudio de A. J. Peacock sobre la sublevación de 1816 en East Anglia al que ha seguido en Estados Unidos una serie de

* En mi capítulo sobre la multitud preindustrial: «The "Pre-Industrial" Crowd», en *Paris and London in the 18th Century* (Collins, Londres, 1970), pp. 17-34.

estudios sobre la revolución y la guerra civil norteamericanas. La obra de David Pinkney sobre la revolución francesa de 1830 y los artículos de Charles Tilly sobre la inquietud de la mano de obra y «preindustrial» en la Francia del siglo XIX; y en Inglaterra aparecieron los estudios adicionales de Hobsbawm sobre los «bandidos» y (en colaboración conmigo) sobre la rebelión de los trabajadores rurales de 1830. Además, como lo he descubierto en una breve visita a México en 1968, en América Latina se está realizando una gran cantidad de trabajos sobre la historia de los movimientos obreros y campesinos, las revoluciones y los movimientos «milenarios». Y en esta nómina queda fuera de toda consideración el volumen creciente de trabajos más estrictamente científico-sociales sobre campos similares, con respecto a los cuales, lamentablemente, no estoy bien informado.

Los historiadores y científicos sociales, por lo tanto, prestan, en la actualidad, una atención mucho mayor a los problemas que plantea mi libro de lo que sucedía aún hace seis años. Esto significa que esta obra ya está «pasada de moda» en el sentido de que, si se hubiera escrito hoy, habría presentado una bibliografía más rica y también, sin duda, habría prestado alguna atención a los nuevos problemas planteados por los historiadores más recientes. Sin embargo, el tema general que discute —la necesidad de estudiar a la multitud en su contexto histórico— es quizás ahora más pertinente de lo que era hace seis años; y espero que esta nueva edición, al menos, estimulará una mayor discusión sobre lo que creo que es un fenómeno histórico importante entre los lectores de América Latina y de España.

Montreal, diciembre de 1970
George Rudé

Introducción

EL TEMA Y SUS PROBLEMAS

Quizá ningún fenómeno histórico haya sido ignorado tan concienzudamente por los historiadores como la muchedumbre. Pocos negarían que la muchedumbre ha desempeñado —con diversos disfraces— un papel significativo en la historia. Sin embargo, durante muchos años ha sido considerada como un tema apto para ser estudiado más bien por los psicólogos o los sociólogos que por los historiadores. Este libro es la tentativa de un historiador por hacer algo para restablecer el equilibrio.

Por supuesto, no tengo intención de ocuparme de la multitud como un todo, y comenzaré por explicar mi tema y definir sus límites. En primer lugar, doy por sentado que la muchedumbre es lo que los sociólogos denominan un grupo de «contacto directo» o «cara a cara»[1] y no un tipo de fenómeno colectivo, tal como una nación, un clan, una casta, un partido político, una comunidad rural, una clase social, el «público» en general o cualquier otra «colectividad demasiado grande para ser reunida». Esto sería evidente si algunos de los autores que se han ocupa-

do del tema (y hay entre ellos nombres eminentes) no hubieran resuelto hacer abarcar a los límites de la muchedumbre horizontes mucho más amplios. Gustave Le Bon, por ejemplo, padre y fundador de la moderna psicología de la muchedumbre, más preocupado por los estados mentales que por los fenómenos físicos, incluye en su muchedumbre no sólo las castas, clanes y clases sino también las «multitudes» electorales, los jurados y las asambleas parlamentarias[2]. Y el Dr. Canetti, un novicio en este campo, discute «la muchedumbre en la historia» (tal es el subtítulo de uno de sus capítulos) en función de los diversos símbolos nacionales que él considera más apropiados para los ingleses, franceses, holandeses, alemanes, judíos e italianos[3].

No obstante, éste sólo puede ser un primer paso en el proceso de delimitación. Cualquier tipo de muchedumbre puede, excepcionalmente, ser considerada como material apropiado para la historia; pero es más probable que se pueda encontrar a la muchedumbre «histórica» entre algunas de las netas categorías de los sociólogos que entre otras. Digo deliberadamente que es «más probable» porque veremos más adelante que un tipo de muchedumbre es susceptible, merced a la intrusión de lo inesperado o de fuerzas exteriores a ella misma, de convertirse en otro. No obstante, podemos en general excluir de nuestras presentes consideraciones a las muchedumbres que se reúnen casualmente, como los turistas, a las reunidas en ocasiones puramente ceremoniales o a las que toman parte en procesiones religiosas o académicas y también a las muchedumbres-«audiencia» (como se las ha denominado) que se reúnen en teatros o salas de conferencias, en partidos de béisbol o corridas de toros o a las que acostumbraban contemplar las ejecuciones en Tyburn Fair o en la Place de Grève en París. Igualmente excluiremos, por lo general, a aquellas muchedumbres más activas o «expresivas» que se reúnen para carnaval, participan en orgías danzantes o en «parrandas» estudiantiles o asisten a sesiones de predicación para escuchar a Billy Graham o al *Father Divine*, tal como escuchaban hace doscientos años a George Whitefield y a los Wesleys. Es más probable que ciertas mul-

titudes de «escape» o de «pánico» (para usar una vez más la jerga de los sociólogos) caigan dentro de nuestro campo: tales manifestaciones han acompañado a veces a las revueltas del hambre y a las corridas de banco, y pueden constituir la materia misma de la historia social. Otros estallidos de histeria de las masas —desde las convulsiones alrededor de la tumba de San Medardo en el París del siglo XVIII o las orgías de autoinmolación de los Antiguos Creyentes de Rusia hasta los más recientes arrebatos provocados por la transmisión «marciana» de Orson Welles— son un material fascinante para el estudioso de la psicología de la muchedumbre, pero sólo pueden tener un interés casual para el historiador. En efecto; en este estudio, nuestra atención se dirigirá principalmente a las manifestaciones políticas y a lo que los sociólogos han denominado la «turba agresiva» o el «estallido hostil»[1], es decir, a actividades tales como huelgas, revueltas, rebeliones, insurrecciones y revoluciones.

Aun así, sin una limitación aún mayor el tema sería demasiado vasto para ser abarcado en un solo volumen. No es de la «muchedumbre en la historia» en general que me propongo ocuparme, sino de la muchedumbre dentro de un período limitado y dentro de un área limitada. Con este propósito, he elegido el período comprendido entre 1730 y 1850, en la historia inglesa y francesa; fuera de su importancia por haberse desarrollado en ellos la gran revolución política en Francia y la revolución industrial en Inglaterra, éstos fueron años de transición, que condujeron a la nueva sociedad «industrial».

Alguien podrá objetar una división tan arbitraria de lo que yo llamo las eras «pre-industrial» e «industrial». En efecto, mi punto de partida es algo arbitrario y la década de 1730 ha sido elegida tanto por conveniencia como por marcar algún súbito cambio en la pauta del desenvolvimiento social y político. Hay, no obstante, una razón más poderosa, al considerar estos dos países, para trazar una línea alrededor de la década de 1840. Por entonces los efectos de las revoluciones tanto industrial como política estaban trasformando (primero en la ciudad y más tarde en las aldeas) las viejas instituciones, desarraigando la antigua sociedad,

cambiando los viejos hábitos y modos de pensar e imponiendo nuevas técnicas. Para nombrar sólo unas pocas innovaciones, las ciudades fabriles, los ferrocarriles, los sindicatos estables, el movimiento obrero, las ideas socialistas, la nueva Ley de Pobres y la fuerza policial en Inglaterra eran pruebas de que una nueva edad no sólo estaba en formación sino que ya había comenzado.

Tales rupturas con el pasado debían por fuerza dejar su marca en la forma y el contenido de las actividades de la muchedumbre, y podemos distinguir tan agudamente (o tan ampliamente) el disturbio popular típico de la nueva sociedad industrial, los disturbios más propensos a la misma manera que podemos distinguir a este último del de épocas anteriores. En la sociedad industrial, los disturbios más propensos a tener significación histórica toman la forma de huelgas y otras disputas laborales o de reuniones públicas masivas y manifestaciones dirigidas por organizaciones políticas. Sus objetivos tienden (aunque de ninguna manera siempre) a estar bien definidos, a tener una finalidad y a ser suficientemente racionales aunque sólo aceptables, en primera instancia, para una de las partes en disputa; y sus participantes tienden, excepto en determinadas comunidades campesinas, a ser trabajadores asalariados u obreros industriales. De la misma manera, la era «pre-industrial» tiene su propio tipo de disturbios cuyos objetivos, conducta, formas de acción y participantes son más o menos peculiares de la época. En nuestro período de transición, la forma típica de protesta social es la revuelta del hambre y no la huelga del futuro o el movimiento milenarista o la *jacquerie* campesina del pasado. Los que participan en disturbios populares son a veces campesinos (como en el pasado) pero más a menudo se trata de una población compuesta de lo que en Inglaterra se denominaba *lower orders* o clases inferiores y en Francia *menu peuple* (o, durante un breve período en la década de 1790, *sans-culottes*). Estos individuos aparecen frecuentemente en bandas errantes, «capitaneadas» o «comandadas» por hombres cuya personalidad, estilo de indumentaria o de habla y momentánea asunción de autoridad, los señalan como dirigentes. Están inflamados tanto por el

recuerdo de derechos consuetudinarios o la nostalgia de pasadas utopías como por aflicciones actuales o por esperanzas de progreso material y administran una ruda pero eficaz «justicia natural» rompiendo vidrios, destruyendo maquinarias, asaltando mercados, quemando efigies de sus enemigos del momento, incendiando parvas de heno y «echando abajo» sus casas, granjas, cercos, molinos o tabernas, pero rara vez cobrándose alguna vida. La revuelta, entonces, es la forma característica y recurrente de la protesta popular que, en ocasiones, se transforma en rebelión o revolución.

Sería ridículo, por supuesto, llevar esta distinción demasiado lejos. Las huelgas eran bastante frecuentes en el siglo XVIII y principios del XIX en Francia e Inglaterra, sobre todo después de 1770 y, en ciertas ocasiones, asumieron formas casi idénticas a las de épocas más recientes. Los londinenses manifestaron y firmaron peticiones en St. George o en Copenhagen Fields y los parisienses en el Campo de Marte o la Place de Grève tal como podrían hacerlo hoy en Trafalgar Square o Downing Street, alrededor de la «Columna de la Bastilla» o en la Place de la Concorde. Las revueltas raciales actuales no difieren de las revueltas religiosas de un período anterior. Los estallidos de histeria de las masas provocados por rumores de platos voladores o de invasores marcianos recuerdan manifestaciones similares del pasado. Las orgías de ciertas sectas protestantes y las grotescas representaciones de los «Holy Rollers» (aunque poco conocidas en la Europa occidental actual) no son de ninguna manera extrañas a la moderna sociedad industrial. Una vez más, en 1914, las panaderías del East End londinense fueron saqueadas y destruidas como podrían haberlo sido en París durante la Revolución; y los míticos rusos «con nieve en las botas» eran entonces una ficción de la imaginación popular, al igual que los temidos «brigantes» del Gran Terror de 1789. Y si necesitamos algún otro ejemplo de que las formas pasadas o «arcaicas» pueden inundar el presente, sólo tenemos que recurrir a los estudios del Dr. Hobsbawm sobre los movimientos de tipo milenario, «populista-legitimista» y «Robin Hood» que existen actual-

mente en el sur de Europa[3]. La superposición de los períodos es, por tanto, considerable y se extiende dentro de campos que interesan tanto al historiador como al sociólogo; sin embargo, en mi opinión, ella no basta para invalidar la distinción general que estoy tratando de establecer.

La «muchedumbre» de la era «industrial» tiene la ventaja de haber sido relativamente bien estudiada por los historiadores (y, más recientemente, por los sociólogos): la historia del trabajo y los movimientos populares de este período han atraído a un grupo de reputados historiadores, desde los Webbs y Cole en Inglaterra hasta Duveau, Sée y Dollèans en Francia. La muchedumbre «pre-industrial» ha sido, en este aspecto, menos afortunada. Hay honrosas excepciones: recuerdo a los Hammonds en Inglaterra y a Jaurès y Lefebvre en Francia. Pero generalmente el tratamiento dado a tales movimientos ha padecido de uno u otro de dos enfoques estereotipados. El primero —el más liberal, humano y «democrático»— ha tomado una de dos formas. La primera de estas formas consiste en leer la historia hacia atrás y adscribir tales actividades, sin mayor investigación, a la «clase obrera»: J. M. Thompson en Inglaterra, Tarlé en la Unión Soviética y Levasseur en Francia, en una forma u otra, lo han hecho. Con mayor frecuencia aún, el autor demuestra su simpatía por los objetivos de un movimiento rotulando a sus participantes «el pueblo». En Francia, el gran protagonista de esta escuela fue Michelet, cuyos generosos impulsos lo llevaron, con bastante simpleza y desafiando toda sutileza sociológica, a ver a *le peuple* como el único agente de la acción revolucionaria. ¿Quién tomó la Bastilla? pregunta Michelet: no los *pauvres ouvriers* de Marat, ni el Saint-Antoine de Dickens sino, menos específicamente aún, «*le peuple, le peuple tout entier*»[4]. La tradición ha subsistido. Similares rótulos aprobatorios han sido colgados por los historiadores liberales a los nacionalistas rebeldes griegos, italianos y españoles del siglo XIX y, si su causa es considerada justa (pero sólo en ese caso), a los «patriotas» y «combatientes por la libertad» de hoy en día.

El otro estereotipo —más de moda entre los escritores conservadores— consiste en aplicar la etiqueta de «turba» o «populacho», sin discriminación a todos los participantes de los disturbios populares. El uso se remonta al siglo XVII cuando menos, pero no intentaremos rastrear sus orígenes. Ciertamente, estaba ya de moda en esta era «pre-industrial» en Francia e Inglaterra, cuando los revoltosos y otros perturbadores de la paz eran generalmente descartados por sus contemporáneos como *banditti*, «desesperados», «turba», «convictos» o *canaille**. Y aun un demócrata revolucionario como Robespierre, aunque apasionadamente dedicado al «pueblo», se inclinaba a considerar a los revoltosos del hambre (como en una famosa ocasión, en febrero de 1793) como agentes de los ingleses o de la aristocracia. Burke, para quien las «clases inferiores» eran una «cochina multitud», no pudo dejar de considerar a las muchedumbres revolucionarias de 1789 como compuestas por los más indeseables elementos sociales. Así, los parisienses que invadieron el castillo real de Versalles en los «días» de Octubre, se convierten en «una banda de crueles rufianes y asesinos, envueltos en un vaho de... sangre»; y el rey y la reina, en su viaje de regreso a la capital, son escoltados por «todas las inenarrables abominaciones de las furias del infierno, en la degradada apariencia de las más viles de las mujeres»[7]. Pero la invectiva de Burke, a pesar de ser muy colorida, es ampliamente sobrepasada por el historiador francés Taine quien, aunque liberal en 1848, había sido agriado por su experiencia de la comuna de París, antes de escribir su historia de la Revolución. Para él, los revolucionarios de 1789 y los captores de la Bastilla constituían la más baja escoria social: «hez de la sociedad», «bandidos», «salvajes» y «pelagatos»; los insurgentes de Octubre eran «vagabundos», «ladrones», «mendigos» y «prostitutas»; y los de Agosto de 1792, que sa-

* Como excepción interesante, véase el discurso de Lord Granville en la Cámara de los Pares, el 10 de febrero de 1737, al comentar los disturbios populares de 1736: «El pueblo no se reúne nunca o casi nunca de manera revoltosa o tumultuosa, a menos que estén oprimidos o imaginen que están oprimidos». *Gentleman's Magazine*, 1737, p. 374. Pero Granville, como Michelet en 1847, estaba en la oposición al gobierno.

caron a Luis XVI del palacio de las Tullerías, eran aventureros sedientos de sangre, «extranjeros», «matones» y «agentes del desorden»[9]. Es cierto que una efusión tan rica de expletivos no ha sido igualada jamás por los historiadores posteriores, pero la tradición iniciada por Burke y Taine ha encontrado sus ecos más recientes en la aplicación a los revoltosos «anticatólicos», jacobinos ingleses, manifestantes políticos, incendiarios rurales, destructores de maquinaria y huelguistas, de etiquetas tan generalizadas como «elementos criminales», «la población de los barrios bajos» o más frecuentemente, sólo «la turba»*. Y la «turba» en cuestión, al no tener ideas o impulsos honorables propios, tiende a ser presentada como el instrumento «pasivo» de agentes exteriores —«demagogos» o «extranjeros»— y como si estuviera impulsada por motivos de pillaje, lucro, robo de bebidas, lujuria o la mera necesidad de satisfacer ciertos escondidos instintos criminales.

Naturalmente, existe una enorme diferencia entre estos dos enfoques —el de Michelet, que ve a la muchedumbre como «el pueblo» y el de Burke y Taine, que la presentan como «populacho»— y yo no oculto mi preferencia por el primero. Sin embargo, en relación con mi exposición, ambos pueden tener un importante elemento común: que los dos son estereotipos y que presentan a la muchedumbre como una descarnada abstracción y no como un conjunto de hombres y mujeres de carne y hueso. En resumen, ambos enfoques reducen a los participantes de las muchedumbres y los movimientos populares a lo que Carlyle llamó una «fórmula lógica muerta» y así, a los fines de nuestro estudio, ellos dan por sentadas, sin examinarlas, las cuestiones más importantes.

Los sociólogos, que han aprendido de Marx y Weber, han actuado, en general, mejor. Esto es escasamente sorprendente, porque la muchedumbre ha constituido a menudo su campo de estudio y, en años recien-

---

* Ni aun los estudiosos serios de los movimientos populares son inmunes a esto. Véase, por ejemplo, J. P. de Castro, *The Gordon Riots*. Londres, 1926 y M. Beloff, *Public Order and Popular Disturbances 1660-1714*, Londres, 1938.

tes, la sociología americana en particular ha realizado un inestimable trabajo sobre comunidades mixtas, minorías raciales y revueltas raciales. Para ellos la muchedumbre no ha sido una mera abstracción generalizada, como lo ha sido a menudo para los historiadores, sino que han tendido más bien a dividida y clasificada según sus objetivos, conducta o creencias subyacentes[9]. Una vez más, su preocupación por las actitudes colectivas de las multitudes constituye una saludable advertencia —hecha a aquellos historiadores liberales para quienes la muchedumbre ha aparecido como un mero conjunto de individuos—, de que a menudo el total no es simplemente la suma de sus partes. Pero los psicólogos de la muchedumbre que hay entre ellos fueron culpables con frecuencia de la creación de sus propios estereotipos. Le Bon admitió que las muchedumbres difieren según la «raza» (la mayoría de las veces parece querer decir nacionalidad) y que una multitud podría ser tanto heroica como cobarde y hasta podría poseer virtudes negadas a la mayoría de los individuos que la componen. Pero se sintió demasiado inclinado a tratar a la muchedumbre en términos *a priori:* como irracional, voluble, y destructiva, como intelectualmente inferior a sus miembros y como tendente a revertir hacia una condición animal[10]. Sus prejuicios lo llevaron a identificar a la «turba» con las clases inferiores de la sociedad y aunque criticó a Taine en algunos aspectos, tomó de él su caprichosa descripción de la muchedumbre revolucionaria francesa que (como afirmó Le Bon) tendía a estar formada por elementos criminales, degenerados y personas con instintos destructivos, que respondían ciegamente a los cantos de sirena de los «líderes» o «demagogos»[11]. Así, a pesar de que debería ser capaz de distinguir entre un tipo y otro, Le Bon arriba a una concepción generalizada de la muchedumbre que, descartando todo desenvolvimiento histórico y social, sería igualmente apropiada para todas las épocas y todos los lugares.

Sería absurdo, por supuesto, sugerir que el estudio de la conducta de la muchedumbre no haya progresado desde que Le Bon escribió sobre ella, hace más de sesenta años y, aunque todavía se lo reverencia por

sus esfuerzos de precursor, muchos de sus prejuicios aristocráticos y de sus ideas raciales han sido descartados por sus sucesores. Aun su insistencia sobre la conducta «irracional» de la muchedumbre (aunque esta idea ha sido desarrollada con mayor amplitud por Freud y Pareto) ha sido cuestionada. Dan Katz se inclinó a identificar a las muchedumbres según la clase y sugirió que se tuvieran en cuenta realidades históricas tan contundentes como el rigor y la persecución al determinar las acciones colectivas de los trabajadores y de los siervos feudales, y Alexander Mintz ha ido aún más lejos al encontrar razón en las acciones de las muchedumbres de «pánico»[12]. Más recientemente, el profesor Smelser dio la espalda aún más firmemente a los antiguos *slogans* y afirmó que las características definitorias de la conducta colectiva debían ser consideradas como sociales y no como psicológicas y enfatizó la importancia, en tales cuestiones, de lo que él llama «creencias generalizadas»[13]. Éstos son indicios promisorios y constituyen, cuando menos, el comienzo del buen criterio. Porque conformarse con clasificar a la muchedumbre —y por cierto a la muchedumbre histórica— según meras pautas de conducta es como clasificar a los dirigentes políticos según sus recursos oratorios, sus preferencias en cuanto a sastres o sus conquistas amorosas. No obstante, uno de los antiguos estereotipos subsiste aún: el psicólogo social, al igual que el historiador, sigue mostrándose reticente a abandonar el antiguo concepto de la muchedumbre como «turba»* con todas sus desdeñosas connotaciones. Es cierto que el psicólogo tiene una excusa mejor que la del historiador, dado que mucho de su material «vivo» vinculado a los linchamientos, locuras colectivas y pánicos, puede condicionarlo para que vea a la humanidad en sus manifestaciones colectivas como voluble, irracional y destructiva. Para su conocimiento del pasado, tiene que confiar en el historiador y si este último encuentra adecuado repetir los antiguos y envejecidos preconceptos de los que se han nutrido en la tra-

* Véase la definición de «turba» de L. L. Bernard como «una forma altamente excitada de la muchedumbre» en la *Encyclopaedia of Social Science*, X, 552.

dición de un Burke o de un Taine, el psicólogo social sólo puede esperar que tales preconceptos le sean devueltos doblemente.

¿Cómo podremos, entonces, huir de estos estereotipos? ¿Y cómo, en particular, proponemos el estudio de la multitud en la era «pre-industrial»? En primer lugar, formulando una serie de preguntas, de las cuales la primera será: ¿Qué pasó realmente, tanto con respecto al hecho mismo como con respecto a sus orígenes y consecuencias? Es decir, que debemos desde el comienzo intentar colocar el hecho en el cual participa la muchedumbre en su adecuado contexto histórico. Sin ello, ¿cómo podemos esperar ir más allá de los estereotipos e indagar la actitud de la muchedumbre, sus objetivos y su conducta? Segundo: ¿qué dimensiones tenía la muchedumbre en cuestión, cómo actuaba, quiénes (si es que los había) eran sus promotores, quiénes la componían y quién la conducía? Tales preguntas son importantes, porque nos ayudarán a determinar no sólo la naturaleza general de la muchedumbre y su conducta sino también sus componentes, al extraer lo que Asa Briggs ha llamado «las caras de la multitud» en función de los individuos y grupos que la componen, sus orígenes sociales, sus edades (a veces) y sus ocupaciones. Tercero: ¿quiénes fueron el blanco o las víctimas de las actividades de la muchedumbre? Esto también es importante, porque puede ayudarnos a iluminar mejor el hecho mismo y decirnos algo acerca de los objetivos sociales y políticos de aquellos que tomaron parte en ella*. Pero, más específicamente, necesitamos también inquirir: ¿cuáles eran los objetivos, motivos e ideas subyacentes de estas actividades? Es aquí donde entran las «creencias generalizadas» del profesor Smelser: sin tal indagación, tendremos que caer nuevamente en las explicaciones puramente «psicológicas» y «behavioristas» de la muchedumbre. Otra pregunta de importancia es: ¿qué eficacia tuvieron las fuerzas de represión o las de la ley y el orden? Es evidente que en las huelgas, revueltas o situacio-

* Para su relevancia en el estudio de las revueltas londinenses de Cordon de 1780 y los disturbios rurales ingleses de 1830, véanse los capítulos 3 y 10.

nes revolucionarias, el éxito o el fracaso de las actividades de la muchedumbre puede depender en gran medida de la lealtad o desafección de los alguaciles, la policía o el ejército. Finalmente: ¿cuáles fueron las secuencias de los hechos y cuál ha sido su significación histórica? y así, habiendo disecado a la muchedumbre y sus componentes, a sus líderes y a sus víctimas, volvemos a la cuestión de la cual partimos: la naturaleza e importancia de un hecho en la historia.

Una cosa es, por supuesto, formular tales preguntas y otra bastante diferente encontrar para ellas respuestas razonablemente adecuadas. El grado en que nuestra curiosidad puede ser satisfecha dependerá tanto del hecho mismo como de que se disponga de información adecuada. Es evidente que no podemos permitirnos negar las fuentes tradicionales, el material corriente de los historiadores: memorias, correspondencia, folletos, periódicos nacionales y provinciales, informes y expedientes parlamentarios, las actas e informes de los gobiernos locales y las organizaciones políticas y los descubrimientos previos de otros historiadores, cronistas y anticuarios. Sin embargo, aun cuando tengamos la paciencia de consultar todos estos documentos ellos no pueden llevarnos demasiado lejos, porque a menudo tenderán a presentar la cuestión exclusivamente desde el punto de vista del gobierno, la oposición política oficial, la aristocracia o la clase media más próspera; en resumen, desde el ángulo de los grupos y clases más elevados que aquellos a los cuales los participantes de la muchedumbre pertenecerán en general. En efecto, rara vez esta información nos dirá mucho acerca de la identidad de los revoltosos o de sus víctimas y notablemente poco (por lo general) acerca del desarrollo más detallado de los hechos o de los motivos o conducta de aquellos que estuvieron más activamente comprometidos en ellos. Infortunadamente, estos participantes rara vez dejan información propia en forma de memorias, folletos o cartas, y para identificarlos —e identificar a sus víctimas— así como también para indagar sus motivos y su conducta, tendremos que confiar en otros materiales. Éstos pueden incluir la policía, la prisión, el hospital y los archivos judiciales; los

papeles y Libros de Asientos del Ministerio del Interior y los expedientes del Fiscal del Tesoro; listas de contribuyentes; padrones electorales; archivos notariales; inventarios; registros parroquiales de nacimientos, muertes y matrimonios; archivos de la asistencia pública; tablas de precios y de salarios; censos; guías locales y listas de miembros de clubes; listas de propietarios, jurados, sacristanes y jueces de paz. La lista no es de ninguna manera exhaustiva; en realidad, al considerar esta clase de historia sería insensato tratar de confeccionar una. Se trata más bien de dar una idea de la clase de documentos en los cuales pueden buscarse ciertas respuestas.

Pero al usarlos, debemos estar preparados para las decepciones. En primer lugar, tales archivos están a menudo alojados en depósitos locales, donde no han sido clasificados ni preservados con el mismo diligente cuidado que en los archivos centrales. Con el transcurso del tiempo, muchos tendieron a desaparecer o a caer víctimas del fuego o la inundación, los disturbios civiles, las acciones enemigas, la ignorancia local, el desacertado celo de los coleccionistas y hasta (en el caso de ciertos expedientes judiciales o de destierro) el deseo de algunos de ocultar un pasado oscuro. En Inglaterra se han conservado pocas peticiones parlamentarias; algunas fueron destruidas en el incendio de la Cámara de los Comunes en 1834. Similarmente, en París, los archivos municipal y de contribuciones hasta 1870 fueron destruidos en gran parte por el fuego, durante las luchas callejeras en la época de la Comuna*; otros, de colecciones francesas provinciales, fueron arrasados durante el transcurso de dos guerras mundiales. Los archivos australianos de destierros (invalorables para el estudio de los movimientos sociales ingleses e irlandeses de comienzos del siglo XIX) no han escapado a la atención de coleccionistas y otras partes interesadas. Los archivos judiciales ingleses son fragmen-

* Un interesante testimonio está constituido por las filas del Impuesto de los Pobres *(taxe des pauvres)* de 1743, discutido por F. Furet en *Structures Sociales parisiennes au XVIIIe siècle. Annales* (Economies-Sociétés-Civilisations), 1961, pp. 939-958.

tarios e incompletos por otra razón, bastante respetable en sí misma pero de frustrantes consecuencias para el investigador. Mientras que el sistema policial francés del siglo XVIII estaba ya altamente desarrollado, el sistema inglés no lo estaba, y mientras Francia había acumulado importantes archivos de los interrogatorios de los prisioneros antes del juicio, el sistema inglés, preocupado por proteger al acusado de la autoacusación, no permitía que se le interrogara, ni siquiera en audiencia pública. Como consecuencia de ello, los archivos ingleses de las sesiones de los tribunales superiores e inferiores y de las cortes consistoriales no tienen un valor comparable, para el investigador de este campo, a aquellos que pueden encontrarse en los archivos franceses nacionales y departamentales.

Pero aun cuando tales archivos estuvieran razonablemente completos, no podrían ayudarnos a identificar todas «las caras de la multitud». Esto sólo puede hacerse en las raras ocasiones en que los nombres y descripciones de todas las personas implicadas aparecen en ciertos registros o listas contemporáneos. Conocemos, por ejemplo, por las listas del Archivo Nacional Francés, los nombres, direcciones y ocupaciones de los ochocientos y tantos ciudadanos que pudieron probar su afirmación de que habían estado activamente comprometidos en el asalto final a la Bastilla. Y si deseamos seguir a Le Bon ampliando el significado de «muchedumbre» más allá de nuestros límites iniciales, podemos saber, según los registros de votantes de 1768 y 1769, los nombres y parroquias de cada uno de los que votaron por el radical John Wilkes en las elecciones de aquel año en Middlesex; y basándonos en los registros del Impuesto a la Tierra y del Impuesto para los Pobres, podemos decir qué propiedades tenía o alquilaba cada uno. Pero estos casos son casi excepcionales. Para identificar a la muchedumbre, por lo general tenemos que complementar lo que podemos saber por los relatos unilaterales de los testigos con muestras de los muertos, heridos o arrestados en los disturbios como las que podemos encontrar en los archivos policiales, hospitalarios y judiciales. Tales muestras deben ser tratadas con precaución, porque a

menudo son demasiado pequeñas para permitirnos extraer conclusiones generales y porque con frecuencia hay pocos indicios que nos digan si los heridos o arrestados eran espectadores curiosos o participantes activos. Además, aun cuando la muestra fuese adecuada, puede quedarnos la duda, como al estudiar los expedientes de los juzgados ingleses, de si el término *laborer* denota a un jornalero, un sirviente doméstico o un pequeño comerciante, o el término *y coman* a un pequeño arrendatario, un pastor o un campesino[14]. O sea que, para decir lo menos, la tarea de identificar «caras» está rodeada de obstáculos y problemas.

Podemos enfrentarnos con problemas aún mayores al tratar de establecer las causas, motivos y actitudes mentales y sociales que subyacen bajo las actividades de la muchedumbre. Pero sin duda esto se tornará evidente, según lo que exponemos en los capítulos siguientes, y por lo tanto no me ocuparé de esos problemas aquí. Quizá se haya dicho ya lo suficiente como para convencer al lector de que, en este campo de investigación, el historiador necesita andar con cautela, buscar las constantes trampas, evitar los juicios apresurados y extraer conclusiones más provisorias que el historiador de los movimientos obreros posteriores y más aún que el moderno investigador de campo cuyos materiales no son elusivos pergaminos sino seres humanos. Sin embargo, el historiador debe usar cuanta prueba caiga en sus manos. Y los documentos como éstos, con todas sus imperfecciones, le permiten al menos completar una parte de su retrato y responder a algunas de las preguntas de las cuales partió.

En este libro, con ayuda de materiales similares extraídos de mis propias investigaciones y de las de otros*, he intentado retratar a la muchedumbre «pre-industrial» en acción y analizar sus componentes y características. Para hacerlo he procedido, en primer lugar, a dividir sus actividades en una docena de categorías y luego a tratar las revueltas

* Mi considerable deuda con otros autores se pondrá en evidencia en las referencias y la bibliografía.

provinciales y rurales inglesas y francesas del siglo XVIII, las revueltas urbanas y los disturbios industriales ingleses y franceses, la muchedumbre de la Revolución francesa de 1789, las revueltas de la «Iglesia y el Rey», los movimientos rurales ingleses de comienzos del siglo XIX, la muchedumbre en la Revolución francesa de 1848 y el Cartismo en Inglaterra. No tratamos de atribuir ninguna virtud determinada a estas divisiones precisas, que son susceptibles de ser algo arbitrarias y de reflejar «valores» y concepciones que pueden ser aceptables para algunos y no para otros. Además, ellas son evidentemente las de un historiador antes que las de un sociólogo. Donde algunos podrían preferir clasificar a las muchedumbres según sus modos de conducta o sus motivos y creencias, yo he decidido tener en cuenta no sólo estos factores sino también otros, tales como el país y el período en los cuales tuvieron lugar los disturbios, y la composición de sus participantes. Por ejemplo: ¿se trataba de campesinos o de habitantes de las ciudades? Esto nos ayudará, cuando menos, a ubicar a la muchedumbre en su escenario geográfico e histórico, así como también en el puramente behaviorista o sociológico. Además, la clasificación no es rígida y el lector descubrirá fácilmente por sí mismo dónde hay una superposición entre una categoría y otra. Esto aparecerá más claramente en la Parte segunda, donde he intentado un análisis crítico de la muchedumbre en sus diversas manifestaciones, he analizado el papel desempeñado por las fuerzas de la ley y el orden y por los aliados de la muchedumbre pertenecientes a otras clases sociales y he extraído algunas conclusiones generales del campo general de mi investigación. Tales conclusiones no pretenden, por cierto, tener validez universal: cuando más, se refieren a la muchedumbre en una sola etapa de su historia. Pero yo espero que puedan también alentar a otros a estudiar a la muchedumbre en otros períodos y en otros lugares. Así, por medio de tales esfuerzos combinados, la muchedumbre puede eventualmente aparecer no como una fórmula abstracta sino como un fenómeno histórico vivo y multifacético.

Notas

1. Véanse los artículos de L. L. Bernard sobre *crowd* y *mob* en *Encyclopaedia of Social Sciences*, 15 vols., Nueva York, 1931-1935, IV, 612-613; X, 552-554.
2. Gustave Le Bon, *The crowd: A Study of the Popular Mind*. Traducción inglesa, 6.ª edición, Londres, 1909, pp. 181 ss.
3. Elias Canetti, *Crowds and Power*, Londres, 1962, pp. 169-200.
4. Véase R. W. Brown: *Mass Phenomena*, en *Handbook of Social Psychology*, 2 vols., Cambridge, Mass., 1954, II, 847-858. Véase también N. J. Smelser: *Theory of Collective Behavior*, Londres, 1962, pp. 226-269.
5. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Manchester, 1959. (Versión castellana: *Rebeldes primitivos: estudio sobre las normas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1968.)
6. J. Michelet, *La Révolution française*, 9 vols., París, 1868-1900, I, 248.
7. E. Burke, *Reflections on the Revolution in France*, Londres, 1951, pp. 66-69.
8. H. Taine, *Les origines de la France contemporaine*. La Révolution, 3 vols.
9. Véase R. W. Brown, *op. cit.*, pp. 840-867 (especialmente la tabla de «variedades de muchedumbres», en p. 841). Véase también N. J. Smelser, *op. cit.*, pp. 4-22. El Dr. Canetti (que quizá difícilmente pueda ser llamado sociólogo) tiene su propio método de clasificación, *op. cit.*, p. 48-63.
10. Le Bon, *op. cit.*, pp. 25-88.
11. Le Bon, *La Révolution française et la psychologie des révolutions*, París, 1912, pp. 55-61, 89-93.
12. Véase Brown, *op. cit.*, p. 16.
13. Smelser, *op. cit.*, p. 16.
14. Para lo que precede, véase mi artículo «The Study of Popular Disturbances in the Pre-Industrial Age», *Historical Studies*, Melbourne, mayo 1963, pp. 457-469.

PARTE PRIMERA

La multitud en acción

La multitud en acción

1 | Las revueltas rurales francesas en el siglo XVIII

En Francia, el siglo XVII había estado sacudido por disturbios populares, sobre todo por las rebeliones periódicas de los campesinos descontentos. En la época de Richelieu, se habían producido los desesperados levantamientos de los *croquants* —o «campesinos pobres»— de los años veinte y treinta y principios de la década de los cuarenta, que envolvieron a todas las provincias en sangrientos choques con los recaudadores de impuestos y los oficiales de reclutamiento y la guerra de los campesinos en Normandía, conocida como la guerra de «Jean Va-Nu-Pieds», que pretendía abolir todos los nuevos impuestos implantados en los últimos treinta años. Después de que los príncipes disidentes y los *parlements* hubieron tomado parte en las guerras civiles de la Fronda (1648-1652), estallaron, en los primeros años del reinado de Luis XIV, disturbios campesinos que culminaron con la gran insurrección de 1670 que, comenzando contra el impuesto a la sal (la odiada *gabela*) en la región de Burdeos, llevó la antorcha de la rebelión a través de diez provincias del sur y el oeste de Francia. Un período final de gran agitación acompañó los últimos veinticinco años del reinado del «Gran Monarca», con sus

guerras, hambres y persecuciones religiosas. Esta fue la época de la gran insurrección campesina en el Languedoc calvinista, conocida como la guerra de los *Camisards*, la última de las guerras religiosas francesas. Pero ésta fue algo más que una guerra religiosa, porque se libró también a causa de las obligaciones señoriales de los campesinos hacia su señor. Y poco después, en los distritos católicos de Quercy y Périgord, los campesinos desafiaban el orden establecido negándose a pagar los impuestos al rey, y las contribuciones a la Iglesia y a realizar tareas manuales serviles *(corvée)* para el mantenimiento de los caminos. El largo reinado de Luis terminó en un estallido final de revueltas campesinas a causa de las desastrosas cosechas y el hambre de 1709 y de las exacciones adicionales de los recaudadores de impuestos para la Guerra de la Sucesión Española[1].

Pese a que puede parecer sorprendente, el siglo XVIII, que terminó en el gran levantamiento social y político de la Revolución, estuvo rara vez señalado por disturbios de tal violencia, alcance o magnitud. Durante los setenta y tantos años que separan la muerte de Luis de la crisis prerrevolucionaria de 1788, aquellas cuestiones fundamentales que fueran planteadas por los campesinos de Normandía, Languedoc y Périgord en tiempos de Richelieu y Luis, apenas si aparecieron como cuestiones vinculadas a los disturbios populares. Básicamente, los reclamos campesinos quedaron insatisfechos. Los más onerosos de los impuestos reales —la gabela y la talla (impuesto a la tierra)— siguieron siendo aplicados a los renuentes campesinos y los poseedores de feudos señoriales continuaron exigiendo prestaciones feudales (aunque rara vez otra labor servil que la *corvée*) a sus aparceros y en realidad, ayudados por sus abogados, pudieron resucitar las antiguas exigencias o inventar otras nuevas, a medida que avanzaba el siglo. Así, los principales descontentos rurales continuaron bullendo bajo la superficie; sin embargo, más campesinos adquirieron tierras como propietarios o arrendatarios, los ingresos rurales aumentaron y el reinado de Luis XV, en particular, vio un grado de prosperidad agraria general desconocida en épocas anteriores.

En cierto sentido, la gran crisis se produjo en 1709, el año de la última gran hambruna en el Antiguo Régimen; después de esto, la inanición de alcance nacional desapareció como fenómeno recurrente en la campiña francesa. Es cierto que la intranquilidad rural continuó y que los precios agrícolas, que habían comenzado a bajar alrededor de 1660, continuaron bajando hasta 1730 y que hubo un retroceso final de grandes disturbios campesinos, semejantes a los de años anteriores, que convulsionaron extensas zonas del país con revueltas del hambre durante los años de la Regencia, en la década de 1720. No obstante, poco después el productor rural comenzó a encontrar un mercado en continua expansión para sus cereales y su vino; y el profesor Labrousse nos ha demostrado convincentemente que los cuarenta y cinco años entre 1733 y 1778 fueron años de una firme alza de precios y de prosperidad para los propietarios y los arrendatarios rurales o para cualquier habitante de la campiña cuya propiedad fuese lo suficientemente grande como para permitirle vender en el mercado[2]. Durante diez años después de 1778, en parte a causa de la entrada de Francia en la guerra de la independencia americana, los precios tendieron a bajar nuevamente, con resultados que fueron a menudo desastrosos para los viñateros; pero recién en 1787 Francia fue afectada por una serie de malas cosechas y otras calamidades concomitantes, que sacudieron a toda la campiña con un nuevo estallido de rebelión que desempeñó un papel vital en la crisis revolucionaria de 1789.

En 1789, entonces, fue una vez más la angustia económica lo que hizo volver a la superficie las antiguas quejas tradicionales y básicas de la población rural. Y, como Alexis de Tocqueville ha insistido en afirmar, la explosión puede haber sido más violenta a causa de la relativa prosperidad y libertad disfrutada por muchos campesinos durante los anteriores sesenta o setenta años[3]. Pero aun en los años prósperos, cuando los antiguos descontentos debidos a las contribuciones, los impuestos y las exacciones señoriales estaban más bien adormecidos que activos, una gran parte del campesinado, aunque protegida contra la verdadera

inanición, sólo podía obtener una magra subsistencia cultivando el suelo. Esta población rural incluía no sólo las huestes de trabajadores sin tierra, a los habitantes de las tierras públicas y a los aparceros —que constituían en conjunto más de la mitad de la población rural— sino también a muchos miles de pequeños propietarios que, aunque dueños absolutos de su tierra, no poseían los treinta acres o más que podían proporcionar un excedente para vender en el mercado. Por lo tanto, tales personas, al igual que el grueso de los viñateros y de la gente de las ciudades, dependían para su subsistencia de la compra de pan o de granos. Muchos habitantes de las tierras públicas y pequeños propietarios debían estar profundamente preocupados por la tendencia de los grandes propietarios o arrendatarios a cercar esas tierras públicas y discutir sus tradicionales derechos a espigar y hacer pastar sus animales. Pero todos, siendo compradores más que vendedores de alimentos, estarían preocupados por la necesidad de pan barato y abundante; en realidad, ésta era su preocupación dominante. Como el pan era lo principal de su dieta e insumía —aun a su precio normal de dos *sous* la libra— alrededor del 50 por ciento del presupuesto del pobre[4], éste estaba naturalmente alarmado y podía llegar a sufrir serias privaciones si este precio subía demasiado. En efecto: cada vez que las cosechas eran malas o cuando las necesidades de la guerra o una interrupción de las comunicaciones conducían a la escasez, el acaparamiento o la compra por pánico, una gran parte de la población rural, así como también sus iguales de las ciudades, se veía amenazada por el hambre. En tales ocasiones muchos manifestaban en los mercados o en las panaderías o recurrían a medios aún más violentos, deteniendo a los trenes de carga en carreteras y ríos, asaltando los almacenes u obligando a los tenderos, molineros, granjeros y comerciantes a vender sus mercaderías a precios inferiores, o a las autoridades a intervenir en favor de los pequeños consumidores. Mientras el propietario rural estuviese relativamente satisfecho, no había por qué pensar en una conflagración rural general y las antiguas cuestiones causantes de la rebelión campesina permanecían silenciadas; pero la revuelta del

hambre siguió siendo la expresión típica y constante del descontento popular, tanto en la aldea como en la ciudad y el mercado.

Siendo Francia una comunidad predominantemente agraria, los estallidos de rebelión (al menos fuera de París) correspondían casi exactamente con los años de malas cosechas y escasez. Los años malos, entre 1709 y la crisis prerrevolucionaria de 1788, fueron 1725, 1740, 1749, 1768, 1775 y 1785. Con la excepción de 1749, éstos fueron los principales años —aunque de ninguna manera los únicos— en que se produjeron disturbios populares. En 1725 hubo revueltas del hambre en Caen, Normandía, y en toda la zona de París. En 1739-1740, el marqués d'Argenson, otrora Ministro de Asuntos Exteriores, registró en su diario la desesperada condición de las provincias occidentales y los sucesivos estallidos de violencia en Burdeos, Caen, Bayeux, Angoulême y Lille: en esta última ciudad, se amenazaba con asesinar al intendente. En 1747, el mismo ministro registró disturbios en Toulouse y en Guyenne y en 1752 en Arles, Rennes, Burdeos, Metz, Le Mans, Caen, Ruan, Fontainebleau y en Auvergne y Dauphiné. En Ruan, los obreros del algodón tomaron la ciudad por tres días, invadieron graneros y depósitos y sufrieron la pérdida de diez vidas por armas de fuego y cinco más por ejecución antes de ser reducidos por tres regimientos de dragones. En 1768, cuando el pan alcanzó en algunas provincias el precio más elevado desde 1725, hubo revueltas del hambre en Le Havre; y en Mantes las muchedumbres saquearon un depósito y vendieron a la mitad del precio del mercado. En 1770, los hilanderos y tejedores realizaron una operación similar en Rheims. En 1774, el librero y diarista parisiense Sébastien Hardy, informó acerca de revueltas del hambre en Tours y Bordeaux; éstas fueron seguidas a comienzos del año siguiente por estallidos en Dijon, Metz, Rheims, Burdeos y Montauban, que condujeron, a su vez, a un movimiento más extenso y prolongado, conocido por los historiadores como la *guerre des farines* (la guerra de la harina), entre abril y mayo de 1775[5].

Éste no fue, de ninguna manera, el último disturbio antes de la Revolución: hubo revueltas del pan en Grenoble y Toulouse en junio

de 1778, otras en Normandía en 1784 y 1785 y muchas más en el crítico año de 1788. Pero las revueltas de 1775, que por más de dos semanas conmovieron a París y a las provincias vecinas y causaron considerable alarma en la Corte, requieren nuestra especial atención. Fueron los últimos grandes movimientos populares antes de la Revolución; ocurrieron antes de que tales movimientos hubieran comenzado a impregnarse con las nuevas ideas de la Ilustración y en algunos aspectos, se asemejan a tipos similares de estallidos de violencia acaecidos durante los años revolucionarios. Sobre todo, ellos proporcionan un ejemplo clásico (y ricamente documentado) de un determinado tipo de revuelta del hambre que había comenzado a surgir durante el siglo anterior: la imposición de un control no oficial de los precios por medio de la acción colectiva, o lo que los franceses llaman la *taxation populaire**. Me propongo, por lo tanto, dedicar las restantes páginas de este capítulo a una descripción y discusión de este movimiento.

Luis XVI, poco después de su acceso al trono, había designado en agosto de 1774 Sobrestante General de Finanzas a Turgot. Sus antecedentes eran buenos y —excepto por un reducido pero influyente grupo de opositores aristocráticos— la designación fue bien recibida. El nuevo ministro era un «fisiócrata», creía firmemente en el libre comercio y en el mes de septiembre tomó medidas para restaurar la libertad de comercio para los cereales y la harina en el mercado interno. Éste no era, en sí, un acto impopular. Su predecesor, el abate Terray, que había regulado el comercio por medio de un monopolio del grueso de las compras y la provisión de los mercados, se había hecho famoso y odiado por confiar sus operaciones a una pareja de siniestros e inescrupulosos comerciantes. El clima, en consecuencia, era favorable para un cambio y si la cosecha hubiese sido buena (después de una serie de fracasos), la medida podría haber tenido éxito. Pero, infortunadamente para Turgot, la cosecha de 1774 resultó ser aún peor que

* Para ejemplos anteriores, véase Rose, *op. cit.*, pp. 433-439.

la inmediatamente anterior y —con el agotamiento de las reservas en la primavera de 1775, el libre ingreso de comerciantes y especuladores a los mercados y el pánico de compra de los consumidores más ricos— el precio de los granos, la harina y el pan comenzó a subir con un ritmo alarmante. En Rozoy-en-Bire, uno de los mayores mercados de la región de París (era uno de los sesenta desde los cuales la capital obtenía sus existencias de cereales), el precio del trigo subió, el 1.º de abril, de 25 a 30½ francos el *setier* (aproximadamente 12 *bushels*), mientras que en los mercados de pan de París el precio de la pieza de 4 libras, que era normalmente de 8 a 9 *sous* pero había subido hacía poco hasta 11, se elevó a 11½ *sous* en marzo, a 13½ *sous* hacia fines de abril y a 14 *sous* a principios de mayo. En ciertas zonas de Normandía y Picardía, los precios subieron aún más; subieron tanto que algunos funcionarios locales rogaron al ministro que interviniera. Pero Turgot estaba obstinadamente aferrado a sus ideas fisiocráticas y se negó a comprometerse. De manera que los pobres, enfrentados a una grave amenaza sobre sus medios de subsistencia, recurrieron a su tradicional modo de protesta. Pero esta vez lo harían en mayor escala y de modo más porfiadamente sostenido que durante las conmociones similares de los últimos cincuenta años.

Comenzó el 27 de abril en Beaumont-sur-Oise, una ciudad mercado situada a veinte millas al norte de París. Según el magistrado, que más tarde fue acusado de complicidad en el asunto, las revueltas comenzaron a causa de la negativa de los panaderos a fabricar más pan y de los elevados precios exigidos por los comerciantes en granos. Se le pidió que interviniera pero, aunque estaba autorizado, como último recurso, a fijar el precio del pan, carecía de autoridad para reducir el precio del trigo en el mercado y rehusó hacerlo. Así que la gente del lugar, con los estibadores de Beaumont a la cabeza, y los campesinos de las villas vecinas tomaron la ley en sus propias manos, invadieron el mercado y obligaron a los comerciantes a vender su trigo a un precio «justo» o razonable: en este caso, a 12 francos el *setier*.

La iniciativa tomada por los estibadores de Beaumont fue la «chispa» que encendió el movimiento y dio la pauta para los disturbios que se sucedieron en la Ile de France en los alrededores de París y en cuatro de sus provincias limítrofes*. La zona afectada estaba esencialmente limitada por los ríos que circundan la capital: el Oise y el Somme hacia el norte, el Eure hacia el oeste, el Sena hacia el noroeste y el sudeste y el Marne hacia el este. Por lo general, las revueltas siguieron el curso de estos ríos o los cruzaron en puntos estratégicos, extendiéndose de una ciudad mercado a la siguiente y desplegándose a ambos lados de los ríos, hacia las explotaciones rurales y aldeas de las inmediaciones. En cada mercado y aldea afectados por los disturbios había circulado la noticia —y no fue necesario que agentes especialmente contratados o mensajeros la divulgaran— de que en otros sitios estaban haciendo algo, o las autoridades o, en su defecto, el pueblo mismo, para imponer un tope «justo» a los exorbitantes precios que estaban siendo exigidos por los comerciantes, arrendatarios, molineros y panaderos, y que urgía que también ellos siguieran el ejemplo. Generalmente, el precio «justo» en cuestión se ajustaba al fijado en Beaumont y los hombres y mujeres que invadían los mercados, panaderías o graneros de los *laboureurs* se negaban a pagar más de 12 francos por un *setier* de trigo, 20 *sous* por un *bushel* de harina y 2 *sous* por una libra de pan**. Es cierto que estos procedimientos proporcionaron a muchos la oportunidad de dedicarse a un pillaje indiscriminado o de rebajar el precio «popular»; pero éste no fue un rasgo típico y es notable cuán elevado fue el número de los que, habiendo pagado menos en el calor del momento, completaron después la diferencia.

Quizá fuese natural que los contemporáneos, especialmente los partidarios de Turgot (Voltaire, entre ellos) hubiesen visto estos disturbios

* Las provincias afectadas fueron la Ile de France, Normandía, Picardía, Champagne y (marginalmente) Orleans.

** En la práctica, hubo considerables variaciones en los precios ofrecidos por el trigo y la harina, y las variaciones fueron mayores y los precios ofrecidos más elevados (y esto es sin duda significativo) en las zonas más alejadas de París o de la escena del estallido inicial.

como el resultado de un complot destinado a privar a la capital de sus existencias de alimentos y a derrocar al gobierno por la fuerza. Miromesnil, el Guardián de los Sellos, por ejemplo, dijo ante el *parlement* de París, con toda la autoridad de su elevado cargo, que «se había elaborado un plan para despojar a la campiña... matar de hambre a las ciudades, en particular a París». Es cierto que Turgot tenía enemigos en la Corte, entre ellos el poderoso príncipe de Conti, cuya ancestral mansión de L'Ile-Adam estaba sospechosamente cerca del lugar donde había comenzado el problema. Estaban también los jesuitas y el partido de la Iglesia, para quienes los principios de libre pensamiento de Turgot y su conocida vinculación con *philosophes* y enciclopedistas eran motivo de público escándalo y reproche. ¿Y no era acaso significativo que una cantidad de párrocos hubiesen sido arrestados y a varios más se los considerara sospechosos, como pretendidos instigadores de estas revueltas? ¿No era también extraño que los agentes de confianza del abate Terray, Doumerc y Sorin de Bonne, hubiesen sido confinados en la Bastilla junto con varios otros, no bien terminados los disturbios?

Tales sospechas tuvieron gran difusión y han sido heredadas, en una forma u otra, por los biógrafos de Turgot y por otros historiadores. Pero en realidad ellas tienen poca base. El príncipe de Conti mismo resultó ser una víctima menor de las revueltas que se suponía había provocado y sus dominios habían de ser escenario de más desórdenes campesinos tanto antes como durante la Revolución de 1789. En cuanto a Sorin y Doumerc, se descubrió más tarde que sólo se los acusaba de haber despilfarrado fondos públicos durante la administración del abate. Y lo más que pudo descubrirse en contra de los curas párrocos, que fueron pronto liberados, fue que se habían mostrado demasiado prontos a creer en los rumores corrientes acerca de que el trigo estaba siendo vendido a precios reducidos en los mercados cercanos. Aun así, si las revueltas hubiesen sido una explosión más o menos simultánea o si alguno de los emisarios de los cuales se decía que habían estado viajando con muestras de pan mohoso o con bolsas de *louis d'or* hubiese

sido arrestado e interrogado por la policía, podría haber habido algún fundamento en el cargo de que la «guerra de la harina» fue fomentada por una conspiración y no por el temor del hambre.

Pero no hubo tales arrestos y tanto los lugares como las fechas de las revueltas sugieren que el cargo era falso. Iniciadas en Beaumont el 27 de abril, se extendieron en cuatro direcciones: hacia el sudoeste, siguiendo el Oise hacia Pontoise y St. Germain; hacia el este, en dirección de St. Denis y Gonesse, al norte de París; hacia el norte, remontando el Oise hacia las aldeas de la región de Beauvais y hacia el este, en dirección de las ciudades mercados de Senlis y Crépy-en-Valois. La primera de estas corrientes alcanzó Pontoise el día veintinueve y St. Germain el primero de mayo; la segunda llegó a St. Denis y Gonesse el primero de mayo; la tercera alcanzó Stors, un puerto fluvial, y Merú, un mercado pequeño, el 28 de abril y las aldeas de Mouy y Mours el 29, mientras que la cuarta llegó a Senlis y Crépy sus respectivos días de mercado, el 2 y el 3 de mayo. Esto fue sólo el comienzo. Estas primeras corrientes se dividieron a su vez, subiendo la corriente del norte por el Oise hacia Breteuil y Montdidier en la Picardía (5 y 6 de mayo) y desviándose la corriente del este hacia el sur para penetrar en la llanura de Champagne y el Brie; mientras tanto, la corriente del sudoeste se dividió en dos en Pontoise: una rama continuó hacia el sur, hacia St. Germain y la otra se desvió hacia el oeste, penetrando en la llanura normanda en Magny (primero de mayo), Vernon, Mantes y Les Andelys (2, 3 y 5 de mayo).

Pero estos acontecimientos fueron comparativamente menores y, como se produjeron a considerable distancia de la capital, suscitaron escasos comentarios. Sin embargo, desde Pontoise y St. Germain, la principal corriente del sudoeste se dirigió hacia Versalles, adonde llegó el 2 de mayo. Aquí, los pobladores de las villas de varias millas a la redonda se unieron a las gentes de la ciudad para sitiar las panaderías, saquear el mercado de harina y obligar a los comerciantes a vender su harina a 20 *sous* el *bushel*. Según un relato, el rey apareció en el balcón de palacio y se dirigió a 8.000 manifestantes. Hardy apuntó en su diario

que la reina derramó lágrimas y que Luis tuvo que privarse de un día de caza. No obstante, de mayor importancia aún fue la decisión tomada por el gobernador de la ciudad, el joven príncipe de Poix, quien ordenó a los panaderos «en nombre del Rey» que vendieran su pan a 2 *sous* la libra. Aunque esa misma noche Turgot dio una contraorden, la medida habría de tener importantes consecuencias: al asociar el nombre del rey a una de las principales demandas de los revoltosos, muchos interpretaron que ello estampaba el sello de la aprobación real a sus actividades. Y este hecho se puso muy pronto en evidencia, cuando el movimiento se extendió al este hasta Choisy en el valle del Sena y al noreste hacia París. En más de una aldea de las proximidades de la capital, los hombres y las mujeres que exigían que se les vendiera pan a 2 *sous* la libra invocaban el precio fijado por orden real en Versalles.

El día siguiente —miércoles 3 de mayo— era día de mercado en París. Esa misma mañana (tal fue la torpeza de las autoridades) el precio de la pieza de pan de 4 libras fue elevado de 13½ a 14 *sous* en los mercados del pan. Casi simultáneamente, bandas de hombres y mujeres de los suburbios y de las aldeas vecinas invadieron los puestos aduaneros y se abrieron paso hacia los mercados centrales de cereales y harina y robaron o compraron trigo, centeno y harina a precios reducidos. Mientras tanto, los obreros y los pobres de la ciudad se habían unido a la refriega y, habiendo agotado los puestos de los panaderos en el mercado, asaltaron o sitiaron todas las panaderías del centro de la ciudad y de los barrios. La demanda general era de pan a 2 *sous* la libra, acompañada a menudo por la observación de que era «por orden del Rey». Pero con frecuencia, en la confusión que siguió, el pan era simplemente birlado de los estantes o los hornos y arrojado sin ceremonias por las ventanas, hacia las manos que esperaban afuera. En un solo distrito de París, el de St. Benoit, sobre la margen izquierda del Sena, veintiocho panaderos denunciaron una pérdida conjunta de 20.000 libras de pan, o sea un término medio de 700 libras cada uno. Los militares habían tardado en alistarse, pero hacia el anochecer Turgot se las había arreglado para

enviar tropas hacia los mercados y las panaderías. Entonces se apaciguó el movimiento en la capital pero se expandió hacia el sur y hacia el este de la ciudad y fue en el Brie —en los mercados, explotaciones y aldeas encerradas por el Sena y el Marne— donde alcanzó su mayor fuerza e impulso. En realidad, recién una semana más tarde logró Turgot poner fin a los disturbios por medio de una concentración masiva de tropas y milicias, cientos de arrestos, dos ejecuciones públicas en la capital y sincronizadas exhortaciones desde los púlpitos de las aldeas.

El curso y la cronología de estas revueltas, a pesar de lo tediosos que puedan parecer al lector, nos ayudan a desentrañar su naturaleza y nos demuestran que, lejos de ser una erupción simultánea planeada en cierto punto central de control, se trató de una serie de explosiones menores que estallaron no sólo en respuesta a la iniciativa local sino también merced a la fuerza del ejemplo. Fuera de la secuencia cronológica, este hecho está ampliamente atestiguado por los informes policiales referentes a la cuestión. En Magny, por ejemplo, se informó que el pueblo había sido «excitado por la revuelta de Pontoise» (a 17 millas de distancia); en Villemomble, al sur de Gonesse, se argumentaba —en defensa de los bajos precios ofrecidos por los compradores— «que el precio del pan había sido fijado en 2 *sous* en París y el del trigo en 12 francos en Gonesse». Podrían citarse otros casos semejantes. Quizá más importante fue el hecho de que los magistrados locales se sintieran obligados, en numerosas ciudades-mercados, a satisfacer cuando menos una parte de las demandas de los revoltosos reduciendo el precio del pan o el del trigo. En Beaumont, como ya hemos visto, el oficial a cargo no estaba autorizado para modificar el precio de mercado del trigo, pero más tarde accedió a sancionar la venta de pan a 2½ *sous* o 2 *sous* la libra. En otros de los puntos estratégicos alcanzados por las revueltas, los magistrados o bien por temor al desastre o movidos por una genuina simpatía hacia la situación de los pobres, hicieron similares concesiones a las demandas populares. En Pontoise los funcionarios municipales, encontrándose sin tropas para restablecer el orden, trataron de apaciguar a los indignados campesinos

que invadían los mercados ordenando que el trigo se vendiera a 12½ francos el *setier*. En Montdidier, en la Picardía, donde los precios ofrecidos por los revoltosos eran más elevados que en la Ile de France y el Brie, el mayor y *procureur* accedió a reducir el precio del trigo a 18 francos. En Brie-Comte-Robert, al este de la capital, el magistrado a cargo del mercado no sólo fijó el precio del trigo en 12 francos, tal como lo exigían los revoltosos, sino que abrió para ellos las reservas de los graneros locales. Y hemos mencionado ya las medidas tomadas en nombre del Rey por el príncipe de Poix en Versalles.

No sería razonable acusar a estos magistrados de complicidad con las revueltas (aunque en ese momento se hizo tal acusación a Nicolás Bailly, *procureur* de Beaumont); pero sus actos sirvieron indudablemente para difundir los disturbios, al darles una apariencia de sanción oficial. Y aun en los sitios donde los magistrados rehusaron seguir el ejemplo dado en Pontoise o Versalles, se rumoreó con frecuencia que lo habían hecho. Por supuesto, esto ayuda a explicar por qué personas tan respetables como párrocos, maestros, arrendatarios y pequeños funcionarios locales no pudieron con frecuencia contener a los trabajadores o a otros a su cargo y hasta llegaron a mandarlos a comprar grano barato para ellos o enviaron a bandas de forajidos contra arrendatarios y graneros locales. Una de estas personas fue Thomas Blaison, *procureur fiscal* de Villemomble en la Ile de France, quien al principio se mostró sorprendido de que el precio del trigo hubiera caído tan súbitamente de 33 a 12 francos, pero se consoló luego reflexionando que el Rey, en su sabiduría, probablemente había decidido «compensar a los arrendatarios con una reducción de la *taille*».

Existen además otras pruebas que sugieren que estos disturbios fueron una expresión genuina y en gran medida espontánea de la alarma popular ante el aumento de precio de los alimentos. Hubo centenares de personas arrestadas: 145 en París, 260 en el Brie y en Ile de France y 183 en Beaumont, Pontoise y en Beauvais; unos 170 o más sospechosos fueron descriptos en detalle por los arrendatarios y tenderos locales. Fuera

de un puñado de arrendatarios, guardas de cotos, funcionarios menores y párrocos, los detenidos eran casi sin excepción (y aquí los documentos son notablemente precisos) viñateros, hortelanos, trabajadores rurales, estibadores (como en Beaumont y París) y artesanos de la región de París y de las ciudades-mercados así como también de las villas de Champagne, Picardía y Alta Normandía. Eran casi todos gente de la zona, bien conocidos de los hacendados y comerciantes; pocos eran vagabundos y sólo un puñado de ellos tenían antecedentes delictivos. En realidad, escasamente merecían el título de «bandidos» que tan generosamente se les aplicaba en la correspondencia oficial[5].

Las revueltas de 1775 tienen otros rasgos notables. En cierto sentido, constituyen un interesante vínculo entre los disturbios populares del pasado y los de la Revolución Francesa. También en la Revolución, después del resurgimiento inicial de la guerra campesina de épocas anteriores, encontraremos estallidos similares de *taxation populaire* en las grandes revueltas del hambre de 1789, 1792-1793 y 1795. Ello no es sorprendente, dado que la Revolución no eliminó —sino que en realidad promovió— la hostilidad de los pobres de las ciudades y de la campiña hacia la novedosa doctrina de que el precio de los artículos de primera necesidad debía ser regulado por la oferta y la demanda y no por una tradicional preocupación por la «justicia». Pero hay importantes diferencias. Los movimientos similares que se produjeron durante la Revolución lograron un éxito considerable, mientras que los de 1775 (al igual que los de 1725 y 1752) terminaron en un fracaso total. Ello se debió al aislamiento de estos primeros revoltosos, que se encontraron enfrentados —una vez que sus fuerzas hubieron sido reunidas— a la oposición combinada del ejército, la Iglesia, el gobierno, la burguesía urbana y los propietarios rurales mientras que sus escasos defensores o simpatizantes entre los curas párrocos, arrendatarios y funcionarios locales eran insuficientes para restablecer el equilibrio. Debemos repetir —y esto es de la mayor importancia— que las nuevas ideas de «libertad», soberanía popular y la de los Derechos del Hombre, que habrían de alinear más tarde a las

clases medias y bajas contra un enemigo común, no habían empezado aún a circular entre los pobres urbanos y rurales. En efecto: no existe el más leve indicio en estas revueltas de que tales ideas tuvieran ya difusión. Ni tan siquiera la tradicional hostilidad hacia los deberes señoriales, los diezmos, las leyes de caza y las obligaciones feudales está expresada de manera alguna en el desarrollo de estos disturbios. Aun cuando muchos señores y sacerdotes estuvieron entre sus víctimas, ello se debió simplemente a que, al igual que otros propietarios rurales y arrendatarios ricos, ellos tenían cereales de sobra en sus graneros. El único blanco de los desórdenes era el arrendatario o el campesino próspero, el comerciante en granos, el molinero o el panadero y las razones a las que se apelaba —cuando no era el Rey mismo el que parecía intervenir para proteger a su pueblo— eran las de la tradición y las antiguas costumbres. No se intentaba en absoluto derrocar al gobierno o al orden establecido, proponer nuevas soluciones o tan siquiera reparar injusticias por medio de la acción política. Así fue la revuelta del hambre del siglo XVIII en su forma más prístina. Durante la Revolución aparecerán movimientos similares pero que no tendrán nunca el mismo grado de espontaneidad e inocencia política.

Notas

1. Para un resumen conveniente, véase B. F. Porchnev, «Jean Meslier et les sources populaires de ses idées», en *Rapports de la Délégation soviétique au X Congrès International des sciences historiques*, Moscú, 1955, pp. 42-46.
2. C. E. Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII siècle*, 2 vols., Paris, 1933; *La crise de l'economie française à la fin de l'Ancien Régime et au debut de la Révolution*, Paris, 1944, pp. IX-XII.
3. A. de Tocqueville, *The Old Regime and the French Revolution*, Nueva York, 1955, pp. 176-177.
4. Labrousse, *Esquisse*, II, 597-608.
5. Véase *Journal et mémoires du Marquis d'Argenson*, 9 vols., Paris, 1859, I, 54; II, 149-159, 184, 213; III, 61-62, 131-173; V, 124; VII, 81-87, 206-229, 333. F. J. F. Barbier, *Journal historique et anecdotique du regne de Louis XV*, 4 vols., Paris, 1847, III, 376-377. S. Hardy, «Mes loisirs, ou Journal d'evénements tels qu'ils parviennent a ma connaissance», 8 vols. en M. S. Bibliotheque Nationale, fonds français, 6680-6687, II, 303; IV, 9. Véase también R. B. Rose, «18th Century Price Riots, the French Revolution and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, III, 1959, 432-445.
6. Para lo que antecede y para información sobre las fuentes, véanse mis artículos «La taxation populaire de mai 1775 à Paris et dans la region parisienne», *Annales historiques de la Révolution française*, N.° 143, abril-junio 1956, 139-179; y «La taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie et dans le Beauvaisis», *ibid.*, N.° 165, julio-septiembre 1961, 305-326.

2 | La revuelta campesina inglesa en el siglo XVIII

A diferencia de Francia, Inglaterra se había desprendido hacía mucho de sus supervivencias feudales. La vieja aldea medieval se había transformado gradualmente por el impacto del comercio, la guerra civil, la venta de tierras, la delimitación de las propiedades y la invasión de artesanías locales. Ya no había señores y campesinos y desde los días de Isabel no se había oído hablar de la rebelión campesina que en Francia estaba adormecida pero que estallaría nuevamente en 1789. En lugar del antiguo señor del feudo, el *squire* o terrateniente gobernaba en la aldea, era miembro del tribunal del condado, designaba al pastor de la Iglesia de Inglaterra, arrendaba tierras al arrendatario y, como él, empleaba el trabajo asalariado de los obreros rurales. Estos trabajadores sin tierra formaban una proporción mucho más elevada de la población rural que en Francia y, aún más que en aquel país, estaban dedicados al hilado y tejido de la industria casera. En este caso el amo era el comerciante y fabricante que alquilaba telares y llevaba los paños listos al mercado. El nuevo tipo de empleador industrial habría de aparecer recién con el sistema fabril y la Revolución Industrial. El comerciante también poseía

tierras en la aldea y se sentaba junto al terrateniente en el Parlamento, donde ambos daban pruebas de sus intereses básicamente comunes al votar mancomunadamente *acts of Enclosure* (o leyes de cercado de tierras), subsidios y *Corn Laws* (o Leyes de Cereales), derechos de peaje y de portazgo, Leyes de Milicia y medidas contra el contrabando y defendiendo la Ley de Pobres y las *Acts of Settlement* (o leyes de afincamiento) para la mejor vigilancia y control de los pobres.

Tales cuestiones rara vez dividían a las clases superiores o a los partidos políticos, pero eran de considerable importancia para las «clases inferiores» o «trabajadores pobres» —los *cottagers* (habitantes de las tierras públicas), los pequeños propietarios, los artesanos y los pobres de las aldeas— quienes, no teniendo derechos políticos, no disponían de otros medios para reparar las injusticias que recurrir a la tradicional revuelta. En tales ocasiones, las ciudades-mercados, las aldeas mineras y los senderos de la campiña resonaban con el eco de las marchas, las maderas quebradas y los vidrios rotos mientras los obreros y obreras ajustaban cuentas con los comerciantes en cereales, los disidentes religiosos, los molineros, los arrendatarios y los señores que cercaban las tierras.

Estas revueltas fueron frecuentes en el siglo XVIII, aunque rara vez asumieron una forma política. La rebelión popular había perdido su agresividad desde la derrota de Monmouth en Sedgemoor y, desde la desaparición del *Club de la Cinta Verde* de Lord Shaftesbury, el radicalismo popular londinense había permanecido inactivo y así habría de seguir por muchos años. Pero había excepciones: las revueltas de Sacheverell en Londres (1710) y los ataques de la *High Church* a las capillas de los disidentes y a las oficinas gubernamentales en 1715 y 1716 nos recuerdan que, al menos en las ciudades, la protesta popular podía aún en ocasiones estar apareada a una causa política. Pero estos estallidos tuvieron lugar en períodos de excitación política general: encontraremos similares manifestaciones político-populares (tanto radicales como antirradicales) en las revueltas wilkistas en Londres y, en Birmingham, en las

revueltas de Priestley en 1791*. Tales movimientos estuvieron reducidos a las ciudades grandes y aun cuando la largamente adormecida batalla de los partidos se reanimó en Westminster (como entre 1709 y 1716 y después de 1760), no fueron de ninguna manera típicos de los disturbios populares del siglo XVIII.

La ausencia de instancias políticas en las revueltas populares ha llevado a los historiadores a tratarlas como a cuestiones de menor importancia: G. M. Trevelyan llegó a la conclusión de que detrás de ellas había «escaso o ningún descontento social»[1]. Éste es un juicio notable en vista de la frecuencia de las revueltas que, aunque rara vez políticas, constituían esencialmente una forma de protesta social. Ello era más evidente aun cuando se suscitaban por cuestiones tan cotidianas como los precios y los salarios, pero lo mismo puede decirse de las otras formas y disfraces que asumían ocasionalmente. Había, por ejemplo, revueltas «religiosas», como cuando las capillas católicas romanas fueron «echadas abajo» en Sunderland y Liverpool en 1746 y en London y Bath en 1780** y como en las numerosas ocasiones en que los predicadores metodistas fueron abucheados y sus congregaciones dispersadas. Hubo también ataques a los irlandeses —a menudo una forma disfrazada de conflicto industrial— en Spitalfields en 1736, en Covent Garden en 1763 y, como parte de una conflagración mayor, en 1780. Las Leyes de Milicias suscitaron protestas masivas: en 1757 provocaron revueltas en East Anglia, Lincoln, Northampton y el distrito oriental del condado de Yorkshire y en marzo de 1761, la milicia de Yorkshire disparó sobre 5.000 mineros de Northumberland que marchaban hacia Hexham para detener la selección de reclutamiento, matando a 42 de ellos e hiriendo a 48. El derecho de peaje y las barreras de portazgo provocaron intensa oposición popular. Hubo revueltas contra los portazgos en Hereford y Worcester en 1735-1736; en 1727 y una vez más en 1753, hubo una destrucción masiva de barreras en todos los

---

* Véanse los capítulos 3 y 9, respectivamente.

** Véase el capítulo 3.

caminos de acceso a Bristol y en junio de 1753, todas las barreras fueron derribadas cerca de Leeds, Wakefield y Beeston en el distrito occidental de Yorkshire; en esta última ocasión hubo 10 arrestos y 10 revoltosos resultaron muertos y 24 heridos. La hostilidad hacia la delimitación de tierras fue aún más sostenida y los disturbios por esta causa (aunque se produjeron sobre todo después de 1760) se prolongaron durante todo el siglo: podemos mencionar revueltas en Northamptonshire en 1710, en Wiltshire y Norwich en 1758, en Northampton y Oxfordshire en 1765, en Boston (Lines) en 1771, en Worcester en 1772, en Sheffield en 1791 y en el distrito de Nottingham en 1798. Hubo ataques a los talleres de trabajo obligatorio en varias aldeas en Suffolk en 1765. Las tentativas de imponer impuestos sobre consumos y de detener el contrabando se encontraron con una firme resistencia como en el triste episodio de 1736, cuando el capitán Porteous, que había disparado sobre una multitud que asistía a la ejecución de un contrabandista y que había sido indultado después de su condena a muerte, fue colgado por el pueblo en el mercado de Edimburgo. Pero tales ejemplos de violencia física son bastante excepcionales. Más típico de la actitud popular es el incidente relatado por el *Annual Register* en 1766:

> Los mineros de Cleehill, cerca de Ludlow, se reunieron y destruyeron la destilería del pueblo. Entraron en el pueblo de manera muy ordenada, se dirigieron a la destilería y la derribaron y luego se retiraron sin ejercer violencia sobre persona alguna[2].

Pero sin duda las revueltas más numerosas del siglo XVIII, las más persistentes, difundidas y tenazmente promovidas, eran aquéllas ocasionadas por una escasez de alimentos o por un alza súbita de sus precios. De los 275 disturbios que he registrado entre 1735 y 1800[3], dos de cada tres son de este tipo y es improbable que las proporciones sean diferentes para los restantes años del siglo. La razón no es difícil de descubrir. En Inglaterra aún más que en Francia, el grueso de la población estaba constituido por

pequeños consumidores que dependían de la provisión abundante y barata de pan y también de carne, manteca y queso. Cuando las cosechas eran malas, cuando las necesidades de los tiempos de guerra imponían una pesada restricción de las existencias o cuando el trigo era exportado al exterior en tiempos de creciente escasez*, los precios se elevaban en las aldeas y en las ciudades-mercados y, como en Francia, el temor al hambre provocaba disturbios. En general, las cosechas fueron buenas y los precios bajos durante la primera parte del siglo: entre 1713 y 1764, el precio medio del trigo era de 34 chelines 11 peniques por arroba y el pan se vendía a 5 ó 6 peniques el *quartern* (o pieza de 4 libras). Pero hubo períodos malos en 1709, 1727-1728, 1740 y 1756-1757. En 1709, un invierno frío fue seguido de un verano lluvioso y el *quartern* de trigo subió de 27 chelines 3 peniques a 81 chelines 9 peniques en dieciocho meses. En 1727-1728, un verano lluvioso hizo subir al trigo de 32 chelines 11 peniques a 49 chelines 2 peniques. En 1740, una mala cosecha seguida de un invierno severo hizo subir el precio del trigo en Oxford, durante dos años, de 10 chelines 2 peniques a 59 chelines. En 1756, el estallido de la Guerra de los Siete Años fue seguido por una cosecha deficiente y hacia la mitad de 1767 el trigo, que pocos meses antes se vendía en Mark Lane a 22 ó 26 chelines se vendía de 67 a 72 chelines[4]. En cada una de estas ocasiones tuvieron lugar disturbios considerables: entre las amas de casa de Essex, los mineros de Kingswood y los pescadores de Tyneside en 1709-1710 y entre los mineros del estaño en *Cornwall* y los mineros del carbón en Gloucestershire en 1727. En 1740 y 1756-1757, las revueltas del hambre se extendieron por extensas zonas del país. El doctor Wearmouth registra dieciocho incidentes entre agosto de 1756 y noviembre de 1757[5]. Las gentes respetables se alarmaban y después de este último brote de disturbios, un corresponsal

* Por la Ley de Cereales de 1869, el trigo podía ser exportado y debía pagarse una prima de 5 chelines por arroba al exportador si su precio en el puerto de salida no excedía de los 48 chelines. Por la ley de 1733, la cifra fue reducida a 44 chelines pero en 1791, debido a los elevados precios imperantes, se elevó a 54 chelines. D. G. Barnes, *A History of the English Corn Laws from 1660 to 1846*, Nueva York, 1961, pp. 11, 43, 59.

de Carmarthenshire se sintió obligado a enviar lo siguiente al *Gentleman's Magazine:*

> Si la Legislatura no se apresura a usar algún método eficaz para suprimir el actual espíritu de revuelta que se ha tornado general en las capas inferiores de la población..., no habrá protección contra la turba dedicada al pillaje... La Turba debe ser derrotada!!![6].

Pero la «turba» no sólo no fue derrotada sino que reinició sus actividades revoltosas con mayor celo aún en la segunda mitad del siglo porque las cosechas, lejos de mejorar, tendieron a empeorar considerablemente y cincuenta años de comida relativamente barata fueron seguidos por medio siglo de precios elevados y tendientes a subir. Así, entre 1765 y 1800, hubo malas cosechas en 1766-1767, 1770-1774, 1782, 1789, 1794 y 1799-1800; y los efectos de las malas cosechas después de 1793 se tornaron aún más desastrosos por la entrada de Inglaterra en la guerra europea. El precio medio de la arroba de trigo durante estos 36 años no fue menor de 55 chelines (compárese esta cifra con los 34 chelines 11 peniques del período 1713-1764). Y los años que marcaron el tope fueron 1767, 1774, 1783, 1789, 1795 y 1800, cuando el precio del trigo alcanzó respectivamente los precios límites de 60, 64, 64, 62, 92 y 128 chelines[7]. No es sorprendente que tales picos en los precios fueran acompañados por renovados estallidos de revueltas del hambre. Probablemente las más difundidas fueron las de 1766, año en que la prensa registró no menos de sesenta incidentes en doce semanas*. Aunque los precios se elevaron mucho más en los siguientes treinta años, nunca alcanzaron las revueltas el mismo grado de intensidad: el doctor Wearmouth cita nueve revueltas del hambre en 1772-1773, siete en 1783, ocho en 1792-1793, quince en 1795 y doce o más en 1800.

Tal vez valga la pena mencionar aquí dos puntos generales que se aplican a todas las revueltas del hambre del siglo. Uno es el gran nú-

* Véanse pp. 47-53

meros de obreros industriales que tomaron parte en estos disturbios. A este respecto, leemos constantemente información acerca de las actividades de los mineros del carbón de Kingswood, los mineros del estaño de Cornwall, los alfareros de Staffordshire, los obreros de los astilleros de Tyneside y los tejedores de Wiltshire y Somerset. El otro punto significativo es que en Inglaterra, al igual que en Francia, la forma típica de la protesta social en esta época era —aun entre los obreros asalariados— la revuelta del hambre y no la huelga*. Otra circunstancia a tener en cuenta es que las revueltas del hambre tendían a estallar con más frecuencia en el norte y en el oeste que en el sur y en el este. Ello no es en realidad sorprendente, dado que las principales áreas trigueras estaban en el sur y el este mientras que sus productos, cuando se permitía la exportación de granos, eran embarcados con mayor frecuencia desde puertos del norte y el oeste[8].

Las revueltas del hambre no pertenecían todas a la misma clase. Podían tomar la forma de simple saqueo de depósitos, ataques a las casas de los comerciantes o intentos de detener embarcaciones cargadas de cereales destinados a la exportación. Pero podían también, como en Francia, tomar la forma más refinada de la imposición de topes a los precios, o *taxation populaire*. En realidad, este fenómeno parece haber sido más frecuente en Inglaterra que en Francia, y no sólo en el siglo XVIII: R. B. Rose, que ha escrito un trabajo sobre el tema, da ejemplos que abarcan un período de 150 años entre 1693 y 1847[9]. En el siglo XVIII, estas revueltas de los precios tendieron a producirse en los períodos más agudos de las revueltas generales del hambre y aparecieron en 1709, 1740, 1756-1757, 1766-1767, 1772, 1782-1783, 1795 y 1800. En tales ocasiones las mercaderías elegidas por los revoltosos eran por lo general el trigo, la harina y el pan y se han registrado numerosos casos de arrendatarios y comerciantes en cereales obligados a vender el trigo al precio «normal» o «justo» de 5 chelines o 5 chelines 6 peniques la arroba, de

* Véase también el capítulo 4.

molineros obligados a vender harina a 1 libra 6 peniques el *peck* o a 1 libra 3 peniques la libra o a panaderos vendiendo compulsivamente su pan a 6 chelines la pieza de 4 libras. Pero, con más frecuencia que en Francia, la manteca podía ser arrebatada y vendida a 4½, 6 ó 7 peniques la libra, el queso a 5 ó 6 peniques o la carne a 2½, 3 ó 4 peniques. Y Rose cita aún más ejemplos de ventas forzosas a precios reducidos de papas, tocino, malta, velas y jabón[10].

Y ha llegado ahora el momento de examinar más detenidamente una determinada serie de revueltas. He elegido las de 1766 porque se encuentran entre las más extensas de Inglaterra y proporcionan interesantes paralelos con la *guerre des farines* francesa de 1775. Infortunadamente, en este caso las fuentes consultadas no permiten confeccionar una tabla cronológica exacta de sus orígenes y desarrollo. Un estudio exhaustivo de los archivos del condado y de los tribunales superiores proporcionaría, sin duda, una información más rica; pero en este caso he seguido el curso de las revueltas principalmente en los boletines mensuales del *Annual Register* y del *Gentleman's Magazine*[11].

De una cosa podemos estar bastante seguros: estos disturbios, cualquiera que sea su punto exacto de origen, estaban estrictamente vinculados a la escasez y al alza del precio de los cereales. Nadie, ni siquiera entre las personas peor dispuestas hacia los revoltosos, sugirió, como en Francia en 1775, que los movimientos hubiesen sido provocados por facciones políticas interesadas. Había habido una mala cosecha en 1765, a la cual siguieron otras en 1766 y 1767. La mala cosecha de 1766 fue atribuida por el *Gentleman's Magazine* a que «una buena parte estaba verde, otra parte había sido atacada por el pulgón y el resto invadido por la cizaña». Una semana más tarde, un corresponsal escribió desde East Anglia (normalmente una de las más ricas zonas productoras de cereales en el Reino) que «las cosechas de trigo eran muy malas en Norfolk y Suffolk, malas a un punto desconocido para nosotros y quizá para nuestros antepasados»[12]. El precio del trigo en Cambridge se elevó desde 45 chelines la arroba en Michaelmas (29 de septiembre) en 1765 hasta

50 chelines en 1766 y 60 en 1767 y se mantuvo allí hasta el verano de 1768[13]. En otros mercados sucedió lo mismo.

Pero estas cifras basadas en informes anuales, aun cuando apuntan a las causas generales de inquietud, hacen poco para explicar que súbitamente tantos pequeños comerciantes fueran presa del pánico e inundaran los mercados para buscar reparaciones por medio de la acción común. Para explicar esto debemos examinar los informes mensuales de ciertos mercados, que acusan un alza repentina de los precios —desde un nivel casi normal— a fines del verano de 1766. En Gloucester, por ejemplo, uno de los mayores mercados del oeste del país, el *bushel* de trigo subió desde 5 chelines 9 peniques-6 chelines 1 penique en junio y julio hasta 7 chelines-8 chelines 1 penique en agosto y septiembre; en Tewkesbury se elevó desde 5 chelines-5 chelines 3 peniques hasta 6 chelines 6 peniques-7 chelines (y más tarde hasta 6 chelines-7 chelines 8 peniques) y en Hereford desde 5 chelines 6 peniques-6 chelines hasta 6 chelines 9 peniques-7 chelines (y más tarde hasta 7 chelines 6 peniques - 8 chelines). Mientras tanto, los precios de la manteca, la carne y el queso también subían en espiral: en la feria de Stoubridge, por ejemplo, leemos que el 18 de septiembre «el queso se vendió más caro que nunca»[14]. De manera que parece probable que fuese más bien este súbito aumento durante los meses de verano y de otoño que la severidad del aumento mismo lo que desencadenó las revueltas que, en el transcurso de doce semanas, se extendieron en grandes zonas del oeste del país (Gloucestershire, Wiltshire, Somerset, Devon, Cornwall, Hampshire, Dorset, Hereford, Worcestershire); los condados de Berkshire, Buckingham y Oxford; los de Leicester, Nottingham, Derby, Warwick y Stafford y los condados de East Anglia, Norfolk y Suffolk. Al igual que el sur y el sudeste, el norte —al menos esta vez— no resultó mayormente afectado. Hubo un «desaforado» incidente en Berwick-on-Tweed, en el límite con Escocia a fines de septiembre; pero éste parece haber sido una medida defensiva «a causa de las grandes cantidades de cereal que habían sido compradas para exportación». Una información aparecida en un periódico londinense acerca de revueltas en Carlisle fue

refutada de plano por un corresponsal de Yorkshire. El hecho se explica fácilmente. Mientras que a fines de octubre el precio del trigo en Cambridge oscilaba entre 48 y 50 chelines el *bushel*, en Carlisle varió entre 29 y 36 chelines[15] y por lo general los precios eran inferiores en el norte que en los condados del centro, este y oeste.

Las revueltas parecen haber comenzado en Devonshire en la última semana de julio. El treinta y uno se informó que los pobres se habían levantado cerca de Honiton, se habían apoderado del trigo de los arrendatarios y lo habían vendido en el mercado a 5 chelines 6 peniques el *bushel* (siendo el precio corriente de unos 7 chelines), «pagando sus compras y devolviendo las bolsas a los dueños». Los disturbios se extendieron a Crediton, Ottery, Tipton y Sidbury, donde se destruyeron molinos y se provocaron daños por valor de £ 1.000. En Exeter y en Stoke se quemaron molinos harineros. Para controlar las revueltas, se informó, la clase media acomodada local estaba comprando grandes cantidades de harina y vendiéndola a los pobres a 3½ peniques la libra. Una semana después, los arrendatarios de Barnstaple, en North Devon, fueron obligados a vender su trigo a 5 chelines el *bushel*.

El 7 de agosto estallaron revueltas en Berkshire. En Newbury, el mercado fue invadido por «gran número de pobres» quienes «rompieron las bolsas y esparcieron el grano, tomaron la manteca, la carne, el queso y el tocino y los arrojaron a las calles e intimidaron de tal manera a los panaderos que éstos bajaron inmediatamente el precio del pan 2 peniques en cada pieza de cuatro libras y prometieron rebajarlo la semana siguiente a 8 peniques la arroba». En los molinos harineros vecinos se produjeron daños por valor de £ 1.000.

Siguió a ellas una calma de seis semanas, posiblemente a causa de las soluciones ofrecidas por ciertos arrendatarios y miembros de la clase media y por la lentitud con que algunos mercados reflejaron la creciente escasez de cereales. El siguiente informe es del 23 de septiembre y agrupa no menos de dieciocho desórdenes. En ese momento entraron en escena Somerset, Gloucester, Wiltshire y Worcester. En Bath se produjeron «grandes

daños» en el mercado antes de que las multitudes se dispersaran y en la cercana Beckington, un molinero que había disparado contra dos revoltosos sufrió el incendio de su molino. Gloucestershire fue más afectada aún. En Malmesbury, el pueblo se apoderó del trigo, lo vendió a 5 chelines el *bushel* «y entregó el dinero a los arrendatarios». En Tetbury, una muchedumbre sacó el queso y el tocino de los depósitos y vendió el queso a 3 peniques y el tocino a 4 peniques la libra. En Stroud la tienda de un minorista fue demolida y en Gloucester los principales arrendatarios para evitarse contrariedades, abastecieron el mercado con trigo a 5 chelines el *bushel*. En Hampton se «derribaron» casas y en Lechlade 6 toneladas de queso fueron descargadas de vagones con destino a Londres. Desde Wiltshire se informó que «todo el país se une para apoyar a los revoltosos». Cerca de Trowbridge, capital del condado, una muchedumbre de revoltosos destruyó un molino y se repartió el cereal. En Salisbury, después de un brote preliminar «muy serio» los magistrados acordaron bajar el precio del trigo y evitar así mayores dificultades. En total, cincuenta y un revoltosos en Wiltshire fueron arrestados y acusados de robar tocino, queso, harina, trigo, vino, gansos, zapatos y ropas, destruir cuatro molinos e incendiar parvas[16].

También más al norte, en Worcestershire, los precios fueron reducidos por las revueltas. En Kidderminster, los arrendatarios fueron obligados a vender su trigo a 5 chelines el *bushel* y en Bewdley y Stourbridge (dentro de los límites de Staffordshire), «rebajaron el precio de la manteca, la carne y el trigo». En Cornwall los obreros del estaño de Redruth y St. Austell se unieron al movimiento y «obligaron a los arrendatarios y carniceros a bajar los precios». En Oxford, las muchedumbres incursionaron en los molinos harineros y vendieron la harina en el mercado a precios bajos. Hubo revueltas a causa del queso en Leicester, Newbury, Exeter y Lime de Dorset. En Berkshire estallaron más disturbios y un informante expresó que, el 26 de septiembre,

> Thomas James con un gran número de otros revoltosos se presentaron ante John Lyford, el joven, en Drayton y declararon ser Regula-

> dores que debían bajar los precios de los cereales y juraron que serían castigados si no sacaban el trigo y amenazaron con abrir su granero por la fuerza si él no les franqueaba las puertas, y consecuentemente con lo dicho fueron a la casa de Lyford y exigieron y lograron las llaves del granero, después de lo cual sacaron el trigo...[17].

El siguiente informe se produjo quince días más tarde. El 11 de octubre, los habitantes de Alton de Hampshire se alarmaron tanto al recibir una carta amenazante que, «con gran consternación», consintieron en bajar los precios de los alimentos para los pobres. El 30 de octubre, un solo informe del *Gentleman's Magazine* registra no menos de treinta y tres estallidos aislados desde Devon hasta Wolverhampton en el oeste, hasta Norwich en el este y hasta Derby al norte y Nottingham y Leicester en el centro. Sería tedioso relatar cada incidente, ya que las circunstancias fueron casi siempre las mismas: las mismas incursiones a los molinos harineros en los distritos rurales, iguales invasiones de mercados e idénticas ventas forzosas de trigo y harina a 5 chelines el *bushel*, de pan a 2 peniques (y hasta 1 penique), de manteca a 6 ó 7 peniques, de carne a 2½ peniques y de queso a 2½ ó 3 peniques la libra. Hay variantes ocasionales de esta pauta general, como en Nottingham, donde los revoltosos sólo se apoderaron del queso de los intermediarios «dejando intacto el queso de los arrendatarios»; en Dunnington donde, habiéndoseles ofrecido queso a 2 peniques la libra prefirieron obtenerlo «por nada»; o en Marlow, donde barqueros revoltosos exigieron dinero a los hacendados de la zona y «se intoxicaron con licor» antes de ser encerrados en la cárcel de Reading. Las mayores manifestaciones parecen haber tenido lugar en Nottingham, Derby, Norwich, Birmingham y otras ciudades-mercados de Warwickshire. Podemos citar el ejemplo de Norwich, donde:

> Comenzó una insurrección general cuando se leyó la proclama en el mercado, donde los revoltosos habían apilado toda suerte de provisiones; el molino nuevo, un edificio espacioso que proporciona agua

a la ciudad, fue atacado y destruido; 150 sacos de harina fueron arrojados, uno tras otro, al río. Los libros de cuentas del propietario, el mobiliario, la platería y el dinero fueron sacados a la calle y destruidos; las panaderías fueron saqueadas y destrozadas, un gran depósito de malta incendiado, casas y almacenes destruidos y toda la ciudad sumida en la mayor confusión. Durante esta escena de confusión, los magistrados enviaron citaciones a los encargados de los negocios en sus respectivos distritos para que se reunieran munidos de garrotes a fin de resistir a los revoltosos. El conflicto fue largo y sangriento pero finalmente los revoltosos fueron dominados...[18].

El 15 de noviembre los mineros de Ludlow marcharon hacia el pueblo para «echar abajo» una destilería local. (El Parlamento había prohibido ya destilar el trigo.) Pero éste fue un incidente aislado y, en realidad, hacia fines de octubre las revueltas habían terminado. Los precios, aunque se mantuvieron altos hasta el verano de 1768, tendían ahora a bajar. Sin duda esta disminución se debía en parte a las medidas tomadas tardíamente por el gobierno para asegurar un abastecimiento más abundante. El 26 de septiembre el rey ordenó al Consejo que no se exportara más trigo y poco después se otorgaron licencias para la importación de trigo desde el exterior. También la iniciativa privada desempeñó su papel; hemos visto cómo ciertos magistrados y hacendados respondieron a las revueltas reduciendo el precio del cereal y la harina. Sabemos también que un tal William Hanbury de Kelmarsh en Northamptonshire, habiendo tenido noticia de las revueltas mientras se encontraba en viaje por el extranjero, compró 100.000 arrobas de trigo en Flandes para venderlas en los mercados ingleses a 5 chelines el *buschel*[19]. Pero ésta era sólo una cara de la medalla: también se usó la represión para reprimir las revueltas. Se movilizó a la milicia y al ejército y en algunos pueblos y aldeas los hacendados tomaron sus armas de fuego y a los hombres se les proporcionaron garrotes para poner en fuga a los revoltosos. Uno de ellos fue muerto en Stroud, dos más en Frome

y Beckington y ocho en la ruta a Kidderminster. Hubo varios arrestos en Aylesbury, treinta en Norwich y treinta y cuatro en Derby y noventa y seis personas fueron sometidas a juicio en Gloucester. Fuera de aquellos juzgados y sentenciados en las sesiones de los tribunales ordinarios, muchos fueron juzgados por las comisiones especiales establecidas con ese propósito, cuyo costo se estimó en 100.000 libras, en Berkshire, Norfolk, Wiltshire y Gloucestershire. Tres fueron sentenciados a muerte en Reading, ocho en Norwich y cuatro en Salisbury. En Gloucester, nueve fueron condenados a la horca y siete fueron deportados[20].

La represión parece, por lo tanto, haber sido más severa en Inglaterra que lo que fue en Francia en 1775. Otros paralelos instructivos pueden ser trazados entre estos movimientos. En ambos hubo la misma rápida respuesta a la subida de los precios del pan y del trigo. En ambos, el principal centro de acción fue el mercado y es posible que en Inglaterra, al igual que en Francia, el mercado fuese el principal centro de propalación de las noticias y rumores que circulaban entre los distritos. En ambos, el blanco de la hostilidad de la muchedumbre era el intermediario o el arrendatario aunque, en Inglaterra al menos, el primero lo fue notablemente más que el segundo. En ambos casos, un rasgo central fue la reducción forzosa del precio de los alimentos por medio de revueltas; en Francia, exclusivamente del trigo, la harina y el pan y en Inglaterra frecuentemente del queso, la manteca y el tocino además de los anteriores. De los sesenta incidentes registrados en 1766, por lo menos la mitad (aunque posiblemente más) fueron de esta clase. En Francia, esta *taxation populaire* tomó casi siempre la forma de obligar a los arrendatarios, panaderos y comerciantes a reducir sus precios; en Inglaterra, en la mitad de los casos la multitud misma realizaba las ventas. En ambos casos el precio normalmente determinado de 5 chelines el *bushel* de trigo se asemejaba notablemente al precio francés «justo» de 30 francos el *setier* (o sea 2½ francos el *bushel*). Ello no fue una mera coincidencia. En ambos países, el precio era el que prevalecía en años de buenas cosechas y de abundancia normal y en ambos, la antigua práctica de la intervención

oficial para proteger al pobre contra los precios de hambre había sido abandonada hacía poco: lo suficientemente poco como para que perdurara en la memoria popular y para que muchos magistrados locales siguieran los viejos métodos. Esto fue sorprendentemente evidente en Francia en 1775; y en cuanto a Inglaterra, también allí el espíritu de los antiguos estatutos proteccionistas de los Tudor seguía vivo*.

Las diferencias entre los dos movimientos, aunque no tan notables, son también dignas de tenerse en cuenta. Las revueltas francesas de 1775 actuaron como una «bola de nieve» que desencadenó una serie de erupciones consecutivas de un mercado a otro. Las revueltas inglesas carecieron de esta unidad. Aun cuando tuvieron un origen y un propósito comunes y estuvieron vinculadas en el tiempo, aparecen más bien como una serie de erupciones separadas. Cuando más (y ello sin total certeza) pueden ser reducidas a tres diferentes «focos» de disturbios: los estallidos de la campiña occidental, con un centro situado alrededor de Wilshire extendiéndose hacia el norte hasta Worcester y hacia el sur hasta Devon y Cornwall, hacia el oeste hasta Oxford y Buckingham; un «foco» en East Anglia con su base en Norwich y, finalmente, el foco de las Midlands que alcanzó las ciudades-mercados centrales y septentrionales de Leicester, Nottingham, Birmingham, Derby y Wolverhampton. No obstante, esto es algo hipotético, y las revueltas pueden corresponder más íntimamente a los estallidos aislados acaecidos en Dijon, Metz, Bordeaux y otras ciudades francesas que preconizaron la *guerre des farines* en mayo de 1775 en la región de París y en las provincias adyacentes. Pero existe otra diferencia más importante aún. La composición de los integrantes de las revueltas de 1775 y de 1766 no era la misma. En Francia, fuera de París, se trató sobre todo de campesinos: viñateros, trabajadores rurales y artesanos de las aldeas. En Inglaterra, los individuos más menciona-

* Un ejemplo de fines del siglo XVIII fue el «Speenhamland System» de 1795 (que no fue totalmente abandonado hasta 1834), por el cual los magistrados garantizaban a los pobres un salario que era subvencionado con las limosnas de las iglesias en los casos en que los hacendados no pagaban las contribuciones fijadas.

dos en los informes así como también en la mayoría de los disturbios ingleses del siglo XVIII, eran tejedores, mineros del estaño, obreros de las minas de carbón, barqueros o simplemente «los pobres». Tampoco en Inglaterra los revoltosos demostraron poseer la conmovedora fe de los franceses en el papel protector del monarca: naturalmente, esta clase de fe difícilmente podía ser puesta en un rey constitucional coronado con consentimiento del Parlamento. Todo lo cual sugiere que el movimiento inglés, aunque tradicional, fue de un tipo más refinado que en Francia; pero, sobre todo, ello refleja la diferente etapa de desarrollo social que había sido alcanzada por la campiña inglesa.

Por todo esto, ambos movimientos pertenecen a una tradición popular similar y ambos —cada uno a su manera— son típicos de una forma de protesta social que en Inglaterra perduró (como ya hemos visto) hasta 1847 y en Francia hizo su última aparición durante la revolución de 1848.

Notas

1. G. M. Trevelyan, *England in the Age of Johnson*, Londres, 1920, p. 7.
2. *Annual Register*, IX, 1766, 149. Para mis otros ejemplos véase *Gentleman's Magazine*, 1731-1800; R. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of England in the Eighteenth Century*, Londres, 1945, pp. 19-91; M. Beloff, *Public Order and Popular Disturbances 1660-1714*, Londres, 1938, pp. 77-139; y T. S. Ashton, *An Economic History of England: The Eighteenth Century*, Londres, 1955, p. 227.
3. Principalmente de *Gentleman's Magazine*, 1731-1800; y Wearmouth, *loc. cit.*
4. T. S. Ashton y J. Sykes, *The Coal Industry in the Eighteenth Century*, Manchester, 1929, pp. 116-122.
5. Wearmouth, *loc. cit.*
6. *Gentleman's Magazine*, XXVIII, 591, 22 de diciembre de 1757.
7. T. S. Ashton, *An Economic History of England*, p. 239.
8. D. G. Barnes, *A History of the English Corn Laws from 1660 to 1846*, Nueva York, 1961, p. 13.
9. R. B. Rose, «Eighteenth Century Prices Riots and Public Policy in England», *International Review of Social History*, VI, 1961, pp. 2, 277-292.
10. Wearmouth, *loc. cit.*; Rose, *op. cit.*, págs. 284-285.
11. Public Record Office, T. S. 11/1116/5723, T. S. 11/995/3707; *Gentleman's Magazine*, XXXVI, 385-388, 436, 438, 492-494, 549, 598, agosto-diciembre de 1766; *Annual Register*, IX, 1766, 119, 124-125, 134, 137-140, 150-151.
12. *Gentleman's Magazine*, XXXVI, 389, 27 de agosto de 1766, 415, 2 de septiembre de 1766.
13. T. S. Ashton, *An Economic History of England*, p. 239; *Economic Fluctuations in England 1700-1800*, Oxford, 1959, p. 181.
14. *Gentleman's Magazine*, XXXVI, 296, 344, 392, 436, 440, 496, 552.
15. *Ibid.*, XXXVI, 436, 438, 504.
16. P. R. O., T. S. 11/1116/5723.
17. P. R. O., T. S. 11/995/3707.
18. *Annual Register*, IX, 139.
19. *Gentleman's Magazine*, XXXVI, 599, 30 de diciembre de 1766.
20. *Ibid.*, XXXVI, 598-599, 15 de noviembre; 5, 6 y 18 de diciembre de 1766; *Annual Register*, IX, p. 151; *Gloucester Journal*, 8, 16 y 22 de diciembre de 1766; P. R. O., T. S. 11/995/3707, T. S. 11/1116/5728. De acuerdo con el *Annual Register* a muchos de esos sentenciados a pena capital se les suspendió la sentencia.

3 | La revuelta urbana en el siglo XVIII

Si la revuelta rural estuvo señalada por su sensibilidad al alza de los precios de los alimentos, la revuelta urbana se distinguió por su mayor variedad. Naturalmente, a los habitantes de las ciudades —la mayor parte de los cuales eran obreros— les preocupaba tanto como a los de las aldeas o las ciudades-mercados la provisión de pan abundante y barato. Potencialmente, por lo tanto, la revuelta del hambre era una amenaza constante al orden público tanto en las ciudades grandes como en el campo y, en muchas capitales europeas, las «clases inferiores» o *menu peuple* eran tan propensas a provocar disturbios como protesta contra los precios de hambre en épocas de escasez como por otras causas[1]. Pero las autoridades, que podían llegar a ser tolerantes con los estallidos periódicos de ira popular en los distritos rurales, se inclinaban menos a serlo en las ciudades importantes y, en consecuencia, tendían a limitar tales estallidos tomando medidas especiales para mantener sus despensas llenas. En Londres, las autoridades civiles y los magistrados se aseguraban de que los mercados estuviesen bien provistos, mantenían una estricta vigilancia sobre los precios del trigo y el pan y reducían sus fluctuacio-

nes constantemente, excepto durante los años más pobres. En París se tomaron complicadas medidas para proporcionar trigo a los molineros suburbanos y a los panaderos de la ciudad: en realidad, el trato preferencial otorgado a los parisienses era una fuente constante de irritación para sus vecinos y provocaba frecuentes revueltas entre los encolerizados habitantes de las aldeas que se extendían a lo largo de las rutas de acceso de las mercaderías a la capital[2]. Además, la vigilancia policial de las ciudades grandes, aunque inadecuada según las pautas del siglo XIX, era tomada mucho más seriamente que la de los pueblos de la campiña. Ello era particularmente evidente en París; tanto, que un cronista de comienzos de la década de 1780 escribió que, mientras Londres podría ser sacudida por una seria conmoción civil, en París ello resultaría prácticamente imposible[3]. De una manera u otra, tales medidas parecen haber contenido las revueltas del hambre. En Londres, de todos modos, fueron notablemente exitosas. A Londres no le faltaban por cierto sus revueltas y en ellas, como veremos más adelante, la preocupación por el precio de los alimentos desempeñó a menudo un papel aun cuando hubiera otras cuestiones implicadas de manera más evidente. Pero la revuelta del hambre en su forma inequívoca, tal como la hemos visto en los capítulos 1 y 2, no desempeñó prácticamente papel alguno en las revueltas populares urbanas. Hubo, sin duda, excepciones menores: por ejemplo, durante las revueltas de Wilkite en 1768, entre la multitud que sitió la Cámara de los Lores había algunos que gritaban que «el pan y la cerveza estaban demasiado caros y que tanto daba ser colgados como morir de hambre»[4]. Pero ello se produjo en un año de huelgas y disturbios generales en los cuales los factores políticos desempeñaban un papel tan importante como la preocupación por el precio del pan.

En realidad, Inglaterra se encontraba en este aspecto —como en tantos otros— en una situación bastante singular. Virtualmente había dejado de ser un país agrario y Londres estaba separada de la campiña en su punto más vulnerable por el escudo protector del condado casi urbano de Middlesex. París, por otra parte, estaba rodeada de aldeas y ex-

puesta a la frecuente invasión de comunidades campesinas que llegaban para comprar o vender sus verduras, frutas, cereales, harina y pan en los mercados de la ciudad. De manera que en París, a pesar de las medidas especiales que se tomaban para abastecer y vigilar a la capital, la revuelta del hambre podía importarse desde la campiña vecina. Hemos mencionado ya el caso de mayo de 1775. Naturalmente, esto sólo podía suceder en años de mala cosecha, sequía, granizo o helada o cuando los «acaparadores» copaban, o se creía que habían copado, el mercado. Pero en tales ocasiones todo aquel elaborado sistema se quebraba temporariamente y el pánico en el mercado provocaba súbitas alzas de los precios del trigo y el pan y estallidos de ira y de violencia por parte de la *menu peuple* parisiense. Ello aconteció, por ejemplo, en agosto de 1725, cuando el precio del pan se elevó aún más que durante el año de hambre de 1709 y las revueltas se tornaron tan amenazantes que el ministro responsable fue obligado a renunciar. En septiembre de 1740, el precio del pan de 4 libras subió a 20 *sous* (equivalente del jornal diario de un obrero no calificado); Luis XV fue asediado por gritos de «¡Pan! ¡Pan!»; el cardenal Fleury, su primer ministro, fue agredido por turbas de mujeres y cincuenta prisioneros fueron fusilados en Bicêtre por protestar contra la disminución de su ración diaria de pan. En diciembre de 1752, las revueltas del hambre estuvieron acompañadas de protestas contra el arzobispo de París y en 1775, como ya hemos visto, París conoció su último disturbio de importancia debido a una escasez de alimentos, antes del estallido de la Revolución[5].

No obstante —y a pesar de lo impresionantes que fueron estas manifestaciones— ni siquiera en París la revuelta del hambre fue el tipo predominante de disturbio popular. Hubo otras formas de protesta por medio de las cuales las clases pobres —aun cuando de ninguna manera desafiaran el orden existente— reclamaban mejores condiciones de vida o una mayor justicia social. En julio de 1720, la crisis provocada por las especulaciones financieras del escocés John Law desató revueltas masivas en el barrio comercial: 15.000 personas se reunieron en la Rue

Vivienne, dieciséis murieron pisoteadas por la multitud, el cochero de Law fue linchado y se amenazó con destruir el Palais Royal, residencia del regente. En 1721, se produjo una sucesión de disturbios a causa de la severidad de los castigos infligidos a los empleados domésticos. En una ocasión, una multitud de 5.000 personas se reunió para protestar porque un cochero había sido marcado con un hierro candente, azotado y exhibido en el cepo; hubo cinco muertos y varios heridos. En 1743 en París y nueve años después en Vincennes, estallaron revueltas de protesta contra el sistema de reclutamiento para las milicias. En 1750 un pánico general siguió al arresto de un gran número de niños que fueron rodeados por los *archers* (policías armados) y acusados de vagancia. Existía la creencia muy difundida (y con alguna justificación, ya que ello había ocurrido realmente treinta años antes) de que los hijos de los pobres estaban siendo embarcados rumbo a las colonias. Durante una revuelta que se prolongó una semana, fueron muertos de cuatro a ocho *archers* y, después de que el *parlement* de París hubo dictado sentencia, tres hombres fueron ejecutados en la Place de Grève en medio de violentas escenas de desorden. En esa ocasión se llegó a hablar —hasta tal punto se exaltaron los ánimos— de marchar sobre Versalles para incendiar el palacio real[6].

En esta última ocasión, el marqués d'Argenson, que había presenciado los disturbios, deploró el hecho de que el *parlement*, al ordenar las ejecuciones, hubiese perdido su prestigio entre las gentes del pueblo[7]. El tiempo demostró que sus temores tenían escaso fundamento. En efecto, fue el *parlement* el que —más que ningún otro cuerpo— arrastró al *menu peuple* parisiense a la agitación política y les impartió las lecciones políticas que ellos aplicarían después, en 1789, en contra de sus propios maestros. Aparte de sus funciones judiciales, el *parlement* de París pretendía, según el antiguo uso, ser el guardián de las «libertades» de la nación y cuando gobernaban monarcas débiles o indolentes se negaba a refrendar los edictos reales hasta que sus «demandas» fuesen satisfechas. Se convirtió en el firme campeón de la Iglesia Galicana en contra de los jesuitas y los

ultramontanos; se opuso resueltamente a la bula *Unigenitus* contra la herejía jansenista dentro de la Iglesia y, en nombre de la «libertad» (término que era a menudo sinónimo de «privilegio») se resistió a las tentativas del gobierno de reformar las finanzas inmiscuyéndose en las inmunidades fiscales de la aristocracia y el clero. Pero los magistrados, aunque muy ocupados en salvaguardar sus propios intereses, eran expertos en valerse de las pasiones populares en su guerra contra las pretensiones ultramontanas o el «despotismo» ministerial. Ya en 1727, el *parlement* encabezó un frente común, compuesto por el clero parroquial, la burguesía parisiense, los abogados y la gente del pueblo, contra los jesuitas. La siguiente explosión popular de esta clase sobrevino en 1752, cuando el arzobispo de París fue condenado por el *parlement* y agredido en las calles de la ciudad por haber ordenado que se negara la administración de los sacramentos a las monjas y sacerdotes en trance de muerte que se negaban a hacer formal renuncia de sus creencias jansenistas. Poco después, la batalla política del *parlement* contra el gobierno real, casi latente desde la década de 1720, comenzó nuevamente con violencia. Habiendo estudiado a los «filósofos» (primero Montesquieu y después Rousseau) los magistrados tradujeron sus especulaciones políticas, hasta entonces reservadas a la más refinada sociedad de los *salons*, a un lenguaje inteligible para las gentes de las calles y los mercados y, a lo largo de una prolongada guerra de panfletos, adoctrinaron a los parisienses en el uso de palabras clave como «ciudadanos», «nación», «contrato social» y «voluntad general». Las demandas del *parlement* de 1753, 1763, 1771 y 1776 provocaron una respuesta considerable entre el pueblo. Estos años estuvieron jalonados de disturbios menores en apoyo de los reclamos del *parlement* y los disturbios alcanzaron su punto culminante en vísperas mismas de la Revolución cuando, en 1787 y 1788 grandes manifestaciones de artesanos urbanos y jornaleros de los arrabales expresaron su simpatía con el *parlement* en exilio y aclamaron su retorno a la capital[6, 8].

También en Londres la revuelta típica del siglo XVIII fue o bien una forma de protesta social o una manifestación política, pero más a menu-

do una mezcla de ambas. Fuera de los pleitos industriales*, la protesta social pura, sin matices políticos, era comparativamente rara; probablemente más rara que en París, al menos antes de 1750. Hubo, no obstante, algunos ejemplos: en julio de 1736, el despido de obreros ingleses y el empleo de mano de obra irlandesa más barata provocó violentas revueltas contra los irlandeses en Shoreditch, Spitalfields y Whitechapel y en agosto de 1794, «una multitud compuesta de hombres, mujeres, jóvenes y niños» (para citar uno de los despachos del Lord Mayor) desafió a la milicia y a los guardias durante tres días y atacó y destruyó las «casas-señuelo» —o casas utilizadas para reclutar gente para el ejército— en Holborn, en la capital, en Clerkenwell y en Shoreditch. En ambas ocasiones corrieron siniestros rumores acerca de la actuación de agentes enemigos —en el primer caso partidarios de los Estuardo y en el segundo jacobinos— pero en ninguna de las dos los motivos de las revueltas parecen haber sido otros que los enunciados.

No obstante, en la mayoría de los casos las revueltas londinenses estaban vinculadas a una causa política. Aun cuando no hubo nada semejante a una «turba *tory*» (término usado por algunos historiadores), parece evidente que las influencias *tory* estaban detrás de las revueltas de 1715 y 1716, cuando las muchedumbres londinenses desfilaron por las calles de la capital, de Holborn y Whitechapel, al grito de «High Church y Ormonde», rompieron las ventanas de los partidarios del gobierno y atacaron un templo presbiteriano en Highgate. Pero no era la decadente banda de los políticos *tory* sino el ayuntamiento de la ciudad de Londres quien desempeñaba el principal papel con mayor frecuencia. La City, que se vanagloriaba de su independencia política, se opuso a la política de Westminster y de St. James durante casi todo el siglo y particularmente entre 1730 y 1780; y, al igual que el *parlement* de París, se convirtió en el verdadero maestro político de las «clases bajas» londinenses. Fue la City la que, en 1733, encabezó la campaña en contra del *Excise Bill*, o Ley de impuestos sobre

* Tema discutido en el capítulo 4.

consumos, de Sir Robert Walpole y lo forzó a derogarla, después de que las multitudes londinenses hubieron sitiado el Parlamento y agredido al ministro a los gritos de «¡No más esclavitud, ni impuestos, ni zuecos!» Tres años más tarde, la *Gin Act* de Walpole sufrió el mismo destino y, aunque sancionada por el Parlamento, no pudo ser puesta en vigencia. Esta vez las revueltas fueron sólo una amenaza —en forma de funerales simulados, para celebrar «el solemne velatorio de Madam Geneva»— y finalmente no se produjeron. Lo mismo sucedió en 1753, cuando una combinación de los intereses de la City, los *tories* y los *whigs* opositores, obligó al Ministerio de Pelham, por medio de una agitación de alcance nacional y la amenaza de revueltas en Londres, a derogar su propia ley para facilitar la naturalización de los judíos extranjeros[9]. Hasta entonces, la City había estado aliada, a fin de librar sus batallas políticas, con un grupo de dirigentes *tory* de la oposición: en esa medida, al menos, puede afirmarse que todos estos movimientos, si no eran totalmente *tories*, tenían matices *tories*. Pero ello dejó de ser así después de 1756 cuando, al reclamar la guerra con Francia (y más tarde con España) el Consejo Comunal adoptó a William Pitt como su campeón, lo ayudó a obtener su designación y después de su destitución en 1761 le confirió el privilegio de la City, mientras las «clases bajas» londinenses aclamaban a Pitt y abucheaban y apedreaban al favorito del rey, el conde de Bute. El mismo año, el principal lugarteniente de Pitt en la City, William Beckford, al presentar su candidatura al Parlamento, denunció unidades electorales fraudulentas y abrió con ello el fuego en la campaña de la City en favor de la reforma electoral. Así, nació el radicalismo de la City, que desafió los principios de los dos partidos parlamentarios[10]. Del radicalismo de la City surgió a su vez el movimiento más amplio que se plegó a la causa de John Wilkes; y «Wilkes and Liberty» se convirtió durante una docena de años en el slogan político que unificó las actividades diversas de los comerciantes de la City, los propietarios de Middlesex y los pequeños tenderos, artesanos y obreros de las calles y suburbios londinenses. Después de las revueltas wilkistas se produjo en Londres el último y el mayor de los levantamientos, las revueltas de Gor-

don de 1780 cuando las multitudes, al grito de «Abajo el catolicismo» se apoderaron de las calles durante una semana y causaron enormes daños tanto a la propiedad privada como a la pública. Este último estallido no fue, estrictamente hablando, «político»; pero también en este caso los revoltosos se inspiraron inicialmente —aunque no en cuanto a su conducta— en el sólido y respetable cuerpo de opiniones de la City[11].

Sigamos ahora el mismo procedimiento y examinemos más detenidamente un cierto número de estos episodios londinenses: el estallido antiirlandés de 1736, las revueltas wilkistas de 1768 y las revueltas de Gordon de 1780. A primera vista, parecen tener poco en común. Los disturbios de 1736 comenzaron como una disputa acerca del empleo de la mano de obra irlandesa en las parroquias de Shoreditch y Spitalfields, que se extendió más tarde hasta Whitechapel[12]. En Shoreditch, un tal William Goswell, encargado de la reconstrucción de la iglesia de St. Leonard, había despedido a gran número de sus obreros ingleses —que reclamaban salarios más elevados— y había empleado en su lugar mano de obra irlandesa por la mitad o los dos tercios del pago. Otro motivo de aflicción era que los maestros tejedores tanto de Shoreditch como de las parroquias adyacentes a Spitalfields estaban también empleando gran número de irlandeses. De esta doble irritación surgió una revuelta de dos días en las dos parroquias. Sir Robert Walpole la describió gráficamente en una carta dirigida a su hermano Horacio:

> En la noche del lunes (26 de julio) un gran número de personas se reunió desordenadamente en Shoreditch, cerca de Spitalfields. Se quejaban de que los irlandeses los estaban dejando sin trabajo y reduciendo al hambre y gritaban *¡Abajo los irlandeses!*, etc. Pero esa noche no eran todavía demasiado numerosos y se dispersaron sin causar daños... En la noche del martes volvieron a reunirse y hacia las siete se creía que llegaban a 2.000. Se tornaron entonces más violentos; atacaron una posada frecuentada por irlandeses y atendida por un irlandés, derribaron las puertas y rompieron las ventanas

y estuvieron a punto de destrozar la casa. Otra posada del mismo tipo sufrió igual suerte. Para entonces (los lugares atacados estaban dentro de la jurisdicción de la City) el Alcalde y el Delegado del Distrito se reunieron a fin de dispersarlos. Se leyó una proclama pero la turba, completamente indiferente a ella, aumentaba a cada momento hasta que llegó a sumar más de 4.000...

Ante la aparición de los Guardias la turba se retiró, desplazándose de una calle a otra y no ofreció resistencia, de manera que hacia el amanecer se habían dispersado todos. Durante todo el miércoles las cosas estuvieron muy tranquilas pero a la noche las turbas volvieron a reunirse en gran número. Pero la milicia del Distrito, que había sido convocada, marchó sobre ellos; al igual que la noche anterior, la turba se retiraba antes de que llegara la milicia y no ofrecía la menor resistencia... y así, se dispersaron antes de la mañana[14].

Walpole creía que esto había sido «el fin de este desorden», pero era demasiado confiado. Los primeros revoltosos se unieron con otros y la noche del 30 de julio atacaron viviendas y tabernas irlandesas en Goodman's Fields y Rosemary Lane, en Whitechapel. Comparados con casos posteriores, los daños fueron relativamente leves: las casas de una docena de víctimas —incluyendo a Austin Allen del *Gentleman and Porter* en Leman Street— fueron «destruidas»; las celosías y las ventanas de la casa de John Walden, posadero de *Bull and Butcher* en Cable Street fueron destrozadas mientras que a Ann Pool le robaron una pierna de cordero y dos jarretes de pierna de carnero. Las revueltas tuvieron repercusión en otros distritos, según nos informa una nota aparecida en el *Gentleman's Magazine* el 19 de agosto:

Las turbas se levantaron en Southwark, Lambeth y Tyburn-road y se encargaron de interrogar a las personas si estaban de parte de los ingleses o de los irlandeses, pero no cometieron violencia; varios Escuadrones de Granaderos a Caballo dispersaron a las Turbas, que

estaban reuniéndose en la carretera de Ratcliff, con intención de destruir las casas de los irlandeses[14].

Pero éste fue prácticamente el fin de la cuestión. Hacia el 20 de agosto, se habían hecho nueve prisioneros, de los cuales cinco fueron juzgados más tarde en Old Bailey; y Sir Robert Walpole escribió a Horacio que «los tumultos y desórdenes han llegado casi a su fin; el ingenio de los jacobitas no fue capaz de convertir este incidente verdaderamente irlandés en una confusión más general»[15].

Las revueltas wilkistas de las décadas de 1760 y 1770 —de las cuales las de 1768 fueron las más importantes— pertenecieron a una clase muy diferente. No sólo fueron políticas, como jamás llegaron a serlo las de 1736, sino que abarcaron muchos años y se inspiraron en un único tema unificador. Ello se debió en parte a la extraordinaria carrera y a la personalidad de John Wilkes y en parte a las pasiones políticas que surgieron durante los primeros años del reinado de Jorge III. Todo comenzó cuando Wilkes, que había sido enviado a la Torre de Londres por difundir libelos en contra del rey, fue liberado por orden del Juez Jefe de la Corte de Westminster Hall, en mayo de 1763; su liberación fue saludada con el grito: «Wilkes and Liberty!» (¡Wilkes y Libertad!), que se convirtió durante doce años en el lema de sus partidarios. Ese mismo año, cuando el Parlamento ordenó que el ofensivo periódico de Wilkes, el *North Briton*, fuese solemnemente quemado frente al Royal Exchange, las «clases bajas» de los ciudadanos londinenses arrojaron desperdicios contra los administradores del condado y se negaron a permitir que el verdugo cumpliera su cometido. Wilkes, sin embargo, se vio obligado a buscar refugio en París, fue expulsado del Parlamento y declarado fuera de la ley. A su regreso, en 1768, fue elegido representante por los propietarios agrícolas de Middlesex; su victoria fue saludada con tumultuosas revueltas en Londres y en Westminster donde, durante dos días, las fuerzas de la ley y del orden no pudieron restablecer la calma. El embajador de Austria fue sacado violentamente de su coche y todas las luces

y ventanas del palacio del Lord Mayor fueron destrozadas, al igual que las ventanas de todos aquellos que se negaron a «apagar las luces para Mr. Wilkes». Habiéndose negado a cumplir su proscripción, Wilkes fue confinado en la prisión real; sus inmediaciones se convirtieron, durante dos semanas íntegras, en escenarios de más revueltas, que culminaron el 10 de mayo de 1768 en la «masacre» de St. George's Fields, cuando los guardias dispararon contra una gran multitud que rodeaba la prisión, matando a once personas e hiriendo a otras doce.

En marzo de 1769, cuando Wilkes estaba aún en prisión, sus partidarios dispersaron una cabalgata de comerciantes de la City, que pretendían presentar una declaración de «dealtad» a Jorge III; sólo un puñado de ellos, y bastante maltrechos, pudieron llegar a St. James' Palace. Otras ruidosas celebraciones acompañaron el cumpleaños de Wilkes, su derrota de Luttrell en Middlesex (después de una segunda expulsión del Parlamento) y su liberación en abril de 1770. Imposibilitado de ocupar su asiento en la Cámara de los Comunes, se lanzó entonces a la política de la City y, como regidor Alderman, desempeñó un importante papel en la gran batalla librada en 1711 entre la City y la Cámara de los Comunes acerca de la publicación de los debates parlamentarios en la prensa[16]. Durante el transcurso de la disputa el Lord Mayor, Brass Crosby, fue enviado a la Torre y enormes multitudes se manifestaron en las proximidades del Parlamento, asaltaron a los partidarios del gobierno y saludaron al mismo Jorge III con gritos de «¡Sin el alcalde, no queremos al rey!». Tres años más tarde, la elección de Wilkes como Lord Mayor fue saludada con una salva final de vidrios rotos en la ciudad de Londres. Fue la última revuelta wilkista. Ese mismo año, se le permitió ocupar su lugar en el Parlamento y gradualmente fue perdiendo contacto con «las clases inferiores» de Londres[17].

Cuatro años después del último disturbio wilkista, el Parlamento sancionó la *Catholic Relief Act* (Ley de amnistía para los católicos), que levantó muchas de las restricciones impuestas a los miembros de la Iglesia Católica Romana. No fue una medida radical, y atravesó las dos Cá-

maras sin suscitar disputas. Pero la tentativa de aplicarla en Escocia se encontró con una enconada resistencia, y después de violentas revueltas en Edimburgo y en Glasgow, debió ser abandonada. La resistencia se extendió entonces hacia el sur. En Londres una Asociación Protestante se dedicó a organizar una campaña en contra de la ley. Lord George Gordon, presidente de la Asociación, presentó una petición que reunió 60.000 firmas y el 2 de junio de 1780 habló ante una vasta audiencia en St. George's Fields, antes de dirigirse en coche a Westminster, seguido de sus partidarios, que marchaban en ordenados contingentes que, según se dijo, estaban formados por «los más distinguidos comerciantes». Cuando el Parlamento, alarmado por la multitud de manifestantes que sitiaba sus proximidades, se negó a considerar la petición, se desencadenó el tumulto. Una parte de la multitud se trasladó hasta las cercanas capillas privadas pertenecientes a las embajadas de Sardinia y Bavaria, las saquearon y quemaron su contenido en las calles. A ello siguió una semana de violencia en las ciudades de Westminster y Londres y en Spitalfields, Wapping, Bermondsey y Southwark, en el transcurso de la cual las capillas, escuelas, viviendas y posadas católicas, así como también las casas de los partidarios del gobierno y de la oposición fueron dañadas o destruidas, media docena de prisiones fueron incendiadas y los reclusos liberados; también se realizaron asaltos a Blackfriars Bridge (asiento de un monasterio dominicano) y al Banco de Inglaterra. En el apogeo de los desórdenes, la noche del 7 de junio, Londres apareció a los ojos de los espectadores como un mar de llamas. «Recuerdo» escribió Horace Walpole el día 8, «la *Excise Act* y la *Gin Act* y los rebeldes de Derby y el interludio de Wilkes y los franceses de Plymouth, o tendría muy mala memoria; ¡pero nunca, hasta anoche, había visto a Londres y a Southwark en llamas.»[18] Recién al séptimo día, después de que 100 casas fueron dañadas o «echadas abajo» por valor de más de £ 100.000, el ejército pudo controlar la situación. El precio fue elevado: 285 revoltosos habían resultado muertos y otros 173 heridos. Lord George Gordon fue encerrado en la Torre antes de ser juzgado y absuelto del cargo de alta

traición. Algunos de sus seguidores fueron menos afortunados. De 450 prisioneros, 160 fueron sometidos a juicio y de ellos, veinticinco fueron colgados y otros doce encarcelados. Tales fueron las revueltas de Gordon, tal vez las más violentas y las más salvajemente reprimidas de la historia de Inglaterra[19].

He dicho que estos movimientos pueden, aparentemente, tener poco en común; pero en algunos aspectos, todos ellos se ajustan a la pauta común de las revueltas urbanas del siglo XVIII. Primero, con respecto a los métodos de los revoltosos. En los tres episodios (si limitamos nuestra descripción de las revueltas wilkistas a las de 1768), ellos actuaron en bandas errantes, que marchaban (o corrían) a través de Shoreditch, la ciudad de Londres, Westminster o Southwark, reuniendo fuerzas en el camino; por lo general eran habitantes de la zona, perfectamente reconocibles para los posaderos y otros testigos locales. Estas bandas estaban frecuentemente «capitaneadas» por hombres que gozaban de una autoridad temporaria, como Tom el barbero, que guió un contingente en Goodman's Field en julio de 1736 o Thomas Chaplin, un maestro cochero que dirigió una colecta de dinero «para la Turba de los pobres», en Great Russell Street durante las revueltas de Gordon. Además, dirigentes similares fueron descriptos a la policía durante la revuelta wilkista de marzo de 1768. Estos hombres pueden también haber inventado para sus seguidores los lemas del día: «¡Abajo los irlandeses!» en 1736, «¡Wilkes y libertad!» en 1768 y «¡Abajo el Papismo!» en 1780. Y quizá fueran también ellos los poseedores de «listas» de casas que habrían de ser «echadas abajo» o cuyas ventanas debían ser destrozadas. Ya fuese que aquellas «listas» existiesen en realidad, o que fueran meros productos de la imaginación de los informantes (yo no encontré ninguna entre los expedientes judiciales), lo cierto es que algunas casas eran elegidas para ser víctimas de un trato especial. Por medio de estos métodos de acción directa se produjeron considerables daños, como ya hemos dicho; pero es también importante destacar que estos daños fueron estrictamente discriminatorios y que estuvieron dirigidos contra blancos

cuidadosamente seleccionados. Durante las revueltas de Gordon se tuvo especial cuidado de evitar perjuicios a las propiedades vecinas*, y toda vez que se dañaron blancos equivocados ello se debió más al viento que a las intenciones de los revoltosos. La violencia era también discriminatoria en otro sentido: se limitó a la propiedad y es notable advertir que, de las vidas perdidas en 1780, todas estuvieron del lado de los revoltosos y ninguna del de sus víctimas.

Tampoco fueron los revoltosos, en ninguna de estas ocasiones, los «elementos criminales», la gentuza o «la población de los barrios bajos» que imaginaron aquellos historiadores que han recogido su información de los prejuiciosos relatos de los observadores contemporáneos. Un informante anónimo de 1780 proporcionó la siguiente descripción de los revoltosos de los disturbios de Gordon:

> 200 destructores de casas, con herramientas;
> 550 rateros;
> 6.000 de todas clases;
> 50 hombres que... les ordenan lo que deben hacer; éstos sólo aparecen de noche.

Pero, a pesar de toda su aparente autenticidad, esta descripción resulta ser en gran medida fantasiosa. Según las declaraciones de las personas juzgadas en Old Bailey, en Southwark y en las cortes de Surrey, podemos tener casi la certeza de que los revoltosos constituían un excelente corte transversal de la población obrera de Londres: uno de cada tres de los juzgados eran obreros: jornaleros, aprendices, mozos, empleados domésticos y peones; un número menor eran pequeños empleadores, artesanos o comerciantes. En las revueltas antiirlandesas de 1736, tal como era de esperar según su naturaleza y su origen, los obre-

* Mientras los edificios que estaban marcados para ser destruidos eran «echados abajo», sus contenidos se quemaban en la calle.

ros formaban una proporción aún mayor, mientras que en 1768 las revueltas wilkistas parecen haber estado constituidas por una mezcla similar de obreros, pequeños empleadores y artesanos independientes. Estos elementos, aunque rara vez aparecen en las listas de los propietarios contribuyentes de los fondos parroquiales para los pobres, casi nunca eran vagabundos, por lo general no tenían antecedentes delictivos, por lo común tenían residencias estables y tendían más bien a ser obreros «respetables» que habitantes de los barrios bajos o los más pobres de entre los pobres. Y es también un hecho sorprendente que las partes más revoltosas de Londres, no sólo en estas ocasiones sino también en otras, no fueron los barrios populosos de St. Giles-in-the-Fields o las sombrías callejuelas de Holborn sino los distritos populares más sólidos y respetables de la ciudad, la Strand, Southwark, Shoreditch y Spitalfields.

Otros vínculos en común entre estos grupos de revoltosos pueden encontrarse en los motivos que los impulsaron. Evidentemente, los objetivos visibles de estas revueltas fueron muy diferentes en cada caso; en 1736, evitar el empleo de mano de obra irlandesa más barata; en 1768, celebrar el regreso de Wilkes al Parlamento; en 1780, obligar al Parlamento a derogar la *Catholic Relief Act;* y estos objetivos no sólo fueron abiertamente proclamados sino suficientemente genuinos. Pero en estas cuestiones, los motivos (y discutimos este punto más extensamente en el capítulo 14) son por lo general complejos y de ninguna manera simples: en este sentido, el motivo subyacente puede ser aún más digno de atención que el más evidentemente visible. Por el momento, podemos descartar el cargo frecuentemente repetido de que había una «mano oculta» —fuese la de los jacobinos, la High Church o los agentes franceses o americanos— detrás de tales revueltas. También tendremos ocasión de discutir esto más adelante. Lo que nos interesa aquí son los intereses genuinos de la muchedumbre misma. Evidentemente, estas multitudes sentirían el aguijón del hambre en tiempos de escasez y, en momentos de tensión social, podían desear ajustar cuentas con

cuidadosamente seleccionados. Durante las revueltas de Gordon se tuvo especial cuidado de evitar perjuicios a las propiedades vecinas*, y toda vez que se dañaron blancos equivocados ello se debió más al viento que a las intenciones de los revoltosos. La violencia era también discriminatoria en otro sentido: se limitó a la propiedad y es notable advertir que, de las vidas perdidas en 1780, todas estuvieron del lado de los revoltosos y ninguna del de sus víctimas.

Tampoco fueron los revoltosos, en ninguna de estas ocasiones, los «elementos criminales», la gentuza o «la población de los barrios bajos» que imaginaron aquellos historiadores que han recogido su información de los prejuiciosos relatos de los observadores contemporáneos. Un informante anónimo de 1780 proporcionó la siguiente descripción de los revoltosos de los disturbios de Gordon:

> 200 destructores de casas, con herramientas;
> 550 rateros;
> 6.000 de todas clases;
> 50 hombres que... les ordenan lo que deben hacer; éstos sólo aparecen de noche.

Pero, a pesar de toda su aparente autenticidad, esta descripción resulta ser en gran medida fantasiosa. Según las declaraciones de las personas juzgadas en Old Bailey, en Southwark y en las cortes de Surrey, podemos tener casi la certeza de que los revoltosos constituían un excelente corte transversal de la población obrera de Londres: uno de cada tres de los juzgados eran obreros: jornaleros, aprendices, mozos, empleados domésticos y peones; un número menor eran pequeños empleadores, artesanos o comerciantes. En las revueltas antiirlandesas de 1736, tal como era de esperar según su naturaleza y su origen, los obre-

* Mientras los edificios que estaban marcados para ser destruidos eran «echados abajo», sus contenidos se quemaban en la calle.

ros formaban una proporción aún mayor, mientras que en 1768 las revueltas wilkistas parecen haber estado constituidas por una mezcla similar de obreros, pequeños empleadores y artesanos independientes. Estos elementos, aunque rara vez aparecen en las listas de los propietarios contribuyentes de los fondos parroquiales para los pobres, casi nunca eran vagabundos, por lo general no tenían antecedentes delictivos, por lo común tenían residencias estables y tendían más bien a ser obreros «respetables» que habitantes de los barrios bajos o los más pobres de entre los pobres. Y es también un hecho sorprendente que las partes más revoltosas de Londres, no sólo en estas ocasiones sino también en otras, no fueron los barrios populosos de St. Giles-in-the-Fields o las sombrías callejuelas de Holborn sino los distritos populares más sólidos y respetables de la ciudad, la Strand, Southwark, Shoreditch y Spitalfields.

Otros vínculos en común entre estos grupos de revoltosos pueden encontrarse en los motivos que los impulsaron. Evidentemente, los objetivos visibles de estas revueltas fueron muy diferentes en cada caso; en 1736, evitar el empleo de mano de obra irlandesa más barata; en 1768, celebrar el regreso de Wilkes al Parlamento; en 1780, obligar al Parlamento a derogar la *Catholic Relief Act;* y estos objetivos no sólo fueron abiertamente proclamados sino suficientemente genuinos. Pero en estas cuestiones, los motivos (y discutimos este punto más extensamente en el capítulo 14) son por lo general complejos y de ninguna manera simples: en este sentido, el motivo subyacente puede ser aún más digno de atención que el más evidentemente visible. Por el momento, podemos descartar el cargo frecuentemente repetido de que había una «mano oculta» —fuese la de los jacobinos, la High Church o los agentes franceses o americanos— detrás de tales revueltas. También tendremos ocasión de discutir esto más adelante. Lo que nos interesa aquí son los intereses genuinos de la muchedumbre misma. Evidentemente, estas multitudes sentirían el aguijón del hambre en tiempos de escasez y, en momentos de tensión social, podían desear ajustar cuentas con

aquellos más prósperos y favorecidos que ellos. En realidad, los motivos económicos inmediatos parecen haber desempeñado un cierto papel en algunos de estos disturbios, aunque no en todos. En julio de 1736, el precio de la arroba de trigo en Londres subió bruscamente desde 20-25 chelines (precio de junio) hasta 26-36 chelines. Entre marzo y mayo de 1768, los precios del trigo y del pan eran altos, pero lo habían sido durante muchos meses y, por otra parte, en junio de 1780 los precios eran bajos tal como lo habían sido durante cierto tiempo*. De manera que en los primeros dos casos el temor del hambre puede haber sido un incentivo para las revueltas mientras que ello parece improbable en el tercero.

Quizás un elemento más constante que el hambre sea una hostilidad de clase de los pobres contra los ricos. No existen pruebas de ello en las revueltas de 1786, aunque el hecho puede estar implícito en la observación hecha un mes después de las revueltas irlandesas por uno de los agentes de Walpole: «Es evidente que existe un gran descontento y murmuración entre las Turbas de la Ciudad». Pero aparece más explícitamente en nuestros otros dos ejemplos. En marzo de 1768, los partidarios de Wilkes celebraron su ingreso en el Parlamento destrozando las ventanas de las damas y los caballeros elegantes y opulentos con alegre naturalidad y no hicieron distinción alguna —al elegir sus víctimas— entre los miembros del gobierno y los de la oposición. Esta decisión de ajustar cuentas con los ricos está puesta de manifiesto de manera más sorprendente aún en las revueltas de Gordon. Los revoltosos proclamaron abiertamente su hostilidad hacia los católicos, sin distinción; pero resultó que los católicos cuyas casas fueron atacadas no fueron los que vivían en los distritos católicos más densamente poblados (ya se tratase de St. Giles-in-the-Fields, Saffron Hill o las parroquias del puerto del

* Los precios del trigo y del pan están tomados del *Gentleman's Magazine*. En Londres, los precios del trigo eran elevados y estaban considerablemente por encima del término medio (aunque fluctuando menos violentamente que en los mercados de otros países) en 1736, 1740, 1756-1757, 1766-1768, 1772-1773, 1775, 1777 y 1793-1795.

este de Londres) sino en las zonas residenciales más elegantes del oeste; y no fueron los artesanos o los obreros católicos —hombres semejantes a ellos mismos— los que llamaron la atención de los revoltosos sino los caballeros, fabricantes, comerciantes y posaderos. Tal evidencia de discriminación social podría ser también encontrada, si se la buscara, en otras revueltas urbanas de la época.

Otro elemento común entre la población «turbulenta» de Londres, advertida también por el Dr. Hobsbawm en el caso de otras ciudades europeas[20] fue la hostilidad hacia los extranjeros, o un tipo militante de chauvinismo. «Extranjeros», en este sentido, incluiría tanto a los escoceses e irlandeses como a los franceses, españoles, judíos y católicos. Tales sentimientos son evidentes en la frecuente proclamación de las «libertades» del inglés libre y en la hostilidad hacia la «esclavitud» y hacia «el catolicismo y los zuecos». Por supuesto, se asociaba fácilmente a los irlandeses con los católicos, tal como sucedió más de una vez durante las revueltas de Gordon. Los franceses y los españoles, además de ser católicos, eran el enemigo tradicional y por lo tanto un blanco obvio del disgusto popular. En junio de 1780, leemos que un portugués (tomado posiblemente por español) fue asaltado por ser un «hereje extranjero». El caso de los escoceses era algo diferente y aquí la hostilidad, aunque intensa durante un tiempo, se prolongó menos. Ello se debió en gran parte, sin duda, a la prolongada vinculación de Escocia con una causa jacobita extraña: en realidad, la última de las cabezas jacobitas y escocesas de los «cuarenta y cinco» todavía en 1772 hacía muecas desde su altura en Temple Bar. Esta antipatía fue particularmente violenta a comienzos de la década de 1760, cuando el impopular Bute se convirtió en el favorito de Jorge III, y fue hábilmente explotada por Wilkes y los radicales de la City. Pero parece haber terminado hacia 1780, porque Lord George Gordon, el nuevo héroe popular del momento, era escocés y fueron los escoceses los que dieron el ejemplo a los ingleses en materia de «echar abajo» escuelas y capillas católicas. No obstante, en ese momento Inglaterra estaba en guerra con Francia y España

y el chauvinismo londinense pudo desahogar su bilis —hecho que de ninguna manera fue privativo de las revoltosas «clases bajas»— a costa de los católicos, fuesen irlandeses, franceses o ingleses. Aunque algunos de estos antagonismos tendieron a disminuir, otros sobrevivieron para servir de incentivo a futuras revueltas. La francofobia fue uno de ellos: reaparece en los disturbios ingleses llamados «de la Iglesia y el Rey» en la década de 1790* y revive en las guerras francesas revolucionarias y napoleónicas[21].

En resumen, la revuelta urbana del siglo XVIII fue motivada por cuestiones mucho más variadas que la revuelta campesina. Pero bajo la superficie había elementos comunes, tanto en los métodos como en los motivos y «creencias generalizadas» de sus participantes. Y fue esto, aún más que las cuestiones mismas, lo que le confirió una identidad peculiar y distinta.

* Véase capítulo 9.

Notas

1. Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, «The City Mob», pp. 10-16.
2. Véase L. Cahen, «La question du pain à Paris a la fin du XVIII siecle», *Cahiers de la Revolution française*, n.° 1, 1934, 51-76; y R. C. Cobb, *Les armées révolutionnaires*, 2 vols., Paris y La Haya, 1961-1963, II, 370-381.
3. L. S. Mercier, *Tableau de Paris*, 12 vols., Amsterdam, 1783, VI, 22-25.
4. Véase mi *Wilkes and Liberty: A Social Study 1763 to 1774*, Oxford, 1962, p. 53.
5. Véase mi *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 22-24.
6. Para los disturbios del siglo XVIII en Paris, véase *Journal et mémoires du Marquis d'Argenson*, vols. I-IX; E. J. F. Barbier, *Journal historique et' anecdotique du regne de Louis XV*, vols. I-IV; D. Mornet, *Les origines intellectuelles de la Revolution française*, Paris, 1933, pp. 43, 444-448, 498-499; M. Rouff, «Les Mouvements populaires», en *La vie parisienne au XVIII siecle*, Paris, 1914, pp. 263-292.
7. D'Argenson, *op. cit.*, VI, 241.
8. Para las revueltas de Paris de 1787 y 1788 véase mi *The Crowd in the French Revolution*, pp. 29-33.
9. Para el primero de estos dos episodios véase mi articulo «'Mother Gin' and the London Riots of 1736», *The Guildhall Miscellany*, n.° 10 (septiembre de 1959), y para el segundo véase Thomas W. Perry, *Public Opinion, Propaganda and Politics in Eigteenth-Century England: a Study of the Jew Bill of 1753*, Cambridge, Mass., 1962.
10. Lucy S. Sutherland, *The City of London and the Opposition to Government, 1768-1774*, Londres, 1959.
11. Para una síntesis de estas revueltas y el detalle de sus causas, véase mi *Wilkes and Liberty*, pp. 13-14. Para las revueltas de 1736, 1763-1774 y 1780 véanse las referencias 9, 17 y 19.
12. Véase mi articulo «Mother Gin».
13. Archidiácono William Coxe, *Memoirs of the Life and Administration of Sir Robert Walpole*, 3 vols., Londres, 1798, III, 348-349.
14. *Gentleman's Magazine*, VI, 1736, 484.
15. Coxe, *op. cit.*, III, 357.
16. Véase Peter D. G. Thomas, «John Wilkes and the Freedom of the Prees (1771)», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, mayo de 1960, pp. 86-98.
17. Véase mi *Wilkes and Liberty*, pp. 26-27, 33-34, 41-56, 62-66, 155-165, 168-171 y 191-192.
18. *The Letters of Horace Walpole, Earl of Oxford*, ed. P. Cunningham, 9 vols., Londres, 1891, VII, 388.

19. Véase mi artículo «The Gordon Riots: A Study of the Rioters and Their Victims», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, VI, 1956, 93-114.

20. Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 112-113.

21. Para una información más completa de estos y otros factores similares, véase mi artículo «The London 'Mob' of the Eighteenth Century», *The Historical Journal*, II, i, 1959, 1-18.

4 | Las disputas laborales en la Inglaterra del siglo XVIII

Hemos visto en capítulos anteriores que en el siglo XVIII la forma típica y siempre recurrente de protesta social fue la revuelta y que en las revueltas inglesas fueron los obreros quienes más activamente estuvieron comprometidos. Hemos advertido, en particular, con cuánta frecuencia los obreros industriales —mineros de Kingswood, obreros de los astilleros del Tyneside, obreros de las minas de estaño de Cornwall, tejedores de seda de Spitalfields y tejedores de lana de Norwich, Yorkshire y los condados occidentales— tomaron parte en tales sucesos. Pero estos trabajadores, aunque más propensos en épocas de escasez a buscar reparación en los comerciantes de granos y molineros que en sus propios empleadores, se vieron también en ocasiones envueltos en disputas puramente laborales. En los tiempos modernos tales disputas toman por lo general la forma de un simple abandono del trabajo y aunque los «rompehuelgas» puedan ser tratados severamente, poco se hace para intimidar a los empleadores, perjudicarlos físicamente o dañar sus propiedades. Aun en el siglo XVIII, tales procedimientos pacíficos, aunque relativamente poco frecuentes, no estuvieron del todo ausentes. En 1750 los transportadores

de carbón de Newcastle y en 1751 los sastres londinenses, paralizaron el trabajo en demanda de mejor pago y aunque ambas disputas se prolongaron varias semanas, en ninguno de los dos casos la huelga estuvo acompañada de violencia o disturbios. En Manchester, en 1753 y 1758, hubo dos movimientos notablemente «modernos»: en el primero, los carpinteros y ebanistas seguidos por los albañiles y sus jornaleros paralizaron el trabajo en demanda de mejor pago; y en el segundo, 10.000 trabajadores dejaron caer las herramientas, obligaron a sus compañeros más reticentes a unírseles y reunieron fondos para pagar la defensa de sus dirigentes presos.

En 1765, las etapas iniciales de la gran huelga minera de los yacimientos de carbón del noreste —que paralizó la exportación y dejó a 100.000 mineros y marineros sin trabajo— fueron también de índole pacífica.

Tales movimientos, como todas las disputas industriales, tendieron a tornarse más frecuentes con la revolución industrial, en los últimos años del siglo. En 1792, leemos, hubo huelgas similares de los alfareros de Staffordshire, los cordeleros de Nottingham, los zapateros de Londres y Nottingham y los marineros de Shields e Ipswich, mientras que la primera gran huelga de obreros fabriles, organizada sobre pautas casi modernas, fue la de los hilanderos de algodón de Manchester en 1810, en la cual participaron varios miles de hombres, distribuyéndose el pago de la huelga, que ascendió a 1.500 libras por semana[1].

Otra forma de agitación industrial pacífica fue la petición, dirigida al Parlamento, a los magistrados o al Rey mismo. Esto siguió siendo una práctica bastante común mientras subsistió el recuerdo —si no la práctica— del antiguo Estatuto de los Artesanos isabelino, que establecía que los salarios fuesen determinados por los jueces de paz de los condados. En 1721 fue en respuesta a tales representaciones que el Parlamento autorizó a los magistrados a regular horas y salarios en el gremio de los sastres. En 1764, los oficiales de sastre peticionaron ante los jueces de Middlesex un incremento en sus salarios y obtuvieron una pequeña

concesión. En 1768, año de precios elevados y grandes disputas laborales en Londres, no sólo los sastres sino también los vidrieros, toneleros y marineros se reunieron para presentar sus diversas peticiones al Parlamento. Algunos marineros marcharon hacia el palacio de St. James «con banderas desplegadas, redoblando sus tambores y haciendo sonar sus pífanos» y peticionaron ante Jorge III; otros, un grupo de 5.000 a 15.000 personas, marcharon hacia la Cámara de los Comunes en Palace Yard, dejaron su petición, «presentaron sus saludos» y luego se dispersaron. Dos mil sastres siguieron el ejemplo y solicitaron al Parlamento un nuevo aumento de salarios; habiendo recibido algunas palabras alentadoras, «se retiraron rápida y pacíficamente». Cinco años más tarde encontramos un movimiento combinado de los gremios de Londres, similar a éste: ese año, los tejedores de seda, los cargadores de carbón, los barqueros, los carreteros y los estibadores elevaron peticiones al rey. Esta vez los magistrados, temiendo al desorden, prohibieron la marcha; pero los tejedores recibieron finalmente ciertos beneficios: sus salarios fueron aumentados y, como veremos, se diseñó para el futuro un sistema de arbitrio[2]. Pero tales métodos eran, por su naturaleza misma, más apropiados para la capital que para las provincias o podían —como la huelga pacífica— ser utilizados más fácilmente por los sindicatos más capacitados o mejor organizados o al menos por aquellos más capaces de encontrar apoyo en el Parlamento. No obstante, los sindicatos o «combinaciones» fueron expresamente prohibidos por una Ley del Parlamento: entre los sastres en 1721 y 1767; entre los obreros de la madera en 1726; entre los trabajadores de la seda, el hilo, el algodón, la pana, el hierro y el cuero en 1749 y finalmente de manera universal por la famosa *Combination Act* (o Ley de Sindicatos) de 1799. En tales condiciones, agremiarse era una aventura riesgosa. Los sindicatos eran por lo general secretos o disfrazados, esporádicos y de corta vida. Las formas más estables y permanentes de organización sólo podían ser intentadas (como en realidad lo fueron) por obreros capacitados y relativamente bien pagados tales como sastres, curtidores, sombrereros, cardadores,

cesteros, fabricantes de cepillos y estampadores de tejidos[3]. Además, con el antiguo sistema doméstico y de talleres pequeños imperante antes de la revolución industrial, los obreros trabajaban por lo general en grupos pequeños y encontraban difícil concertar sus esfuerzos excepto en momentos de agudas dificultades por el alza de los precios o por una súbita declinación del trabajo.

Para estos trabajadores, el arma más apropiada para hacer escuchar sus demandas no parecía ser ni la huelga pacífica ni la morosa petición al Parlamento. Por lo tanto, los actos de violencia tendieron a convertirse en la regla más que en la excepción y las disputas gremiales comenzaron a desembocar en revueltas. Para coaccionar a su empleador, el trabajador recurriría, en ciertas ocasiones, a unirse con sus compañeros para «echar abajo» su casa o perjudicarlo en sus negocios destruyendo su taller, mina o molino. Así, en diciembre de 1738, los tejedores y esquiladores de Wiltshire, en el transcurso de una de las más violentas y prolongadas de sus numerosas disputas, lograron imponer sus condiciones a los pañeros después de complicarse en vastas revueltas y de atacar las casas de sus víctimas y destruir sus propiedades. De la misma manera, en 1739 en Londres, los obreros del tejido se reunieron en gran número frente a la casa de un maestro tejedor en Spital Square y trataron de destruirla antes de que se leyera la *Riot Act* (Ley de revueltas) y fuesen dispersados por los guardias. En febrero de 1744, leemos en el *Gentleman's Magazine:* «una turba de Fabricantes de Clavos, compuesta de varios Miles, habiéndose reunido en Staffordshire, a fin de elevar sus Salarios... saquearon Casas». En julio de 1763, los obreros toneleros de Liverpool recurrieron a una forma más novedosa de intimidación: irritados por la conducta de un maestro tonelero, lo llevaron por las calles empujándolo con una pértiga. En la misma ciudad, doce años más tarde, los marineros, en huelga por un salario de 40 chelines mensuales, desfilaron por las calles armados «con cañones, pistolas, mosquetes, tercerolas, trabucos, espadas, alfanjes, cuchillos, garrotes, palos, piedras, ladrillos y otras armas ofensivas»[4].

Tales procedimientos violentos podían conducir tanto a ataques a las personas como a sus propiedades. Uno de estos casos fue el de los cargadores de carbón del este de Londres, en 1768[3]. Los cargadores de carbón de Shadwell y de Wapping eran predominantemente católicos y —sin duda tanto por esa razón como por otras— eran mirados con gran suspicacia por las autoridades. «Unos pocos... son hombres laboriosos y tranquilos», escribió el Procurador del Tesoro al preparar un informe contra algunos de ellos, «el resto son por naturaleza revoltosos y están siempre prontos a unirse a toda clase de desórdenes.» Los disturbios de 1768 tuvieron un doble origen: por una parte, los obreros exigían un aumento de 4 peniques (y después de 8) sobre cada veintena de bolsas descargadas, y cuando los empleadores se negaron a aceptarlo, se produjo una paralización total del puerto de Londres. El otro aspecto de la disputa fue una prolongada «guerra» entre dos grupos de agentes que aplicaban esquemas opuestos para emplear a cargadores de carbón, una de ellas administrada por un amigo de Pitt, en la City, William Beckford, y la otra por un juez de Middlesex, Ralph Hodgson de Shadwell. Además de competir por miembros, las dos agencias tomaron partidos opuestos en la disputa de los cargadores. Los agentes de Beckford, que estaban ansiosos por romper la huelga, pusieron avisos en la prensa a principios de abril, invitando a los hombres deseosos de trabajar a presentarse en sus oficinas. En consecuencia, John Green, uno de los principales lugartenientes de Beckford, fue sitiado en su cantina de Gravel Lane por iracundos cargadores, armados de alfanjes y garrotes, que destrozaron sus ventanas pero que fueron finalmente rechazados por el fuego de los mosquetes. Al día siguiente, los hombres de Hodgson recurrieron a métodos más violentos: lanzaron un asalto armado contra la casa de Green, lo insultaron gritando «Green, hereje, ¿por qué no disparas?» y juraron que «le sacarían el corazón y el hígado y lo cortarían en pedazos y lo colgarían del letrero de su negocio». Green se defendió vigorosamente y antes de escapar por los techos mató a balazos a dos de los asaltantes. Como consecuencia de esta refriega, siete cargadores fue-

ron sentenciados a muerte en Old Bailey y colgados en Stepney frente a una multitud de 50.000 personas, custodiados por trescientos soldados y «un prodigioso número de guardias civiles».

El foco se desplazó entonces al otro aspecto de la disputa. A principios de mayo las cosas parecieron calmarse; pero los maestros rehusaron conceder un aumento de salarios y contrataron marineros para cargar y descargar sus barcos carboneros en el Támesis. A ello siguieron nuevas expresiones de violencia. El 23 de mayo, los cargadores abordaron el *Thames and Mary*, anclado en el muelle de Shadwell y amenazaron con asesinar a los marineros que continuaran cargando. Cumplieron su palabra: y al día siguiente, cuando desembarcaron los marineros de otro carbonero, el *Free Love*, fueron atacados con garrotes y alfanjes. Dos fueron heridos y un joven marinero, John Beatty, murió apuñalado. Una semana más tarde, en Wapping, dos capitanes de barcos carboneros que habían bajado a tierra para comprar provisiones fueron sorprendidos por cincuenta cargadores. Poco después el ejército fue llamado para ayudar a los magistrados, varios de los revoltosos fueron capturados y sometidos a juicio, el asesino de Beatty fue colgado en Tyburn y el movimiento pareció haber terminado.

En el transcurso de tales disputas fueron mucho más frecuentes los ataques a las propiedades industriales, los talleres y las maquinarias que los asaltos a personas o residencias particulares. Esta forma de «hacer negociaciones colectivas por medio de revueltas», como ha sido llamada[6] es a las disputas industriales del siglo XVIII lo que la fijación popular de precios, o *taxation populaire* es a las revueltas del hambre de la misma época. Ambas formas de acción directa, una llevada a cabo por los pequeños productores y la otra por los pequeños consumidores, aparecen a lo largo de un período similar de años: los ataques a las maquinarias se registraron por lo menos entre 1663 y 1831[7]. Tales ataques, a su vez, fueron de dos clases y tuvieron en vista dos objetivos diferentes (aunque relacionados entre sí): por una parte, proteger la subsistencia del trabajador contra la disminución de salarios o el alza de los precios y por otra,

proteger su subsistencia contra la amenaza, o la supuesta amenaza de las maquinarias nuevas. Ambos han sido a menudo confundidos y colocados bajo la etiqueta común de «ludismo», un término que se aplica más específicamente a las revueltas de destrucción de maquinarias de 1811-1817, aunque ni aun éstas, como veremos, se limitaron a ser una protesta contra la innovación técnica*. Tales protestas tuvieron su papel, sin embargo, como lo tuvieron también en estas disputas anteriores. Ello fue así particularmente en las etapas iniciales de la revolución industrial: podemos citar la destrucción, por parte de iracundos hilanderos, de las nuevas «máquinas de hilar hidráulicas» de Arkwright, en sus talleres de Chorley en 1779 y ataques similares a los molinos de algodón en Blackburn y en Bolton y, al año siguiente, en Leeds. Un ejemplo anterior viene de Londres donde, en 1768, el nuevo aserradero mecánico de Charles Dingley fue atacado y parcialmente destruido por una «turba» de quinientos aserradores. Los motivos del ataque aparecen claramente en la declaración prestada más tarde en Old Bailey por el jefe de los empleados de Dingley, quien informó que, al preguntar a los revoltosos qué querían:

> Me dijeron que el aserradero estaba trabajando cuando miles de ellos carecían de pan. Yo les expliqué entonces que el aserradero no realizaba un trabajo que pudiera perjudicarlos o privarlos de recibir algún beneficio. Luego quise saber quién era su jefe, para hablar con él. Conversé con él y le expliqué que el aserradero no había perjudicado a los aserradores. Él dijo que podía ser así, en parte, pero que los perjudicaría más adelante, si no lo había hecho hasta entonces; y se declararon resueltos a echar abajo el aserradero, como efectivamente hicieron[8].

Éstos son, entonces, ejemplos de destrucción de maquinaria en su sentido «dudista» convencional. Pero ellos no son, de ninguna manera,

* Véase capítulo 5.

ron sentenciados a muerte en Old Bailey y colgados en Stepney frente a una multitud de 50.000 personas, custodiados por trescientos soldados y «un prodigioso número de guardias civiles».

El foco se desplazó entonces al otro aspecto de la disputa. A principios de mayo las cosas parecieron calmarse; pero los maestros rehusaron conceder un aumento de salarios y contrataron marineros para cargar y descargar sus barcos carboneros en el Támesis. A ello siguieron nuevas expresiones de violencia. El 23 de mayo, los cargadores abordaron el *Thames and Mary*, anclado en el muelle de Shadwell y amenazaron con asesinar a los marineros que continuaran cargando. Cumplieron su palabra; y al día siguiente, cuando desembarcaron los marineros de otro carbonero, el *Free Love*, fueron atacados con garrotes y alfanjes. Dos fueron heridos y un joven marinero, John Beatty, murió apuñalado. Una semana más tarde, en Wapping, dos capitanes de barcos carboneros que habían bajado a tierra para comprar provisiones fueron sorprendidos por cincuenta cargadores. Poco después el ejército fue llamado para ayudar a los magistrados, varios de los revoltosos fueron capturados y sometidos a juicio, el asesino de Beatty fue colgado en Tyburn y el movimiento pareció haber terminado.

En el transcurso de tales disputas fueron mucho más frecuentes los ataques a las propiedades industriales, los talleres y las maquinarias que los asaltos a personas o residencias particulares. Esta forma de «hacer negociaciones colectivas por medio de revueltas», como ha sido llamada[6] es a las disputas industriales del siglo XVIII lo que la fijación popular de precios, o *taxation populaire* es a las revueltas del hambre de la misma época. Ambas formas de acción directa, una llevada a cabo por los pequeños productores y la otra por los pequeños consumidores, aparecen a lo largo de un período similar de años: los ataques a las maquinarias se registraron por lo menos entre 1663 y 1831[7]. Tales ataques, a su vez, fueron de dos clases y tuvieron en vista dos objetivos diferentes (aunque relacionados entre sí): por una parte, proteger la subsistencia del trabajador contra la disminución de salarios o el alza de los precios y por otra,

proteger su subsistencia contra la amenaza, o la supuesta amenaza de las maquinarias nuevas. Ambos han sido a menudo confundidos y colocados bajo la etiqueta común de «ludismo», un término que se aplica más específicamente a las revueltas de destrucción de maquinarias de 1811-1817, aunque ni aun éstas, como veremos, se limitaron a ser una protesta contra la innovación técnica*. Tales protestas tuvieron su papel, sin embargo, como lo tuvieron también en estas disputas anteriores. Ello fue así particularmente en las etapas iniciales de la revolución industrial: podemos citar la destrucción, por parte de iracundos hilanderos, de las nuevas «máquinas de hilar hidráulicas» de Arkwright, en sus talleres de Chorley en 1779 y ataques similares a los molinos de algodón en Blackburn y en Bolton y, al año siguiente, en Leeds. Un ejemplo anterior viene de Londres donde, en 1768, el nuevo aserradero mecánico de Charles Dingley fue atacado y parcialmente destruido por una «turba» de quinientos aserradores. Los motivos del ataque aparecen claramente en la declaración prestada más tarde en Old Bailey por el jefe de los empleados de Dingley, quien informó que, al preguntar a los revoltosos qué querían:

> Me dijeron que el aserradero estaba trabajando cuando miles de ellos carecían de pan. Yo les expliqué entonces que el aserradero no realizaba un trabajo que pudiera perjudicarlos o privarlos de recibir algún beneficio. Luego quise saber quién era su jefe, para hablar con él. Conversé con él y le expliqué que el aserradero no había perjudicado a los aserradores. Él dijo que podía ser así, en parte, pero que los perjudicaría más adelante, si no lo había hecho hasta entonces; y se declararon resueltos a echar abajo el aserradero, como efectivamente hicieron[8].

Éstos son, entonces, ejemplos de destrucción de maquinaria en su sentido «ludista» convencional. Pero ellos no son, de ninguna manera,

* Véase capítulo 5.

ron sentenciados a muerte en Old Bailey y colgados en Stepney frente a una multitud de 50.000 personas, custodiados por trescientos soldados y «un prodigioso número de guardias civiles».

El foco se desplazó entonces al otro aspecto de la disputa. A principios de mayo las cosas parecieron calmarse; pero los maestros rehusaron conceder un aumento de salarios y contrataron marineros para cargar y descargar sus barcos carboneros en el Támesis. A ello siguieron nuevas expresiones de violencia. El 23 de mayo, los cargadores abordaron el *Thames and Mary*, anclado en el muelle de Shadwell y amenazaron con asesinar a los marineros que continuaran cargando. Cumplieron su palabra; y al día siguiente, cuando desembarcaron los marineros de otro carbonero, el *Free Love*, fueron atacados con garrotes y alfanjes. Dos fueron heridos y un joven marinero, John Beatty, murió apuñalado. Una semana más tarde, en Wapping, dos capitanes de barcos carboneros que habían bajado a tierra para comprar provisiones fueron sorprendidos por cincuenta cargadores. Poco después el ejército fue llamado para ayudar a los magistrados, varios de los revoltosos fueron capturados y sometidos a juicio, el asesino de Beatty fue colgado en Tyburn y el movimiento pareció haber terminado.

En el transcurso de tales disputas fueron mucho más frecuentes los ataques a las propiedades industriales, los talleres y las maquinarias que los asaltos a personas o residencias particulares. Esta forma de «hacer negociaciones colectivas por medio de revueltas», como ha sido llamada[6] es a las disputas industriales del siglo XVIII lo que la fijación popular de precios, o *taxation populaire* es a las revueltas del hambre de la misma época. Ambas formas de acción directa, una llevada a cabo por los pequeños productores y la otra por los pequeños consumidores, aparecen a lo largo de un período similar de años: los ataques a las maquinarias se registraron por lo menos entre 1663 y 1831[7]. Tales ataques, a su vez, fueron de dos clases y tuvieron en vista dos objetivos diferentes (aunque relacionados entre sí): por una parte, proteger la subsistencia del trabajador contra la disminución de salarios o el alza de los precios y por otra,

proteger su subsistencia contra la amenaza, o la supuesta amenaza de las maquinarias nuevas. Ambos han sido a menudo confundidos y colocados bajo la etiqueta común de «ludismo», un término que se aplica más específicamente a las revueltas de destrucción de maquinarias de 1811-1817, aunque ni aun éstas, como veremos, se limitaron a ser una protesta contra la innovación técnica*. Tales protestas tuvieron su papel, sin embargo, como lo tuvieron también en estas disputas anteriores. Ello fue así particularmente en las etapas iniciales de la revolución industrial: podemos citar la destrucción, por parte de iracundos hilanderos, de las nuevas «máquinas de hilar hidráulicas» de Arkwright, en sus talleres de Chorley en 1779 y ataques similares a los molinos de algodón en Blackburn y en Bolton y, al año siguiente, en Leeds. Un ejemplo anterior viene de Londres donde, en 1768, el nuevo aserradero mecánico de Charles Dingley fue atacado y parcialmente destruido por una «turba» de quinientos aserradores. Los motivos del ataque aparecen claramente en la declaración prestada más tarde en Old Bailey por el jefe de los empleados de Dingley, quien informó que, al preguntar a los revoltosos qué querían:

> Me dijeron que el aserradero estaba trabajando cuando miles de ellos carecían de pan. Yo les expliqué entonces que el aserradero no realizaba un trabajo que pudiera perjudicarlos o privarlos de recibir algún beneficio. Luego quise saber quién era su jefe, para hablar con él. Conversé con él y le expliqué que el aserradero no había perjudicado a los aserradores. Él dijo que podía ser así, en parte, pero que los perjudicaría más adelante, si no lo había hecho hasta entonces; y se declararon resueltos a echar abajo el aserradero, como efectivamente hicieron[8].

Éstos son, entonces, ejemplos de destrucción de maquinaria en su sentido «ludista» convencional. Pero ellos no son, de ninguna manera,

* Véase capítulo 5.

típicos de la revuelta de destrucción de maquinarias del siglo XVIII la cual, con mucha mayor frecuencia, fue meramente un método para ejercer presión sobre los empleadores dañando, o amenazando con dañar, sus intereses económicos y que no desplegó una marcada hostilidad hacia la maquinaria como tal. Este procedimiento fue frecuente entre los más turbulentos de todos los grupos londinenses de obreros, los tejedores de seda de Spitalfields quienes, de 1663 en adelante (y sin duda antes) dirimieron sus diferencias cortando la seda en el marco o destruyendo los telares en los talleres de sus maestros*. Los pañeros del oeste de Inglaterra tenían frecuentes motivos de queja a causa de actividades similares por parte de los obreros de la industria doméstica del algodón: en 1781 y 1724 ellos protestaron ante el Parlamento, expresando que los tejedores «amenazaban con echar abajo sus casas y destruir su trabajo a menos que accedieran a aceptar sus condiciones».

Hubo estallidos de este tipo en Somerset, Wiltshire, Gloucester y Devon en 1726-1727; nuevamente en Wiltshire en 1738, cuando los tejedores y esquiladores «cortaron todas las cadenas de los telares pertenecientes a Mr. Coulthurst... a causa del descenso de los Precios» y en Bocking (Essex) en 1740, cuando los hilanderos amenazaron con destruir un taller y matar a un maestro tejedor que había reducido los precios de su trabajo a destajo[9].

Las disputas de los mineros tendieron también a tomar esta forma. En las revueltas de la década de 1740, los obreros de las minas de carbón de Northumberland quemaron las maquinarias en la boca del pozo; y las huelgas de 1765, que habían comenzado como un abandono del trabajo perfectamente pacífico, se transformaron en una orgía de destrucción durante el transcurso de la cual los mineros cortaron las sogas de las grúas, rompieron la máquina y la arrojaron al pozo de la mina, y prendieron fuego al carbón tanto fuera de la mina como dentro. Fue para proteger a los propietarios contra similares depredaciones cometidas por sus mine-

* Véanse pp. 86-92.

ros que el Parlamento dictó una serie de medidas, desde los años del reinado de Jorge II hasta los últimos años de Jorge III, imponiendo graves penas para los incendios intencionales de minas[10].

De todos los grupos de obreros que usaron estos métodos para coaccionar a sus empleadores, ninguno tuvo una historia de luchas tan prolongadas, ninguno fue tan notablemente constante y quizá tampoco tan violento como el de los tejedores de seda de Spitalfields, Moorfields, Stepney y Bethnal Green en Londres[11]. En ocasiones, cuando el gremio en general se veía amenazado, los maestros y los jornaleros se unían en una protesta común como cuando, en mayo de 1765, 8.000 tejedores marcharon hacia el Parlamento con banderas negras y sitiaron Bedford House a causa de que el Duque había hecho rechazar un proyecto de ley destinado a proteger a los tejedores de seda de Londres excluyendo a las sedas francesas del mercado inglés. Una vez más, en enero de 1768, los maestros y los jornaleros se unieron en una gran marcha hacia St. James' Palace para agradecer al Rey la reducción del período de luto de la Corte. Otra aproximación conjunta al Parlamento se produjo en 1773. Pero tales demostraciones de solidaridad, aunque fueron —a su manera— características de las relaciones industriales del siglo XVIII, se vieron con frecuencia eclipsadas por agrias disputas acerca de salarios o de los métodos opuestos usados por grupos rivales de industriales. Así fue durante la última fase violenta de la tormentosa historia de los tejedores: la década de 1760 y comienzos de la del 70. En octubre de 1763, durante una disputa a causa de los salarios, 2.000 jornaleros tejedores se disfrazaron de marineros y, armados de alfanjes, penetraron en las casas de los obreros que se habían negado a unírseles, destruyeron sus telares, hirieron a varios y quemaron una imagen de un maestro tejedor. Tales «cortes» y destrucción de telares se habían convertido para entonces en una forma común de represalia y el Parlamento, en 1765, además de excluir las sedas francesas (tal como lo exigían los tejedores), trató de poner fin a los abusos convirtiendo el «corte» en un delito grave; no obstante, leemos en un informe oficial que los jornaleros,

sabiendo cuál sería su suerte si eran aprehendidos... se disfrazaron y realizaron todas sus hazañas en la oscuridad de la noche, se procuraron armas y objetos contundentes de todas clases y golpearon y vejaron a las personas, de toda condición, a quienes consideraron dignas de visitar con el propósito de cortar sus telares y su trabajo[12].

Y éste fue un rasgo constante de la revuelta de los tejedores que relataremos en las páginas siguientes. Todo comenzó con una disputa entre dos grupos de jornaleros: los tejedores individuales (o de telar «angosto») y los operarios del telar mecánico, que había sido traído de Holanda. Según la información del *Gentleman's Magazine* del 30 de noviembre de 1767, sabemos que

un grupo de tejedores, armados con espadas herrumbradas, pistolas y otros objetos contundentes, se reunieron en una casa de Saffronhill, con la intención de destruir el trabajo de los telares de un eminente tejedor próximo a aquel sitio, pero afortunadamente fueron dispersados sin grandes daños. Algunos fueron aprehendidos y, al ser interrogados ante los jueces en Hick-hall, se descubrió que dos clases de tejedores se habían reunido para hostigarse mutuamente: los tejedores de telar angosto y los de telar mecánico. Se suponía que los tejedores de telares mecánicos eran ruinosos para los de telar angosto porque, por medio de sus máquinas, uno solo de ellos podía hacer en un día tanto como seis de los otros, y la misma clase de trabajo igualmente bueno; por tal razón, los obreros de telar angosto estaban decididos a destruidos[13].

Durante el mes de enero siguiente hubo tres casos de asaltos de los tejedores independientes a los telares de sus rivales en Stepney; uno de los asaltantes terminó en la horca. Mientras tanto, para añadir leña al fuego, los maestros habían reducido el precio del trabajo en 4 peniques la yarda; así, sobrevino una lucha triangular en la cual era difícil distin-

guir un aspecto del otro. Después de algunos meses de calma, leemos que, el 26 de julio de 1768,

> un gran número de personas encolerizadas, armadas de pistolas, alfanjes y otros objetos contundentes, y disfrazadas, se reunieron alrededor de las doce de la noche... y entraron en las casas y talleres de varios tejedores de Spitalfields y de los alrededores... y cortaron y destruyeron los tejidos de seda que estaban haciéndose en nueve telares diferentes[14].

Y el 20 de agosto, los tejedores de Spitalfields «se levantaron en masa», penetraron en la casa de Nathaniel Farr en Pratt's Alley, hicieron pedazos la seda que había en dos telares y mataron de un disparo a Edward Fitch, un muchacho de diecisiete años. Se ofrecieron recompensas, pero no hubo persecución.

Poco después, se llegó a un acuerdo parcial entre los maestros y los jornaleros y algunas firmas confeccionaron nuevas listas de precios que permitían ganancias de 12 a 14 chelines semanales y más. Pero como los jueces de Middlesex se negaron a refrendar el acuerdo, éste fue roto muy pronto por una serie de maestros, y las represalias volvieron a empezar. A fin de defender su causa, los tejedores habían formado comités para las diferentes ramas del oficio, se llamaban a sí mismos El Desafío Temerario y recaudaron una contribución mensual de 2 a 5 chelines por telar para formar un fondo de huelga y sufragar todos los gastos. Estas contribuciones eran recogidas a manera de conspiración en ciertas posadas de los distritos tejedores a las cuales concurrían los miembros del comité disfrazados y armados de pistolas, espadas y alfanjes. Las citaciones eran enviadas a los maestros y tejedores expresadas en términos tales como:

> Mr. Hill, deseamos que envíe la donación de todos sus telares a la Dolphin en Cock Lane. Se recaudará a 4 chelines por Telar, en nombre de los Victoriosos y El Desafío Temerario;

y a los contribuyentes se les entregaban recibos redactados como sigue:

> Los Independientes y El Desafío Temerario
> Recibieron... chelines... Telares.
> Éxito para el oficio.

Los «cortadores» reiniciaron su campaña en la primavera de 1769, con la intención, al parecer, de poner en vereda a los empleadores dados a bajar los salarios así como también de intimidar a los remisos a entregar sus suscripciones. El 10 de marzo, leemos que los torcedores de seda de Spitalfields habían «exigido dinero de sus maestros y cometido numerosos desmanes». El 10 de abril, William Tiley de St. Leonard, Shoreditch, cortó y destruyó un telar y «una urdimbre de tejido puesta en él, evaluada en diez chelines», de propiedad de Lydia Fowler. Los ataques se sucedieron durante el verano y el otoño. Durante la noche del 7 de agosto, Thomas Poor, oficial tejedor de Stocking-Frame Alley en Shoreditch, fue visitado por un grupo de «cortadores» encabezados por dos de sus dirigentes y miembros del comité, John Doyle y John Valline. Aunque Poor adujo que había pagado su contribución semanal de 3 chelines 6 peniques por los siete telares que operaba junto con sus jornaleros para los maestros tejedores, los intrusos «cortaron una gran cantidad de alepín de seda que estaba en el telar», sus telares fueron «cortados» en dos ocasiones más y por temor a represalias aún más drásticas, se vio obligado a dejar su casa y buscar refugio por las noches «bajo las zarzas, en el campo». Otro blanco de la animosidad de los «cortadores» fue Peter Auber, tejedor de Spital Square, quien se negó a pagar la contribución semanal exigida. Sus ventanas fueron destrozadas y él recibió numerosas cartas amenazantes, una de las cuales tenía un tono casi lírico:

> Mr. Obey, os damos ahora un Cascarón de Miel, pero si rehusáis cumplir las demandas de ayer, os daremos un Galón de Espinas para el Fin de vuestra Vida.

Una víctima más importante fue Lewis Chauvet de L. Chauvet & Co., tejedores de pañuelos de seda, domiciliado en Crispin Street 39, Spitalfields Market. La casa de Chauvet fue sitiada por John Valline a la cabeza de una multitud de 1.500 tejedores, quienes «cortaron» setenta y seis de sus telares a causa de su negativa a contribuir a los fondos del comité. Sólo pudo librarse de sufrir mayores daños pagando 2 £ 2 chelines en dinero efectivo y comprometiéndose a pagar su suscripción.

Mientras tanto, las autoridades habían decidido tomar medidas más enérgicas. Hacia fines de septiembre, los magistrados, apoyados por el ejército, hicieron una incursión armada en la taberna Dolphin en New Cook Lane, durante el transcurso de la cual un soldado fue muerto por los tejedores, dos «cortadores» fueron muertos en la taberna y uno de sus dirigentes, Daniel Murphy, a quien se encontró en la cama del propietario, fue arrestado y posteriormente condenado a muerte. Los posaderos que ponían sus negocios a disposición de los comités de «cortadores» fueron amenazados con la pérdida de sus licencias. Las tropas fueron acuarteladas en Spitalfields y Lewis Chauvet y 150 maestros tejedores se comprometieron a alojar a los oficiales a sus expensas y a alimentar a sus hombres en la Taberna de los Tres Toneles, a un costo de 9 peniques diarios por cabeza. Los miembros radicales del Ayuntamiento se indignaron y los alguaciles, James Townsend y John Sawbridge —ambos firmes wilkistas— protestaron enérgicamente y mantuvieron una reunión con Sir John Fielding, el magistrado policial de Bow Street. La opinión radical fue más ultrajada aún por la decisión de escarmentar a los tejedores colgando a dos de sus dirigentes, Doyle y Valline, en las proximidades del lugar de sus crímenes. Los alguaciles se negaron primero a ejecutar la sentencia pero se les obligó a hacerlo y el 6 de diciembre de 1769, Doyle y Valline fueron colgados frente a una gran multitud de tejedores cerca de Salmon and Ball, Bethnal Green.

Este episodio marcó el fin de la cuestión de los tejedores de seda durante la década de 1760, pero su inquietud continuó, y ninguno de sus problemas había sido solucionado. En 1773, en un momento en que ha-

bia 12.000 tejedores sin empleo en Spitalfields, Bethnal Green y Shoreditch, hubo un nuevo brote de revueltas y de presentaciones conjuntas al Parlamento. Bajo esta presión combinada, el Parlamento aprobó la *Spitalfields Act* o Ley de Spitalfields, que virtualmente revivía la antigua legislación protectora de los Tudor autorizando a los magistrados a fijar los salarios y a exigir su cumplimiento. Pero ello condujo también a una notable innovación. A fin de mantener a los magistrados bien informados acerca del estado del gremio, los tejedores formaron una organización permanente, conocida como la «Unión»; y fue a través de este cuerpo que tanto los maestros como los obreros presentaban sus casos ante la justicia, y fue también gracias a estas representaciones que las tarifas del trabajo a destajo eran fijadas periódicamente[15].

Así fue como las revueltas de los tejedores de Londres, que son tan típicas como cualquiera de las disputas industriales del siglo XVIII, terminaron en la creación de una nueva forma de instrumento de negociación que anticipa los procedimientos de arbitraje de épocas más recientes.

Notas

1. J. S. Ashton y J. Sykes, *The Coal Industry in the Eighteenth Century*, Manchester, 1929, pp. 89-91; T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England 1700-1800*, Oxford, 1959, p. 167; P. Mantoux, *The Industrial Revolution of the Eighteenth Century*, Londres, 1948, pp. 461-462 (versión castellana: *La Revolución Industrial en el siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1962); R. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of England of the Eighteenth Century*, Londres, 1945, pp. 19-50.
2. Véase mi *Wilkes and Liberty: A Social Study of 1763 to 1774*, Oxford, 1962, pp. 91-95; Wearmouth, *loc. cit.*
3. T. S. Ashton, *An Economic History of England: The Eighteenth Century*, Londres, 1955, pp. 23-31; S. y B. Webb, *The History of Trade Unionism*, Londres y Nueva York, 1896, caps. 1 y 2.
4. R. B. Rose, «A Liverpool Sailor's Strike of the Eighteenth Century», *Transactions of the Lancashire and Cheshire Antiquarian Society*, LXVIII, 1958, 85-92.
5. Véase mi *Wilkes and Liberty*, pp. 95-98.
6. Por E. J. Hobsbawm en «The Machine Breakers», *Past and Present*, febrero de 1952, pp. 57-70.
7. M. Beloff, *Public Order and Popular Disturbances 1660-1714*, Londres, 1938, p. 87; John Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Londres, 1960, pp. 30-48.
8. *Old Bailey, Proceedings*, 1768, p. 256; citado en *Wilkes and Liberty*, pp. 93-94.
9. Hechos contemporáneos citados por Hobsbawm, *op. cit.*, p. 59; Wearmouth, *loc. cit.*
10. Hobsbawm, *loc. cit.*; Ashton y Sykes, *op. cit.*, pp. 89-91.
11. Para la mayoría de lo que sigue y para fuentes consultadas, véase mi *Wilkes and Liberty*, pp. 98-108. (Mi agradecimiento a la Clarendon Press por haberme permitido reproducir las páginas 100 y 102 también *in extenso*.)
12. Public Record Office, Treasury Solicitor's Papers, 11/818/2696: «The Case Against Daniel Murphy for the wilful murder of Adam McCoy».
13. *Gentleman's Magazine*, XXXVII, 1767, 606.
14. *Annual Register*, XI, 1768, 139.
15. S. y B. Webb, *op. cit.*, pp., 48-49; Ashton, *Economic Fluctuations*, pp. 75, 158; P. Mantoux, *op. cit.*, p. 83.

5 | El ludismo

Los años de la Regencia fueron de los más turbulentos y revoltosos de la historia reciente de Inglaterra. La agitación radical renació y el Ayuntamiento de Londres, apaciguado desde los comienzos de la década de 1780, reinició su duelo con los Ministros de la Corona. En mayo de 1812, el Primer Ministro mismo, Spencer Perceval, fue asesinado en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes. El mismo año hubo revueltas del hambre y los disturbios de la *taxation populaire* recrudecieron en lugares tan distantes entre sí como Falmouth, Bristol, Sheffield, Nottingham, Bolton y Carlisle, y los londinenses se levantaron contra la *Corn Law* (Ley de Cereales) de 1815. Se produjeron las revueltas de Spa Fields en Londres y los disturbios agrícolas del año siguiente. Fue un período de rebeliones menores y de levantamientos de los pobres, tales como la marcha de los llamados «Blanketeers» (o cubiertos con mantas) desde Manchester, la «revolución» de Pentridge y el «levantamiento» de Huddersfield de 1817. Además, dos años más tarde, la guardia del rey desbarató una gran asamblea en la masacre de «Peterloo» en Manchester. Tan sensacionales como cualquiera de estos episodios fueron, mien-

tras duraron, las revueltas ludistas en los condados centrales y del norte. Fueron notablemente destructivas y comprometieron a una fuerza militar considerablemente mayor que la que Wellington llevó consigo en su primera expedición a Portugal en 1808. En el momento culminante de los disturbios, durante el verano de 1812, hubo más de 12.000 soldados estacionados en los distritos ludistas entre Leicester y York; y las maquinarias y propiedades destruidas pueden haber tenido un valor de más de 100.000 £[1].

Hablando en general, hubo varios tipos de actividad ludista*.

Se produjeron, en primer lugar, los dos tipos de destrucción de maquinaria que ya se han discutido en el capítulo anterior: el tipo dirigido contra el empleador para obligarlo a hacer concesiones, y el dirigido contra el uso de la maquinaria como tal. Además, hubo revueltas del hambre que en algunos casos no se superpusieron con las actividades de destrucción de maquinarias de los ludistas; hubo conspiraciones que implicaban la «extorsión» o la toma de juramentos ilegales y hubo también supuestos «ludistas» —que se designaban a sí mismos con ese nombre o eran llamados así por las autoridades— que aprovecharon la conmoción general para extorsionar por dinero, robar en los campos o proveerse de armas. Todas estas actividades revoltosas tendían a ser puestas bajo una etiqueta común, pero a nosotros nos interesan especialmente las dos primeras clases de ludismo.

Hubo una ola principal y tres olas menores de ludismo. La ola mayor fue la de 1811-1812, que comenzó entre los tejedores de encaje y de medias de los condados centrales de Nottingham, Leicester y Derby y se extendió luego a los cultivadores y tejedores de algodón de Yorkshire, Cheshire y Lancashire. Las olas menores fueron las del invierno de 1812-1813, el verano y comienzos del otoño de 1814 y el verano y el

* El nombre «ludista» parece derivar de un tal Ned Ludlam, un aprendiz de tejedor de medias de Leicester quien, al ser regañado, montó en cólera y rompió los telares de su maestro con un martillo. F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, Londres, 1934, pp. 1-2.

otoño de 1816. La primera ola de revueltas debió su origen al calamitoso estado de las condiciones de trabajo de los tejedores y a las deplorables cosechas de 1809-1812; y todos estos disturbios, fuesen de tejedores o de esquiladores, de destructores de maquinarias o de revoltosos, tuvieron un origen común en la gran intranquilidad de los distritos industriales de Inglaterra durante las últimas etapas y la época posterior de las guerras napoleónicas. La depresión industrial de 1811 se debió, no tanto a la acción del Sistema Continental de Napoleón —aunque éste interrumpió el tráfico con Europa— como al súbito cierre del mercado americano, en respuesta a las severas *Orders in Council* (órdenes dictadas por el rey con el asesoramiento del Consejo Privado) inglesas. Los bancos quebraron y el comercio de exportación se derrumbó. Además, se produjo una sucesión de malas cosechas desde 1809 hasta 1812. El precio del trigo, que era de un término medio de 107 chelines 3½ peniques por arroba para el período 1800-1813, se elevó al increíble tope de 156 chelines en Londres y 180 en Yorkshire. Así, un tejedor de medias quien, aun cuando estuviera completamente ocupado, podía ganar apenas de 7 chelines a 14 chelines 6 peniques por semana, o un tejedor de telar manual, cuya paga semanal en 1812 era de 9 a 12 chelines, debían pagar entre 1 chelín 5 peniques y 1 chelín 8 peniques por su diario pan de cuatro libras[2].

Aunque la inquietud era general, fue notablemente más severa en las zonas productoras de artículos de exportación que en las otras. Un ejemplo de ello fue la zona de los tejedores de encaje y de medias en las Midlands, alrededor de Nottingham y extendiéndose hasta Derbyshire y Leicestershire. Aquí, el comerciante en medias alquilaba sus telares al maestro mediero quien a su vez empleaba tejedores para realizar su tarea. Era ésta una industria que tenía un largo y tormentoso pasado: la destrucción de maquinarias era una forma reconocida de protesta y hay noticias de casos ya en 1710. Se suscitaron disputas acerca de los salarios, el alquiler de los telares, el número de aprendices empleados y la promoción de trabajo barato con materia prima inferior. Tales cuestiones llegaron a ser las más urgentes en épocas de disminución del trabajo y, en

tales ocasiones, si las negociaciones con el comerciante o las peticiones al Parlamento no alcanzaban a dar satisfacción pronta a los descontentos, los ánimos se exaltaban y podían producirse revueltas. Así fue en 1811, cuando las negociaciones habían venido desarrollándose, desde hacía mucho, sobre los salarios, el alquiler de los telares y las medias «cortadas» (es decir, cortadas con un molde sobre el tejido y cosidas después) que se hacían en telares más anchos; esta última cuestión fue un especial motivo de desavenencia porque condujo al trabajo de inferior calidad y empleó mano de obra no especializada, con salarios más bajos. Y cuando las negociaciones se estancaron, éste fue el problema que provocó los disturbios y lanzó al mítico *Ned Ludd* a su tormentosa carrera.

El primer estallido se produjo en febrero de 1811 en Arnold, un pueblito cerca de Nottingham, donde se estaban fabricando medias «cortadas» en telares anchos. Los tejedores irrumpieron en los talleres de los medieros en cuestión e inutilizaron sus telares quitando los alambres de los devanadores. Ello sirvió de señal a los distritos vecinos y comenzaron a producirse reuniones, entre ellas una de medieros en el mercado de Nottingham. Luego hubo otra revuelta en Arnold y, a principios de abril, cuando la llegada del ejército puso fin temporariamente a los disturbios, más de 200 de los ofensivos telares habían sido destruidos.

Siguió un período de calma pero en noviembre se produjo un nuevo estallido, tan inesperado como el primero. Tuvo lugar en la aldea de Bulwell y fue en Bulwell Forest, donde los tejedores se reunían y recibían órdenes, donde se oyó por primera vez el nombre de su comandante, Ned Ludd. Esta vez, aunque principalmente limitados a los alrededores de Nottingham, los ataques abarcaron una extensión mayor: en la misma noche fueron destruidos nueve telares en aldeas y pueblos situados a doce o quince millas de distancia. Los ludistas estaban bien organizados, aparecían en bandas estrechamente unidas y era evidente que disfrutaban del apoyo de la población local; y por cierto que los maestros medieros, cuyos telares destruían, veían con más simpatías sus demandas que las de los comerciantes a quienes las alquilaban. Además, los

ludistas actuaban con discriminación y elegían ciertos blancos: también se hablaba, como en otros movimientos similares, de «listas» de personas cuyos telares debían ser destruidos. También recolectaban dinero para promover su causa, y un mediero a quien habían visitado la semana anterior recibió la siguiente carta:

> Caballeros. Ned Ludd os saluda y espera que donaréis una insignificancia para sostener su Ejército, ya que él conoce bien el Arte de romper Telares odiosos. Si vosotros aceptáis esto, bien estará y si no, os visitaré personalmente. Edward Ludd[3].

Mientras tanto, se convocó a más tropas y en diciembre, el general Dyott fue enviado a Nottingham con una fuerza de 2.000 hombres «una fuerza mayor (según fue anunciado por el Parlamento) que la que debió ser utilizada en período alguno de nuestra historia para sofocar un disturbio local»[4]. Se tomó juramento a nuevos condestables y a funcionarios «especiales», se leyeron proclamas y se alertó a los ciudadanos responsables para que ayudaran a cercar a los malhechores. Tales medidas contribuyeron, después de las primeras semanas de revueltas, a controlar los movimientos en Leicestershire y en Derbyshire. No obstante, los casos de destrucción de telares continuaron produciéndose en el noroeste de Nottinghamshire y en Nottingham mismo hasta febrero de 1812, a un promedio de 200 telares por mes. En estos distritos los estallidos terminaron tanto como resultado de la conciliación como de las represiones. A principios de diciembre, los magistrados locales y los del condado comenzaron a ofrecer mediación. Se llevaron a cabo reuniones entre representantes de los comerciantes de los tejedores y varios de los comerciantes ofrecieron pagar salarios más elevados y hasta suspender la fabricación de medias cortadas. Después de varios comienzos fallidos y de un recrudecimiento temporario de los desórdenes, los medieros obtuvieron una victoria que duró poco: no se llegó a un acuerdo formal, pero los comerciantes encontraron conveniente abandonar las medias

«cortadas» y pagar salarios más elevados. Además, ambas partes habían comenzado a buscar reparación por medio de peticiones al Parlamento. El resultado más sorprendente de ello fue el *Frame Breaking Bill* (o Ley de Destrucción de Telares) que el Parlamento sancionó el 14 de febrero de 1812 y que convirtió la destrucción de telares en un delito grave. Pero para entonces las revueltas en los distritos productores de encaje y de medias habían prácticamente terminado. Hubo un breve recrudecimiento durante el invierno de 1812-1813, aunque en una escala mucho menor y, en realidad, hacia la primavera de 1812, el ludismo ya había muerto en los condados donde nació.

Mientras tanto, el foco de los disturbios se había desplazado hacia los condados del noroeste de Lancashire y Cheshire. Allí se encontraba el centro de la nueva industria mecanizada del algodón, cuyas grandes ciudades comerciales y manufactureras seguían a Londres en cuanto a población. Pero el sistema fabril estaba aún en sus comienzos, habiéndose establecido firmemente sólo en el hilado del algodón. Y la mitad de los obreros típicos de Lancashire eran todavía tejedores de telar manual, que trabajaban cómodos en lo que una vez fuera una aldea que escasamente había llegado a transformarse en pueblo. El telar a vapor que pronto transformaría y desarraigaría este tipo de trabajo, acababa de hacer su primera aparición: en 1806, cuatro fábricas estaban equipadas con ellos y hacia 1813 había aún escasamente más de una docena. La nueva maquinaria era mirada con desconfianza por los tejedores pero, dado que el trabajo era relativamente abundante y no faltaban los alimentos, su oposición había sido tibia. Es cierto que los salarios habían estado bajando lentamente durante los últimos años, pero la crisis súbita y catastrófica no se produjo hasta el cierre del mercado americano, la depresión comercial general y la sucesión de malas cosechas que dejó obreros sin trabajo y elevó vertiginosamente los precios de los alimentos en los distritos manufactureros. A esta altura parecía razonable culpar del estado de cosas tanto al telar a vapor como al molinero o al comerciante; y no resulta sorprendente que los disturbios que siguieron, en for-

ma de revueltas del hambre o de destrucción de maquinarias, se hayan centrado principalmente alrededor de Stockport, Bolton, Middleton y Manchester, todos ellos pueblos en los cuales habían sido introducidos los nuevos dispositivos mecánicos[5].

Además, estaba el contagioso ejemplo de los ludistas de Nottinghamshire y ya hacia fines de 1811 se hablaba en los pueblos algodoneros de reuniones secretas entre los delegados de los tejedores locales y los de los tejedores de Manchester y Stockport. Los fabricantes que empleaban los telares a vapor comenzaron a recibir cartas amenazadoras y hacia fines de febrero de 1812 un magistrado de Stockport escribió que los tejedores «ciertamente planean la destrucción de los telares accionados a vapor que se emplean en las fábricas». En marzo, se llevó a cabo un primer ataque en Stockport, dirigido contra un depósito perteneciente a un tal Mr. Radcliffe, descrito como «el proyectista original de los odiosos telares». Se rompieron algunas ventanas pero la tentativa de incendiar el edificio fracasó. En Bolton, las reuniones se realizaban en los páramos, fuera del pueblo, y se hablaba de hombres de caras embetunadas que rondaban por las noches, tomando juramentos ilegales. En Manchester, las revueltas asumieron un cariz político: una asamblea de comerciantes que se encontraban reunidos en el salón del Exchange, para votar una declaración de lealtad al Príncipe Regente fue interrumpida por multitudes que invadieron el lugar, mientras que (agrega un informe periodístico) «la turba que se encontraba en la Plaza *leía y aprobaba las resoluciones de los gremios de Londres*»[6]. Las revueltas del hambre se sucedieron en Rochdale, Oldham, Barnsley, Bolton y Macclesfield: en Macclesfield los revoltosos saquearon los almacenes de víveres y atacaron la cárcel para liberar a un prisionero.

No obstante, éstos no fueron estallidos propiamente «ludistas», ya que no se perpetró ninguna tentativa específica de dañar maquinarias. El siguiente estallido de esta clase se produjo una vez más en Stockport donde, el domingo 14 de abril, las multitudes merodearon por la ciudad, rompieron ventanas y amenazaron con vengarse de los dueños

de telares a vapor. Dirigidos por dos hombres disfrazados de mujeres, a quienes sus compañeros llamaban «Las esposas del general Ludd», apedrearon la casa de Joseph Goodair, un dueño de telares a vapor de Edgeley, y regresaron más tarde con refuerzos para incendiar su casa y cortar el trabajo colocado en los telares, antes de destruir también éstos. Cuando, cuatro días más tarde, las revueltas fueron sofocadas por el ejército en Stockport, estallaron en Oldham. El desorden comenzó con una revuelta del hambre en la cual los comerciantes fueron conminados a vender sus mercaderías más baratas, y se transformó en un ataque a la fábrica de tejidos, equipada con telares a vapor, de Daniel Burton, en Middleton. El ataque fue rechazado, y cinco de los asaltantes fueron muertos y dieciocho heridos; pero al día siguiente, encabezadas por los cargadores de carbón del cercano pueblo de Holmwood, las multitudes regresaron y completaron su obra. Las revueltas se extendieron a las proximidades de Bolton. Pocos días después, el *Annual Register* informó:

> En la tarde del viernes, alrededor de las cuatro, un numeroso grupo de revoltosos atacó la fábrica de tejidos perteneciente a los Señores Wroc y Duncroft, en West Houghton, a unas trece millas de esta ciudad y, encontrándola desprotegida, pronto se apoderaron de ella. Inmediatamente la incendiaron y todo el edificio con su valiosa maquinaria, tejidos, etc., fue completamente destruido. Los daños ocasionados son inmensos, habiendo costado la fábrica sola 6.000 libras. La razón aducida para justificar este acto horrible es, como en Middleton, «el tejido a vapor». A causa de este espantoso suceso, dos respetables familias han sufrido un daño grave e irreparable y un gran número de pobres han quedado sin empleo. Los revoltosos parecen dirigir su venganza contra toda clase de adelantos en las maquinarias. ¡Cuán errados están! ¿Qué habría sido de este país sin tales adelantos? Ninguno de los incendiarios fue detenido y no había un solo soldado en esa parte del país[7].

Los disturbios continuaron en Liverpool, Manchester y el distrito de Stockport; pero gradualmente los magistrados, que al principio se habían mostrado reacios a convocar a la milicia, comenzaron a alistar a condestables especiales, a poner en actividad a la antigua Ronda, a organizar a los ciudadanos importantes y asociaciones voluntarias y a cooperar con las fuerzas regulares que llegaban de otros lugares. El General Maitland fue encargado del comando en jefe de una fuerza mixta que incluía ocho regimientos de infantería y tres de Guardias a Caballo y Dragones. Las tropas, operando en unidades pequeñas junto con los condestables y espías se desplazaron rápidamente a través de la zona de los disturbios, dispersaron a las bandas ludistas y realizaron arrestos. Más de cien prisioneros fueron juzgados por Comisiones de los Tribunales Superiores en Lancaster y Chester, hacia fines de mayo. En Lancaster, ocho fueron condenados a muerte y 13 a diversos períodos de destierro. En Chester, de los 15 sentenciados a muerte, cuatro fueron colgados; además, un total de 17 fueron oportunamente embarcados rumbo a Australia[8]. En junio las *Orders in Council* fueron derogadas, lo cual llevó cierto alivio al comercio de exportación. Hacia julio, el ludismo en los distritos algodoneros del norte había llegado prácticamente a su fin.

El tercer foco de ludismo estaba en las llanuras de Yorkshire, en el valle de Spen, entre Huddersfield y Leeds. Allí se encontraba el centro de la rama de la esquila de la industria de la lana, en la cual el maestro esquilador (al igual que el maestro mediero en Nottinghamshire) empleaba a pequeños grupos de oficiales y aprendices para realizar el trabajo que el rico pañero le encargaba a él. No existía una neta división de clases que separara a los maestros de los oficiales quienes, por el contrario, compartían una tradición de obstinada independencia y se encontraban por lo general en buenas relaciones. Como los medieros de las Midlands y los tejedores de los condados del noroeste, los esquiladores de Yorkshire estaban sufriendo los efectos de las malas cosechas y de la depresión comercial y, como ellos, recurrieron a la destrucción de maquinarias para asegurar su subsistencia. En su caso, la máquina era un dispositivo

comparativamente simple, un doble par de tijeras trabajando sobre un armazón, mucho más simple de manejar que las tradicionales tijeras manuales y que no repugnaba al artesano, como el telar para confeccionar medias «cortadas». No obstante, como la máquina era una manera de ahorrar trabajo, hacía peligrar el empleo de los esquiladores cuando el comercio era pobre y el trabajo escaso[9]. La nueva máquina había sido resistida por los esquiladores desde su introducción en el West Riding (distrito occidental de Yorkshire), unos doce años antes, pero la resistencia había sido pacífica y sólo bajo las duras condiciones del invierno de 1812 tomó esta oposición una forma abiertamente violenta. A mediados de enero comenzaron a circular rumores de un estallido inminente. Un testigo declaró bajo juramento ante los magistrados de Leeds que existía «una conspiración para destruir las Maquinarias de ciertas Hilanderías dedicadas a la fabricación de paños». Pocos días más tarde, la hilandería de Oatlands, de los Señores Oates, Wood y Smithson, cerca de Leeds, fue incendiada. Los informes estaban llenos de referencias al estruendo de los disparos de mosquetes y las marchas a través de las llanuras. Estos informes asumieron una realidad contundente cuando, a principios de febrero, pequeños grupos de hombres, armados y con las caras embetunadas, comenzaron a rondar los pueblos y las villas, entrando por la fuerza en las casas de los maestros esquiladores y rompiendo sus máquinas de esquilar y sus máquinas peinadoras delante de sus propios ojos; no menos de nueve casos de destrucción de maquinaria se registraron en la zona de Huddersfield entre el 23 de febrero y el 11 de marzo. Entre las víctimas se encontraban William Hinchcliffe, peinero de Golcar, quien juró ante testigos que:

> alrededor de la hora Una de la Mañana del 27 de Febrero, Instant mismo y su familia fueron sorprendidos por el disparo de una pistola en su ventana, luego de lo cual vieron a un gran número de personas alrededor de su casa y que inmediatamente después la Puerta de su Taller fue forzada y él oyó que muchas Personas entraban corriendo

y un gran ruido de Martillos golpeando los telares y tijeras que allí había... Que tan pronto como se fueron este Examinador salió a ver lo que habían hecho y descubrió Cinco máquinas de Esquilar o Cardar y alrededor de Treinta pares de Tijeras hechos pedazos.

En Huddersfield un tal Mr. Smith, que se había hecho muy impopular gracias al uso liberal que hacía de la nueva máquina, recibió una carta amenazadora de «Ned Ludd, Escribiente», quien se llamaba a sí mismo «el General del Ejército de Justicieros»; estaba redactada en los siguientes términos:

Señor,
Se me ha informado que es usted dueño de algunas de esas detestables máquinas esquiladoras... Sepa usted que si no son retiradas a fines de la próxima semana, encomendaré a uno de mis Lugartenientes que las destruya... y si tiene usted la audacia de disparar contra cualquiera de mis Hombres, ellos tienen órdenes de Asesinarlo a usted e incendiar su Casa...[10].

Tales amenazas eran bastante comunes entre los ludistas de Yorkshire, que debido a su violencia disfrutaban de una reputación mayor que la de sus colegas de los otros condados. Blanco especial de su animosidad fue William Cartwright de Rawfords, uno de los principales promotores de la nueva máquina y miembro activo de las asociaciones voluntarias establecidas por los pañeros para proteger sus intereses. El 11 de abril, 150 hombres armados se encontraron en Coopers' Bridge dispuestos a asaltar la hilandería de Cartwright. Pero su pretendida víctima, habiendo sido advertida, había tomado la precaución de pedir refuerzos y de parapetarse detrás de sólidas puertas; así que, al darse la alarma, los asaltantes se encontraron con una descarga cerrada que mató a dos de ellos y puso en fuga al resto. Una semana más tarde, se atentó contra la vida de Cartwright. Escapó. Pero otro fabricante, John Horsfall, jefe del Comité de Huddersfield para

la Supresión de los Ultrajes, fue menos afortunado. Una noche de fines de abril, cuando regresaba de la Bolsa de Huddersfield, fue ultimado de un disparo. En realidad, a pesar de todas las amenazas y el lenguaje violento, éste fue el único desmán de este tipo, que tal vez sirvió a los ludistas tanto para enajenarse el apoyo de las personas relativamente no comprometidas como para aterrorizar a los fabricantes e inducirlos a abstenerse de usar las máquinas de esquilar. De cualquier manera, de allí en adelante la destrucción de maquinarias cesó virtualmente. Y después de mayo, aunque se siguió hablando mucho de la actividad «ludista», no se lo hacía en términos de maquinarias destruidas o de asaltos a fábricas e hilanderías, sino más bien de incursiones para conseguir armas, de recolección de dinero y provisiones o —más comúnmente— de robos comunes. Una vez más, como en Lancashire y en Cheshire, el despliegue de fuerzas de la milicia, el uso de espías y la utilización de unidades móviles del ejército regular jugaron un papel de considerable importancia en la terminación del movimiento: hacia principios de septiembre había 1.000 soldados alojados en treinta posadas, sólo en Huddersfield[11]. Así fueron rastreadas y destruidas las bandas ludistas. Al igual que en otras zonas, los informantes tardaron al principio en aparecer pero durante el verano y el otoño unos cien prisioneros fueron alojados en York Castle. De éstos, 64 fueron sometidos a juicio ante una Comisión Especial en enero de 1813. La mitad fueron absueltos, 7 fueron deportados por 7 años (por tomar juramentos ilegales y —por lo tanto— no por actividades ludistas), 3 fueron colgados por el asesinato de Horsfall y 14 más por diversos delitos[12].

Después de los juicios y ejecuciones de York, el ludismo se derrumbó en todos los condados del norte. Como ya hemos visto, tuvo un renacimiento breve y ocasional en las Midlands en los primeros meses de 1813, en el verano y el otoño de 1814 y una vez más en 1816. Pero éstos fueron en general estallidos menores y sólo agregaron unas doscientas máquinas más a las 1.000 que ya habían sido destruidas[13].

Sólo quedan por discutir ahora unas pocas cuestiones generales. ¿Habían los ludistas alcanzado sus objetivos? Estos objetivos, según he-

mos visto y a pesar de la uniformidad de las prácticas ludistas, variaban de un grupo de condados a otro. Los esquiladores del West Riding y los tejedores de Lancashire y Cheshire que atacaron los telares a vapor en Stockport, Middleton y Westboughton en 1812, eran por cierto hostiles a las nuevas maquinarias y su principal objetivo (aunque no el único) consistía en destruirlas y en evitar su uso posterior. Pero los ludistas de las Midlands, que no sólo iniciaron el movimiento sino que infligieron los mayores daños a las máquinas, no tenían tal intención principal: estaban meramente utilizando los ataques a las máquinas como una manera de coaccionar a sus empleadores para que hicieran concesiones en los salarios y en otras cuestiones concernientes a sus empleos. Este punto está adecuadamente aclarado en una proclama que pretendía haber sido emitida en la «oficina de Ned Ludd, en el bosque de Sherwood», durante el invierno de 1811-1812 y en la cual se advertía a los medieros y a los fabricantes de encaje que los ludistas

> romperían y destruirían toda clase de máquinas, cualesquiera que ellas fuesen, que fabricasen los siguientes artículos espurios y todos los telares, cualesquiera que ellos fuesen, que no pagaran el precio corriente hasta entonces acordado entre los Maestros y los Obreros...[14].

Por supuesto, los contemporáneos, confundidos por todo el bullicio, los rumores y la conmoción, se inclinaron a ver en estas actividades designios mucho más profundos y siniestros; y los magistrados y el gobierno mismo, aunque mejor informados que el público en general, difícilmente pudieron dejar de asociar la destrucción de maquinarias con los movimientos de reforma política y las conspiraciones y «revoluciones» menores que eran también una característica de aquellos años. Así, hubo una tendencia a creer que los ludistas estaban realmente dispuestos a derrocar al gobierno por la fuerza. El cuidadoso examen de las pruebas que hizo el Dr. Darvall demuestra que existen pocos motivos para sostener tal opinión. Pero hemos visto que hubo momen-

tos en que el ludismo pudo superponerse o chocar con un movimiento cuyo objetivo era desplazar, aunque no derrocar, al gobierno. Éste fue el caso en Manchester, en abril de 1812, cuando una multitud enfurecida —que se decía había estado compuesta principalmente de tejedores[15]— dispersó una reunión de comerciantes «leales» y respaldó las resoluciones antiministeriales de la City de Londres. Una vez más, la carta de «Ned Ludd» a Mr. Smith de Huddersfield, que ya hemos citado, agregó la intención de derrocar por la fuerza a «esa condenada serie de bribones, Perceval y Co., a quienes atribuimos todas las miserias de nuestro País». Ni tampoco es sorprendente que tales opiniones encontraran una expresión ocasional en la literatura ludista (o en lo que pretendía serlo) ya que el uso que el gobierno de Perceval hizo de las *Orders in Council* era generalmente considerado como responsable de la gran depresión que había caído sobre el comercio de exportación. Aun cuando el ludismo tuviese tales matices políticos ocasionales, ellos eran más bien una intrusión que un rasgo intrínseco a un movimiento cuyos objetivos principales consistían en evitar el uso de maquinarias o meramente en coaccionar a los empleadores[16].

Dentro de estos límites, el ludismo alcanzó algunos éxitos aunque éstos demostraron ser efímeros. Los comerciantes de Nottingham dejaron de confeccionar medias «cortadas», reiniciaron las negociaciones con los medieros y ofrecieron mejores salarios. Los maestros de Yorkshire, bajo el primer impacto del terror ludista, abandonaron sus máquinas esquiladoras; sólo en los condados del noroeste, donde las fábricas que utilizaban los telares a vapor eran pocas y grandes, no se hicieron concesiones, ni tan siquiera temporariamente. Los éxitos alcanzados por los ludistas se debieron a sus tácticas notablemente flexibles, a su organización altamente desarrollada, a la naturaleza del país en el cual operaron casi siempre y, sobre todo, a la general simpatía pública de que indudablemente disfrutaban. Fue esto, aún más que el terror que inspiraban, lo que hizo tan difícil a las autoridades realizar arrestos y condenas tempranas. Pero tales éxitos, según la índole de las

cosas, no podían ser duraderos. La milicia, aunque en algunos lugares era considerada como propensa al descontento, demostró ser eficaz y digna de confianza, particularmente al ser reforzada por unidades del ejército regular y apoyada por las extensas actividades de una hueste de espías del gobierno. Una vez que las fuerzas de la ley y del orden hubieron dominado las tácticas de sus opositores y se hubieron desplegado convenientemente, las bandas ludistas tuvieron pocas posibilidades de luchar contra los 12.000 soldados que habían sido bien pertrechados para derrotarlas. Y una vez que sus cabecillas —o aquellos a los que se consideraba como tales— hubieron sido juzgados y se hubo colgado a treinta de ellos, los comerciantes y los pañeros tomaron aliento y retiraron sus concesiones temporarias; y en los lugares en que los empleadores no lo hicieron, las momentáneas ventajas logradas fueron barridas por la depresión de los años que siguieron.

Pero a pesar de todo esto, el ludismo no fue de ninguna manera el gesto fútil y ciego de hombres ignorantes y desesperados; y menos aún, por supuesto, una última tentativa de detener el curso del progreso técnico. Fue en realidad, al igual que la huelga moderna, una acción, no tomada con ligereza sino emprendida sólo cuando las negociaciones más morosas y pacíficas no podían lograr reparaciones. La destrucción de maquinarias tuvo una larga —¿debiéramos decir gloriosa?— tradición y los ludistas del norte y el centro de Inglaterra estaban simplemente comprometiéndose en mayor escala en una forma de acción que los mineros, los tejedores, los aserradores y otros habían practicado a lo largo de muchas generaciones. Tales métodos, como hemos visto, eran apropiados para una época en que la industria estaba aún principalmente esparcida en las aldeas y las llanuras o en los suburbios de las ciudades pequeñas, antes de que hubiera nacido el nuevo pueblo fabril. Éste fue aún el caso, aunque no duraría mucho, en la Inglaterra de la Regencia; y no es mera coincidencia que el siguiente —y el último— gran estallido de destrucción de maquinarias

fuera obra no de obreros industriales sino agrícolas*. Porque, fuera de resurgimientos menores, después de 1817** la destrucción de las máquinas industriales había terminado. El ludismo, como otras formas de acción popular adecuadas a la edad pre-industrial, no tenía futuro en la nueva sociedad industrial.

* Véase capítulo 10.

** Como, por ejemplo, el incendio en 1831 de la fábrica de Beck en Coventry, llevado a cabo por tejedores que temían por su empleo. J. Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Londres, 1960, pp. 30-48. Aun en 1833 se rompieron telares de medias en Leicester (confesión de David Bland, empleado doméstico, Tasmanian State Archives, MSS. 2/135, 2/393).

Notas

1. F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order In Regency England*, Londres, 1934, pp. 259-260, 209-210. Me he apoyado mucho en el libro del Dr. Darvall para mi explicación de estas revueltas. Pero véase también E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, pp. 494-602.
2. *Ibid.*, págs. 18-21, 33, 54; *Monthly Magazine*, XXXIV, 272, 1.° de octubre de 1812.
3. Citado por Darvall, pág. 72.
4. Citado por Darvall, pág. 73.
5. *Ibid.*, págs. 49-58.
6. *Monthly Magazine*, XXXIII, 387, 1.° de mayo de 1812.
7. *Annual Register*, LIV, «Chronicle», 61-62, 26 de abril de 1812.
8. Darvall, *op. cit.*, pág. 104; *Annual Register*, LIV, «Chronicle», 78-79, 84-85; *Gentleman's Magazine*, LXXXII (1), 582-583; Mitchell Library (Sydney), M. S. 4/4004: Indents of Convict Ships, 1801-1814.
9. Darvall, *op. cit.*, pp. 58-63.
10. *Gentleman's Magazine*, LXXXII (1), 285, marzo de 1812; Darvall, *op. cit.*, pp. 106-113.
11. *Ibid.*, p. 124.
12. *Ibid.*, p. 130; *Annual Register*, LV, «General History», 98; *Gentleman's Magazine*, LXXXIII (1), 80-81.
13. Darvall, *op. cit.*, p. 209.
14. *Ibid.*, p. 170.
15. *Gentleman's Magazine*, LXXXII (1), 381, abril de 1812.
16. Pero véase E. P. Thompson, *op. cit.*, pp. 494-497, 600-602.

6 | La Revolución Francesa: (1) La revuelta política

Hemos visto que fue a través de los *parlements* que el *menu peuple* parisiense aprendió sus primeras lecciones políticas y que bajo su influencia las revueltas urbanas —a diferencia de las rurales— tendieron a convertirse en manifestaciones políticas. Ello se aplica particularmente a los dos últimos años del Antiguo Régimen, cuando el *parlement* de París, bloqueado en su disputa final con los ministros de Luis XVI, provocó entusiastas y ruidosas celebraciones en la isla de la Cité después de regresar a la capital desde el exilio. Pero esto fue sólo un comienzo. Las multitudes que se reunieron para saludar al *parlement* se reducían a estudiantes, escribientes y obreros de ciertos distritos. Las lecciones aprendidas eran aún rudimentarias y superficiales. Sobre todo, se limitaban a la ciudad y no habían suscitado todavía una respuesta entre los campesinos de la campiña. El comienzo y el desarrollo de la Revolución habrían de cambiar todo esto. Al desafiar a las clases «privilegiadas» (incluidos los *parlements*) por el control de los Estados Generales de 1789, la *bourgeoisie* o Tercer Estado, apeló a toda la nación; sus ideas y sus eslóganes fueron adoptados tanto por la población rural como por la urbana; y bajo este

impacto, las revueltas del hambre de la campiña y las ocasionales demostraciones políticas de la ciudad se convirtieron en las grandes *jacqueries* y *journées* (o «jornadas») populares del verano y el otoño de 1789. A su vez, estas primeras demostraciones «espontáneas» comenzaron a convertirse en movimientos políticos más complejos de los *sans-culottes* urbanos y éstos reflejaron tanto la intensidad de la lucha de los partidos como la creciente experiencia y conciencia política de los *sans-culottes* mismos. Fue un largo proceso y no intentaremos hacer aquí un examen exhaustivo del mismo[1]. El propósito de este capítulo es más bien ilustrar la transición desde un tipo de revuelta hasta otro y señalar las principales etapas a través de las cuales nacieron y tomaron forma las *journées** políticas, la más característica de todas las formas de participación popular de la Revolución.

Después de su primer desafío a los ministros en la «revuelta aristocrática» de 1787, el *parlement* de París obtuvo una victoria inicial y, habiendo pasado una semana o dos en el exilio, fue autorizado a regresar a París. Los magistrados que volvían recibieron una tumultuosa bienvenida en la isla de la Cité, en la Place Dauphine, en la Rue du Harlay y en las proximidades de los Tribunales. Las autoridades habían estado preparadas para que se produjeran desórdenes y los tribunales fueron rodeados por 500 Guardias de París apoyados por un regimiento de *Gardes Françaises*. Una multitud, compuesta por los empleados del Palais de Justice y los

---

* Las más importantes de estas *journées* revolucionarias fueron:

En *1789:* Las revueltas de Réveillon (abril 28-29), revolución en París y toma de la Bastilla (julio 12-14), marcha hacia Versalles (octubre 5-6).

En *1791:* Marcha hacia Vincennes (febrero 28), manifestación y petición de Champ de Mars (julio 17).

En *1792:* Invasión de las Tullerías (junio 20), derrocamiento de la monarquía (agosto 10), masacres de septiembre (septiembre 2-4).

En *1793:* Expulsión de los diputados «girondinos» (mayo 31-junio 2), insurrección del 4-5 de septiembre.

En *1794:* Derrocamiento de Robespierre (9 Termidor-julio 27).

En *1795:* Revueltas populares de Germinal (abril 1) y Pradial 1-4 (mayo 20-23), levantamiento realista de Vendimiario (octubre 5).

oficiales y aprendices de las industrias suntuarias de la Cité llenaron el Pont Neuf y sus proximidades, soltaron buscapiés y petardos y apedrearon a las tropas. El 28 de septiembre, cuando los disturbios llegaron a su punto culminante, los soldados se vieron obligados a abrir fuego: no hubo bajas, aunque una bala perdida perforó el saco de un abogado que pasaba por el lugar y cuatro jóvenes fueron arrestados. Los desórdenes duraron una semana, durante la cual se encendieron fogatas frente a los Tribunales, se distribuyeron panfletos antirrealistas y se quemaron imágenes de Calonne, ex-Sobrestante General, y de la condesa de Polinac, gobernanta de los infantes. El 3 de octubre, el *parlement* mismo puso fin a las revueltas prohibiendo todas las reuniones y fuegos artificiales en las proximidades de los Tribunales. Había sido un desorden limitado y localizado. Su principal apoyo había estado en los escribientes y en los jornaleros de la Cité; y los *faubourgs* y los mercados no habían estado implicados.

En los meses siguientes la crisis se agudizó, tanto a causa de la creciente tensión política como del aumento del precio del pan. En mayo, el *parlement* trató de obtener una mayor popularidad condenando las odiadas *lettres de cachet* por las cuales los opositores de los ministros podían ser encarcelados sin juicio previo, y declarándose en contra de todo el sistema de gobierno arbitrario. El gobierno respondió rodeando los Tribunales con tropas; en edicto promulgado por Lamoignon, Guardián de los Sellos, trasladó gran parte de la jurisdicción del *parlement* a otras cortes y los magistrados rebeldes fueron exiliados una vez más. Pero el apoyo con que contaban los *parlements* —en París y en otras ciudades— era tal, que los ministros se vieron obligados a inclinarse ante los hechos: Brienne, el Primer Ministro, fue destituido y reemplazado por Necker y se prometieron los Estados Generales para el año siguiente; el edicto de Lamoignon fue derogado y el *parlement* de París fue repuesto poco después. La victoria fue saludada con más celebraciones en la Cité: se encendieron profusión de fuegos artificiales, se hicieron fogatas y se obligó a los ocupantes de los coches que cruzaban el Pont Neuf a inclinarse

ante la estatua de Enrique IV, el más popular de los reyes franceses, y a gritar *A bas Lamoignon!* y *Vive Henri Cuatre!*

Esta vez los disturbios asumieron un matiz nuevo y más serio: el precio del pan de 4 libras se había elevado en tres semanas desde 9 hasta 11 *sous;* y, hacia fines de agosto, a los empleados del Palais de Justice se unió el *menu peuple* de los *faubourgs* y mercados. Las revueltas se tornaron más violentas y se extendieron a otros distritos; los puestos de guardia a ambos lados del Pont Neuf, que atravesaba la ciudad, fueron saqueados e incendiados. Los Guardias recibieron órdenes de responder a la fuerza con la fuerza y, en la Place de Grève sobre la ribera norte del río, las tropas hicieron fuego sobre 600 manifestantes, matando a seis o siete y poniendo en fuga al resto. Después de un intervalo de quince días, las revueltas se reanudaron con más celebraciones en la Cité y más choques sangrientos entre soldados y obreros y estudiantes en lugares tan apartados entre sí como la Rue St. Martin en el norte y el barrio universitario en el sur. Más de 50 personas fueron arrestadas, pero las multitudes ganaron el día: tanto el impopular Lamoignon como el caballero Dubois, comandante de la Guardia de París, fueron destituidos de sus cargos antes de que las revueltas llegaran a su fin[2].

El *parlement* de París había logrado, por lo tanto, en su duelo con el gobierno, ganar para su causa las energías de una parte significativa de los *sans-culottes* de la capital. Este apoyo le proporcionó un éxito notable, pero tanto la alianza como los logros resultaron efímeros. Aun antes de que los disturbios hubiesen terminado el *parlement* se había enemistado con una gran parte de sus partidarios al insistir en que los Estados Generales se constituirían tal como lo hicieran 175 años antes: es decir, que cada «clase» se reuniría separadamente y tendría una representación igual. Así, el Tercer Estado tendría siempre menos votos y las clases «privilegiadas» llevarían, como siempre, la voz cantante. El Tercer Estado, viendo en peligro sus esperanzas, respondió con una guerra de panfletos que —en un tiempo notablemente breve— le dio vuelta la suerte al *parlement* y ganó el apoyo de toda la nación para sus pretensiones, que

incluían doble representación para el Tercer Estado (demanda que el gobierno mismo se apresuró a satisfacer) y la fusión de las tres clases separadas en una. Las vivas esperanzas suscitadas, aun en las zonas rurales, por la posibilidad de que los Estados Generales se constituyeran de aquella manera, está ilustrada en el encuentro de Arthur Young con una campesina de Champagne quien le dijo que

> Se decía entonces que *algunos grandes harían algo por los pobres, pero que ella no sabía quiénes ni cómo*, pero Dios no nos abandonará, *car les tailles et les droits nous écrasent*[3].

Young registró esta conversación en su diario el 12 de julio, pero mucho antes de esa fecha había comenzado ya a circular en París el lema militante de *tiers-état*, símbolo del desafío popular a los privilegios. El primer ejemplo que encontré en los archivos policiales data de principios de abril[4]. Dos o tres semanas más tarde, habría de ser vociferado en una revuelta popular, pero una revuelta en la cual el *menu peuple* luchaba sobre todo por alcanzar sus propios fines y no había sido totalmente ganado por los objetivos de los políticos burgueses del Tercer Estado. Fue la sangrienta refriega que estalló en el suburbio de St. Antoine —que pronto se distinguiría como el más revolucionario de los suburbios— a fines de abril, una semana antes de que los largamente esperados Estados Generales se reunieran en Versalles. El 23 de abril, dos fabricantes, Réveillon y Henriot, ambos miembros destacados del Tercer Estado local, se habían lamentado en sus respectivas asambleas de electores de los elevados salarios que se pagaban en la industria. No se sabe si aconsejaron o no una reducción de los salarios (de ambos se decía que eran buenos patrones) pero así lo interpretaron los obreros del suburbio y sus observaciones, hechas en un momento en que el precio del pan era exorbitante*, provocaron violentas explosiones de protesta. Quinientos o seiscientos *ouvriers*

* El precio del pan de cuatro libras era, desde febrero, de 14 ½ *sous*.

se reunieron cerca de la Bastilla y después de colgar una imagen de Réveillon (el más destacado de los culpables) desfilaron por los barrios de la capital portando grotescos figurones que representaban a sus presuntas víctimas. Después de conseguir refuerzos en los muelles, las fábricas y los talleres, llegaron al Hôtel de Ville en la Place de Grève unos 2.000 manifestantes. Al encontrar la casa de Réveillon custodiada por tropas del *Royal Cravate* se dirigieron a la casa de Henriot y, al igual que los manifestantes de las revueltas de Gordon en Inglaterra, destruyeron su mobiliario y sus efectos personales. Dispersados por el ejército, se reorganizaron a la mañana siguiente y mientras más tropas eran convocadas, bandas de obreros recorrían los barrios reclutando refuerzos por medio de la persuasión o la intimidación. El desenlace se produjo entre las 6 y las 8 de la noche cuando la casa de Réveillon fue arrasada, los Guardias del *Royal Cravate* echados a un lado y la destrucción de la noche anterior se repitió, aunque en mayor escala. El duque de Châtelet, que comandaba a la Guardia Francesa, dio orden de disparar y entonces se produjo una masacre en las estrechas y congestionadas calles, donde miles de personas se amontonaban en los techos y en las ventanas mientras la multitud se batía a los gritos de *Liberté... nous ne cèderon pas!* Otros gritaban *Vive le tiers état!* y *Vive le Roi et vive M. Necker!* Así, los nuevos eslóganes «patrióticos» del día, extrañamente en desacuerdo con la conducta de los revoltosos, estaban ya siendo absorbidos por el *menu peuple* de París y utilizados, si era necesario, en su propio beneficio[3].

Por consiguiente, hasta ese momento, las actividades de los *sans-culottes* parisienses no estaban totalmente de acuerdo con las de la *bourgeoisie* revolucionaria. Esta última confiaba, sin duda, en lograr sus fines sin recurrir al riesgoso expediente de convocar a las masas. Pero estas esperanzas se vieron frustradas por la obstinada negativa de la aristocracia a hacer concesiones y por las débiles vacilaciones del rey. Persuadido por la reina y por su hermano menor, el conde d'Artois, Luis decidió convocar al ejército, destituir a la Asamblea Nacional recientemente formada, intimidar a París y reemplazar a Necker, considerado como demasiado adicto a

la causa «patriótica», por Breteuil, un favorito de María Antonieta. La llegada de la noticia de la destitución de Necker, a mediodía del 12 de julio, hizo estallar la revolución popular en la capital. Las multitudes se reunieron en los jardines del Palais Royal, residencia del popular duque de Orleans, escucharon a Camille Desmoulins y otros oradores dieron la orden de tomar las armas. Se formaron grupos de manifestantes que desfilaron por los bulevares llevando bustos de Necker y de Orleans, los héroes del momento. Los teatros fueron cerrados en señal de duelo. Besenval, comandante de la guarnición de París, se retiró al campo de Marte y dejó la capital en manos del pueblo. El primer acto consistió en destruir las odiadas *barrières*, o puestos de aduana, que rodeaban la ciudad y cuyos impuestos al vino y a los alimentos eran duramente resistidos por los pequeños consumidores: en cuatro días los revoltosos que partieron del Palais Royal destruyeron sistemáticamente entre 40 y 54 puestos. El monasterio de la hermandad de St. Lazare fue invadido, saqueado, registrado en busca de armas y de trigo, y sus prisioneros fueron liberados. También se realizaron incursiones a otros conventos y depósitos de armas en busca de fusiles, espadas y pistolas. Durante toda la noche (según nos informa el relato de un asalariado, de un fabricante de velas que fue testigo de los hechos)[6], multitudes formadas por miles de civiles y de soldados rebelados, invadieron la calles gritando los nuevos eslóganes «patrióticos», tocando a rebato y buscando trigo y armas. Mientras tanto, los electores parisienses del Tercer Estado, que habían formado un gobierno provisional de la ciudad en el Hôtel de Ville, profundamente alarmados ante el curso de los acontecimientos, comenzaron a reclutar una milicia ciudadana o Guardia Nacional, tanto para defender la capital de los pobres como para enfrentar la amenaza militar de Versalles.

Así, la búsqueda de armas y municiones continuó. En realidad, fue la intención de conseguir armas, más que la de liberar prisioneros o saldar viejas deudas con un odiado símbolo del pasado, lo que llevó a los parisienses, el 14 de julio, a asaltar la antigua fortaleza de la Bastilla. Los insurgentes estaban escasos de pólvora y se sabía que el arsenal había

enviado recientemente una gran provisión de ella. Además, la ciudad estaba llena de rumores acerca de inminentes ataques desde Versalles, mientras que los cañones de la Bastilla se entrenaban ominosamente sobre las casuchas superpobladas del barrio de St. Antoine. Así, después de que 30.000 fusiles fueron sacados del Hôtel des Invalides a través del río, resonó el grito «¡A la Bastilla!» El sitio —o más bien las negociaciones con el gobernador de la Bastilla, el marqués De Launay— fue dirigido desde el Ayuntamiento, con torpe indecisión, por el Comité de Electores. Pero la iniciativa de tomar la fortaleza por asalto, cuando las tratativas pacíficas no dieron resultado, no fue tomada por ellos sino por los ciudadanos armados que se apiñaban alrededor de sus murallas. Los cañones de la Bastilla habían dado muerte o herido a 150 ciudadanos cuando Hulin, un antiguo sargento, se puso al frente de dos destacamentos de los *Gardes Françaises*, que se habían unido a la insurrección y los condujo a la puerta principal donde, ayudado por algunos centenares de civiles armados, se preparó para un asalto directo. Persuadido por su guarnición, De Launay ordenó que se bajara el puente principal; y así, la toma de la Bastilla marcó la culminación de la primera gran *journée* popular de la Revolución.

La rendición de la Bastilla, a pesar de que no fue una hazaña militar de gran importancia, tuvo notables consecuencias políticas. La Asamblea Nacional fue salvada y recibió el reconocimiento real. En la capital, el poder pasó al Comité de Electores, que establecieron un Consejo Comunal (la Comuna) con Bailly como alcalde. El 17 de julio, el Rey mismo llegó a París acompañado por cincuenta diputados y, haciendo de la necesidad virtud, lució la escarapela roja, blanca y azul de la Revolución. Los principales responsables de todos estos acontecimientos fueron las multitudes parisienses, de las cuales los *sans-culottes* formaban la mayor parte. Pero la Revolución no estaba aún asegurada y los triunfos de julio debieron ser nuevamente defendidos en octubre. Mientras la Corte y el Rey permanecieron en Versalles y una activa minoría de diputados pudo, en alianza con la Corte, frustrar el programa constitucional de la

Asamblea (y esta habilidad para hacerlo se puso en evidencia en agosto y septiembre), el poder efectivo siguió estando repartido entre el antiguo Tercer Estado y sus aliados aristocráticos liberales, y los partidarios del Antiguo Régimen. Una vez más el Rey, cediendo a la presión de lo que quedaba del antiguo partido de la Corte, trató de romper el estancamiento por medio de un gran despliegue de fuerzas y convocó a las tropas —esta vez al Regimiento de Flandes— en Versalles. En un banquete dado en su honor, la escarapela nacional (o al menos, así se dijo en París) fue pisoteada. Para vengar el insulto, los «patriotas» parisienses organizaron una marcha sobre Versalles, o bien para presentar un ultimátum o bien para trasladar a la familia real a París. Mientras tanto, habíase producido otra crisis en la provisión de pan y el 5 de octubre, una revuelta del hambre desencadenada por iracundas mujeres del pueblo se transformó en la gran marcha de las mujeres que, apoyadas por los batallones de la Guardia Nacional, llevaron triunfalmente de vuelta a la capital al Rey, que fue inmediatamente seguido por la Asamblea Nacional. Así, por segunda vez en doce semanas, el *menu peuple* parisiense había rescatado a la Asamblea y salvado a la Revolución[7].

El año 1789 no sólo fue un año de revueltas y revoluciones urbanas. También el campo hizo lo suyo y también allí la revuelta sufrió una transformación similar. Después de las revueltas del trigo de 1775, la campiña había permanecido relativamente tranquila. Se habían producido, por supuesto, las acostumbradas revueltas del hambre: en Toulouse y en Grenoble en 1778, en Bayeux en 1784 y en Rennes en 1785. Pero éstas habían sido aisladas y esporádicas. No hubo más movimientos generalizados de protesta rural hasta el invierno de 1788-1789; y entonces, ellos se produjeron en respuesta a una doble crisis. Por una parte, estaban las desastrosas cosechas de 1787 y 1788, que elevaron los precios en casi todas las regiones productoras de cereales. Por otra parte, el gobierno, bajo la presión de la «revuelta aristocrática», había convocado a los Estados provinciales y se preparaba para citar a los electores, de los cuales los campesinos constituían una abrumadora mayoría, a fin de que elevaran

enviado recientemente una gran provisión de ella. Además, la ciudad estaba llena de rumores acerca de inminentes ataques desde Versalles, mientras que los cañones de la Bastilla se entrenaban ominosamente sobre las casuchas superpobladas del barrio de St. Antoine. Así, después de que 30.000 fusiles fueron sacados del Hôtel des Invalides a través del río, resonó el grito «¡A la Bastilla!» El sitio —o más bien las negociaciones con el gobernador de la Bastilla, el marqués De Launay— fue dirigido desde el Ayuntamiento, con torpe indecisión, por el Comité de Electores. Pero la iniciativa de tomar la fortaleza por asalto, cuando las tratativas pacíficas no dieron resultado, no fue tomada por ellos sino por los ciudadanos armados que se apiñaban alrededor de sus murallas. Los cañones de la Bastilla habían dado muerte o herido a 150 ciudadanos cuando Hulin, un antiguo sargento, se puso al frente de dos destacamentos de los *Gardes Françaises*, que se habían unido a la insurrección y los condujo a la puerta principal donde, ayudado por algunos centenares de civiles armados, se preparó para un asalto directo. Persuadido por su guarnición, De Launay ordenó que se bajara el puente principal; y así, la toma de la Bastilla marcó la culminación de la primera gran *journée* popular de la Revolución.

La rendición de la Bastilla, a pesar de que no fue una hazaña militar de gran importancia, tuvo notables consecuencias políticas. La Asamblea Nacional fue salvada y recibió el reconocimiento real. En la capital, el poder pasó al Comité de Electores, que establecieron un Consejo Comunal (la Comuna) con Bailly como alcalde. El 17 de julio, el Rey mismo llegó a París acompañado por cincuenta diputados y, haciendo de la necesidad virtud, lució la escarapela roja, blanca y azul de la Revolución. Los principales responsables de todos estos acontecimientos fueron las multitudes parisienses, de las cuales los *sans-culottes* formaban la mayor parte. Pero la Revolución no estaba aún asegurada y los triunfos de julio debieron ser nuevamente defendidos en octubre. Mientras la Corte y el Rey permanecieron en Versalles y una activa minoría de diputados pudo, en alianza con la Corte, frustrar el programa constitucional de la

Asamblea (y esta habilidad para hacerlo se puso en evidencia en agosto y septiembre), el poder efectivo siguió estando repartido entre el antiguo Tercer Estado y sus aliados aristocráticos liberales, y los partidarios del Antiguo Régimen. Una vez más el Rey, cediendo a la presión de lo que quedaba del antiguo partido de la Corte, trató de romper el estancamiento por medio de un gran despliegue de fuerzas y convocó a las tropas —esta vez al Regimiento de Flandes— en Versalles. En un banquete dado en su honor, la escarapela nacional (o al menos, así se dijo en París) fue pisoteada. Para vengar el insulto, los «patriotas» parisienses organizaron una marcha sobre Versalles, o bien para presentar un ultimátum o bien para trasladar a la familia real a París. Mientras tanto, habíase producido otra crisis en la provisión de pan y el 5 de octubre, una revuelta del hambre desencadenada por iracundas mujeres del pueblo se transformó en la gran marcha de las mujeres que, apoyadas por los batallones de la Guardia Nacional, llevaron triunfalmente de vuelta a la capital al Rey, que fue inmediatamente seguido por la Asamblea Nacional. Así, por segunda vez en doce semanas, el *menu peuple* parisiense había rescatado a la Asamblea y salvado a la Revolución[7].

El año 1789 no sólo fue un año de revueltas y revoluciones urbanas. También el campo hizo lo suyo y también allí la revuelta sufrió una transformación similar. Después de las revueltas del trigo de 1775, la campiña había permanecido relativamente tranquila. Se habían producido, por supuesto, las acostumbradas revueltas del hambre: en Toulouse y en Grenoble en 1778, en Bayeux en 1784 y en Rennes en 1785. Pero éstas habían sido aisladas y esporádicas. No hubo más movimientos generalizados de protesta rural hasta el invierno de 1788-1789; y entonces, ellos se produjeron en respuesta a una doble crisis. Por una parte, estaban las desastrosas cosechas de 1787 y 1788, que elevaron los precios en casi todas las regiones productoras de cereales. Por otra parte, el gobierno, bajo la presión de la «revuelta aristocrática», había convocado a los Estados provinciales y se preparaba para citar a los electores, de los cuales los campesinos constituían una abrumadora mayoría, a fin de que elevaran

sus *cahiers de doléances* o cuadernos de reclamaciones en toda Francia. La respuesta de los campesinos asumió, al principio, la forma tradicional de una revuelta contra la escasez y el alza de los precios. Iniciada en diciembre de 1788, se expresó por medio de ataques a los barcos cargueros y a los graneros, asaltos a los funcionarios de aduana, comerciantes y *laborears*, revueltas en las alcaidías locales y en las panaderías y mercados, *taxation populaire* del pan y el trigo y grandes destrucciones de propiedades. Los informes acerca de tales actividades llegaron de casi todas las provincias: en diciembre y enero, de Bretaña y Touraine; en marzo y abril, de Borgoña, l'Ile de France, el Languedoc, Nivernais, Orleans, la Picardía, Poitou, la Provenza y Touraine; en julio, de Normandía y Champagne. Al norte de París, la lucha contra el hambre se transformó en un movimiento contra las leyes de caza y el derecho de la nobleza a la caza, el primero en muchos años. En los estados del Príncipe de Conti en Pontoise y Beaumont (escenario de las revueltas de 1775), en Conflans Ste. Honorine y otras aldeas, los campesinos pusieron trampas para los conejos que infestaban sus campos, lo cual produjo choques con la guardia civil. En Artois, una docena de aldeas se unieron para exterminar la caza del conde d'Oisy y se negaron a pagarle los derechos tradicionales. En el sur y el oeste de París, cerca de Fontainebleau y St. Germain, parroquias enteras fueron desarmadas bajo sospecha de robar la caza de los bosques reales. En Lorraine y en Hainault, los campesinos sin tierras y los pequeños propietarios se unieron para oponerse a los planes de desmontar las tierras boscosas y cercar los campos. Mientras tanto, después de haber permanecido adormecida durante casi un siglo, la ira campesina contra los impuestos reales y los derechos señoriales estalló en Provenza en marzo, en Gap en abril y en el Cambrésis y la Picardía en mayo[8].

Así, bajo el impacto de la crisis económica y los acontecimientos políticos, el movimiento campesino pasó, de las antiguas protestas contra los precios, a través de ataques a los cercados, derechos de caza y bosques reales, a asaltos frontales al sistema feudal mismo. Ello no fue, de ninguna manera, un desarrollo puramente espontáneo: surgió en parte

de un extraño fenómeno conocido como la *Grande Peur*, el Gran Miedo, de fines del verano de 1789. El Gran Miedo tuvo sus orígenes en la vagancia rural, producto de la crisis económica, en la dispersión de tropas reales después de la victoria popular de París y en la arraigada creencia de los campesinos —creencia que compartían con muchos habitantes de las ciudades— de que existía un «complot aristocrático». Crecía el convencimiento de que los «bandidos», fuesen aldeanos pobres o soldados dispersos, estaban siendo armados para asolar la campiña y destruir las propiedades de los campesinos. Tal como en las revueltas de 1775, los rumores circularon de mercado en mercado y a lo largo del curso de los ríos y durante los meses de julio y agosto inflamaron a la población rural de todas las provincias excepto Bretaña en el norte y Alsacia y Lorena en el este. De manera que los campesinos se armaron y esperaron a los invasores. Pero los «bandidos», producto del pánico y la imaginación excitada, no aparecieron; entonces, los campesinos de muchos distritos, a falta de un enemigo se volvieron hacia otro y dirigieron sus armas contra los señoríos de los nobles. Porque los *châteaux* no sólo albergaban a los señores sino que guardaban también las odiadas listas en las cuales se inscribían las rentas y obligaciones feudales, muchas de ellas recientemente inventadas o restablecidas, que pesaban sobre las tierras de los pequeños propietarios. Así, los campesinos, amargamente resentidos por antiguas exacciones feudales, respondieron a la exhortación del Tercer Estado iniciando su propia revolución. Esta revolución dejó una huella de *châteaux* incendiados en toda Francia. El movimiento tuvo resultados inmediatos. Empujada a la acción, la Asamblea Nacional promulgó sus decretos del 4 y del 5 de agosto aboliendo o tornando amortizables todas las cargas señoriales sobre la tierra. En las zonas donde tales cargas fueron conmutadas por una suma de dinero, los campesinos se negaron a pagar y, tres años más tarde, el gobierno jacobino aceptó el hecho consumado y anuló las deudas de los campesinos[9].

La revolución campesina se forjó en la campiña durante los años revolucionarios pero por lo general recayó en revueltas del hambre o ata-

ques a cercados y nunca recuperó su primitivo alcance y vigor. En París, al igual que en otras ciudades, la situación era totalmente diferente. Las grandes revueltas de 1789, aunque ricas en consecuencias, fueron sólo un comienzo. El adoctrinamiento político de los *sans-culottes* con las nuevas ideas de la Revoución apenas había empezado. Se formaron clubes y sociedades «fraternales» que, después de 1790, abrieron sus puertas a los trabajadores asalariados y a los artesanos. Por tales medios las ideas de los demócratas y más tarde de los republicanos fueron recibidas y absorbidas por la población de los suburbios y los mercados. Un primer resultado de esta nueva etapa de adoctrinamiento político fue la gran reunión y petición en el Campo de Marte en julio de 1791, que exigió la abdicación del Rey después de su desdichada fuga a Varennes y su reemplazo por una «nueva autoridad ejecutiva». Las miles de firmas recogidas incluían a una mayoría de *sans-culottes* y tenemos otras pruebas de que gran número de ellos, al menos, comprendieron perfectamente de qué trataba la petición. Fueron también ellos quienes formaron el grueso de los manifestantes que se habían reunido desde cada departamento de la capital y de los cuales cincuenta fueron muertos y otros doce heridos por la Guardia Nacional de Lafayette.

Esta «masacre», como la guerra que le siguió nueve meses más tarde, ahondó las divisiones entre los «patriotas»; y los *sans-culottes* que fueron admitidos en las reuniones de los Departamentos en julio de 1792, cayeron cada vez más bajo la influencia de los jacobinos, republicanos y demócratas. Fueron ellos quienes planearon y dirigieron el ataque armado a las Tullerías en agosto de 1792, que terminó con la monarquía y dio paso a la República; ¡y este ataque fue llevado a cabo por los batallones regulares de la Guardia Nacional, que estaban compuestos en su mayor parte por tenderos, artesanos y jornaleros de París! La misma fuerza fue usada por los jacobinos en junio de 1793. Esta vez comandada por Hanriot, un general *sans-culotte*, para expulsar a sus opositores «girondinos» de la Convención Nacional[10]. Y así, atravesando etapas de adoctrinamiento y experiencia política, por medio de su asistencia a reuniones de

asambleas seccionales, sociedades y comités y a través de la actuación en la Guardia Nacional y el ejército revolucionario, formado para asegurar el abastecimiento de alimentos a la ciudad[11], fueron surgiendo, de entre los *sans-culottes* mismos, capacitados líderes y militantes. Y éstos no fueron de manera alguna dóciles agentes de los jacobinos o de cualquier otro partido gobernante: tenían sus propias aspiraciones sociales, puntos de vista, clubes y eslóganes y también sus propias ideas acerca de cómo debía ser gobernado el país[12]. Siendo ello así, era inevitable que la revuelta política, en los casos en que aún se recurrió a ella, sufriera una transformación todavía más profunda.

Este proceso alcanzó su culminación en la gran insurrección popular de Pradial del Año III (20-23 de mayo, 1795). Los *sans-culottes*, para entonces divididos y enemistados gracias a la política del gobierno jacobino, no habían opuesto resistencia eficaz alguna al derrocamiento de Robespierre en julio de 1794. Pero la inflación que siguió acompañada de la clausura de los restantes clubes revolucionarios y de la persecución de los primeros «terroristas» y «patriotas», los impulsó gradualmente a la acción. Las primeras escaramuzas tuvieron lugar el 12 Germinal (1.º de abril de 1795), cuando la Convención Nacional fue invadida por una furiosa multitud compuesta de hombres y mujeres que pedían pan a gritos y que llevaban en sus gorras y sombreros el lema insurgente: «¡Pan y la Constitución de 1793»*. Los intrusos, habiendo recibido algún apoyo verbal de los pocos diputados jacobinos que permanecían en la Asamblea, fueron pronto expulsados por destacamentos leales de la Guardia Nacional y así, el movimiento se apaciguó temporariamente.

Pero a medida que la situación con respecto a los alimentos empeoraba, los disturbios en las calles y mercados y entre los militantes de las secciones se tornaron más pronunciados y el 1.º Pradial (20 de mayo),

* Se trataba de la Constitución democrática de junio de 1793, que los jacobinos, que la habían sancionado, guardaron en reserva hasta la terminación de la guerra, y que sus sucesores rechazaron en septiembre de 1795.

ques a cercados y nunca recuperó su primitivo alcance y vigor. En París, al igual que en otras ciudades, la situación era totalmente diferente. Las grandes revueltas de 1789, aunque ricas en consecuencias, fueron sólo un comienzo. El adoctrinamiento político de los *sans-culottes* con las nuevas ideas de la Revolución apenas había empezado. Se formaron clubes y sociedades «fraternales» que, después de 1790, abrieron sus puertas a los trabajadores asalariados y a los artesanos. Por tales medios las ideas de los demócratas y más tarde de los republicanos fueron recibidas y absorbidas por la población de los suburbios y los mercados. Un primer resultado de esta nueva etapa de adoctrinamiento político fue la gran reunión y petición en el Campo de Marte en julio de 1791, que exigió la abdicación del Rey después de su desdichada fuga a Varennes y su reemplazo por una «nueva autoridad ejecutiva». Las miles de firmas recogidas incluían a una mayoría de *sans-culottes* y tenemos otras pruebas de que gran número de ellos, al menos, comprendieron perfectamente de qué trataba la petición. Fueron también ellos quienes formaron el grueso de los manifestantes que se habían reunido desde cada departamento de la capital y de los cuales cincuenta fueron muertos y otros doce heridos por la Guardia Nacional de Lafayette.

Esta «masacre», como la guerra que le siguió nueve meses más tarde, ahondó las divisiones entre los «patriotas»; y los *sans-culottes* que fueron admitidos en las reuniones de los Departamentos en julio de 1792, cayeron cada vez más bajo la influencia de los jacobinos, republicanos y demócratas. Fueron ellos quienes planearon y dirigieron el ataque armado a las Tullerías en agosto de 1792, que terminó con la monarquía y dio paso a la República; ¡y este ataque fue llevado a cabo por los batallones regulares de la Guardia Nacional, que estaban compuestos en su mayor parte por tenderos, artesanos y jornaleros de París! La misma fuerza fue usada por los jacobinos en junio de 1793. Esta vez comandada por Hanriot, un general *sans-culotte*, para expulsar a sus opositores «girondinos» de la Convención Nacional[10]. Y así, atravesando etapas de adoctrinamiento y experiencia política, por medio de su asistencia a reuniones de

asambleas seccionales, sociedades y comités y a través de la actuación en la Guardia Nacional y el ejército revolucionario, formado para asegurar el abastecimiento de alimentos a la ciudad[11], fueron surgiendo, de entre los *sans-culottes* mismos, capacitados líderes y militantes. Y éstos no fueron de manera alguna dóciles agentes de los jacobinos o de cualquier otro partido gobernante: tenían sus propias aspiraciones sociales, puntos de vista, clubes y eslóganes y también sus propias ideas acerca de cómo debía ser gobernado el país[12]. Siendo ello así, era inevitable que la revuelta política, en los casos en que aún se recurrió a ella, sufriera una transformación todavía más profunda.

Este proceso alcanzó su culminación en la gran insurrección popular de Pradial del Año III (20-23 de mayo, 1795). Los *sans-culottes*, para entonces divididos y enemistados gracias a la política del gobierno jacobino, no habían opuesto resistencia eficaz alguna al derrocamiento de Robespierre en julio de 1794. Pero la inflación que siguió acompañada de la clausura de los restantes clubes revolucionarios y de la persecución de los primeros «terroristas» y «patriotas», los impulsó gradualmente a la acción. Las primeras escaramuzas tuvieron lugar el 12 Germinal (1.° de abril de 1795), cuando la Convención Nacional fue invadida por una furiosa multitud compuesta de hombres y mujeres que pedían pan a gritos y que llevaban en sus gorras y sombreros el lema insurgente: «¡Pan y la Constitución de 1793»*. Los intrusos, habiendo recibido algún apoyo verbal de los pocos diputados jacobinos que permanecían en la Asamblea, fueron pronto expulsados por destacamentos leales de la Guardia Nacional y así, el movimiento se apaciguó temporariamente.

Pero a medida que la situación con respecto a los alimentos empeoraba, los disturbios en las calles y mercados y entre los militantes de las secciones se tornaron más pronunciados y el 1.° Pradial (20 de mayo),

* Se trataba de la Constitución democrática de junio de 1793, que los jacobinos, que la habían sancionado, guardaron en reserva hasta la terminación de la guerra, y que sus sucesores rechazaron en septiembre de 1795.

hubo un nuevo estallido, esta vez de carácter más violento y peligroso. En esta ocasión, como en octubre de 1789, fueron las mujeres quienes encabezaron la revuelta e instaron a sus hombres a actuar. Una vez más, como en octubre, todo comenzó con revueltas en las panaderías que desembocaron en una marcha hacia la Asamblea. Pero esta vez se trató de una manifestación militar y política, que alcanzó un grado mucho mayor de madurez política que la de 1789. En octubre, las mujeres cantaban, mientras marchaban hacia Versalles (o al menos así lo quiere la tradición) «Vayamos por el panadero, la mujer del panadero y el hijo del panadero»; así, la intención política, aunque evidente en cuanto a los resultados, no estaba claramente delineada. En mayo de 1795, por el contrario, los insurgentes llevaban lemas políticos en sus gorras y blusas y tenían objetivos políticos claramente definidos: ellos consistían en liberar a los prisioneros políticos, restablecer la Comuna de París (suprimida después de la caída de Robespierre), poner en vigencia la Constitución de 1793 y reimplantar el abandonado control sobre los precios y la provisión de los alimentos. Y, a diferencia de los participantes de las *journées* de 1789 a 1793, no recibieron órdenes de dirigentes revolucionarios o de grupos políticos exteriores: actuaron por su propia cuenta, bajo sus propias banderas y consignas. Fue, en realidad, la primera y la última gran manifestación política tanto iniciada como llevada a cabo por los mismos *sans-culottes*.

Pero fracasaron por completo y fueron ignominiosamente derrotados y salvajemente reprimidos. Una vez más, como en abril, fueron expulsados de la Asamblea, pero reorganizaron sus fuerzas en el Barrio de San Antonio, centro de la rebelión, y a la tarde siguiente marcharon sobre la Convención con una fuerza de 20.000 Guardias Nacionales. Por primera vez durante la Revolución, sin embargo, un ejército regular, leal al gobierno, fue enviado para hacerles frente; y, a fin de evitar una masacre, ambas partes convinieron en negociar antes que pelear. El barrio de San Antonio fue sitiado al día siguiente y, al cuarto día de la rebelión, los insurgentes se rindieron sin haber disparado un solo tiro. La derrota

fue seguida de una severa secuela de represiones y proscripciones: 36 rebeldes fueron condenados a muerte y 37 a prisión o deportación, por una corte militar; unos 1.200 supuestos «terroristas» (no todos insurgentes) fueron arrestados y 1.700 desarmados en una sola semana; y a éstos siguieron muchos, más tarde[13].

Así decapitado, el movimiento *sans-culotte* murió súbitamente y habiendo florecido, como el cactus, en el preciso momento en que se extinguía, no volvió a florecer nunca más. Hubo una insurrección final en octubre, pero esta vez los *sans-culottes* fueron espectadores pasivos y los participantes fueron sirvientes, abogados, empleados, tenderos y oficiales del ejército de las secciones realistas o casi realistas[14]. Después de esto, el ejército, llamado por la Convención, permaneció ocupado y los días de las multitudes y de las revueltas, de cualquier naturaleza que fuesen, cesaron por treinta y cinco años.

Notas

1. Para un análisis más completo, véase mi *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959.
2. *Ibid.*, pp. 28-33.
3. Arthur Young, *Travels in France and Italy*, Everyman Library, Londres, 1915, p. 159.
4. Archivos Nacionales, Y 18762, 12 de abril de 1789.
5. Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 34-44.
6. Archivos Nacionales, Z. 4691.
7. Para estos dos episodios, véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 47-79.
8. Véase mi artículo «The Outbreak of the French Revolution», *Past and Present*, noviembre de 1955, pp. 28-42.
9. G. Lefebvre, *La Grande Peur de 1789* (París, 1932); y «La Revolution française et les paysans», en *Etudes sur la Revolution française*, Paris, 1954, pp. 246-268.
10. Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 80-94, 101-108, 121-126.
11. R. C. Cobb, *Les armées révolutionnaires*, 2 vols., Paris y La Haya, 1961-1963.
12. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, Paris, 1958.
13. Para los sucesos del Germinal-Pradial, véase K. Tönnesson, *La défaite des sans-culottes*, Oslo y París, 1959.
14. Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 160-177.

7 | La Revolución Francesa: (2) Las revueltas del hambre

Uno de los grandes problemas de la Revolución Francesa fue la provisión de alimentos baratos y abundantes. Ello constituyó, como durante todo el siglo XVIII, una preocupación constante para los pequeños consumidores de las ciudades y la campiña, muchos de los cuales, como vimos en el capítulo anterior, desempeñaron un conspicuo papel en las revueltas y manifestaciones políticas. No resulta sorprendente, por lo tanto, que aun durante los episodios más ostensiblemente *políticos*, el problema de los alimentos estuviese siempre presente. Ya hemos visto que en septiembre de 1788, cuando los parisienses celebraban el segundo retorno del *parlement*, un súbito aumento del precio del pan transformó el alcance y la índole de las revueltas. En abril, las revueltas de Réveillon en el barrio de San Antonio se debieron, probablemente, tanto al precio del pan como a los ataques de los fabricantes a los salarios: en realidad, los negocios que vendían alimentos (pero no otros) fueron invadidos y hasta el lugarteniente de policía llegó a creer que los insurgentes tenían el doble propósito de ajustar cuentas con Réveillon y de obligar a las autoridades a reducir el precio del pan. El problema de los alimentos

desempeñó también un importante papel en los acontecimientos que llevaron a la toma de la Bastilla. Entre los que asaltaron el monasterio de St. Lazare en la noche del 12 de julio había algunos que afirmaban que «buscaban pan» y, en las *barrières*, se oyó decir a un herrero, ocupado en destruir un puesto aduanero: *nous allons boire le vin à trois sous* (beberemos vino a 3 *sous* el litro).

En octubre este problema era aún más evidente. La marcha de las mujeres hacia Versalles se transformó en revueltas del pan en las panaderías y en el Hôtel de Ville; y Barnave, uno de los más ortodoxos de los líderes revolucionarios, al informar del hecho a los constituyentes, destacó la índole dual de estas revueltas: la *bourgeoisie* y el «pueblo» (escribía) se unieron en una causa común; pero mientras los primeros actuaron solamente para desbaratar los complots de la aristocracia, los últimos estaban igualmente preocupados por el precio del pan (*y mêlant l'intérêt du pain*). Y así, podríamos llegar hasta el último de los estallidos populares de 1795, cuando los insurgentes llevaban en sus gorras la doble consigna: «Pan y la Constitución de 1793». En realidad, de todas las más importantes *journées* de la Revolución en la capital, hubo sólo una en la cual el precio o el abastecimiento de alimentos o de pan parece no haber desempeñado papel alguno: la manifestación del 17 de julio de 1791, cuando los parisienses se reunieron en el Campo de Marte para firmar una petición solicitando la abdicación del Rey[1].

Por lo tanto, si las revueltas del hambre estaban latentes en tantas manifestaciones políticas, no resulta sorprendente que, en ocasiones, éstas estallaran por su cuenta. Ello habría sucedido en gran parte por las mismas razones que antes de la Revolución, cuando la provisión de alimentos era escasa y los precios desacostumbradamente altos. Por razones que ya hemos explicitado, 1789 fue precisamente un año de éstos, y hemos observado el creciente aumento de revueltas del hambre que se producían en diferentes partes del país antes de que los campesinos transfirieran su atención, a fines de julio, a los castillos y las listas señoriales. Los centros urbanos de provincias también fueron afectados y los

mos acerca de revueltas del hambre, acompañadas a menudo del control popular de los precios, en ciudades tan distantes como Amiens, Burdeos, Caen, Chartres, Grenoble, Marsella, Orleans, Nantes y Rheims[2]. También en París, donde el pan diario —en 1789— insumía una proporción cada vez mayor del salario de obreros y artesanos[3], la experiencia podría haber sido idéntica si la ira popular no se hubiese encauzado con frecuencia por canales políticos: octubre de 1789 es, evidentemente, una fecha que viene a cuento.

Hacia noviembre de aquel año, las autoridades revolucionarias habían soportado las crisis del pan heredadas del Antiguo Régimen, y los dieciocho meses que siguieron fueron un período de relativa calma social. Pero ello se debió más bien a su buena suerte que a su criterio, ya que no poseían planes de acción para enfrentar tales problemas. Por lo tanto, los mismos debían volver a plantearse. Cuando lo hicieron, se debieron en parte a las malas cosechas, en parte a la devaluación del papel moneda (el *assignat*) y sobre todo, después de abril de 1792, a la sorpresiva inflación de tiempos de guerra que la prevaleciente doctrina del liberalismo económico fue incapaz de dominar. Fue una combinación de estos factores lo que llevó a la gran escasez siguiente y la gran ola de revueltas de 1792. En agosto de 1791, una escasez de harina en París había producido un rápido aumento en el precio del pan, y en noviembre varias de las regiones productoras de cereales del norte y del oeste se vieron convulsionadas por disturbios que se manifestaron deteniendo la exportación de granos a otros lugares. A medida que los precios del trigo subían vertiginosamente (en París algo más del veinticinco por ciento, pero en las provincias un término medio del 40 por ciento), las revueltas estallaron en todo el país. Por su intensidad y alcance, fueron comparables a las de 1789[4].

De estos disturbios, los más extendidos y prolongados fueron los de la gran llanura cerealista del Beauce que, con Chartres como centro, se extendía entre el Sena y el Loire[5]. La causa de la inquietud no fue tanto el fracaso de la cosecha como el agotamiento de los mercados por parte

de los grandes productores, que o bien vendían directamente a los mercaderes de París y a los que abastecían a las castigadas zonas del sur, o almacenaban sus existencias en espera de precios más elevados. El movimiento comenzó entre los pobres, leñadores, fabricantes de clavos y herreros del bosque de Conches y Breteuil en el valle del Eure. Fue un aluvión desencadenado al principio por un puñado de fabricantes de clavos de Les-Baux-de Breteuil a quienes, en su marcha hacia el mercado vecino de Lyre, se unieron los pobladores locales a quienes su alcalde, aunque advertido de antemano, no detuvo. Saliendo de Lyre con 400 partidarios, se dirigieron al mercado de La Barre y en los días siguientes a Le Neubourg, Conches, Verneuil, Breteuil y Rugles, todos ellos accesibles desde el bosque. Marcharon en ordenada procesión, con banderas flameantes y a tambor batiente, y reunieron refuerzos a medida que avanzaban: en Le Neubourg, se dijo que se les unieron las gentes de veinticinco parroquias. La Guardia Nacional local, campesinos pobres ellos mismos, no se esforzó por detenerlos y en Conches, la Guardia y los funcionarios municipales salieron a recibirlos y cortésmente impusieron un tope a los precios del trigo y la cebada. Breteuil y otros mercados adoptaron idéntico criterio; para entonces, la banda original se había duplicado y pronto la fijación de precios no se limitó al pan o a los cereales sino que se extendió a los huevos, la manteca y hasta la leña, el carbón y el hierro. Porque muchos de estos aldeanos eran también artesanos rurales y a principios de marzo no menos de 5.000 en el primer caso y 8.000 en el segundo llegaron a las forjas de Baudouin y La Louche para obligar a los maestros a vender su hierro a un precio rebajado. Al informar sobre el hecho, las autoridades de Evreux, la capital local, advirtieron que, estando tales medidas fuera del alcance de «una multitud de gente ruda e ignorante», era evidente que habían sido guiados por «una mano invisible» y que los revoltosos (agregaban), habiendo impuesto ya un control a los precios de los alimentos, se proponían disminuir los arriendos rurales y abolir los impuestos. «En todas partes invitan a la anarquía y a la guerra civil.» Pero el movimiento, aun cuando tuviese objetivos sociales más amplios, se basaba exclusivamente en las pa-

rroquias de los bosques cercanos a Conches y Breteuil. Por otra parte, en el preciso momento en que el movimiento se preparaba para extenderse hacia el norte de Evreux, a diez o quince millas de distancia, comenzó a perder apoyo y se convirtió en fácil presa de la *gendarmerie* y de la milicia enviada para sofocado. Hacia fines de marzo, había terminado y en la cárcel de Evreux había 63 prisioneros que esperaban ser juzgados.

Mientras tanto, había surgido otro centro de agitación en el sur, en el departamento vecino de Eure-et-Loire. Las revueltas, que habían comenzado cerca de Chartres en febrero, y en La Loupe y Châteauneuf, se extendieron hacia las parroquias vecinas y los mercados próximos y se propagaron hacia el este hasta la región de Seine-et-Oise. El 8 de marzo, las autoridades de Chartres informaron a la Asamblea Nacional que

> los enemigos de la ley y el orden han aparecido en los mercados de Maintenon y Epernon y se preparan para incitar al desorden en los de Châteauneuf, Brezolles, La Loupe, Senonches y Nogent-le-Roi.

Una vez más, bandas errantes incitaron a los aldeanos a la acción tañendo las campanas de las iglesias e impusieron sus controles de precios a los comerciantes de los mercados. Pero en esta ocasión entraron también en los graneros para controlar las existencias de los arrendatarios y hasta llegaron a obligarlos a elevar sus salarios. Las ciudades-mercados de Seine-et-Oise, muchas de ellas centro del aprovisionamiento de París y escenario de las revueltas de 1775, se vieron pronto implicadas: Dourdan (el 19 de febrero y luego el 3, 10 y 24 de marzo), Limours, Montlhéry, Etampes, St. Arnould, y Rambouillet. Una primera tentativa hecha desde Limours para llegar a Versalles resultó infructuosa. En Etampes el 4 de marzo, el alcalde (Simoneau, rico curtidor de la zona) convocó a las tropas para rechazar la invasión y fue muerto en el mercado. Una semana más tarde, en la gran ciudad mercado de Melun, del otro lado de la frontera de Seine-et-Marne, se reunieron 10.000 aldeanos armados de horquillas y portando banderas y tambores. Los habi-

tantes también estaban armados pero las partes llegaron a un acuerdo, depusieron las armas y el precio del *setier* de trigo fue reducido de 30 a 20 francos.

Aunque casi sofocado hacia abril, este primer gran movimiento de la llanura de Beauce se extendió hasta el otoño. En esa ocasión fue afectada Versalles. Se produjeron otros estallidos en Dourdan y Limours y Orleans, al igual que Etampes, fue escenario de un sangriento choque cuando un comerciante fue masacrado y varios revoltosos muertos. Después de esto, la Asamblea Nacional restableció, sin mayor entusiasmo, las reglamentaciones del Antiguo Régimen pero hizo muy poco para aprovisionar los mercados en la zona del Beauce. Así fue como en noviembre se inició un movimiento nuevo y más amplio, que en tres semanas se extendió a ocho departamentos. Esta vez comenzó al este de Le Mans, en Sarthe, en la zona boscosa situada alrededor de Vibraye y Montmirail. Una vez más encabezaron el movimiento los guardabosques y los artesanos rurales y trabajadores del vidrio de la fábrica de Le Plessis-Dorin y, durante la tercera y la cuarta semanas de noviembre, incursionaron en los mercados locales, portando armas. Desde este foco, las bandas de aldeanos —a veces grupos de 5.000 a 10.000 hombres— se desplegaron en todas direcciones. Hacia el este, marcharon hacia Châteaudun cuya Guardia Nacional, aunque alistada, no pudo hacerles frente. Hacia el norte, se dirigieron a Chartres, pasando por Brou el 21 de noviembre. En Chartres, sin embargo, las autoridades lograron una suspensión momentánea de los desórdenes prometiendo (y cumpliéndolo fielmente) intervenir en su nombre ante la Asamblea. Hacia el este de Chartres, levantaron una vez más a los aldeanos de la zona boscosa en la cual había comenzado el movimiento anterior y reimpusieron el control de precios que había sido suspendido en marzo en los mercados de La Loupe, Senonches, Châteauneuf-en-Thymerais, Verneuil y Brezolles. Volviéndose una vez más hacia el este, pasando por el mercado de Courville, una segunda expedición, de 10.000 hombres, apareció en Chartres el 1.° de diciembre. Esta vez los revoltosos fueron desarmados

y dispersados porque los funcionarios municipales, que habían sido alertados, movilizaron a la Guardia Nacional y llevaron tropas.

No obstante, en todas partes los voluntarios y la Guardia Nacional, lejos de actuar como defensores de la ley y el orden, se unían a los revoltosos, buscaban refuerzos y transmitían sus mensajes. En La Ferté-Bernard, al norte de Vibraye, los 200 voluntarios nacionales se unieron a las gentes que daban la bienvenida a los invasores y las ayudaron a reducir los precios en el mercado. Desde allí las bandas se desplegaron hacia el este hasta Sarthe, donde se les unieron los batallones de la Guardia Nacional de Le Mans y Nogent-le-Rotrou. En Nogent, los revoltosos llevaban hojas de roble en sus sombreros y danzaban alrededor del «árbol de la libertad» a los gritos de «¡Larga Vida a la Nación! ¡El precio del trigo está bajando!». Con sus nuevos aliados, aterrorizaron a más de una autoridad local y la obligaron a someterse: la de Château-du-Loir llegó a ser persuadida de reducir los precios en un mercado vecino. El movimiento se extendió más aún: hacia el norte hasta Orne y hacia el sur hasta Loir-et-Cher e Indre-et-Loire donde, habiendo pasado por Vendôme, se extendió en abanico a lo largo de la margen septentrional del río. Blois y Amboise, donde la Guardia Nacional desertó, aceptaron las condiciones de los revoltosos pero éstos fueron rechazados en Tours y también, más al norte, en Sablé y La Flèche. En Sablé, dejaron 200 prisioneros en manos de las tropas y desde ese momento (fines de noviembre) las autoridades locales, llevando Guardias Nacionales desde otros departamentos, comenzaron a dominar la situación. Durante algunas semanas siguieron produciéndose episodios menores pero el movimiento había perdido fuerzas y a principios de diciembre la crisis había pasado y la paz y el orden habían sido restablecidos.

Mientras tanto, París había experimentado otra clase de crisis y otro tipo de revuelta del hambre. Tal como en provincias, el motivo de la crisis era la devaluación del *assignat* cuyo valor había descendido, hacia enero de 1792, a un 65 por ciento del de 1790. Pero aquí la causa inmediata de los disturbios no fue el precio del pan o de la harina sino la escasez de

azúcar y otros productos coloniales, escasez provocada por la guerra civil que había estallado en las Indias Occidentales entre los plantadores y los nativos. En enero, el precio del azúcar llegó casi a triplicarse, subiendo en unos pocos días desde 22-25 *sous* hasta 3 *livres* o 3 ½ *livres* la libra. Entonces se produjeron revueltas en el barrio de San Antonio, St. Marcel y St. Denis y en los distritos comerciales centrales. Los revoltosos, creyendo —con alguna justicia— que la verdadera razón de la escasez era que los comerciantes retenían las mercaderías en espera de precios más elevados, y que los disturbios coloniales eran tanto un pretexto como una causa, irrumpieron en los negocios y en los depósitos de algunos de los más importantes mayoristas y comerciantes y exigieron que el azúcar fuese vendida al precio anterior. En algunos distritos, estas exigencias se extendieron al pan, la carne y el vino y otros productos. Los desórdenes comenzaron en el distrito de Beaubourg el 20 de enero con una revuelta de mujeres y se extendió, pocos días después, al barrio de San Antonio, donde media docena de almaceneros fueron obligados a vender su azúcar a un precio inferior. Otra ola de revueltas estalló en febrero: el catorce, más de veinte almaceneros del barrio de San Antonio fueron amenazados con la invasión de sus negocios y varios fueron obligados a vender azúcar a 20 *sous* la libra antes de que el orden pudiese ser restablecido. El mismo día, en el barrio St. Marcel se rumoreaba que grandes cargamentos de azúcar, que habían estado largo tiempo amontonados en un depósito, serían distribuidos en todo París. Las multitudes se apoderaron de las primeras cargas de azúcar que salieron bajo escolta militar, y las vendieron en la calle a 25 ó 30 *sous* la libra. Al día siguiente las mujeres tocaron la campana de la iglesia de St. Marcel e intentaron forzar las puertas del depósito. Pétion, el alcalde, apareció y envió catorce prisioneros a la *Conciergerie*. Éstos suscitaron gran simpatía popular y la petición por su liberación que fue elevada a la Asamblea fue firmada por 150 residentes locales, todos los cuales eran votantes y dos clérigos[6].

Este fue el primer movimiento importante de *taxation populaire* de la capital, desde las revueltas de 1775. No obstante, fue superado por los

disturbios que estallaron por una causa similar en febrero de 1793[7]. Los precios, que habían bajado durante el verano y el otoño, subieron nuevamente hacia el Año Nuevo. En febrero, el precio del azúcar había llegado otra vez al doble, mientras que el café había subido de 34 a 40 *sous*, el jabón de 12 a 23-28 *sous* y las velas de sebo de 15 a 18 ½-20 *sous*. La consecuencia fue un estallido popular —mucho más extenso y persistente que las revueltas del azúcar de los años anteriores— en el cual todos, o casi todos los 48 distritos parisienses estuvieron implicados y que delineó, más claramente quizá que ningún otro incidente de la Revolución, el conflicto básico de intereses entre el *menu peuple* y las clases dominantes, incluidos los demócratas que hablaban o aplaudían en el Club Jacobino o se sentaban con la «Montaña» en los escaños superiores de la Cámara. Había habido dos delegaciones de mujeres a la Convención el 23 de febrero, una de las cuales (encabezada por lavanderas) se quejó por el precio del jabón. Dos días después comenzaron las revueltas. Esta vez tomaron la forma de una invasión masiva a los almacenes y abacerías y de la reducción forzosa de los precios a un nivel impuesto por los insurgentes: por lo general, el azúcar refinada se vendía a 18-25 *sous*, el azúcar sin refinar a 20-12 *sous*, las velas de cebo a 12 *sous*, el jabón a 10-12 *sous* y el café a 20 *sous*. Originado en el barrio comercial a las diez de la mañana, el movimiento se extendió con notable rapidez al resto de la ciudad. Avanzando hacia el este, alcanzó al Hôtel de Ville poco después de las 10, la antigua Place Royale a mediodía, el Arsenal a las 2, el distrito de los *Droits de l'Homme* a las 3, el *Quinze Vingts* en el barrio de San Antonio entre las 3 y las 4 y Montreuil y el Marais a las 4. Mientras tanto, extendiéndose hacia el norte, alcanzó el distrito de los *Amis de la Patrie*, a las 2,30 y los de Bondy y Mont Blanc a las 5. En el oeste, llegó a la *Gardes Françaises* a las 2,20, al Louvre a las 4, al Palais Royal a las 7, a las Tullerías a las 8, y a la República (la antigua y actual Roule) a las 10. Desde las Tullerías cruzó, al parecer, al otro lado del río, porque hubo disturbios entre las 8 y las 9 de aquella noche en el distrito de la Margen Izquierda de la Fontaine de Grenell. Al día siguiente se produjeron es-

tallidos menores en varios distritos; en éstos tomaron parte las mujeres de los mercados y las lavanderas de la Rue de Bièvre en el barrio St. Marcel. Pero Santerre, el comandante de la Guardia Nacional, que se encontraba en Versalles el día 25, movilizó sus fuerzas en las primeras horas del día y puso fin al movimiento.

Esta no fue, de ninguna manera, la última ola de revueltas del hambre de la Revolución. Se produjeron disturbios similares, aunque en menor escala, no sólo en París sino en todas partes. Durante el otoño y nuevamente en 1794 y 1795, el gran año del hambre en las provincias, las revueltas y los conflictos sociales alcanzaron una intensidad comparable a la de los acontecimientos de 1789[8]. Pero estos incidentes de 1792 y 1793 servirán, al igual que muchos otros, para ilustrar el alcance y la índole de las revueltas del hambre del período revolucionario. ¿Fueron meramente una repetición —en circunstancias diferentes— de las anteriores revueltas del siglo XVIII tales como las de 1775, o señalaron un nuevo punto de partida? Si así fue, ¿en qué aspectos?

Es evidente que tanto la forma como la pauta de estas revueltas, y la selección de sus víctimas, fueron muy semejantes a las de veinte años antes. El desarrollo de los disturbios en el Beauce, aunque no idéntico, fue en gran medida similar al de 1775. La composición de los revoltosos conforma una vez más una pauta familiar: entre los 62 prisioneros acusados en Seine-et-Oise y los 117 de Eure, existe la misma mezcla de pequeños campesinos, jornaleros y artesanos rurales junto con algunos arrendatarios, *curés* y propietarios rurales[9]. Sobre todo, la aplicación sistemática del control de los precios por medio de revueltas, tanto en París como en el Beauce, pertenecía a la tradición de la *taxation populaire* del Antiguo Régimen en Francia. En este sentido, la revuelta del hambre de la Revolución fue un recurso conservador y tradicional que, con su apelación a la antigua usanza, significaba más un retraso que un adelanto y no señalaba diferencia radical alguna con las revueltas del pasado. Hasta hubo en estas revueltas la misma creencia expresa de que la causa defendida no sólo era justa sino que estaba también sancionada por la autori-

dad: en Vibraye, en noviembre de 1792, los revoltosos insistieron en que estaban poniendo en vigencia un decreto de la Convención[10], casi de la misma manera en que, en 1775, se creía que el Rey había intervenido personalmente para reducir el precio del trigo y el pan.

No obstante, aunque el elemento de continuidad de las pautas y de la conducta resulta sorprendente, es evidente que el clima político y la mentalidad popular habían cambiado mucho desde 1789. Durante las revueltas de 1775, no advertimos particular animosidad hacia la corte y la nobleza; en realidad, se reverenciaba al Rey y el señor sólo figuraba entre las víctimas si tenía un excedente disponible de cereales. En el Beauce en 1792, los principales blancos eran aún los grandes arrendatarios, mercaderes y *laboureurs*, tan familiares allí como en la Ile de France, el Beauvaisis y el Brie. Por cierto, la Revolución había agudizado en vez de suavizar el antagonismo entre los grandes productores y los pequeños consumidores. Existen pocas pruebas de una particular hostilidad hacia la *noblesse* rural. Sólo un *château* fue destruido y el término «aristócrata», tan liberalmente usado en las revueltas, se aplicaba sobre todo a los nuevos ricos de las comunidades urbana y campesina. Pero hay tendencias ocultas y connotaciones políticas, «patrióticas» y antirrealistas (particularmente en las revueltas de noviembre de 1792) que están completamente ausentes de las revueltas del pasado. Las bandas errantes desfilan al grito de *Vive la Nation!* y se anuncian a los aldeanos y a los paisanos como «hermanos y liberadores». En Blois, destruyen los estandartes de la Guardia Nacional que tienen un fondo de *fleurs de lys* y en el cercano *château* de Ménars echan abajo una estatua de Luis XVI. En Amboise, cantan el estribillo: «¡Abajo los moderados, realistas y administradores que son enemigos del Pueblo, y arriba los *sans-culottes!*»[11]. Así, los ecos de 1789 y más aún, de la guerra patriótica y del movimiento de los *sans-culottes* de 1792, confieren un sesgo particular a las revueltas cuyos objetivos básicos son aún los de los pobres urbanos y rurales del Antiguo Régimen.

También en París las revueltas del hambre de 1793, al menos, tuvieron matices políticos. No es que sus orígenes, más que los de las revueltas del

Beauce, debieran nada a la «mano oculta» de la intriga clerical y aristocrática. En ambos casos, los críticos de los revoltosos, ya pertenecieran al Consejo Municipal de París, al Club Jacobino o a los partidos de la Convención, se apresuraron a adscribir sus actividades a un complot contrarrevolucionario. Robespierre, aunque se negó a condenar a los asesinos de Simoneau en Etampes, se mostró sorprendido de que los parisienses hubiesen estado tan confundidos como para provocar disturbios por *de chétives marchandises* («las miserables abacerías»). Barère habló duramente de «las pérfidas incitaciones de los aristócratas disfrazados», y, para probar su afirmación, insistió en que «dujos» tales como el azúcar y el café difícilmente podían ser objeto de la pasión popular. Tales críticas eran claramente exageradas, aunque parecieran lo suficientemente sensatas a hombres obsesionados por los «complots aristocráticos», para quienes toda interferencia en la libre circulación de las provisiones era una negación de las «libertades» que la Revolución había proclamado. Pero algunos de los críticos se acercaban más a la verdad cuando culpaban de los disturbios de París a Jacques Roux, el «sacerdote rojo» del Distrito de Gravilliers y a sus *Enragés*, el único grupo político de la capital que favorecía abiertamente la regulación de los precios y del aprovisionamiento. Roux era miembro del Consejo Municipal y en la mañana del 25 de febrero había pronunciado un discurso en defensa de la conducta de los revoltosos. Además, los disturbios habían comenzado realmente en el propio distrito de Roux. De ello se deducía fácilmente que él no sólo había inspirado los disturbios sino que los había instigado y que había desempeñado un activo papel en su dirección. Mathiez, el historiador francés, se inclina por este punto de vista. En realidad, es difícil establecer, basándose en los archivos, algún vínculo directo entre Jacques Roux y los revoltosos. Pero parece muy probable que las opiniones que él y sus partidarios habían expresado reiteradamente hubiesen provocado una activa respuesta entre los obreros, artesanos y tenderos de los distritos en los cuales vivía y actuaba[12].

Lo que quizá sea más importante es que estos movimientos fueron notablemente exitosos y, a pesar de todas sus conexiones con el pasado,

contribuyeron a producir algo nuevo. Esta fue la ley del Máximo General del 29 de septiembre de 1793. Al imponer un tope a los precios de la mayoría de los artículos de primera necesidad (incluyendo los salarios) fue mucho más lejos que las fragmentarias reglamentaciones del Antiguo Régimen. El Máximo, que sobrevivió en forma atenuada durante quince meses, tuvo una larga historia preparatoria. Fue el resultado de las ideas de un puñado de panfletistas, de la presión popular y de la emergencia de guerra. Y de estas razones, las dos últimas fueron incomparablemente más importantes que la primera. En 1789 varios *cahiers de doléances* habían sugerido la necesidad de construir graneros municipales y de acomodar los salarios al precio del pan. En 1790, dos panfletistas parisienses, Rutledge y de Chaillon, publicaron propuestas para la regulación estatal de los cereales y de la harina. Un funcionario municipal de Lyons, L'Ange, afirmó que el Estado debía comprar toda la cosecha a determinados precios y construir 30.000 graneros para almacenarla, mientras que en Orleans, Taboureau reclamaba un máximo y Vergnaud favorecía un sistema de panaderías públicas, un control riguroso de los precios, basado en una escala móvil, y la supervisión de todas las panaderías y molinos. Algo de esto sucedió en Lyons cuando su efímera Comuna radical, en la primavera de 1793, encargó a la municipalidad la provisión de pan de la ciudad[13]. Bajo el impacto de las revueltas de 1792 algunas autoridades locales, incluyendo a las de Orleans y Tours, exigieron que se pusiera un tope al precio de los cereales. No obstante, la mayoría se adhirió a la idea de que la prosperidad sólo podía recuperarse en un mercado libre. Esta era, también, la opinión de la Asamblea. La Asamblea Constituyente había abolido, por sus decretos del 29 de agosto y el 18 de septiembre de 1789, las antiguas reglamentaciones y había restaurado (aún más completamente que Turgot en 1774) la libertad de comercio de los cereales y la harina. En septiembre de 1792, después de la primera ola de revueltas de ese año, la Convención había consentido en reimplantar las antiguas reglamentaciones, aunque negándose a encarar un control general de precios.

Mientras tanto, las necesidades de la guerra así como también el clamor de los pequeños consumidores fueron obligando gradualmente a los jacobinos, aun antes de hacerse cargo del poder, a modificar sus opiniones. El 4 de mayo la Asamblea, siguiendo el ejemplo de la Comuna de París, impuso un tope a los precios del pan y la harina. Pero esto fue sólo un primer paso que ni satisfizo a los pequeños consumidores y a sus voceros ni ayudó a resolver los problemas cada vez más urgentes del abastecimiento militar. Los revoltosos de 1792 y 1793 —a diferencia de los de 1775— habían extendido ya sus actividades de «tasación» mucho más allá de las necesidades primarias de trigo, pan y harina. En París habían impuesto controles sobre el azúcar, el jabón, el café, la manteca, los huevos y hasta sobre los zuecos, la madera, el carbón y el hierro. Mientras tanto, los precios continuaban subiendo y el valor del *assignat* bajando: desde el 36 por ciento de su valor nominal en junio, descendió a menos del 22 por ciento en agosto. Ese mismo mes la Convención decretó la *levée en masse*, que reclutó a casi setecientos cincuenta mil hombres. Jacques Roux y sus *Enragés* habían estado luchando desde enero por un Máximo General para los precios y hacia principios de septiembre la exigencia era compartida por casi todos los distritos de París. Este reclamo fue voceado por una manifestación masiva de *sans-culottes* que el 5 de septiembre acompañaron a Hébert y otros dirigentes municipales a la Convención para presentar sus demandas. Finalmente, tres semanas más tarde, bajo el triple estímulo de la argumentación, la emergencia y la revuelta, la Convención cedió, abandonó temporariamente sus principios liberales y, por medio del Máximo General, se embarcó en un ambicioso programa de control económico.

Aunque relativamente efímero, el Máximo marcó una importante etapa entre las limitadas reglamentaciones del Antiguo Régimen y la amplia economía estatal del futuro. A ello habían contribuido los *sans-culottes*, tanto a través del instinto y la experiencia como a través de los nuevos preceptos políticos. En este sentido las revueltas del hambre de la Revolución, aunque basadas en modelos tradicionales y expresando

demandas tradicionales, tuvieron —al mirar hacia el futuro tanto como hacia el pasado— un grado de sagacidad y una importancia histórica muy superiores a las del pasado.

Notas

1. Véase mi obra *The Crowd in the French Revolution*, pp. 31, 42-43, 63, 200-209.
2. R. B. Rose, «18th Century Price-Riots, the French Revolution and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, III, 1959, pp. 432-445.
3. Con respecto a los precios y salarios en París en 1789, véase mi artículo «Prices, Wages and Popular Movements in Paris during the French Revolution», *Economic History Review*, VI, N.° 3, 1954, 246-267.
4. Véase de A. Methiez, *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur*, Paris, 1927, pp. 50-109.
5. Con relación a este episodio, véase A. Mathiez, *ibid.*, pp. 62-66, 103-106 y sobre todo, M. Vovelle, «Les taxations populaires de février-mars et novembre-décembre 1792 dans la Beauce et sur ses confins», en *Mémoires et documents*, N.° XIII. París, 1958, pp. 107-159.
6. Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 95-98.
7. *Ibid.*, pp. 114-118. Para un examen más profundo, véase mi artículo «Les émeutes des 25-26 février 1793 à Paris», en *Annales historiques de la Révolution française*, enero-marzo 1953, pp. 33-57.
8. Sobre el hambre, los problemas de alimentación y los disturbios de 1795 y principios de 1796, véanse diversos artículos de Richard Cobb, incluyendo: «Les disettes de l'an II et de l'an III dans le district de Mantes et la vallée de la Basse Seine, en *Mémoires de la Fédération des sociétés historiques et archéologiques de Paris et de l'Île de France*, vol. III, París 1954, pp. 227-251; «Problèmes de subsistances de l'an II et de l'an III. L'example d'un petit port normand: Honfleur», en *Actes du 81e Congrès des sociétés savantes*, Rouen-Caen, 1956, París, 1956, pp. 295-335; «Les journées de germinal an II dans la zone de ravitaillement de Paris», en *Annales de Normandie*, n.os 3-4 oct.-dic. 1955, pp. 233-260; «Une émeute de la faim dans la banlieue rouennaise: les journées des 13, 14 et 15 germinal an II à Sotteville-les Rouen», *ibid.*, n.° 2, mayo 1956, pp. 151-157; «Disette et mortalité: la crise de l'an III de l'an IV a Rouen», en *ibid.*, n.os 3-4, oct.-dic. 1950, pp. 267-291.
9. Vovelle, *op. cit.*, pp. 139-140.
10. *Ibid.*, p. 137.
11. *Ibid.*, pp. 153, 157-158.
12. Véase Mathiez, *op. cit.*, pp. 139-161; véase también mi artículo citado en nota N.° 7, pp. 53-54.
13. R. B. Rose, «The French Revolution and the Grain Supply», en *Bulletin of the John Rylands Library*, XXXIX, i, septiembre 1956, pp. 171-187.

8 | La Revolución Francesa:
(3) La disputa laboral

En vísperas de la Revolución, Francia era el segundo país industrial, después de Inglaterra. Desde los días de Colbert habían hecho su aparición las grandes manufacturas patrocinadas por el Estado. Las fundiciones de Le Creuzot, recientemente construidas sobre el modelo inglés, tenían un capital de 10 millones de *livres*. La Compañía Minera Anzin empleaba a 4.000 obreros y hacia 1791 estaba equipada con doce máquinas de vapor proporcionadas por Boulton y Watt. Las fábricas textiles francesas rivalizaban con las inglesas: 60.000 obreros trabajaban en Rouen y en Lille, 20.000 en Elbeuf y 14.000 en Sedan; sólo los molinos de Van Robais en Abbeville empleaban a 12.000 mientras que en Lyons, la gran ciudad productora de tejidos de seda del sur, vivían y trabajaban 58.000 mercaderes, maestros tejedores (*maîtres ouvriers*) y sus oficiales. Aun París, aunque principalmente ciudad de pequeños artesanos, contaba en 1791 con cincuenta manufacturas que empleaban de 100 a 800 obreros cada una.

Pero a pesar de todo ello, la revolución industrial no había comenzado aún en Francia como lo había hecho en Inglaterra. La mecanización

estaba aún en sus comienzos, no había ciudades fabriles ni moderna población fabril. Fuera de las forjas, minas, terrenos de edificación y manufacturas urbanas (extensión ellas mismas del sistema de trabajo a domicilio), la industria estaba principalmente en manos de los tejedores e hiladores que trabajaban en sus chozas o de los maestros artesanos y sus oficiales, instalados en pequeños talleres medievales. En estos talleres, con excepción de las zonas «libres» o «abiertas» (como Lyons y parte de París), las cifras estaban estrictamente reguladas por las hermandades o corporaciones. El oficial todavía dormía con frecuencia en casa de su maestro, comía a su mesa y hasta (aunque con menos frecuencia en 1789) se casaba con su hija o con su viuda. Así, no había a menudo una clara diferenciación entre maestro y obrero. Había mineros y obreros de la construcción que, fuera de estación, retornaban a la explotación rural; había *maîtres ouvriers* en Lyons y «maestros a destajo» en Orleans y había también oficiales que aspiraban a ser maestros o que, aun cuando siguieran siendo oficiales, empleaban a sus propios obreros. En consecuencia, los obreros asalariados tenían escasa conciencia de sí mismos como clase social aparte y es así como los pocos *cahiers de doléances* redactados en vísperas de la Revolución por obreros rara vez expresan demandas que no sean las de sus maestros[1].

Y sin embargo, el obrero era agudamente consciente de su situación económica. La antigua corporación medieval, que había estado destinada a proteger a todos los miembros del oficio, declinaba. Había cesado de proteger al oficial, que se veía progresivamente reducido a la condición de obrero con escasas posibilidades de llegar a maestro. Muchos maestros menores, a su vez, encontraron que sus intereses materiales estaban cada vez más divorciados de los intereses de los mercaderes-fabricantes, quienes subcontrataban el trabajo y les pagaban a destajo tanto a ellos como a sus empleados. Abandonado por las corporaciones, el artesano buscó refugio en sus propias asociaciones protectoras, las *compagnonnages*. Las más conocidas de entre ellas, la *Devoir de Liberté* y *Compagnons du Devoir* (más comúnmente llamadas *Gavots* y *Dévorants*),

organizaron movimientos de carpinteros y obreros de la construcción en la *Tour de France*, negociaron acerca de los salarios, consiguieron empleos y a menudo dirigieron huelgas. En realidad, las huelgas se tornaban más frecuentes a medida que los precios tendían progresivamente, a lo largo del siglo, a sobrepasar a los salarios. No obstante, rara vez asumieron la magnitud de las revueltas del hambre. Para citar unos pocos ejemplos, en 1724 una huelga de tejedores de medias, ocasionada por los salarios, fue frustrada por el arresto de sus dirigentes. En 1737, los oficiales tejedores de París se declararon en huelga a manera de protesta contra las nuevas reglamentaciones que restringían el ingreso en la *maîtrise*. En 1750, los obreros del papel de Angoulême se declararon en huelga durante cuatro meses en demanda de mejores salarios. En París, los sombrereros estaban en conflicto en 1749, 1765 y en junio de 1789, en esta última ocasión a causa de las asociaciones de oficiales rivales. En 1776, los encuadernadores de París organizaron una huelga general por una jornada de catorce horas. La mayor disputa que se produjo en la capital antes de la Revolución fue la de 1786 que involucró simultáneamente a los carpinteros, herradores, herreros, panaderos y albañiles. Ese mismo año, los estibadores y carreteros, en huelga a causa de un monopolio rival establecido por los favoritos de la corte, marcharon hacia Versalles para elevar una petición al Rey. No obstante, las más violentas y militantes de todas estas disputas no fueron las de los obreros u oficiales sino aquellas dirigidas por los *maîtres ouvriers* de Lyons contra los comerciantes en sedas, en 1744, 1779 y 1788. Estas dos últimas asumieron proporciones de insurrección y la última tuvo el notable resultado de prácticamente eliminar a los comerciantes de las reuniones electorales de la corporación en 1789, dejando así el campo libre a los *maîtres ouvriers* para que dictaran el *cahier* de la industria de la seda[2].

Fuera de las huelgas de Lyons, que desembocaron en revueltas, estas disputas fueron dirimidas con escasa violencia o derramamiento de sangre. Esto es aún más notable, si lo comparamos con las diferencias que se suscitaron entre los mineros, los cargadores de carbón y los tejedores

de Inglaterra en la misma época*. Es cierto que algunos franceses, al igual que los ingleses, se resistieron violentamente a las innovaciones técnicas que parecían amenazar su subsistencia. En los *cahiers* y en las peticiones de 1789, existen numerosas demandas de los maestros y oficiales —y hasta ocasionalmente de los comerciantes— de la «destrucción total» de los nuevos dispositivos mecánicos, muchos de los cuales (como la máquina de hilar *jenny*) habían sido importados de Inglaterra. En Normandía, donde la competencia inglesa desde el tratado de «libre comercio» de 1786 produjo un grave desempleo, los obreros pasaron de las palabras a los hechos. En noviembre de 1788, los hilanderos de Falaise destruyeron maquinarias de la industria del algodón; también en Rouen se destruyeron máquinas en julio de 1789 (el mismo día en que cayó la Bastilla) y seis meses después, Arthur Young lamenta, en un elocuente pasaje, la destrucción total de las *jennies* por parte de los obreros del algodón de Louviers, quienes «creían que tales máquinas eran contrarias a sus intereses»[3]. Hubo amenazas de tales disturbios bajo Napoleón, fueron frecuentes durante la Restauración y en los primeros años de Luis Felipe y se tiene noticias de ellos hasta 1848[4]. Por lo tanto, quizá lo más sorprendente sea que el otro tipo de «ludismo» (que era el más común en Inglaterra) —el «negociar colectivamente por medio de revueltas» de que habla el Dr. Hobsbawm— parezca estar tan absolutamente ausente de tales disputas**. Este punto es señalado por el librero y periodista Hardy en una descripción de las revueltas de Réveillon (que sin duda no fueron una disputa fundamentalmente laboral), en abril de 1789. Después de destacar el daño infligido a las casas y a las propiedades de Réveillon, agrega el siguiente comentario: «Todo el edificio fue destrozado, *con excepción del taller y el depósito*[5]. Si ello no fue una mera casualidad, se trató de una omisión de cierta impor-

* Véase Capítulo 4.

** No obstante, Manuel cita un temprano ejemplo en Burdeos donde, en 1511, los cavadores de fosos, en huelga a causa de los salarios, destruyeron una bomba. F. D. Manuel. «The Luddite Movement in France», *Journal of Modern History*, X, 1938, 180, n.° 3.

tancia. Pero las razones del hecho constituyen un misterio que no estoy en condiciones de aclarar».

Durante la Revolución, las disputas laborales no fueron un rasgo tan destacado de la vida social como las revueltas del hambre, pero no fueron, de ninguna manera, desconocidas. En París hubo tres movimientos laborales u obreros de alguna importancia: los de 1789, 1791 y 1794. El primero, el de agosto-septiembre de 1789, fue estrictamente algo más que un mero movimiento ocasionado por los salarios, ya que surgió a causa de una serie de cuestiones planteadas directamente por la crisis revolucionaria de ese verano. Muchos negocios se vieron obligados a cerrar. Las mercancías suntuarias, especialmente, habían sufrido las consecuencias de la primera gran ola de emigración: Necker expidió 20.000 pasaportes en los primeros dos meses después de la caída de la Bastilla. Entre los trabajadores afectados hubo panaderos, sombrereros, zapateros, boticarios y sirvientes. Comenzó el 14 de agosto, cuando los aprendices de panaderos sin empleo marcharon en ordenada procesión hasta el Hôtel de Ville para pedir trabajo. Se les prometió justicia y se dispersaron. El día 18, 1.000 oficiales sastres se encontraron en el Louvre para reclamar un aumento de 10 *sous* en sus salarios; enviaron una delegación al Hôtel de Ville y consiguieron más tarde persuadir a los maestros de que se unieran a su reclamo. Los sombrereros quienes, junto con los sirvientes, estaban entre las víctimas más evidentes de la crisis, buscaron remedio a su situación reorganizando sus relaciones laborales. Cuatro mil de ellos se reunieron en los Campos Elíseos, donde sostuvieron una escaramuza con la Guardia Nacional. Pero luego fueron recibidos en el Hôtel de Ville, se organizó una reunión con los maestros, y también se redactó un nuevo código.

Los otros obreros fueron menos afortunados. Tanto a los zapateros como a los boticarios, que reclamaban salarios más elevados, se les prohibió terminantemente que organizaran reuniones y se les obligó a retirar sus demandas. Las demandas de los sirvientes eran en parte políticas y en parte económicas y fueron provocadas por los acontecimientos de 1789.

de Inglaterra en la misma época*. Es cierto que algunos franceses, al igual que los ingleses, se resistieron violentamente a las innovaciones técnicas que parecían amenazar su subsistencia. En los *cahiers* y en las peticiones de 1789, existen numerosas demandas de los maestros y oficiales —y hasta ocasionalmente de los comerciantes— de la «destrucción total» de los nuevos dispositivos mecánicos, muchos de los cuales (como la máquina de hilar *jenny*) habían sido importados de Inglaterra. En Normandía, donde la competencia inglesa desde el tratado de «libre comercio» de 1786 produjo un grave desempleo, los obreros pasaron de las palabras a los hechos. En noviembre de 1788, los hilanderos de Falaise destruyeron maquinarias de la industria del algodón; también en Rouen se destruyeron máquinas en julio de 1789 (el mismo día en que cayó la Bastilla) y seis meses después, Arthur Young lamenta, en un elocuente pasaje, la destrucción total de las *jennies* por parte de los obreros del algodón de Louviers, quienes «creían que tales máquinas eran contrarias a sus intereses»[3]. Hubo amenazas de tales disturbios bajo Napoleón, fueron frecuentes durante la Restauración y en los primeros años de Luis Felipe y se tiene noticias de ellos hasta 1848[4]. Por lo tanto, quizá lo más sorprendente sea que el otro tipo de «ludismo» (que era el más común en Inglaterra) —el «negociar colectivamente por medio de revueltas» de que habla el Dr. Hobsbawm— parezca estar tan absolutamente ausente de tales disputas**. Este punto es señalado por el librero y periodista Hardy en una descripción de las revueltas de Réveillon (que sin duda no fueron una disputa fundamentalmente laboral), en abril de 1789. Después de destacar el daño infligido a las casas y a las propiedades de Réveillon, agrega el siguiente comentario: «Todo el edificio fue destrozado, *con excepción del taller y el depósito*[5]. Si ello no fue una mera casualidad, se trató de una omisión de cierta impor-

* Véase Capítulo 4.

** No obstante, Manuel cita un temprano ejemplo en Burdeos donde, en 1511, los cavadores de fosos, en huelga a causa de los salarios, destruyeron una bomba. F. D. Manuel. «The Luddite Movement in France», *Journal of Modern History*, X, 1938, 180, n.° 3.

tancia. Pero las razones del hecho constituyen un misterio que no estoy en condiciones de aclarar».

Durante la Revolución, las disputas laborales no fueron un rasgo tan destacado de la vida social como las revueltas del hambre, pero no fueron, de ninguna manera, desconocidas. En París hubo tres movimientos laborales u obreros de alguna importancia: los de 1789, 1791 y 1794. El primero, el de agosto-septiembre de 1789, fue estrictamente algo más que un mero movimiento ocasionado por los salarios, ya que surgió a causa de una serie de cuestiones planteadas directamente por la crisis revolucionaria de ese verano. Muchos negocios se vieron obligados a cerrar. Las mercancías suntuarias, especialmente, habían sufrido las consecuencias de la primera gran ola de emigración: Necker expidió 20.000 pasaportes en los primeros dos meses después de la caída de la Bastilla. Entre los trabajadores afectados hubo panaderos, sombrereros, zapateros, boticarios y sirvientes. Comenzó el 14 de agosto, cuando los aprendices de panaderos sin empleo marcharon en ordenada procesión hasta el Hôtel de Ville para pedir trabajo. Se les prometió justicia y se dispersaron. El día 18, 1.000 oficiales sastres se encontraron en el Louvre para reclamar un aumento de 10 *sous* en sus salarios; enviaron una delegación al Hôtel de Ville y consiguieron más tarde persuadir a los maestros de que se unieran a su reclamo. Los sombrereros quienes, junto con los sirvientes, estaban entre las víctimas más evidentes de la crisis, buscaron remedio a su situación reorganizando sus relaciones laborales. Cuatro mil de ellos se reunieron en los Campos Elíseos, donde sostuvieron una escaramuza con la Guardia Nacional. Pero luego fueron recibidos en el Hôtel de Ville, se organizó una reunión con los maestros, y también se redactó un nuevo código.

Los otros obreros fueron menos afortunados. Tanto a los zapateros como a los boticarios, que reclamaban salarios más elevados, se les prohibió terminantemente que organizaran reuniones y se les obligó a retirar sus demandas. Las demandas de los sirvientes eran en parte políticas y en parte económicas y fueron provocadas por los acontecimientos de 1789.

Cuatrocientos se reunieron en el Palais Royal y enviaron una delegación de cuarenta para solicitar a las autoridades municipales que se les garantizaran sus derechos de ciudadanos y el derecho de asistir a las asambleas de distrito y de enrolarse en la Guardia Nacional (por su condición de dependientes serviles, estaban excluidos de ambas actividades) y también que, en vista del desempleo, se excluyera a todos los saboyanos de su oficio. Se les persuadió de que se dispersaran en orden y de que no cumplieran su amenaza de reunir 40.000 personas en los Campos Elíseos al día siguiente. Pero la Comuna rechazó todas sus demandas. En realidad, la Comuna había demostrado poca simpatía por todos estos movimientos y, habiendo aprobado el 7 de agosto un decreto que prohibía todas las reuniones «sediciosas», se inclinaba por aplicarlo rigurosamente en todas las situaciones. La primera ola de disputas no tuvo repercusiones importantes pero algunos trabajadores, al menos, deben haber aprendido que en cuestiones de salarios y condiciones de trabajo no debían esperar mayor consideración de las nuevas autoridades que de las viejas[6].

La cuestión fue puesta a prueba una vez más, en circunstancias que afectaban a grupos de trabajadores mucho mayores, durante la primavera y el verano de 1791. Esta vez se trató de un puro y simple movimiento salarial y, como se produjo en un período de precios relativamente bajos y estables, no se planteó la cuestión del abastecimiento ni de los precios de los alimentos. Pero los salarios habían aumentado muy poco desde el estallido de la Revolución y aunque el desempleo subsistía en los oficios suntuarios, en los otros había una escasez de trabajo y el momento era oportuno para buscar mejoras. Los oficiales carpinteros fueron los primeros en actuar: en abril, se presentaron ante sus empleadores con una demanda de un salario diario mínimo de 50 *sous*. Fue un movimiento concertado y no limitado a París. A principios de abril, leemos, los *Compagnons du Devoir* de Arnay-le-Duc en la Côte d'Or se dirigían a la capital para asistir a una reunión de carpinteros y pocas semanas después los carpinteros parisienses incitaban a los de Orleans a seguir su ejemplo[7]. También recibieron apoyo de los demócratas del Club de los

Cordeleros; se reunían en el salón del club y la *Union Fraternelle* de los carpinteros (que, a diferencia de los *Compagnons du Devoir*, era un cuerpo perfectamente legal) que dirigía la campaña, se vinculaba con el club través de una organización intermedia llamada el Comité Central. También Marat había abierto su diario *L'Ami du Peuple* a la correspondencia de los obreros y, a principios de junio, publicó una carta supuestamente enviada por 560 trabajadores ocupados en la construcción de la iglesia de Ste. Geneviève (el futuro Panteón), en la cual los maestros constructores eran acusados de «ignorantes, rapaces e insaciables opresores». Con este apoyo los carpinteros pudieron, en una etapa temprana de la campaña, persuadir al cuerpo principal de los contratistas a que aceptaran sus condiciones. Pero una minoría activa se negó y protestó ante la Asamblea y el Consejo Comunal debió arbitrar en la cuestión. El Consejo, lejos de favorecer a los obreros, condenó a la asociación de los carpinteros como ilegal, rechazó sus propuestas de salario mínimo como contrarias a los principios liberales y hasta llegó a amenazar con perseguir a los dirigentes por perturbar la paz. Sin embargo, se les permitió seguir realizando sus reuniones aunque Bailly, el alcalde, ordenó que debían estar estrechamente vigiladas ya que temía que el ejemplo de los carpinteros fuese seguido por los obreros de otros gremios. No se equivocaba. El movimiento de los carpinteros fue rápidamente imitado por los sombrereros, tipógrafos y otros. Hacia comienzos de junio se había iniciado un movimiento más amplio y los maestros herradores, en una petición dirigida a la Asamblea, advertían acerca de la existencia de una «coalición general» de 80.000 obreros parisienses que, según decían, incluía a los ebanistas, a los zapateros, a los herreros y a sus propios oficiales. Aunque estas cifras pueden muy bien haber sido exageradas, la Asamblea se asustó. Fuera de la amenaza al orden público, se argumentaba que los obreros, a través de sus «coaliciones», estaban resucitando ilegalmente las hermandades y otros cuerpos «corporados» que habían sido disueltos poco antes. Y así fue como la Asamblea, respondiendo a las peticiones de los maestros herradores y carpinteros, adoptó la famosa *Loi Le Cha-*

peliet, que declaraba ilegales todas las *coalitions ouvrières*, combinaciones o gremios, y amenazaba con perseguir a los trabajadores huelguistas. Es notable el hecho de que sólo Marat (y en términos bastante particulares) protestara: los trabajadores aceptaron el veredicto y los demócratas no opusieron objeciones. Ni tan siquiera en el momento culminante de la democracia jacobina se hizo tentativa alguna para abolir la ley y ésta permaneció en vigencia casi durante los cien años siguientes. Esta fue, sin duda, la consecuencia más importante que produjo el movimiento de los carpinteros, aunque el apoyo que recibió del Club de los Cordeleros tuvo también una significación considerable. Tales alianzas eran raras, aun durante la Revolución[8].

El movimiento obrero de 1794 tuvo resultados aun más notables, ya que desempeñó un importante papel en los acontecimientos que condujeron al derrocamiento de Robespierre en Termidor[9]. Para entender la naturaleza del conflicto que sobrevino entonces debemos retroceder a septiembre de 1793. Fue entonces, como hicimos notar en el último capítulo, que la Convención dominada por los jacobinos, bajo la presión de los Distritos de París, adoptó la ley del Máximo General. Esta ley, como se recordará, establecía un tope tanto para los precios como para los salarios: a los primeros se les permitiría elevarse en un treinta por ciento sobre los de junio de 1790 y a los segundos en un cincuenta por ciento. En teoría, por lo tanto, la ley era favorable a los trabajadores, ya que se elevarían tanto los salarios «reales» como los monetarios. Pero mucho dependía, por supuesto, del grado en que ya se habían elevado los salarios y de aquellos que debían poner en vigencia la ley y hacerla cumplir. En algunas zonas del país (al menos hasta 1793, fecha en que el gobierno comenzó una encuesta) los salarios estaban muy rezagados con respecto a los precios y en otras eran los salarios los que más se habían elevado. Esto era probablemente lo que sucedía en París, aunque las pruebas de ello son escasas. El hecho es que Thirion, un dirigente jacobino, informó a la Convención, a principios de septiembre, que los salarios de los parisienses se habían elevado «muy por encima de los precios

de los artículos de consumo». Aun cuando ello no fuera estrictamente cierto, es indudable que los obreros se beneficiaron considerablemente por los alcances de la ley, durante los meses siguientes. Al comienzo, las provisiones relativas a los precios de las mercancías fueron puestas en vigencia de manera general, aunque con más rigor en algunas regiones que en otras. Los productores, mayoristas y tenderos, que no estaban precisamente ansiosos por cooperar, fueron severamente prevenidos acerca de las penas que se les impondrían por cualquier violación de la ley y los encargados de vigilar su cumplimiento fueron los comités «revolucionarios» y de anti-acaparamiento Además, el «ejército revolucionario» fue enviado a las zonas cerealistas para asegurar el abastecimiento de la capital. En consecuencia, los precios de los productos controlados tendieron a descender hasta el máximo legal y la inflación se detuvo. En realidad, entre agosto y diciembre, el valor del *assignat* se elevó (con respecto a 1790) desde un 22 hasta un 48 por ciento.

En esta etapa, los obreros de París, que se beneficiaron —como todos los pequeños consumidores— por el control de precios, obtuvieron una doble ventaja en el hecho de que la Comuna, aunque era responsable de poner en vigencia la cláusula de la ley relativa a salarios, no pareció tener mayor prisa por hacerlo. De ninguna manera fue así en todos los casos. En muchas partes de Francia, sobre todo en los distritos agrícolas, las autoridades aplicaron rápida y estrictamente la ley a los salarios de los obreros y con frecuencia demostraron mucho mayor decisión para controlar los salarios que los precios. Tanto fue ello así que el gobierno debió intervenir en más de una ocasión para proteger a los trabajadores contra el «excesivo egoísmo» de los grandes productores y de los comités a los cuales servían.

En París, por el contrario, la situación era casi la opuesta. París era el mayor centro de una democracia popular militante, con tradición propia; los *sans-culottes* estaban vigorosamente atrincherados en la Comuna y en los distritos y entre los *sans-culottes*, los obreros asalariados, aunque políticamente menos importantes que los tenderos y los maestros de ta-

ller, constituían sin duda el mayor grupo social. Además, hasta marzo de 1794, la Comuna de París estuvo dominada por Hébert y sus partidarios, quienes, aunque no totalmente inclinados a los movimientos salariales*, buscaban el apoyo político de los *sans-culottes*. De manera que las disposiciones concernientes a salarios permanecieron sin entrar en vigencia. En consecuencia, como aquél era un período de movilización militar y de escasez de trabajo, los salarios se elevaron cada vez más y hacia comienzos de 1794 llegaban en muchos casos al triple de los de 1790. Hubo, sin embargo, una importante excepción. En el caso de los obreros con contrato con el gobierno, el responsable de aplicar la ley era el Comité de Bienestar Popular y no el Consejo Municipal y el número de estos obreros, sobre todo en los talleres recientemente creados para la fabricación de armas y municiones, se elevaba rápidamente de mes en mes. Al comienzo el Comité, ansioso por dar el ejemplo, estableció para estos trabajadores remuneraciones que correspondían con bastante exactitud a las provisiones de la ley y, además, tomó medidas restrictivas destinadas a mantener a los obreros atados a sus empleos y a controlar toda agitación salarial «sediciosa» en los talleres. Pero como la mano de obra siguió escaseando, el gobierno se vio obligado a violar sus propias reglamentaciones y en mayo de 1795 se firmaron nuevos contratos que permitían a los obreros vinculados a la producción de armas livianas ganar cuatro veces el monto de lo que ganaban en 1790[10]. Pero este estado de cosas no habría de durar. Aparte de sus propios dilemas, el gobierno soportaba una considerable presión de los grandes y medianos productores y, habiéndose investido de amplios poderes por una ley dictada el 4 de diciembre de 1793, procedió gradualmente a restablecer el equilibrio en favor del productor, a restringir las actividades de los *sans-culottes* y a destruir la oposición «Hébertista» de su Izquierda. El Máximo sobre

* Para citar un ejemplo: durante la «insurrección» popular del 4 de septiembre, la Guardia Nacional recibió orden de dispersar a los obreros de la construcción que realizaban una manifestación en demanda de pan y mejores salarios.

los precios fue liberado en marzo, de manera que los precios de 103 artículos más indispensables se elevaron y se produjeron disturbios en los mercados de París. Hébert y sus partidarios fueron arrestados y ejecutados en abril, la Comuna fue «purgada» de sus elementos de oposición y muchas de las sociedades «populares», formadas en los Distritos por los *sans-culottes*, fueron cerradas. Estaba dado el primer paso para tomar medidas más severas destinadas a detener el alza de los salarios antes de reducirlos drásticamente, de acuerdo con la ley. El 21 de abril, cuando una delegación de los obreros del tabaco asistió al Ayuntamiento para pedir un aumento de salarios, se invocó en su contra la Ley Le Chapelier y cinco obreros fueron arrestados. Se produjeron luego otros reclamos salariales y huelgas, que implicaron a los yeseros, panaderos, carniceros y trabajadores portuarios. La Comuna realizó más arrestos y amenazó con perseguir a los obreros que abandonaran su trabajo sin autorización. Mayo fue tranquilo, pero en junio los obreros de las fábricas de armas comenzaron nuevamente a presentar sus demandas. Y no sólo ellos; esta vez encontramos a Barère ordenando al fiscal del Tribunal Revolucionario que iniciara proceso contra los «contrarrevolucionarios» (Barère era muy afecto a usar tales términos), que intranquilizaban a los obreros dedicados a la manufactura de *assignats*, armas, pólvora y salitre. Otros gremios se les unieron y en junio y julio los obreros de la construcción, los alfareros y otros trabajadores vinculados a diversos contratos públicos hacían oír sus demandas de mejores salarios. El 7 de julio, los obreros de la imprenta del Comité abandonaron su trabajo, lo cual produjo el arresto de tres de ellos.

En medio de toda esta agitación, la Comuna de París decidió, finalmente, publicar los nuevos índices salariales que regirían en la capital. Este desastroso documento seguía a la letra las disposiciones del Máximo General, no tenía en cuenta los posteriores aumentos tanto de salarios como de precios y enfrentaba a muchos obreros con la perspectiva de ver sus salarios reducidos a la mitad mientras los precios seguían subiendo[11]. El momento estuvo mal elegido, porque una crisis política dividía

a los comités gobernantes y cuatro días después de la proclamación de los salarios Robespierre y sus más próximos lugartenientes fueron expulsados de la Convención, arrestados y proscriptos y, habiendo eludido temporariamente a sus captores, se vieron obligados a buscar refugio entre sus amigos en el Hôtel de Ville. Ese mismo día el Hôtel de Ville fue sitiado por iracundos trabajadores que protestaban contra el Máximo impuesto a los salarios y se corrió el rumor de que los obreros se habían levantado «a causa del Máximo» y marchaban sobre la Convención y hasta se dijo que Robespierre había sido muerto en el transcurso de los disturbios. La Comuna intentó desviar la atención culpando a Barère —quien, después de algunas vacilaciones, se había unido a los adversarios de Robespierre— de la nueva escala de salarios. La maniobra falló y la hostilidad de los obreros, unida a la confusión y a la indiferencia de los Distritos por sus problemas, contribuyó a facilitar que los dirigentes caídos fuesen desarmados y conducidos a la guillotina. Cuando, al día siguiente, los consejeros de la Comuna fueron a su vez llevados al sitio de la ejecución, se dijo que los trabajadores, para mostrar su aprobación, gritaban a su paso: *Foutu maximum!*[12]

Sabemos por otros indicios que los obreros de París creían que la destitución de Robespierre y sus partidarios significaría el fin del odiado *maximum des salaires* y abriría el camino para la implantación de mejores salarios. Por un tiempo, así pareció ser: las nuevas autoridades repudiaron los índices publicados el 23 de julio y en una proclama posterior autorizaron una interpretación más elástica y generosa de la ley. Los obreros respondieron retornando a sus talleres. Pero también los nuevos gobernantes estaban preocupados por devolver la libertad al mercado y, como los precios se elevaron, el valor de los salarios de los obreros descendió rápidamente. En noviembre, los obreros de las fábricas de armas estaban otra vez presentando sus demandas y esta vez la Convención, lejos de hacer concesiones, ordenó el cierre de los talleres del gobierno. Poco después la inflación recrudeció y los armeros retomaron sus movimientos salariales y se unieron a otros *sans-culottes* para resistir el alza

calamitosa de los precios. Así, una vez más, la revuelta del hambre y no la huelga se convirtió en la orden del día. El movimiento salarial de la primavera y el verano de 1794 fue ciertamente notable. Fue más extenso y prolongado que cualquier otro acaecido durante la Revolución; a lo largo de varios meses, absorbió la atención de los trabajadores mucho más que las revueltas del hambre u otras formas de protesta social y, lejos de mantenerse en la periferia de los acontecimientos políticos (como los otros movimientos), contribuyó a derrocar al gobierno del momento. Pero ¿acaso significa esto que ese movimiento marcó una nueva e importante etapa en las relaciones entre capital y trabajo? Daniel Guérin, un historiador francés, piensa que sí. «El movimiento de masas» —escribe— «asumió una forma moderna. Aun antes de que la *bourgeoisie* hubiese terminado de destruir los últimos rastros del Antiguo Régimen, la lucha de clases entre empleadores y asalariados pasó a ocupar el frente de la escena.»[13] A primera vista esta opinión puede parecer razonable. Si examinamos aisladamente los acontecimientos de 1794, debemos convenir en que los obreros estaban entonces más interesados en ajustar cuentas con los empleadores que con los comerciantes y productores, que el principal motivo de preocupación era la cuestión de los salarios y no la de los precios y que la huelga —y no ya la revuelta del hambre— estaba a la cabeza de la lucha de clases. Y sin embargo esta opinión se basa en una ilusión óptica. No tiene adecuadamente en cuenta las excepcionales circunstancias de la primavera y el verano de ese año, período excepcionalmente favorable para plantear demandas de mejores salarios: el trabajo era escaso y había poco o ningún desempleo; aunque los precios subían, no había una inflación descontrolada; además, gran número de obreros de pequeños talleres —entre los cuales se encontraban los mejores militantes de los *sans-culottes* parisienses— habían sido reclutados en unidades mayores de 200 hombres y más. Ninguno de estos factores continuó existiendo después de diciembre de 1794 y, como la inflación y el desempleo se afianzaron, los obreros abandonaron la huelga y recurrieron a su método tradicional y más familiar de protesta social.

En realidad, las disputas laborales y los movimientos salariales de la Revolución siguieron las pautas generales de los del Antiguo Régimen. Pueden haber sido más amplios y prolongados; estuvieron señalados a veces, como los de 1791 y 1794, por la lucha de las partes en conflicto y quizá, como los de 1794, hayan tenido importantes resultados políticos. Pero, al igual que los movimientos anteriores, tendieron a producirse en períodos de precios estables y a dar lugar a las revueltas del hambre cuando los precios subían bruscamente. Por otra parte, las relaciones entre capital y trabajo permanecieron, en lo fundamental, invariables. No queremos decir con ello que nada hubiese cambiado y que no se hubiesen aprendido importantes lecciones para el futuro. Los obreros, como otros, habían sido penetrados e inflamados por las ideas de la Revolución. A pesar de sus reservas y de sus ocasionales triquiñuelas legales, los revolucionarios (y ninguno como los jacobinos) habían proclamado los derechos del hombre, la igualdad y la dignidad del trabajo humano. Tales ideas, una vez aprendidas, no se olvidaron fácilmente y habrían de dar sus frutos en las demandas cada vez más insistentes que el trabajo haría al capital. En Inglaterra, menos tocada por las nuevas ideas pero embarcada en una revolución industrial, ya estaba produciéndose este desarrollo de las relaciones entre empleadores y obreros. Francia tendría una experiencia similar, y de tono considerablemente más agudo, en las décadas de 1830 y 1840.

Notas

1. Véase mi «The Parisian Wage-Earning Population and the Insurrectionary Movements of 1789-1791», Tesis doctoral inédita en 2 volúmenes. London University, 1950, I, pp. 11-33.
2. *Ibid*, I, 16-20. Véase también mi artículo «Les ouvriers parisiens dans la Révolution Française», *La Pensée*, junio-sept. 1953; pp. 108 y sigs.
3. «The Parisian Wage-Earning Population», I, 26-27; C. Schmidt, «La crise industrielle de 1788 en France», *Revue historique*, XCVII (1908), 86; F. B. Manuel, «The Luddite Movement in France», *Journal of Modern History*, X, 1938, 183; Arthur Young, *Travels in France and Italy*, Everyman Library, Londres, 1915, 134.
4. Manuel, *op. cit.*, pp. 183-211; P. Amman, «The Changing Outlines of 1848», *American Historical Review*, LXVIII, 1963, 941.
5. Citado por Sophie A. Lotté en su contribución a «I sansculotti: una discussiones tra storici marxisti», en *Critica Storica*, I, 1962, 387-391. Bastardilla del autor; la traducción es mia.
6. S. Hardy, *Mes loisirs, ou journal d'événements tels qu'ils parviennent à ma connaissance*. M. S. en 8 vols., París, 1764-1789. Bibliothèque Nationale, fonds français, nos. 6680-6687, VIII, 434, 438-439, 455; Grace J. Jaffé; *Le mouvement ouvrier à Paris pendant la Révolution Française, 1789-1791*, París, 1927, pp. 65-73.
7. S. Lacroix, *Actes de la Comune de Paris pendant le Révolution francaise*, 2.ª serie, 8 vols., París, 1900-1914, III, 700; G. Lefebvre, «Urban Society in the Orléanais in the late Eighteenth Century», en *Past and Present*, abril 1961, p. 68.
8. Jeffé, *op. cit.*, Part. II; Lacroix, *loc. cit.*; «The Parisian Wage-Earning Population», I. 179-185.
9. Para gran parte de lo que sigue, véase mi trabajo, «Die Arbeiter und die Revolutionsregierung», en W. Markov ed., *Maximilien Robespierre 1758-1794*. Berlín, 1958; pp. 301-322.
10. C. Richard, *Le Comité de Salut public et les fabrications de guerre sous la Terreur*, París, 1922, pp. 699-709, 720.
11. G. Rudé y A. Soboul, «Le maximum des salaires parisiens et le 9 thermidor», *Annales historiques de la Révolution francaise*, enero-marzo 1954, pp. 1-22.
12. A. Aulard, *Paris pendant la réaction thermidorienne*, 5 vols., París 1898-1902, I, 11.
13. D. Guerin, *La lutte de classes sous la première République*, 1793-1797. 2 vols., París, 1946, II, 155. La traducción es mia.

9 | Las revueltas «por la Iglesia y el Rey»

Hasta ahora nos hemos ocupado principalmente de los movimientos populares que o bien eran apolíticos, como las huelgas y las revueltas rurales, o bien estaban imbuidos de las ideas políticas de radicales, demócratas y republicanos u otros grupos y partidos reformistas o revolucionarios. Por cierto que ello no fue absolutamente así en el caso de ciertas revueltas urbanas, como las Revueltas de Gordon en Londres y los disturbios provocados por el *parlement* en el París prerrevolucionario. Las primeras, a pesar de sus matices radicales, más bien perjudicaron que favorecieron a la causa radical y los segundos estaban sin duda dirigidos por sus promotores a favorecer los intereses de las clases privilegiadas, tanto en contra de la monarquía como del Tercer Estado. Pero ninguno de ellos, aunque enrolados al servicio de una causa que mejor podía ser denominada «reaccionaria» que «progresista», fue conservador en el sentido de promover las instituciones establecidas o tradicionales. El *parlement* estaba desafiando deliberadamente al «despotismo» de Luis XVI y sus ministros y los revoltosos de Gordon, aunque apoyaban abiertamente a la Iglesia Protestante, no estaban demostrando su lealtad

a Jorge III. Lejos de ello, lo acusaban de haber violado su juramento de la coronación al tolerar las debilidades de los católicos romanos.

A diferencia de todos estos movimientos, uno de los rasgos distintivos de las revueltas «por la Iglesia y el Rey» es su conservadurismo político[1]. Mientras otros movimientos, inspirados por ideas liberales, democráticas, republicanas o anticlericales, se preocupan por destruir los privilegios o la monarquía absoluta o por ensanchar las fronteras de la tolerancia religiosa, estos revoltosos proclaman su adhesión al orden establecido y a las formas tradicionales de vida, en contra de los ataques de los «jacobinos», «ateos», «extranjeros» u otros elementos extraños. Tales movimientos tienen una larga historia, que se extiende desde la Comuna parisiense antihugonote de 1588 hasta las centurias negras de la Rusia zarista, si no más allá. Pero por sobre todo florecieron durante la Revolución Francesa, porque los franceses, una vez que dejaban Francia y exportaban sus ideas revolucionarias, podían ser calificados no sólo de infieles y republicanos sino también de «extranjeros». Esta experiencia no era, de ninguna manera, universal, ya que los franceses encontraron poderoso apoyo y valiosos aliados en los Países Bajos, Suiza, Alemania y el norte de Italia, países todos con una considerable clase media, y que, aun antes de que arribaran los franceses, habían absorbido muchas de las ideas de la Ilustración y de la Declaración de los Derechos del Hombre.

Pero en ciertos países, particularmente en aquellos en los cuales la clase media era débil y la influencia de la Iglesia Católica fuerte, había comunidades urbanas y campesinas que demostraron ser no sólo notablemente resistentes sino también positivamente hostiles a las nuevas ideas que venían de Francia. Por razones bastante particulares no ocurrió así con la Irlanda o la Polonia católicas, pero sí —indudablemente— en el sur de Italia, en España y en el Tirol. En Italia meridional, tan pronto como Bonaparte volvió la espalda, los bandidos y las bandas de campesinos iniciaron una guerra de guerrillas para echar a los franceses. En 1809, los campesinos tiroleses bajo la dirección de Andreas

Hofer sostuvieron una larga y dura campaña contra los aliados bávaros de Napoleón —a quienes había sido cedido su país— no en nombre de la independencia nacional sino por Austria y la Santa Iglesia. En Francia misma, los campesinos de la Vendée y los *chouans* de Bretaña y Normandía se unieron a sus sacerdotes y a sus antiguos señores feudales en contra de la Revolución y durante casi diez años libraron una desesperada y sangrienta guerra civil contra los jacobinos, el Directorio y Napoleón. Y de todos los movimientos campesinos leales el más notable fue el de España. Cuando Napoleón instaló a su hermano José en el trono español los campesinos se rebelaron y, conducidos por los sacerdotes y los nobles, sostuvieron durante cinco años una guerra de guerrillas que desempeñó un significativo papel en la expulsión de los franceses de la península. Algunos, como Sheridan en Inglaterra, vieron en ello un primer ejemplo de un país ocupado que volvía los principios de la Revolución Francesa contra los mismos franceses. Es difícil aceptar que así fuese, ya que ningún pueblo de Europa se había mostrado tan impermeable como los españoles a las ideas revolucionarias francesas. Aun así, se trató de algo más que de una mera rebelión sobre las pautas de la Vendée o del Tirol, porque los campesinos españoles, aunque firmes defensores de su antigua fe y de la dinastía borbónica, estaban también librando una batalla que equivalía a una guerra nacional y patriótica.

Tales prolongadas rebeliones en nombre de «la Iglesia y el Rey» fueron más características de la campiña que de las ciudades, tanto a causa de que los campesinos eran reclutas más estables para las causas leales como debido a que el campo se prestaba más para la guerrilla que la ciudad. Pero la revuelta «por la Iglesia y el Rey», a diferencia de la guerrilla conservadora, fue fundamentalmente una manifestación urbana. El primero de estos estallidos en tiempos de la Revolución Francesa acaeció en Bruselas en marzo de 1790, cuando las casas de los «vonckistas» ricos (miembros del partido democrático pro-francés, o «patriota») fueron saqueadas y destruidas, y un dirigente «patriota» fue obligado a arrodillarse y declarar: «Reconozco, por orden del pueblo de Bruselas, que la

Sociedad Patriótica a la cual pertenezco no es más que una banda de bribones»[2]. También las clases pobres vienesas (con excepción, al parecer, de los zapateros) eran decididas partidarias de «la Iglesia y el Rey» y antijacobinas alrededor de 1790; y en 1793 protestaron contra la ejecución de Luis XVI. Por otra parte, los *lazzeroni* o «clases bajas» de Nápoles libraron una sangrienta *jacquerie* contra los franceses y contra sus propios oficiales liberales que colaboraron con los franceses en 1799[3]. En Roma, quizá la menos sumisa a los franceses de todas las ciudades italianas, la gente del pueblo respondió al llamado de sus sacerdotes (en este caso, el Papa mismo era «el Rey») y organizaron revueltas contra los franceses al grito de «¡Viva María!».

No obstante, en Francia misma no hubo equivalente urbano de la Vendée. Lo más similar fue quizá lo de Nantes, en el oeste, escenario de las horribles *noyades* de 1793; pero este estallido antijacobino se asemejó más a una prolongación de la Vendée que a un movimiento «por la Iglesia y el Rey», propiamente dicho. Varias ciudades francesas se rebelaron contra el gobierno jacobino, entre ellas Caen, Burdeos, Toulon, Lyons y Marsella. Pero estas revueltas fueron más bien antijacobinas que realistas y aun el Terror Blanco del sur que siguió a la ejecución de Robespierre, aunque indudablemente «contrarrevolucionario» tanto en su forma como en su intención, tomó más la forma de salvajes represalias por daños sufridos o imaginarios que la de manifestaciones en favor de «la Iglesia y el Rey». Hasta la insurrección promovida por los realistas en París en octubre de 1793 (el 13 Vendimiario) no tuvo realmente este sentido. La Convención Nacional había decretado (tanto para alejar el peligro realista como para perpetuar su propia existencia) que en las elecciones para la nueva legislatura establecida bajo la Constitución de ese año, sólo un tercio de los diputados sería libremente elegido y dos tercios serían designados por la Asamblea saliente. La furia que esto provocó entre los distritos parisienses (ahora sólidamente burgueses y moderados después de haber sido purgados de todos los jacobinos y *sans-culottes*) fue hábilmente explotada

por el distrito realista de Lepeletier y condujo a una rebelión armada en la cual tomaron parte unos 7.000 u 8.000 ciudadanos. Pero para la mayoría de los insurrectos, ello fue mucho más una manifestación en defensa de la propiedad —que creían en peligro— que una tentativa consciente de derrocar la República. Y sobre todo, no pudieron obtener el apoyo de las gentes del pueblo. Los *sans-culottes*, aunque muy perjudicados por la inflación y reticentes ante la política de la Convención, prefirieron una República burguesa antes que nada, y se negaron a unirse a los rebeldes[4].

Este último punto es crucial, porque el segundo rasgo común del movimiento o revuelta «por la Iglesia y el Rey» es su dependencia de un sólido apoyo popular. Además, por debajo de sus eslóganes prestados (y ello fue así sobre todo en las ciudades), hay siempre un elemento de protesta social: hemos visto ya algo semejante en las revueltas de Gordon en Londres. Mientras que en los disturbios de tipo radical o jacobino la ira popular está dirigida, si no contra los acaparadores y especuladores (o aquellos considerados como tales), contra los aristócratas, la corte, el clero o las corporaciones privilegiadas, el blanco de las revueltas «por la Iglesia y el Rey» son casi siempre «los ricos» o la clase media adinerada así como también las ideas e instituciones por ellas patrocinadas. Este fue evidentemente el caso de las revueltas de Nápoles y Bruselas de que hemos hablado, y se ha sugerido que los campesinos de la Vendée estaban mucho más dispuestos a seguir a sus sacerdotes y nobles a causa de que estos últimos empleaban por lo general a abogados y agentes de la clase media para que los representasen en sus tratos con sus arrendatarios. Así, fueron más bien ellos que sus señores los que incurrieron en el odio de los campesinos[5]. Por lo tanto, el movimiento «por la Iglesia y el Rey» fue un arma de doble filo que, a causa de su sesgo popular y social, pudo conducir a curiosas y ambivalentes situaciones, sumamente embarazosas para aquellos cuyos intereses defendía abiertamente. Así, según nos dice el Dr. Hobsbawm:

Los vieneses que se pronunciaron contra la ejecución del rey francés en 1793 dirigieron su furia contra los nobles franceses emigrados. Los *lazzeroni* de Nápoles... eran apasionados defensores de la Iglesia y el Rey y aún más salvajes anti-jacobinos en 1799. No obstante entonaban estribillos en contra de todas las clases superiores que, en su opinión, habían «traicionado al rey» —sobre todo los «caballeros y monjes»—, saquearon indiscriminadamente las casas de los realistas y definieron como jacobinos y enemigos del rey a todos los propietarios o, simplemente, a todos los que tenían carruaje.

Este elemento de las revueltas «por la Iglesia y el Rey» pudo hasta llevar a campesinos políticamente conservadores a entablar extrañas alianzas y el Dr. Hobsbawm cita el manifiesto de un brigante italiano del movimiento «por la Iglesia y el Rey» que en 1863 proclamó así su devoción hacia el Papa, el Rey y Garibaldi:

> ¡Mueran los traidores, mueran los mendigos, larga vida tenga el bello reino de Nápoles y su piadoso soberano, larga vida al vicario de Cristo Pío IX y larga vida a nuestros ardientes hermanos republicanos![6]

Tal declaración se asemeja a la del irlandés del sur que aclamaba a Sir Edward Carson, decidido enemigo del Irish Home Rule, porque —como él— estaba «contra el gobierno».

Volvamos, después de esta ligera digresión, al período de la Revolución Francesa; y esta vez, a Inglaterra. Las revueltas «por la Iglesia y por el Rey» fueron sin duda más típicas de los países agrarios que de los industriales y más de aquellos de monarquía absoluta que limitada. Pero, debido a las peculiares circunstancias de la época, las ciudades fabriles inglesas también tuvieron, en la década de 1790, disturbios que muy bien podrían ser rotulados «por la Iglesia y el Rey». Brevemente expuestas, las circunstancias eran las siguientes: los disidentes religiosos (cuáqueros, baptistas, presbiterianos y unitarios), expulsados de las ciudades

corporadas de Inglaterra por la restauración anglicana de Carlos II, se habían refugiado en las pujantes ciudades industriales de las *Midlands* y del norte. Allí se presentaban nuevas oportunidades tanto para ejercer un oficio como para acumular riquezas. Los disidentes de la clase media adinerada establecieron Academias Disidentes y se unieron a otros para discutir y promover las ideas de la Ilustración a través de organizaciones tales como la Sociedad Lunar de Birmingham y la Sociedad Literaria y Filosófica de Manchester. Algunos, aunque no todos, tomaron parte en los movimientos de reforma parlamentaria de las décadas de 1760-1780, pero el estallido de la Revolución Francesa tendió a asociar más íntimamente la disidencia religiosa con la reforma política. Ello se debió en parte a la agudización de la controversia política que provocó la Revolución, tanto en Inglaterra como en otros lugares, pero se produjo sobre todo a causa de que los disidentes habían desatado una campaña en 1787 para el rechazo de las *Test and Corporation Acts* (o Leyes de juramento de prueba) y las noticias de París los alentaron y tendieron —ante sus ojos y ante los de los demás— a identificar sus esperanzas de reformas con las de los franceses. Los *tories* y los anglicanos, por otra parte, como custodios de la constitución monárquica y de la Iglesia establecida, se vieron amenazados por un doble peligro, que ellos se inclinaron a considerar como único, y para enfrentarlo formaron clubes de la Iglesia y el Rey, y otras organizaciones similares, las primeras de las cuales aparecieron en Manchester en marzo de 1790[7]. Los contingentes populares fueron proporcionados por las «clases bajas» de las ciudades fabriles en rápida extensión, que no estaban aún organizadas en movimientos laborales y que se encontraban en un estado de permanente irritación a causa de los magros salarios y los precios cada vez más elevados de los alimentos,*

* Hubo revueltas del hambre en Birmingham en 1782, movimientos salariales en Nottingham en 1783, 1790 y 1793 y más revueltas del hambre en Birmingham, Nottingham y Leicester en 1792. R. W. Wearmouth, *Methodism and the Common people of England of the Eighteenth Century*, Londres, 1945, capítulos I-III; *Gentleman's Magazine*, LXII, enero-junio 1792, pp. 471-472.

y que estaban resentidas con los magistrados y los industriales y comerciantes ricos fuesen presbiterianos, cuáqueros o unitarios.

De esta combinación de elementos (aunque sus proporciones variaran considerablemente) surgieron las revueltas «por la Iglesia y el Rey» de 1791-1794 en Birmingham, Manchester y Nottingham. Los disturbios de Nottingham fueron diferentes de los otros: en primer lugar, ocurrieron después de que Inglaterra hubo entrado en guerra con Francia, la cual señaló al partida reformista no sólo como antipatriótico sino también como jacobino. Aquí el elemento religioso tuvo escasa o ninguna importancia y tanto los leales como los reformistas disfrutaron del apoyo popular. La Sociedad Constitucional de Nottingham había reunido 2.500 firmas para una petición de reforma parlamentaria que había sido discutida y rechazada por la Cámara de los Comunes en febrero de 1793. En las luchas callejeras entre reformistas y leales que se produjeron en junio de ese año y en julio de 1794, los reformistas dieron tanto como recibieron y hubo heridos de ambas partes[8]. En los disturbios de Manchester de junio y diciembre de 1792, como era más usual en tales casos, los defensores de los reformistas fueron muy sobrepasados numéricamente. El partido «por la Iglesia y el Rey», como ya hemos visto, había formado un club en 1790, y, poco después, los reformistas, cuyo conductor era Thomas Walker, un próspero industrial algodonero, formaron una Sociedad Constitucional. La sociedad, como la de Londres y Birmingham, celebró el aniversario de la toma de la Bastilla en julio de 1791 pero Manchester, a diferencia de esas otras ciudades, se salvó en esta ocasión de los disturbios provocados por los leales, posiblemente a causa de que Walker fue Alcalde de Distrito ese año. En junio siguiente, sin embargo, las multitudes se reunieron en St. Anne's Square y utilizando árboles a manera de arietes atacaron la Capilla de Cross Street (sede original de la Sociedad Literaria y Filosófica) y una nueva capilla Unitaria en Moseley Street. En septiembre, el nombre de Thomas Walker apareció en una comunicación a la Convención Nacional francesa, patrocinada conjuntamente por las Sociedades Constitucional

y Reformista de Manchester, la Corresponding Society de Londres y otros organismos reformistas militantes; por lo tanto, Walker se convirtió en un blanco natural de la hostilidad del movimiento «por la Iglesia y el Rey». Los posaderos de la ciudad habían declarado un *boycott* a todos los clubes radicales; la prensa y los clubes leales se unieron al clamor y algo así como un terror y pánico antijacobino se había desatado antes de que la multitud volviese a intervenir. El 10 de diciembre, el *Gentleman's Magazine* informaba:

> Una gran multitud se reunió alrededor del *Herald* (el periódico radical local), rompieron algunas de sus ventanas y se dispersaron; a la noche siguiente se reunieron en mayor número, desfilaron por las calles cantando y gritando ¡Dios Salve al Rey! y luego se dirigieron hacia el objeto de su resentimiento y rompieron nuevamente las ventanas. Luego fueron hasta la casa de Mr. Walker, donde también destrozaron algunas ventanas; aquí, sin embargo, se encontraron con la resistencia de Mr. W., quien disparó sobre ellos, dispersándolos. Se dice que dos hombres fueron heridos. Al día siguiente algunos amigos de Mr. Walker fueron a entrevistar al Comité para la protección de la propiedad y éste envió un delegado para que ofreciera apoyo a Mr. Walker, siempre que desistiera del uso de armas de fuego. Al mismo tiempo, se le aconsejó abandonar la ciudad cuanto antes, medida prudente ya que la turba demostraba una franca hostilidad hacia su persona. Sin embargo, no se habían perpetrado hasta entonces otros actos de violencia que la rotura de las ventanas de la casa de los señores Falkner y Walker. Cuando terminaron estos acontecimientos, otros integrantes de la turba, que habían vuelto a reunirse, fueron aprehendidos. Los magistrados y los militares esperaban pero, afortunadamente, su actuación no fue necesaria.

Las «actuaciones» de los magistrados no fueron, sin duda, demasiado evidentes, y en gran medida se dejó a Walker que se defendiera solo[9].

y que estaban resentidas con los magistrados y los industriales y comerciantes ricos fuesen presbiterianos, cuáqueros o unitarios.

De esta combinación de elementos (aunque sus proporciones variaran considerablemente) surgieron las revueltas «por la Iglesia y el Rey» de 1791-1794 en Birmingham, Manchester y Nottingham. Los disturbios de Nottingham fueron diferentes de los otros: en primer lugar, ocurrieron después de que Inglaterra hubo entrado en guerra con Francia, la cual señaló al partida reformista no sólo como antipatriótico sino también como jacobino. Aquí el elemento religioso tuvo escasa o ninguna importancia y tanto los leales como los reformistas disfrutaron del apoyo popular. La Sociedad Constitucional de Nottingham había reunido 2.500 firmas para una petición de reforma parlamentaria que había sido discutida y rechazada por la Cámara de los Comunes en febrero de 1793. En las luchas callejeras entre reformistas y leales que se produjeron en junio de ese año y en julio de 1794, los reformistas dieron tanto como recibieron y hubo heridos de ambas partes[8]. En los disturbios de Manchester de junio y diciembre de 1792, como era más usual en tales casos, los defensores de los reformistas fueron muy sobrepasados numéricamente. El partido «por la Iglesia y el Rey», como ya hemos visto, había formado un club en 1790, y, poco después, los reformistas, cuyo conductor era Thomas Walker, un próspero industrial algodonero, formaron una Sociedad Constitucional. La sociedad, como la de Londres y Birmingham, celebró el aniversario de la toma de la Bastilla en julio de 1791 pero Manchester, a diferencia de esas otras ciudades, se salvó en esta ocasión de los disturbios provocados por los leales, posiblemente a causa de que Walker fue Alcalde de Distrito ese año. En junio siguiente, sin embargo, las multitudes se reunieron en St. Anne's Square y utilizando árboles a manera de arietes atacaron la Capilla de Cross Street (sede original de la Sociedad Literaria y Filosófica) y una nueva capilla Unitaria en Moseley Street. En septiembre, el nombre de Thomas Walker apareció en una comunicación a la Convención Nacional francesa, patrocinada conjuntamente por las Sociedades Constitucional

y Reformista de Manchester, la Corresponding Society de Londres y otros organismos reformistas militantes; por lo tanto, Walker se convirtió en un blanco natural de la hostilidad del movimiento «por la Iglesia y el Rey». Los posaderos de la ciudad habían declarado un *boycott* a todos los clubes radicales; la prensa y los clubes leales se unieron al clamor y algo así como un terror y pánico antijacobino se había desatado antes de que la multitud volviese a intervenir. El 10 de diciembre, el *Gentleman's Magazine* informaba:

> Una gran multitud se reunió alrededor del *Herald* (el periódico radical local), rompieron algunas de sus ventanas y se dispersaron; a la noche siguiente se reunieron en mayor número, desfilaron por las calles cantando y gritando ¡Dios Salve al Rey! y luego se dirigieron hacia el objeto de su resentimiento y rompieron nuevamente las ventanas. Luego fueron hasta la casa de Mr. Walker, donde también destrozaron algunas ventanas; aquí, sin embargo, se encontraron con la resistencia de Mr. W., quien disparó sobre ellos, dispersándolos. Se dice que dos hombres fueron heridos. Al día siguiente algunos amigos de Mr. Walker fueron a entrevistar al Comité para la protección de la propiedad y éste envió un delegado para que ofreciera apoyo a Mr. Walker, siempre que desistiera del uso de armas de fuego. Al mismo tiempo, se le aconsejó abandonar la ciudad cuanto antes, medida prudente ya que la turba demostraba una franca hostilidad hacia su persona. Sin embargo, no se habían perpetrado hasta entonces otros actos de violencia que la rotura de las ventanas de la casa de los señores Falkner y Walker. Cuando terminaron estos acontecimientos, otros integrantes de la turba, que habían vuelto a reunirse, fueron aprehendidos. Los magistrados y los militares esperaban pero, afortunadamente, su actuación no fue necesaria.

Las «actuaciones» de los magistrados no fueron, sin duda, demasiado evidentes, y en gran medida se dejó a Walker que se defendiera solo[9].

Esta renuencia de los magistrados para intervenir había sido aún más notable durante los desórdenes mucho más violentos que agitaron Birmingham en julio de 1791[10]. La figura central en este episodio fue Joseph Priestley, el distinguido científico y ministro unitario. Los unitarios estaban más atrincherados en Birmingham que en cualquier otra ciudad y Priestley, junto con William Russell, un comerciante unitario, había dirigido la campaña local destinada a obtener la tolerancia total para los disidentes. En noviembre de 1789, uno de los sermones de Priestley provocó una violenta disputa partidaria, durante el transcurso de la cual los anglicanos acusaron a los disidentes de atentar contra la monarquía y contra la Iglesia. El cargo parecía estar justificado porque Priestley, al igual que muchos de sus partidarios, había recibido con entusiasmo la noticia de la Revolución Francesa y en ese momento renovaba sus esfuerzos para promover la reforma parlamentaria en Inglaterra. En junio de 1791, Priestley prestó su nombre para una campaña de apoyo a una nueva Sociedad Constitucional de Warwickshire, abogó por el sufragio de todos los adultos varones y por parlamentos más breves. Y para coronar sus fechorías, según los realistas, este «gran sacerdote de la libertad demoníaca» (como lo denominó un colaborador del *Gentleman's Magazine*) anunció públicamente, junto con sus amigos, que ofrecería una cena en el Birmingham Hotel para celebrar el segundo aniversario de la toma de la Bastilla.

Esto fue lo que provocó las revueltas de Birmingham. Pero la cena fue tranquila y notablemente pacífica. Se reunieron unos 80 ó 90 caballeros, eligieron a un anglicano por jefe, hicieron solemnemente dieciocho brindis, incluyendo brindis en honor del Rey, la Constitución y la prosperidad de Birmingham así como también en homenaje a la Asamblea Francesa y la Majestad del Pueblo luego de lo cual, ansiosos por no provocar ofensas públicas, terminaron su cena y se dispersaron. Priestley no asistió, probablemente porque había leído las advertencias que aparecieron esa misma mañana en forma de carteles pegados en las paredes que proclamaban «Mueran los presbiterianos» e «Iglesia y

Rey para siempre». A medida que llegaban a la cena, los comensales eran saludados (tal era la confusión existente con respecto al sentido de la misma) con gritos de «abajo el catolicismo» y, al salir, la multitud les arrojó barro y piedras. No obstante, lograron salir todos ilesos antes de que el hotel fuese invadido y saqueado. Entonces iniciaron los revoltosos su tarea, que continuó, sin interrupciones serias, por tres días. Habiendo amenazado a un templo cuáquero, se dirigieron hacia el Nuevo Templo Unitario (del cual era ministro Priestley) y lo quemaron. Pero actuaron con cierto criterio: el antiguo Templo, que estaba rodeado por otros edificios, no fue quemado sino «echado abajo» mientras los bancos y los púlpitos eran sacados para hacer una fogata en el cementerio vecino. La casa de Priestley, situada en Fair Field, Sparkbrook, era la siguiente de la lista. La víctima, advertida de la proximidad de la multitud, había huido. Pero su casa fue saqueada y quemada y sus libros, sus valiosos manuscritos y sus instrumentos científicos fueron totalmente destruidos. La caída de una cornisa mató a uno de los revoltosos y la mayoría de ellos pasaron la noche al aire libre, junto a las ruinas de donde sólo fueron expulsados a la mañana siguiente por el Conde de Oxford quien, sin duda con la mejor intención, los envió a Birmingham. Pero en el ínterin (dado que los magistrados eran impotentes para actuar o estaban poco dispuestos a hacerlo) se los dejó vagar por las calles a los gritos de «¡Iglesia y Rey!» y liberar a los prisioneros de la cárcel de la ciudad.

Después se produjeron nuevos ataques contra las propiedades de destacados unitarios y cuáqueros, la mayoría de ellos adinerados, algunos sospechosos por sus vinculaciones «filosóficas-radicales», otros marcados (ante los ojos de la multitud) por su contacto con la ley y la justicia. La primera víctima fue John Ryland, comerciante y banquero, cuya elegante mansión, Baskerville House, situada en Easy Hill, fue incendiada después de que los revoltosos hubieron bebido en sus bodegas por valor de unas £300. «Muchos de los perturbadores», informaba el *Annual Register*, «que estaban borrachos, perecieron en las bodegas, o bien a causa de las llamas o asfixiados por la caída del techo.» Más tarde hicieron su

aparición en escena, armados prácticamente con palos de escoba, los alguaciles recién designados; pero fueron desarmados y puestos en fuga, dejando tras de sí un muerto y varios heridos. Otras víctimas de ese día fueron: William Hutton, historiador local y comisionado de la Court of Requests (corte especializada en el cobro de deudas pequeñas); John Taylor, juez de paz y ex-comisario, rico fabricante y banquero. La casa y el negocio de papelería de Hutton en High Street fueron saqueados y demolidos y una vez más, para evitar una conflagración general, los insurrectos no recurrieron al incendio deliberado. Pero la casa de campo de Hutton, en Washwood Heath, a tres millas de la ciudad, fue quemada. El mismo destino corrió la residencia de John Taylor, Bordesley Hall, que con su mobiliario destrozado y sus oficinas, establos y graneros ardiendo, «ofrecía un tremendo espectáculo de devastación». Al día siguiente un templo bautista fue saqueado y hubo más víctimas de las destrucciones y los incendios, entre ellas Joseph Jukes y John Coates de Ladywood, John Hobson, pastor disidente de Bordesley Heath, Thomas Hawkes de Moseley Wake Green, John Harewood, predicador bautista ciego, William Humphreys de Sparkbrook y William Russell, juez de paz, comerciante y dirigente unitario, de Showell Green. El ejército no había llegado aún y en la ciudad (informaba el *Annual Register*), «grupos de tres o cinco personas exigían contribuciones de carne, vinos y dinero con la misma indiferencia con que hubieran recaudado las contribuciones parroquiales».

En la noche del domingo 17 de julio (cuarto día de las revueltas), comenzaron a llegar los Dragones desde Nottingham y las revueltas terminaron. Pero continuaron durante algunos días más en la campiña vecina. La tarde anterior, el principal cuerpo de insurrectos había comenzado a desplazarse desde Birmingham, pasando por Ladywood, Edgbaston, King's Heath y Moseley, en dirección a King's Norton y el templo disidente, situado a siete millas de distancia, fue reducido a cenizas. En Warstock, las bodegas de Mr. Cox, granjero unitario, fueron vaciadas y su casa destruida. A su regreso de la capilla de Kinkswood,

un grupito de revoltosos atacó la propiedad del Dr. William Withering en Edgaston Hall. Withering, aunque anglicano, era amigo de Priestley y miembro de la Lunar Society. Advertido de antemano, había contratado a un grupo de robustos defensores, que rechazaron a los asaltantes e hicieron un prisionero. Este episodio constituyó virtualmente el fin de las revueltas, aunque durante los dos días siguientes corrieron rumores acerca de escaramuzas y «depredaciones» menores en Alcester, Bromsgrove, Hagley y Halesowen. En la mañana del día veinte, se informó que «la caballería ha recorrido la campiña en diez millas a la redonda, pero no se encontró a un solo perturbador y todas las fábricas trabajan como si nunca hubiese pasado nada». Las revueltas habían durado cinco días, tres de ellos sin acción efectiva alguna por parte de la ley. Cuatro templos disidentes (tres unitarios y uno bautista) habían sido seriamente dañados o destruidos y las casas de por lo menos veintisiete personas habían sido saqueadas, demolidas, incendiadas o simplemente amenazadas. Las pérdidas se estimaron en £ 100.000, alrededor de una cuarta parte de lo que más tarde se pagó en compensación. Considerando los alcances de los daños y la duración de las revueltas, las represalias judiciales no fueron severas: diecisiete revoltosos fueron juzgados en los tribunales superiores de Worcester y Warwick, sólo cuatro fueron declarados culpables y dos fueron colgados[11].

¿Quiénes eran los perturbadores y quién o qué los provocó? Aunque existen escasas pruebas sobre ambas cuestiones, parece más fácil responder a la primera de las preguntas. Según los escasos arrestos y procesos y a juzgar por los relatos de la época, Rose llega a la conclusión de que los participantes eran en su mayor parte obreros y artesanos industriales urbanos[12]. Parecen existir escasas razones para dudar de ello y tal definición es por cierto más exacta que el rótulo que se les aplicó en un documento revolucionario francés de 1793: «los aristócratas de Birmingham» [13]. Pero ¿por qué se comprometieron en semejantes orgías de destrucción? ¿Se les pagó para hacerlo? No hay pruebas que lo demuestren. En realidad, se sabe que cuando un tal capitán Carver trató de salvar la casa de John Taylor ofre-

ciendo una recompensa de 100 guineas, «fue atropellado por la multitud, al grito de "¡Soborno, no!" y apenas pudo escapar a su furia»[14]. ¿Los impulsó el saqueo? El saqueo desempeñó, sin duda, algún papel: leemos que los mineros de Blak Country que bajaron a la ciudad cuando las revueltas habían terminado, regresaron a sus casas «cargados con el botín». Pero tal explicación no tiene en cuenta la discriminación ejercida por la multitud y la deliberación de sus ataques a determinados blancos, esforzándose por evitar daños a las propiedades vecinas. Las personas cuyos nombres figuraban en las «listas» (listas, debemos repetirlo, míticas o reales) de los capitanes de las revueltas eran un grupo bien definido: reformistas políticos, admiradores de los franceses, miembros de la Lunar Society, disidentes (cuáqueros, bautistas y unitarios), muchos de ellos personajes destacados de la vida cívica y casi todos adinerados y prestigiosos. Las «manos duras y negras» parecen, en realidad, haber tenido sumo cuidado de ajustar cuentas con los disidentes y los radicales —o sea con los enemigos declarados de la Iglesia y el Rey— también a causa de que eran figuras destacadas dentro de la clase media adinerada[15]. Ello no es sorprendente: vimos ya un sesgo social similar en los ataques a las casas católicas en Londres once años antes.

Para las autoridades, la índole de este sesgo social presentó determinados problemas y planteó un dilema. Una cosa era autorizar a la multitud para que diese una lección a los enemigos de la Iglesia y el Rey y otra garantizar que todo terminaría allí y que los desórdenes no desembocarían en un asalto general a la propiedad. En Londres, en 1780, los magistrados y la City Corporation se habían mostrado notablemente complacientes mientras las multitudes «anticatólicas» redujeron sus actividades a atacar las capillas, casas y escuelas católicas. Pero cuando comenzaron a incendiar las prisiones, cobrar peaje en el Puente de los Dominicos y amenazar al Banco de Londres, las cosas cambiaron. Naturalmente, tanto en un caso como en otro hubo exaltados dispuestos a correr todos los riesgos y parece perfectamente probado que ciertos jueces de Birmingham, firmes partidarios de la Iglesia y el Rey y declarados enemigos de los disidentes y de las reformas políticas, actuaron con criminal negligencia o hasta

llegaron a incitar directamente a los revoltosos[16]. Algunas personas que ocupaban elevadas posiciones —fuera de Birmingham, el marqués de Buckingham y el corregidor de Escocia— demostraron abiertamente su júbilo ante el curso de los acontecimientos y expresaron que ellos constituían un conveniente ejemplo para muchos. Ni siquiera el rey parece haber estado enteramente libre de culpa con respecto a algunas víctimas. Priestley escribió que «los amigos de la corte, si es que no los mismos ministros, favorecieron la revuelta pensando, sin duda, intimidar a los partidarios de la libertad con semejante medida». Priestley tenía razón para estar resentido: había perdido su laboratorio y su biblioteca, había tenido que huir de Birmingham y buscar refugio en los Estados Unidos. En cuanto a Jorge III, pareció prestar crédito al cargo expresando su complacencia, en una carta a Dundas, de que «Priestley fuese víctima de la doctrina que él y su partido habían difundido». Pero, cualesquiera que fuesen los sentimientos del rey acerca de la cuestión, Dundas comprendió perfectamente que las revueltas tenían implicaciones sociales más vastas y peligrosas. Actuó con energía enviando tropas de Birmingham (la solicitud fue hecha recién el 15 de julio) y advirtió a los magistrados que «según el ánimo actual de las gentes» era «difícil predecir qué curso podrían seguir los acontecimientos». Dundas creyó que la principal causa de las revueltas era el «principio de igualdad» que envenenaba «a las clases bajas del pueblo» y ordenó que una unidad militar que se dirigía a Birmingham fuese enviada primero por Coventry y Wolverhampton, donde se temían disturbios similares[17].

En resumen: para las autoridades, a pesar de lo ansiosas que pudiesen estar por sofocar las actividades de los radicales y reformistas, las revueltas «Iglesia y Rey» eran casi siempre más un riesgo que una ventaja. Las revueltas de Birmingham, como hemos visto, tuvieron secuelas en Manchester y Nottingham, pero estas últimas fueron pobres imitaciones, porque las personas responsables, pese a lo firme que su adhesión a la monarquía y a la Iglesia pudiese ser, las consideraron más bien como una advertencia que como un ejemplo digno de ser seguido. El empe-

rador Francisco I de Austria habló probablemente tanto en su nombre como en el de otros gobernantes cuando dijo, refiriéndose a sus propios «legitimistas populares»: «Ahora son patriotas para mí, pero algún día pueden convertirse en patriotas contra mí»[18].

No se trataba sólo de que la multitud, con sus aspiraciones sociales, pudiese ser voluble en cuanto a sus lealtades políticas ni tampoco de que fuese imposible prever su conducta. Los tiempos también cambiaban rápidamente. La industrialización se expandía y el sistema fabril comenzaba a arraigarse y las «manos duras y negras» encontraron otras causas a las cuales dedicarse y otras víctimas que los «jacobinos», protestantes y católicos disidentes, o simplemente «los ricos», contra quienes descargar su ira cuando los salarios bajaban o los precios subían. Las revueltas «Iglesia y Rey» en Francia no habían sido, como ya hemos visto, una respuesta a la penetración de las ideas radicales entre la gente del pueblo y también en Inglaterra había ya poblaciones de ciudades industriales que se volvían hacia las soluciones políticas radicales. En Londres ello había comenzado a suceder en tiempos de Wilkes, si no antes. A comienzos de la década de 1790, las «clases bajas» de Sheffield celebraron las victorias de los ejércitos revolucionarios franceses y su Sociedad Constitucional de 2.000 miembros estaba principalmente compuesta de «trabajadores de las clases más bajas»[19]. Hacia 1815, este desplazamiento del realismo al radicalismo se había tornado general entre la población industrial inglesa y lo mismo sucedería en Francia y en otros países. En realidad, la revuelta «Iglesia y Rey» tuvo aún menos importancia que el ludismo y otras manifestaciones populares preindustriales, en la naciente sociedad del futuro.

Notas

1. Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, pp. 7, 28, 81, 112, 118, 120-123, 175. (Hay versión al esp.).

   Estoy en deuda con el Dr. Hobsbawm por varias de las ideas expresadas en este capítulo.

2. *Relation véritable du soulèvement général du Peuple de Bruxelles*, París 1790.
3. Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 112, 120.
4. Véase mi obra *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 160-177.
5. J. Godechot, *Les Révolutions* (1770-1799), París, 1963, pp. 323-324.
6. Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 112-119.
7. Véase P. A. Brewn, *The French Revolution in English History*, Londres, 1923, pp. 51-74.
8. *Gentleman's Magazine*, LXIII (julio-dic. 1793), 630; Wearmouth, *op. cit.*
9. Brown, *op. cit.*, pp. 61, 69, 90, 124; *Annual Register*, XXXIV (1792), 70-72; *Gentleman's Magazine*, LXII (junio-dic. 1792), 1144-1145. Véase también *Frida White, The Strange Case of Thomas Walker*, Londres, 1957.
10. Para un estudio erudito de esta cuestión, véase R. B. Rose, «The Priestley Riots of 1791», en *Past and Present*, nov. 1960, pp. 68-88. Lo que sigue está tomado en gran parte del trabajo del Sr. Rose, complementado por los relatos del *Annual Register* y el *Gentleman's Magazine*.
11. Rose, *op. cit.*, pp. 68-76, 78, 82; Brown, *op. cit.*, pp. 78-81; *Gentleman's Magazine*, LXI (julio-dic. 1791), 674-676, 772; *Annual Register*, XXXIII (1791), 25-29, 34-35.
12. Rose, *op. cit.*, p. 83.
13. W. Markov y A. Soboul (eds.), Die Sanskulotten von Paris: *Dokumente zur Geschichte der Volksbewegung*, 1793-1794, Berlín, 1957, p. 2.
14. *Annual Register*, XXXIII, 127.
15. Rose, *op. cit.*, pp. 75-83.
16. *Ibid.*, pp. 80-82.
17. *Ibid.*, pp. 77-78; Brown, *op. cit.*, 80-81.
18. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 119.
19. B. Simon, *Studies in the History of Education*, 1780-1870, Londres, 1960, p. 182; E. P. Thompson, The Making of the English Working Class. Londres, 1963, p. 104.

10 | «El capitán Swing» y «las hijas de Rebeca»

La década de 1790 en Inglalerra asistió virtualmente al fin del antiguo tipo de revuelta urbana; las manifestaciones radicales en Londres y Manchester en los años siguientes a las guerras napoleónicas fueron estallidos políticos de otro tipo*. Pero la campiña, como era de esperar, cambió más lentamente en este aspecto, como en tantos otros. La antigua aldea inglesa, aunque minada desde hacía largo tiempo por las leyes de cercamiento, los terratenientes y la emigración a las ciudades, tardó más en morir que la ciudad fabril en nacer. Así, los primeros años del siglo XIX estuvieron marcados por una serie de protestas sociales que denotaban la obstinación con que el antiguo campesinado inglés (y galés) se resistía a lo nuevo y se adhería a las antiguas formas de vida. De estos episodios, el más notable fue quizás el extraño caso de Bossenden Wood en Kent, donde once aldeanos, devotos seguidores de Sir William Courtenay (el

* No obstante, hubo aún resabios del pasado en las revueltas contra las *Corn Laws* en Londres en 1815 y más aún en las revueltas de Bristol de 1831, cuando el Palacio Arzobispal fue saqueado, los prisioneros de las cárceles liberados y las casas y negocios saqueados y quemados. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, pp. 74-75

alias de John Tom), perdieron la vida en una batalla sin cuartel con el ejército. Fue un movimiento milenarista de los campesinos de Kent que implícitamente creían en las «grandes nuevas» que su líder parecía traerles, y que estaban dispuestos a morir por ellas[1]. El episodio tuvo lugar en 1838, el mismo año en que la *People's Charter* (o Carta del pueblo), el primer gran manifiesto popular de la nueva era industrial, fue redactado y promulgado en Londres. Pero sólo fue un movimiento localizado, que se redujo a un puñado de aldeanos dentro de un solo condado. Por el contrario, las revueltas de «Swing» de 1830 en los condados del sur de Inglaterra y las revueltas de «Rebeca» de 1839 y 1842 en Gales se desarrollaron en una escala mucho mayor*.

Los disturbios en los condados del sur estallaron en uno de los años más difíciles de toda la historia inglesa: ese año marca el punto más elevado en el «gráfico de la tensión social» del profesor Rostow, para 1790-1850, e inició un período de dos años que ha sido descripto como de «una sostenida intensidad de la inquietud, desconocida desde 1641»[2]. Esta «última revuelta obrera» (según la denominan los Hammond) surgió como resultado de complejas causas políticas y sociales que no analizaremos aquí. Baste con decir que pueden haber desempeñado algún papel en ello los diezmos, las rentas, los salarios, la pauperización y la pobreza, la depresión agrícola, los acaparadores y las leyes de caza, así como también la agitación radical[3]. Gibbon Wakefield, radical en ese momento, se inclinaba a considerar a los terratenientes y a los párrocos, más que al arrendatario, como los villanos de la obra. Tanto él como el historiador francés Halévy han enfatizado la influencia ejercida sobre los jornaleros por la revolución que, en julio, estalló en Francia y se difundió rápidamente hacia Suiza, Alemania y Bélgica. El campesinado inglés pobre, insistía Wakefield, se identificó con los «héroes de las barricadas» y el

* El nombre «Swing» parece derivar del palo oscilante del desgranador en el alto de la siega. E. Halévy, *The Triumph of Reform 1830-1841*, Londres, 1950, p. 7. «Rebeca» y sus «hijas» deriva del Génesis, 24, 60.

relato de sus hazañas los inflamaba «en contra de aquellos que con toda justicia consideraban sus opresores»[4].

Sea ello como fuere, hubo otras cuestiones más inmediatas que provocaron la ira y el resentimiento de los trabajadores. En primer lugar, los salarios, que en Kent (condado de salarios relativamente elevados) oscilaban entre 10 chelines y 13 chelines 6 peniques por semana, en Berkshire y Hampshire entre 7-9 chelines y en Wiltshire entre 6 y 7 chelines. Pero si los salarios eran la causa subyacente que generalizó los disturbios, la chispa que desató el movimiento no fue tanto la negativa de los arrendatarios a pagar mejores salarios como la introducción de las máquinas trilladoras. Ello aconteció cerca de Canterbury en Kent, hacia fines de agosto, precedido, según nos informa Halévy, de la contratación, por parte de los granjeros, de mano de obra irlandesa más barata. Las máquinas fueron destrozadas por los trabajadores. Luego siguió una pausa de calma, durante la cual se introdujeron más máquinas, tanto en Kent como en otros condados del sur. En la noche del 5 de octubre, el *Gentleman's Magazine* informó que los trabajadores «incendiaron los graneros y parvas pertenecientes al Reverendo Mr. Price de Lyminge». En otros lugares del condado, «un grupo de hombres, que ascendían a más de 200, se reunieron finalmente en las respectivas residencias de Sir Henry Oxenden, Sir Henry Tucker Montresor, Mr. Kelsey, Mr. Holtum y Mr. Sankey, arrendatarios, penetraron violentamente en sus graneros y destrozaron todas las trilladoras que encontraron en ellos»[5].

Esto fue sólo el comienzo. A medida que las máquinas eran introducidas en otros distritos y los trabajadores se inspiraban en el ejemplo de los jornaleros de Kent, las revueltas se expandieron a otros condados. Los medios de difusión eran diversos: podía propagarse la noticia en las tabernas o ser llevada por bandas errantes que en algunos casos cruzaban de un condado a otro; o bien, cuando las revueltas estuvieron ya desencadenadas, pudieron seguir el modelo de los disturbios campesinos franceses de 1775 y 1789 y propagarse por una suerte de «contagio» de aldea en aldea y de taberna en taberna. Con raras excepciones, la organización

se producía en una escala puramente local y las bandas comandadas por «jefes» o «capitanes» operaban cuanto más sobre algunas aldeas cercanas. Uno de los problemas consistía en reunir hombres. «Esto (según una información periodística) lo hacen abiertamente forzando a los trabajadores de las haciendas a unírseles; queremos decir con ello que algunos de los más decididos insisten en que los otros se les unan y sus exigencias aumentan con su número.» Por estos medios los disturbios se expandieron con notable rapidez y rara vez se prolongaron en un condado por más de unos pocos días. Hacia fines de octubre, las revueltas se trasladaron desde Kent hacia East Sussex y partes de Surrey. A mediados de noviembre (escriben los Hammond) los trabajadores «dominaban casi toda la zona que en el mapa puede representarse como un triángulo del cual Maidstone es el vértice y Hythe y Brighton las bases». En las siguientes dos o tres semanas, la «inspiración diabólica» se extendió hacia el oeste hasta West Sussex, Hampshire, Wiltshire, Dorset y Gloucester; hacia el norte hasta Berkshire, Buckinghamshire, Oxfordshire, y Northampton; y hacia el este hasta Essex, Norfolk, Suffolk, Cambridge y Huntingdon. A fines de noviembre, el *Gentleman's Magazine* informó a sus lectores que

> ...se han recibido noticias de incendios desde Beccles, Newton, Pulbough, Albury, Wavingdon, Gosport, Norwich, Arundel, Caterham, Windsor, Dorkings, Minster, Marlow, High Wycombe, Battle y Rye. Muchas propiedades se ven amenazadas y la consiguiente alarma y agitación que acompaña a estos espantosos sucesos es calamitosa. El instrumento utilizado para provocar los incendios es, al parecer, de acción retardada y al ser depositado debajo de la parva, pasado cierto tiempo arde y explota[6].

En total, antes de que las revueltas fuesen sofocadas a principios de diciembre, dieciséis condados habían sido más o menos seriamente afectados, mientras que se producían incidentes en una docena de otros lugares tan apartados como Leicester y tan hacia el oeste como Hereford.

A pesar de que la destrucción de maquinarias y los incendios deliberados desempeñaron el principal papel en los disturbios, hubo importantes variaciones locales: en High Wycombe, en Buckinghamshire, fueron las maquinarias de las fábricas de papel (varios de los revoltosos arrestados eran obreros de la industria del papel) y no las trilladoras las que resultaron destruidas. En muchas parroquias, el primer lugar de reunión de los insurrectos fue la vicaría, donde se solicitó a los titulares, amable pero firmemente, que prometieran una reducción de los diezmos. «En el caso del Reverendo Mr. Kirby, de Mayfield, Sussex (expresa un informe) los diezmos fueron reducidos de 1.400 libras a 400, y la suma restante dividida entre los arrendatarios para el pago de los jornaleros.» Idénticas visitas recibieron los titulares laicos de diezmos, los veedores de los pobres, los recaudadores de diezmos y los *land bailiffs*, y según se desprende de los relatos, al parecer los trabajadores, aunque a menudo bien dispuestos hacia los arrendatarios (y éste era el punto de vista de Wakefield), estaban sobre todo preocupados por los salarios y por facilitar a los arrendatarios que los subieran. «Exigieron de los arrendatarios 2 chelines 6 peniques por día en verano y 2 chelines en invierno, a manera de salario por su trabajo y además reclamaron empleo permanente.» Aunque la mayoría de los arrendatarios fueron tratados correctamente y a menudo ofrecieron comida, bebida o dinero a los revoltosos, aquellos que se negaron a firmar nuevos contratos por mejores salarios llegaron a ser maltratados. Tal fue el caso del arrendatario de Sussex a quien «se le mostró una soga, asegurándole que debía elegir entre una cosa o la otra». Por otra parte, los arrendatarios podían sentirse inclinados, por hostilidad hacia el terrateniente y el párroco y aun hacia los grandes arrendatarios, no sólo a simpatizar con los trabajadores sino también a incitarlos a la acción. En Essex, por ejemplo, se dijo que algunos arrendatarios habían dicho a los trabajadores que «los diezmos, los impuestos del gobierno, la renta y las maquinarias eran las causas de los bajos salarios».

La otra exigencia constante fue la destrucción de todas las máquinas trilladoras y muchos pequeños arrendatarios, para quienes las maqui-

narias no parecían tener mayores ventajas, se mostraron tan deseosos de destruirlas que no fue necesario obligarlos. Pero cuando los arrendatarios se negaban, los revoltosos lo hacían por sí mismos, en algunos casos cobrando una tarifa de 5, 10 o hasta 40 chelines por la hazaña. Y si los dueños se resistían, debían pagar un precio adicional en concepto de las parvas incendiadas, de una paliza ocasional o un chapuzón en el estanque. Pero no hubo pérdidas de vidas entre las víctimas y un incidente tan violento como el de John Bennett de Pit House, Miembro del Parlamento por Wiltshire, fue más la excepción que la regla. Cuando Bennett salió a caballo para enfrentar a los revoltosos,

> comenzaron a arrojarle piedras y tejas; en ese preciso momento llegó la tropa de Hindon, bajo el mando del capitán Wyndham, y salvó a Mr. Bennett, que estaba malherido en la cabeza, así como también al capitán Wyndham. La caballería intentó cargar contra ellos, pero la turba corrió hacia las plantaciones que rodeaban la casa y desde allí continuaron apedreando a la caballería, que finalmente cargó. Entonces varios fueron heridos, algunos mortalmente; un hombre fue muerto de un disparo.

Pero en general se procedía con orden y con la debida solemnidad, como si los trabajadores sintieran la obligación moral de cumplir con tales deberes. En realidad, hubo algunas ocasiones, que recuerdan una vez más los acontecimientos de Francia de 1775 y 1789, en que aseguraban tener autorización oficial para actuar como lo hacían. Y tan exitosa fue su tarea de persuadir o intimidar a los arrendatarios que el secretario del Interior se sintió obligado, el 8 de diciembre, a dirigir una circular a los magistrados, «ordenando el cese de toda tentativa de amenaza o intimidación, ya con respecto a la recomendación de un índice uniforme de salarios o a la suspensión del empleo de las máquinas trilladoras que, según se observa con justicia, se encuentran tan protegidas por la ley como cualquier otra maquinaria»[7]. De todas maneras, las autoridades

estaban muy alarmadas y una vez que los revoltosos fueron reducidos por medio de una concentración de Dragones y de comisarios especiales en las zonas afectadas, las represalias que se tomaron contra ellos fueron sumamente severas. Fueron juzgados 1.406 insurrectos o sospechosos entre noviembre de 1830 y marzo de 1831, ante Comisiones Especiales o en las sesiones trimestrales del condado de Winchester, Salisbury, Southampton, Reading, Aylesbury, Oxford, Dorchester, Canterbury, Dover y Maidstone. Nueve fueron sentenciados a la horca, 657 fueron enviados a prisión y 464 fueron deportados a las colonias australianas por períodos de 7 a 14 años. Fue el mayor contingente de prisioneros que se deportó nunca desde Inglaterra por un crimen común, lo cual pone en evidencia la gravedad que el delito de los trabajadores tenía ante los ojos del gobierno y los magistrados.

Otros rasgos notables de estos disturbios fueron la naturaleza de los revoltosos y la simpatía que suscitaban en otros distritos. Los arrendatarios, como ya hemos visto, los habían incitado a la acción, viendo en sus actividades un medio de reducir los diezmos y las rentas. Por otra parte, aun el incendio de sus parvas no les causaba necesariamente un daño demasiado serio, ya que generalmente estaban aseguradas, mientras que las parvas de los diezmos por lo general no lo estaban (según nos dice Wakefield). Los relatos de la época también sugieren que los radicales y los pastores disidentes desempeñaron algún papel, ya como instigadores de las revueltas, ya como intermediarios entre los trabajadores y sus víctimas. Lo que es seguro es que hubo protestantes disidentes entre los deportados a Australia. Tampoco todos los revoltosos eran trabajadores aldeanos. Los informes locales hablan de «hombres con buenos empleos» y de «personas por encima de los obreros comunes». El juez Park, que juzgó a más de 270 prisioneros en Wiltshire, comentó agriamente la frecuente participación de aquellos «cuyos salarios los colocaban al abrigo de necesidades», citando especialmente a «herreros, carpinteros y artesanos y hombres de buen pasar»[8]. Este punto se ve confirmado por los archivos de deportación a Australia, que demuestran

que uno de cada cuatro o uno de cada cinco de los deportados eran artesanos rurales. Otras pruebas similares sugieren que la mayoría eran jefes de familia, que el porcentaje de los que sabían leer y escribir era relativamente elevado y que pocos de ellos, de diversos condados —por ejemplo, Buckinghamshire y Wiltshire— parecen haber dejado sus mujeres y sus familias «en la parroquia». Sobre todo, eran en su mayor parte hombres de elevada moral, cuyos antecedentes «delictivos» tanto en Inglaterra antes de su sentencia como en Australia después de ella, fueron considerablemente inferiores a los usuales entre los convictos. El superintendente de los convictos en Londres, que los visitó en los muelles antes de que zarparan, dijo que «nunca había visto un conjunto mejor de hombres» y el gobernador Arthur de Van Diemen's Land —a quien fueron enviados la mayoría— atestiguó reiteradamente su comportamiento «ejemplar» y su buena conducta[9]. En resumen, estos «Hampden aldeanos» (los Hammond usan el término) eran respetables trabajadores cuyo sentido de la justicia había sido ultrajado por el desplazamiento del trabajo humano en favor de las maquinarias, de la misma manera que su ilustre antecesor, John Hampden de Buckinghamshire, se había rebelado contra Carlos I a causa del *Ship Money*, doscientos años antes.

Las revueltas de Rebeca en Gales, al igual que las revueltas de los condados del sur en Inglaterra, debieron su origen a diversas causas, pero todas estuvieron asociadas a la disolución de los antiguos vínculos aldeanos. En Gales, mucho más que en las zonas rurales inglesas, el disconformismo había hecho rápidos progresos en los últimos cincuenta años. Hacia la época del censo religioso de 1851, en los tres distritos insurrectos de Gales occidental —Pembrokeshire, Camarthenshire y Cardiganshire— había cuatro protestantes disidentes por cada miembro de la Iglesia de Inglaterra. El disconformismo estaba en la base misma del movimiento de Rebeca, ya que expresaba el profundo malestar de la población agrícola y trabajadora en un momento en que la antigua estructura social se resquebrajaba en regiones atrasadas y aisladas, mientras al mismo tiempo sobrevivían viejas y anticuadas formas de gobierno.

Mientras el disconformismo daba al movimiento su peculiar ideología, su pauta social derivaba de una comunidad campesina en disolución, en la cual los arrendatarios y los trabajadores tenían aún mucho en común: su pobreza, su tenacidad para mantener los antiguos usos en contra de la avasallante marea del progreso, y una tradición de resistencia y hostilidad hacia los terratenientes, magistrados y administradores ingleses. Las aflicciones de los arrendatarios eran muchas: las exacciones del titular de los diezmos, la tiranía de los magistrados, las contribuciones a la Iglesia, los impuestos del condado, las tarifas pagadas a los escribientes de los magistrados, las rentas elevadas y la vigencia y financiación de la Nueva Ley de Pobres. Y, para aumentar el descontento, sobrevino una sucesión de malas cosechas y en 1838 llegaron los primeros emisarios cartistas de Inglaterra. Pero la chispa que encendió el fuego y que dio al movimiento de Rebeca sus características propias, no fue ninguna de estas aflicciones acumuladas sino la extensión del sistema de barreras de peaje en las rutas de la campiña, operado por los Turnpike Trusts. Los trusts habían existido durante más de un siglo y en ocasiones anteriores habían provocado disturbios, como en Inglaterra. Pero anteriormente habían sido manejados ineficazmente y aunque siempre fueron resistidos, no habían provocado hasta entonces demasiado descontento. Pero un arrendatario experto en cuestiones de portazgo, Thomas Bullin, inglés, se hizo cargo de todas las barreras pertenecientes a ocho de los trusts, incluyendo a las de Cardigan, Carmarthen, Newcastle y Whitland. Desde entonces las barreras fueron manejadas como un negocio, se elevaron los derechos de portazgo y se construyeron más barreras, muchas de ellas a lo largo de rutas laterales, donde no las había habido antes. Para muchos ello constituyó una trivialidad, pero no fue así —sin duda— para el arrendatario que transportaba cal desde una cantera cercana y que se vio obligado a pagar derecho de portazgo tres o cuatro veces en un corto trecho de camino. En realidad, no fue tanto el monto de los derechos como la multiplicación de las barreras lo que constituyó el principal motivo de descontento y provocó conspiraciones y violencia[10].

En junio de 1839, los síndicos del Trust Whitland decidieron construir cuatro nuevas barreras entre Narberth y Harverfordwest, sobre el límite entre Carmarthen y Pembrokeshire. Tan pronto hubieran sido levantadas, dos de las barreras fueron destruidas por la noche, por hombres de rostros embetunados, varios de los cuales vestían ropas femeninas. Rebeca y sus hijas, en la realidad aunque aún sin ese nombre, habían hecho su primera aparición. Se envió a la guardia real y se arrestó a varios sospechosos pero no pudo sometérselos a proceso por falta de testigos. Mientras tanto, tenía lugar una tercera revuelta. Esta vez, el dirigente de los insurrectos era llamado «Becca» por sus seguidores y desde entonces comenzó a utilizarse el nombre «revueltas de Rebeca». Sorprendentemente, la decisión de los síndicos de levantar nuevas barreras fue rescindida, según la moción del miembro del Parlamento representante del condado, cuando se convocó a una asamblea pública. Fue así como la primera breve fase de las revueltas culminó en una inesperada victoria para la causa popular.

La segunda y mucho más prolongada fase de las revueltas comenzó en el invierno de 1842, año de inquietud laboral, que señaló el punto más alto de la actividad cartista en Inglaterra. En Cardiganshire del sur, en octubre, fueron incendiadas las parvas de la burguesía local. El incendio fue obra de los arrendatarios y fueron también ellos, y no sus jornaleros, quienes reabrieron la campaña de Rebeca contra las barreras de portazgo en noviembre. Esta vez el movimiento se prolongó, con breves intervalos, durante todo el año 1843. Aun en septiembre de 1844 se registraron todavía algunos incidentes aislados. La zona principal de los disturbios fue aún Carmarthenshire y Pembrokeshire y la parte sur de Cardiganshire. Hubo también incursiones, aunque aisladas y esporádicas, en el valle del Wye en Radnorshire, en Brecknockshire y en Glamorgan, casi hasta Cardiff. La pauta general fue, como antes, la destrucción o el retiro de las barreras durante la noche, todo ello acompañado ocasionalmente del incendio de la casilla de portazgo o de la choza del cuidador. Rebeca (según nos lo recuerdan sus historiadores) era

estrictamente sabática: nunca trabajó en domingo y hasta llegó a evitar cuidadosamente las sesiones nocturnas de los sábados o matutinas de los lunes. Rebeca era también notablemente selectiva: sólo se ocupaba de las barreras consideradas «injustas», particularmente aquellas que obstruían las rutas laterales y que —debido a su proliferación— elevaban excesivamente el costo del transporte de cal. No obstante, los portazgos de las rutas principales podían ser respetados. En una de sus cartas amenazantes, dirigidas a los condestables especiales, «Becca» aclara la cuestión:

> Debéis hacer que todas las barreras que están sobre las rutas menores sean destruidas. Deseo que las barreras de la Vía Real permanezcan.

Rebeca era también profundamente nacionalista y en la misma carta que hemos citado maldice a los «hijos de Hengist» e insiste en que «no será tarea difícil para Bowlin Comp terminar la tarea que ellos iniciaron»[11]. Tenía raptos de un humor extravagante: los condestables especiales enviados para defender las barreras fueron obligados a echarlas abajo. En otra ocasión, en la barrera situada cerca de Haverfordwest, Rebeca pidió a los espectadores que confirmaran su veredicto («Hijos míos; esta barrera aquí no sirve de nada, ¿no es cierto?»), antes de tirarla abajo. Rebeca y sus «hijas» actuaban en grupos de entre 40 y 100 hombres, aunque en ocasiones llegaron a sumar 250. Iban disfrazados o simplemente con las caras embetunadas. Algunas veces iban a caballo varios de ellos y otras sólo el jefe. Muchos iban armados y un testigo, que envió un relato detallado de una de sus acciones al Ministerio del Interior en Londres, comentó la precisión militar con que Rebeca disponía sus fuerzas: una vanguardia de veinte hombres armados de revólveres, un cuerpo principal de 200 hombres, la mayoría de los cuales portaban hachas y martillos, y una retaguardia, también armada. Pero todo este despliegue de violencia, aunque terrorífico para algunos observadores,

no era en la práctica tan siniestro como parecía. Los revoltosos usaban pólvora pero rara vez proyectiles y durante todo el tiempo que se prolongaron sus actividades, Rebeca sólo contó en su haber con una víctima cierta: una anciana que fue muerta de un disparo en su barrera, en la frontera entre Glamorgan y Carmarthenshire*.

Pero a medida que la campaña progresaba, las revueltas perdieron su naturaleza inofensiva y comenzaron a ceñirse a otros objetivos. Se exigió a los arrendatarios que hiciesen contribuciones y que asistiesen a las reuniones nocturnas y se amenazó con tomar represalias contra los que se negasen a hacerlo. El vicario de Penbryn, que había expropiado la Biblia de un disidente a manera de diezmo, fue obligado a devolverla, bajo amenaza de ser marcado en el rostro. Al director del asilo correccional de Newcastle Emlyn se le advirtió, en una carta encabezada «la Venganza de la Sangre», que «se ajustarían cuentas con él» si no evacuaba el edificio. Se advirtió a los párrocos de la Iglesia de Inglaterra que cesasen de recaudar diezmos, a los terratenientes que bajasen las rentas y a los arrendatarios que dejasen de acaparar granos o que redujesen su tenencia a una sola hacienda. Ocasionalmente, Rebeca pasó de las palabras a los hechos y los magistrados, terratenientes, párrocos y arrendatarios que se resistieron fueron golpeados, agredidos con armas de fuego o perjudicados por el incendio de sus hogares o sus parvas.

Mientras tanto, las barreras de portazgo seguían siendo el principal objeto de los ataques pero Rebeca comenzaba a extender sus actividades a otros terrenos. Se destruyeron represas en los ríos, se incendiaron hacinas (incendios que a menudo fueron más bien actos de venganza personal que de justicia popular), se derribaron cercos, aunque (tan profundo era el sentido de la propiedad que tenía Rebeca) nunca aquellos que habían sido autorizados por el Parlamento y se amenazó con atacar

* Se trató de un caso evidente de asesinato, aunque el jurado que intervino dictaminó «que la extinta murió a causa de una efusión de sangre que le produjo asfixia, aunque los jurados ignoran cuál fue la causa de dicha efusión». *Annual Register*, LXXXV, 262.

diversos asilos. En realidad el ataque al asilo correccional de Carmarthen fue uno de los episodios más sensacionales de las revueltas. No obstante, el ataque no parece haber sido planeado por los organizadores de la gran procesión que marchó hacia Carmarthen el 10 de junio. A los que se convocó para asistir se les dijo que el propósito de la marcha era presentar a los magistrados una lista de quejas referentes a los derechos de portazgo, los diezmos, la Ley de Pobres y las contribuciones a la Iglesia. Entre los manifestantes figuraba un inglés a quien se le advirtió que «su negativa desencadenaría sobre él una venganza». Desde las primeras horas del día, pequeños grupos de arrendatarios y trabajadores comenzaron a surgir de los valles y colinas cercanos. Una vez reunidos, se organizaron en ordenada formación y, precedidos por una banda, entraron en Carmarthen por la barrera de Water Street (que había sido derribada poco antes). Un testigo estimó que unos 2.000 hombres y mujeres marchaban a pie, seguidos por 300 arrendatarios a caballo, entre los cuales se destacaba un individuo vestido con ropas de mujer y que lucía largos rizos de crin de caballo. Este individuo simbolizaba a Rebeca. Los manifestantes no llevaban armas y la procesión fue bastante pacífica mientras recorrió la ciudad, después de haber dejado sus peticiones en el Ayuntamiento local. En ese momento los acontecimientos se precipitaron y «la chusma de la ciudad», constituida sobre todo por pescadores, parece haber desviado la marcha de la procesión hacia el asilo. Una vez allí, los revoltosos obligaron al director a entregar las llaves, liberaron a los menesterosos, destruyeron el mobiliario y arrojaron las camas y los colchones por las ventanas, antes de ser dispersados por la Cuarta Brigada de Dragones. Se tomaron sesenta prisioneros pero los magistrados se mostraron indulgentes y sólo seis de ellos fueron condenados a trabajos forzados durante períodos que oscilaron entre ocho meses y un año.

Durante el verano de 1843 el movimiento de Rebeca alcanzó su culminación y empezó a declinar. Los arrendatarios de Carmarthen habían iniciado una forma de protesta que había dado buenos resultados pero, a medida que esa protesta se expandió y absorbió nuevos elementos so-

ciales, tendió a perder sus objetivos originales y a caer en otras manos. A medida que las revueltas se propagaban hacia el este y el sur, hasta la costa, los mineros del carbón y del cobre y los obreros del hierro, abrumados por los magros salarios y el desempleo, comenzaron a tomar parte en los disturbios. Numerosos obreros sin trabajo, que venían de Merthyr en Glamorgan, regresaban a sus hogares en las aldeas de Gales occidental. Algunos buscaban empleo en Carmarthenshire pero muchos estaban dispuestos también a ganar algunos chelines destruyendo barreras o incendiando parvas. Los trabajadores comenzaron a reunirse y a exigir salarios más elevados o a pedir a los arrendatarios que redujesen el precio del trigo. En algunos casos, recurrieron a sus propios medios para ejercer una «justicia natural» e incendiaron las parvas. Las barreras de peaje siguieron siendo destruidas durante el otoño, pero también en este caso el movimiento tendió a caer en manos de profesionales que cobraban por sus servicios: hombres como Dai'r Cantwr y Shoni Sgubor Fawr, que más tarde fueron deportados a Tasmania. De manera que como las tropas no podían dominar a los revoltosos (hacía largo tiempo que el coronel Love estaba en la zona, al frente de 1.800 hombres), los arrendatarios comenzaron a buscar reparación a los daños por otros medios. Las grandes reuniones públicas, convocadas para redactar peticiones a la Reina o al Parlamento en Westminster, comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes y, al mismo tiempo, las travesuras nocturnas de Rebeca empezaron a disminuir. El momento culminante se produjo a fines de septiembre, cuando una barrera, que había sido retirada por la noche en las afueras de Llanelly, fue repuesta a la mañana siguiente por cuarenta arrendatarios locales. También en Llanelly, a principios de noviembre, se tomó juramento a 300 arrendatarios que fueron designados condestables especiales para sofocar los desórdenes, mientras que en Carmarthen, tres meses antes, de los 190 convocados, todos excepto dos se negaron a prestar juramento. Mientras tanto, se habían enviado fuerzas policiales desde Londres y las tropas, bajo la directa supervisión del Ministerio de Guerra, habían sido reorganizadas y distribuidas en

los distritos insurrectos, en unidades móviles más reducidas. Todo esto convirtió la destrucción de barreras en una actividad sumamente riesgosa. Pero fue sobre todo el cambio de actitud de los arrendatarios lo que puso fin a las revueltas.

Rebeca había alcanzado ya algunos éxitos notables y una Comisión de Investigación gubernamental, patrocinada por un secretario del Ministerio del Interior liberal, le concedería aún más. En junio, los síndicos de Newcastle, incitados por Lloyd Hall, un abogado simpatizante de los arrendatarios, habían accedido a reducir los derechos de portazgo a su nivel anterior a 1837, a reducir el interés de los *tally holders* (poseedores de ciertas obligaciones fiscales) de 5 a 3½ por ciento y a no reconstruir tres de las barreras destruidas. En agosto, los síndicos de Cardigan hicieron concesiones similares y en el otoño el trust principal siguió el ejemplo. De todos modos, para entonces la mitad de las barreras de Carmarthen principal centro de los disturbios, habían sido destruidas y a menudo los derechos de portazgo no eran cobrados. El gobierno se hizo eco de muchas de las quejas de Rebeca, declaró que los trusts habían estado mal administrados y propuso que se los fundiese y administrase por medio de Comités locales. El Parlamento respaldó la medida, unificó los derechos de portazgo y redujo el número de las barreras. Además, los arrendatarios y sus jornaleros se beneficiaron con la *General Enclosure Act* (o Ley General de Cercado de Tierras) de 1845, y la derogación de las *Corn Laws* y de la *General Enclosure Act* de los dos años siguientes. Pero por sobre todo, los ferrocarriles construidos a través de los condados galeses occidentales beneficiaron a las aldeas superpobladas transportando un número cada vez mayor de obreros galeses a trabajar en las nuevas zonas industriales.

¿Quién fue Rebeca? Tuvo muchas caras y se la describió como «un hombre con la espada en alto», «una persona de voz agradable y trato gentil», montada «en un espléndido caballo», que hablaba «un inglés excelente, como un inglés», «vestida de blanco» y que tenía manos «suaves como las de una mujer y propias de quien no está acostumbrado al

trabajo». Se identificó a varias Rebecas. Entre ellas, a Stephen Evans, arrendatario e historiador local; a Michael Bower, joven arrendatario que dirigió la procesión a Carmarthen; a John Hughes, hijo de un arrendatario de Llan-non, que fue deportado a Tasmania, y a los dos líderes de la fase más violenta y «lunática» de Rebeca: Shoni y Dai'r Cantwr. ¿Existió una super-Rebeca o una mente superior que inspiró la rebelión como un todo? El más firme aspirante a tal título fue Hugh Williams, abogado de los arrendatarios, reformista radical, cartista y cuñado del miembro de la liga anti-*Corn Law*, Richard Cobden, Pero el historiador de Rebeca, habiendo cernido toda la información, rechaza esta sugestión por creer que no tiene validez[12].

En Gales, al igual que en Inglaterra, las revueltas rurales de las décadas de 1830 y 1840 habían representado el último levantamiento de una clase social que desaparecía. En un caso tomaron las riendas los trabajadores y en el otro los arrendatarios, pero en ambos casos el problema fue casi el mismo. A medida que la agricultura y la industria capitalista se desarrollaban, el campesino, como el tejedor de telar manual, estaba inevitablemente condenado. Los nombres de los héroes legendarios, Rebeca, Ned Ludd, el capitán Swing, habrían de sobrevivir, como el de Robin Hood, y serían magnificados por el folklore. Pero sus hazañas no se repetirían y no tendrían más futuro que el de las clases cuyas protestas expresaron en determinado momento.

Notas

1. P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood. The Strange Story of Sir William Courtenay*, Londres, 1961.
2. W. W. Rostow, *British Economy of the Nineteenth Century*, Oxford, 1948, p. 124; G. M. *Young, Victorian England. Portrait of an Age*, Londres, 1961, p. 27.
3. Para una relación más completa de las revueltas, véase J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, 2 vols., Guild Books, Londres, 1948, II, 7-128.
4. E. Gibbon Wakefield, *Swing Unmasked, or the Causes of Rural Incendiarism*, Londres, 1831; Halévy, *op. cit.*, pp. 6-9.
5. *Gentleman's Magazine*, C. julio-dic., 1830, 362.
6. *Ibid.*, C. 459. nov. 1830. También estoy en deuda con el Dr. E. J. Hobsbawm, que ha realizado un estudio separado (y todavía inédito) sobre las revueltas de Wiltshire, por sus ideas sobre el desarrollo de los disturbios.
7. *Gentleman's Magazine*, C. 459, 555.
8. *Ibid.*, C. 639.
9. Véase mi artículo «Captain Swing and Van Diemen's Land», a punto de aparecer en *Tasmanian Historical Research Association Papers and Proceedings*.
10. D. Williams, *The Rebecca Riots: A Study in Agrarian Discontent*, Cardiff, 1953, pp. 1-184, Para lo que sigue, me he basado en gran parte en la obra del profesor Williams. Véase también *Annual Register*, LXXXV (1843), 257-263.
11. Reproducido en su totalidad por D. Williams, *op. cit.*, p. 212
12. Para lo que antecede, véase D. Williams, *op. cit.*, pp. 185-293.

11 | La Revolución Francesa de 1848

Dos fueron los factores que determinaron —quizá más que cualquier otro factor posible— que las multitudes de la Revolución Francesa de 1848 no fuesen idénticas a las de 1789. Uno de ellos fue el comienzo (pero sólo el comienzo) de la industria moderna; el otro, la difusión de las ideas socialistas o casi socialistas entre la población obrera e industrial. El sistema fabril y la mecanización habían arraigado en las zonas textiles del norte y el este, en las minas, la industria química, las tejedurías de seda, la industria del jabón, las refinerías azucareras y en parte de la industria metalúrgica. En 1847 se hallaban en uso 5.000 máquinas a vapor, mientras que siete años antes sólo había 2.000. También los ferrocarriles habían hecho su aparición en la década de 1840 y hacia 1850 se habían tendido ya 2.000 millas de rieles y París tenía nuevos talleres ferroviarios en St. Denis y en la aldea de La Chapelle. Pero fuera de estas industrias, la «revolución» había progresado poco. Las tres cuartas partes de la población francesa trabajaban aún la tierra y sus obreros industriales continuaban, en su mayor parte, empleándose en los mismos talleres y casas rurales de hacía sesenta años. La población

de París había sobrepasado el millón de habitantes pero, fuera de sus ferrocarriles y talleres de ingeniería, era aún una ciudad de manufactureros, obreros domésticos y pequeños artesanos. El pequeño taller, lejos de desaparecer, se había arraigado. Había todavía cinco obreros por cada empleador y los principales centros de la población obrera eran aún los antiguos *fau-bourgs* y mercados de 1789, que se extendían ahora hacia el norte, el sur y el este, formando suburbios industriales en lo que medio siglo atrás eran aldeas[1]. La era del gran empleador industrial, al igual que la era del obrero fabril, no había llegado aún. Eran los banqueros, los fabricantes mercaderes, los especuladores y los dueños de los bienes raíces —y no los industriales— los que llevaban la batuta y constituían la espina dorsal de lo que Marx denominó «la Compañía por Acciones para la explotación de la riqueza nacional francesa» (y Tocqueville dijo algo semejante). Y fue también a ellos a quienes Guizot dirigió su consejo para curar los males sociales: *Enrichissez-vous !*

Aunque el cambio social e industrial era lento, las ideas progresaban rápidamente y la década de 1830 asistió a un notable desarrollo de la educación política de la población obrera industrial francesa. En la revolución de 1830, los obreros habían abandonado sus talleres para tomar las armas y derrocar a la monarquía de Carlos X y, según puede juzgarse en base a los limitados datos existentes, había muchos obreros entre los que fueron condecorados por su participación en estos hechos y entre los que murieron y fueron enterrados debajo de la «columna de Julio»[2]. Pero ello sólo fue una repetición, aunque en mayor escala, de lo que había sucedido en 1789 y en 1792 y los obreros no estaban en situación, una vez que se hizo la revolución, de modificar su curso.

Lo que sí fue nuevo en la década de 1830, siguiendo la experiencia de julio, fue que los obreros comenzaron a asociarse en grupos organizados —no meramente sobre la base del taller y bajo la dirección de sus maestros— para tomar parte de los asuntos políticos. Los primeros periódicos de los obreros, el *Journal des Ouvriers*, el *Artisan* y *Le Peuple*, aparecieron en septiembre de 1830 y la primera de las dos grandes insurrecciones de los

tejedores de seda de Lyon estalló en noviembre de 1831, bajo el lema *Vivre en travaillant ou mourir en combattant*. Aquella insurrección tuvo objetivos sociales mucho más profundos que una mera alza de los salarios o un reclamo de ocupación estable y, aunque fue un levantamiento conjunto de los pequeños maestros y los jornaleros, se acepta por lo general que este hecho marca el nacimiento del moderno movimiento obrero. La insurrección se produjo en un momento de viviendas miserables, salarios bajos y depresión y fue seguida, en París, por una serie de revueltas e insurrecciones armadas, dirigidas no fundamentalmente contra los mercaderes y manufactureros sino contra el gobierno mismo. Entre los individuos arrestados en la más violenta de todas las revueltas —la del 5-6 de junio de 1832, en el convento de St. Méry, en la cual murieron 70 soldados y 80 insurrectos— encontramos varios artesanos y oficiales o jornaleros de taller, cuyos nombres reaparecen en revueltas posteriores. Uno de ellos, un oficial panadero, fue arrestado nuevamente poco después, por tomar parte en una *coalition ouvrière* o movimiento salarial[3]. Puede parecer trivial, pero el hecho tiene una gran significación porque nos encontramos por primera vez con los mismos obreros comprometidos en sucesivas demostraciones políticas, reclamos salariales planteados en un momento de depresión económica y obreros asalariados participando tanto en movimientos económicos como políticos. Este hecho no había existido en las revoluciones anteriores y representa un hito en la historia de la acción y las ideas de la clase obrera.

Poco después del segundo estallido de Lyon en abril de 1834, terminó esta fase de la revuelta política, pero el fermento de las ideas políticas continuó. Ese mismo año, la palabra «socialismo» fue usada por primera vez por Pierre Leroux y las ideas de Babeuf (a través de su antiguo discípulo Bounarotti), Blanqui, Barbès, Blanc, Cabet, Proudhon y los sansimonianos comenzaron a circular entre los obreros. Sus recetas iban desde tibias medidas reformistas hasta la lucha de clases y la insurrección popular preconizada por Auguste Blanqui. Enfatizaban más bien la necesidad de la igualdad de la distribución que la propiedad pública

de la riqueza de la nación pero todos dirigían sus recetas a una clase específica, la clase obrera. Y esto, en sí, era nuevo[4]. Bajo el impacto de estas ideas surgieron las sociedades secretas y los clubes, tales como las Sociedades de las Familias y de las Estaciones de Blanqui, y la Sociedad de los Derechos del Hombre, precursora de los clubes, mucho mayores y más influyentes, que atraían a veces audiencias de 5.000 o más personas y que desempeñaron un papel tan importante en la Revolución de Febrero y después de ella. Alexis de Tocqueville sintió el nuevo espíritu que estos clubes engendraron. En un discurso dirigido a la Cámara en enero de 1848, advirtió que «las clases obreras... están formando gradualmente ideas y opiniones que están destinadas no sólo a trastrocar esta o aquella ley, ministerio o aun forma de gobierno, sino la sociedad misma»[5].

La revolución que estalló en París cuatro semanas más tarde demostraría hasta dónde el pronóstico de Tocqueville era acertado o erróneo. El estallido, como es común en tales casos, atravesó etapas sucesivas, desde la exigencia de reformas leves hasta llegar a la revolución popular. Comenzó con una campaña, apoyada por la oposición liberal, para organizar banquetes en favor de una extensión del sufragio. Cuando Guizot prohibió los banquetes, los líderes de la oposición retrocedieron y los periodistas radicales y republicanos de *Le National* y *La Réforme* los retomaron y organizaron grandes demostraciones populares de apoyo. A esta altura, la Guardia Nacional burguesa, en vez de dispersar a las multitudes, se puso del lado de los reformistas y el Rey, inclinándose ante la opinión pública, destituyó al Ministerio de Guizot. Pero las manifestaciones, lejos de ceder, aumentaron su fuerza y obtuvieron su principal apoyo en los barrios populares del este y el centro de la ciudad. En el Boulevard des Capucines, varios manifestantes (algunos informes dicen 50, otros 100) fueron muertos o heridos en un sangriento encuentro con las tropas. Esto dio a las revueltas un nuevo sentido: las armerías fueron asaltadas en busca de armas y en la mañana del 24 de febrero, París estaba en franco estado de rebelión.

Los dirigentes de la oposición trataron entonces de formar un gobierno, pero era demasiado tarde, y cuando los insurrectos armados irrumpieron en las Tullerías, el rey abdicó y huyó a Inglaterra. Se intentó formar una Regencia para el conde de París, que era un niño, pero las multitudes invadieron la Cámara, hicieron a un lado a los viejos constituyentes y recibieron con aclamaciones un nuevo gobierno «provisional», formado por nombres extraídos de listas propuestas por los periodistas radicales, incluyendo el del dirigente radical Ledru-Rollin y el del poeta Lamartine. Pero las multitudes, que no olvidaban la «traición» de 1830, estaban decididas a cosechar sus propios frutos en la victoria común. Fue así como el gobierno proclamado públicamente en el Hôtel de Ville incluyó dos nombres más: el del dirigente socialista Louis Blanc y el del obrero metalúrgico Albert. Pero eso no fue todo. Durante los días siguientes, las manifestaciones masivas ante el Hôtel de Ville, apoyadas por los socialistas y los clubes, arrancaron al Gobierno Provisional una serie de concesiones: la promesa del «derecho al trabajo»; talleres «nacionales» para los desocupados (una distorsión de la exigencia de Blanc de talleres «sociales» administrados por el Estado, pero concesión al fin); el derecho de agremiarse; la jornada laboral de 10 horas; la abolición de la prisión por deudas; el voto para los varones adultos y la inmediata proclamación de la República.

Así, los obreros no sólo ayudaron, como en 1789 y en 1830, a hacer una revolución sino que, una vez obtenida la victoria inicial, le imprimieron su propio sello. En las revoluciones anteriores habían tomado sus ideas y sus lemas de la *bourgeoisie*, aunque ocasionalmente los adaptaron a sus propios fines. Esta vez se organizaron en sus propios clubes políticos y asociaciones gremiales, marcharon bajo sus propias banderas y dirigentes y estuvieron profundamente empapados de las nuevas ideas del socialismo. No obstante, la revolución —y menos aún sus frutos— no les pertenecía del todo. Tal como en ocasiones similares del pasado, habían abandonado los talleres junto con sus maestros y junto con ellos habían levantado las barricadas. Los periodistas radicales, los

estudiantes, los *polytechniciens* y los Guardias Nacionales también habían desempeñado su papel y, en las listas de los que fueron condecorados por su participación en los acontecimientos de febrero, los nombres de los obreros aparecen junto a los de los tenderos, maestros artesanos y miembros de las profesiones liberales*. Tocqueville, en realidad, sólo vio un aspecto de la cuestión (aunque evidentemente, para personas como él era el más alarmante) cuando escribió que los obreros eran los únicos triunfadores de la revolución y la *bourgeoisie* su principal víctima y que el socialismo había constituido su «característica esencial»[6]. Los obreros habían obtenido, por cierto, importantes concesiones, pero éstas eran sólo temporarias y el gobierno seguía estando en manos burguesas, hecho que se tornaría cada vez más evidente, a medida que transcurrían las semanas. Además, si bien en París los obreros habían sido capaces de dar nueva forma y contenido a una revolución popular, en las provincias prevalecían aún las antiguas formas. En Alsacia fueron destruidas las sinagogas y los hogares de los judíos (como en 1789), en Bourg un monasterio, en Besançon el convento, en Allier la aduana y en los Pirineos y en la región de París, los castillos de la aristocracia. Los bosques estatales fueron arrasados en Ariège y Var; los campesinos se levantaron en defensa de los antiguos derechos comunales y, en una orgía de furia «ludista», destrozaron los rieles y destruyeron los puentes en las líneas París-Rouen y París-Bruselas. Además, en Champagne, Nord y Normandía fueron destruidos telares a vapor y fábricas textiles. Hasta en París, las imprentas mecánicas fueron destrozadas por los obreros y el periódico de los trabajadores, el *Atelier*, se sintió obligado a pedir a sus lectores «que respetasen las maquinarias»**.

---

* Esta afirmación se basa en un estudio apresurado e incompleto de las listas del *Arch. Préf. de Police*, Aa 370. No parecen existir datos acerca de la ocupación de los 340 insurrectos que murieron en la lucha del 22-24 de febrero.

** C. Seignobos, *La Révolution de 1848*, París, 1921, pp. 19-20. Además, se había producido una ola de revueltas del hambre en el antiguo estilo (incluyendo la *taxation populaire*), en vísperas de la revolución en 1846-1847. Estas revueltas, aunque difundidas en vastas zonas de Francia, se concentraron principalmente en la zona tradicional del oeste (véase *Carte des troubles*, de R.

En consecuencia, febrero de 1848, pese a sus importantes innovaciones, sólo marca una etapa intermedia entre el antiguo tipo de movimiento popular y el nuevo. La insurrección parisiense que en junio alineó a obreros y burgueses en los dos frentes opuestos de las barricadas, tuvo su origen remoto en la ruptura de la alianza entre los demócratas burgueses y los obreros, que se había producido poco después de su victoria común en febrero. El espectáculo de los obreros vestidos con sus *blouses* o sus camisas campesinas y montando guardia frente a los edificios públicos o expresando de vida voz sus motivos de queja o planteando sus condiciones en el Palacio de Luxemburgo —donde Louis Blanc había establecido su «Parlamento de los obreros»— había comenzado a alarmar a muchos que, aunque revolucionarios y republicanos en febrero, compartían la preocupación de Tocqueville acerca de que, ahora, la «propiedad» podía verse amenazada. Por otra parte, la gran concentración obrera organizada por Blanqui el 17 de marzo había contribuido a aumentar la aprensión general. Un mes después, los clubes y la Comisión de Luxemburgo de Blanc se combinaron para organizar una vasta manifestación obrera, cuyos objetivos consistían en posponer las elecciones para la nueva Asamblea (se sospechaba, y con razón, que las provincias no compartían el espíritu revolucionario parisiense) y presionar al gobierno para crear una «República democrática» basada en la «abolición de la explotación del hombre por el hombre» y en la «organización del trabajo por asociación». Los miembros no socialistas del gobierno se asustaron y Ledru-Rollin, aliado con Lamartine, llamó a la Guardia Nacional para reprimir la manifestación. En el Hôtel de Ville se recibió con honores a los delegados de la Guardia Nacional mientras que la delegación de los obreros fue recibida fríamente y saludada con gritos de: «abajo los comunistas!» La brecha entre el gobierno y los socialistas era ya completa.

Gossez, en E. Labrousse (ed.) *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIXe siècle, 1846-1851*, La Roche-sur-Yon, 1956).

Quince días después se produjeron las elecciones nacionales, que fueron un triunfo para los republicanos moderados de Lamartine, que obtuvieron más de 500 bancas. Aun los realistas unidos —orleanistas y legitimistas— ganaron 300 bancas, mientras que los socialistas y sus aliados obtuvieron menos de 100 miembros. El resultado fue celebrado por *Le National*, el periódico de Lamartine; y en cuanto a su rival radical, *La Réforme*, declaró francamente que el hecho constituía «la derrota de la República democrática y social». En un intento por restablecer el equilibrio, los dirigentes de los clubes organizaron otra «insurrección». El 15 de mayo, sus partidarios desarmados, apoyados por 14.000 obreros sin trabajo provenientes de los talleres nacionales gubernamentales, invadieron la Asamblea, con el evidente propósito de presentar una petición en favor de la guerra con Rusia en defensa de Polonia. En la confusión que sobrevino, algunos de sus voceros declararon disuelta la Asamblea y leyeron, como en febrero, una lista de nuevos miembros de un gobierno provisional que incluía a Ledru-Rollin, a los socialistas y a los dirigentes de los clubes. Quizá su intención original haya sido ésta, pero ello parece improbable, ya que los manifestantes estaban desarmados y fueron rápidamente dispersados por la Guardia Nacional. La Asamblea y el Consejo Ejecutivo decidieron, no obstante, considerar el incidente como un *coup d'état* y dar una lección a los obreros y a los socialistas. *Il faut en finir!* Blanqui, Raspail, Barbès y Albert fueron arrestados, junto con 400 personas más. La Comisión de Luxemburgo de Blanc fue cerrada y, cinco semanas más tarde, los talleres nacionales —cuyos residentes constituían un drenaje para los fondos públicos y no eran ya inmunes a la agitación socialista— fueron disueltos.

El decreto del Consejo Ejecutivo que ordenaba la clausura de los talleres fue promulgado con la firma de Marie, el ministro de Obras Públicas, el 21 de junio. Los obreros se encontraron entonces enfrentados a la alternativa de enrolarse en el ejército (si tenían entre 18 y 25 años), ser enviados a drenar los pantanos insalubres de Sologne o permanecer en París, sin trabajo y sin paga. Fue éste un acto de considerable pro-

vocación y para algunos al menos, sus consecuencias habían sido premeditadas. Aunque había resentimientos más profundos, alimentados por semanas de esperanzas frustradas y decepciones, que actuaron como motivos subyacentes de la guerra civil que se desató luego, la clausura de los talleres fue la chispa que encendió el fuego. Los más enérgicos de los líderes obreros estaban presos. Otros, como Blanc, que se habían librado de ser arrestados en mayo, reclamaban prudencia. Fue así como a falta de alguien mejor, un extraño místico (un singular «profeta de la desdicha» y de los «días de sangre»), capataz de un taller, Louis Pujol, se convirtió en el vocero de 108 trabajadores. El 22 de junio, 1.200 a 1.500 obreros, con banderas flameantes, se reunieron en el Panteón y enviaron una delegación de cincuenta y seis delegados a parlamentar con el gobierno en el Palacio de Luxemburgo. Marie, que recibió a Pujol y cinco delegados más, los trató con escasa cortesía y replicó a las amenazas de Pujol con amenazas. Esa misma noche, una manifestación de personas que llevaban antorchas, dirigida por Pujol, se concentró en la Bastilla. A la mañana siguiente, una nueva concentración retornaba el lema familiar: «¡Libertad o muerte!» A medida que los manifestantes recorrían los bulevares, crecía el grito «¡a las armas!» y la primera barricada, hecha con ómnibus volcados, colchones y adoquines, fue levantada cerca de la Porte St. Denis, sobre el Boulevard Bonne-Nouvelle.

La insurrección duró tres días y se extendió mucho más allá de las filas de los obreros de los talleres. Sus principales centros fueron los viejos distritos populares de las revoluciones anteriores: el barrio de St. Martin, del Temple de la Poissonière hacia el norte; la Plaza de la Bastilla y el barrio San Antonio hacia el este; La Cité (aunque no el Hôtel de Ville) en el centro; y la Place du Panthéon, el barrio St. Jacques y el Barrio Latino hacia el sur. Más allá de los antiguos límites de la ciudad de 1789, los centros se extendían hasta Montmartre en el norte y Gentilly en el sur. Treinta y ocho barricadas aparecieron sólo en la Rue St. Jacques, 68 entre el Hôtel de Ville y la Bastilla y 29 más a lo largo de la gran carretera popular de la *Rue du Faubourg St. Antoine*. Los insurrectos habían tenido pocas dificultades

para encontrar armas, porque muchos eran antiguos soldados y muchos más aún eran Guardias Nacionales (incluyendo oficiales) de las legiones orientales. Deben haber sumado unos 100.000 hombres. Ese, al menos, fue el número de fusiles incautados más tarde en los distritos rebeldes. ¿Cuáles eran sus objetivos? La exigencia inmediata era doble: restablecer los talleres nacionales y disolver la Asamblea que los había cerrado. A medida que otros obreros se unían a los insurrectos, se agregaban otras exigencias. Las banderas que flameaban sobre las barricadas llevaban lemas como «Organización del trabajo por asociación», «Abolición de la explotación del hombre por el hombre», «Respetar la propiedad privada, muerte a los ladrones» y «¡Trabajo y pan, o muerte!» y las escasas proclamas que se emitieron expresaban la exigencia, familiar ya, de «la República democrática y social». Para contener a los rebeldes, el gobierno logró reunir 30.000 soldados de tropa, 16.000 *gardes mobiles* (reclutados principalmente entre los obreros jóvenes y los desocupados), 2.000 Guardias Republicanos y, teóricamente, la Guardia Nacional. Pero sólo se pudo contar con los guardias de los distritos occidentales, porque los batallones orientales se habían unido a los insurrectos y de los del centro sólo 4.000 de los 60.000 convocados respondieron al llamado del gobierno. En tales circunstancias, el general Eugène Cavaignac, a quien se había confiado el comando general de las fuerzas gubernamentales, envió en primer término a los *gardes mobiles* y a los Guardias Nacionales de los distritos burgueses y mantuvo en reserva al grueso de las tropas regulares. No obstante, a medida que se desarrollaba la lucha, los ferrocarriles transportaban poderosos refuerzos, en forma de voluntarios provenientes de todas partes del país. «Había entre ellos (escribe Tocqueville), muchos campesinos, muchos tenderos, terratenientes y nobles todos mezclados en las mismas filas... Se hizo evidente, a partir de aquel momento, que terminaríamos por ganar la batalla, porque los insurrectos no recibían refuerzos, mientras que nosotros teníamos a toda Francia en reserva.»[7]

Después de los primeros momentos de confusión, el resultado de lucha se hizo, en efecto, evidente. Los insurrectos habían encontrado una

cálida respuesta en la población trabajadora de París, pero no tenían más dirigentes que los impuestos por las circunstancias. Por otra parte, muchos socialistas se negaron a unírseles y otros sólo se les unieron una vez comenzada la lucha. Pero por sobre todo, en lo que hacía al resto de Francia, los obreros parisienses estaban totalmente aislados. El primer día, un triple ataque de las fuerzas gubernamentales sólo consiguió desalojar a los rebeldes de algunos puntos menores de resistencia, pero al día siguiente perdieron los barrios de St. Denis, Poissonière y du Temple y, sobre la margen izquierda, la Place du Panthéon y la Montagne Ste. Geneviève. El día 25, las fuerzas del orden lograron dominar los últimos centros de resistencia en el norte y el sur de la ciudad. Ese mismo día, los rebeldes provocaron la indignación general al resultar heridos (en el segundo caso, por una bala perdida), el general Bréa y el arzobispo de París, que se habían ofrecido para actuar como mediadores. Sólo la antigua fortaleza revolucionaria del barrio de San Antonio (tal como en mayo de 1795), se mantenía aún. En la mañana del día 26 una delegación ofreció deponer las armas a cambio de una amnistía; pero Cavaignac insistió en una rendición incondicional y, una vez reanudada la lucha, la obtuvo. La insurrección había terminado.

La Asamblea y las clases propietarias se habían alarmado profundamente, y en consecuencia, la represión fue severa. Muchos habían muerto durante la lucha o habían sido masacrados por la Guardia Móvil; y el informe policial, que arrojó 2.000 muertos y heridos, es posiblemente una subestimación de los hechos. Fueron arrestadas 15.000 personas, pero dado que muchos habían sido detenidos como sospechosos por el mero hecho de usar la *blouse* de los obreros, 6.374 fueron liberados después del interrogatorio. Más de 4.000 fueron sentenciados a prisión, enviados a las fortalezas o deportados a Argelia. Sólo los asesinos del general Bréa fueron guillotinados. Se reunió una comisión para investigar las causas más remotas de los disturbios. Ledru-Rollin, aunque fue atacado en la Asamblea por complicidad en los hechos, escapó a las acusaciones; pero Blanc, que no había tenido ni la más remota vinculación con las

revueltas, tuvo que refugiarse en Inglaterra para eludir a la justicia. Los periódicos y clubes revolucionarios fueron cerrados. Libre ya de los socialistas y del temor a nuevas manifestaciones obreras, la Asamblea se dedicó a desmantelar lo que quedaba de la República «social» y a erigir en su lugar una nueva república que conviniese mejor a los intereses de los triunfadores.

¿Quiénes eran los rebeldes y cuál había sido la causa de la insurrección? Marx y Tocqueville, aunque pertenecían a campos opuestos y diferían en los detalles, estuvieron completamente de acuerdo en afirmar que se había tratado de la lucha de una clase contra otra clase y que el hecho marcaba un cambio en la historia de Francia. «Lo que distinguió este acontecimiento» —escribió Tocqueville— «de todos los otros acontecimientos de su clase que se han venido sucediendo uno tras otro en Francia durante los últimos sesenta años, es que su objetivo no consistió en cambiar la forma de gobierno sino en alterar el orden de la sociedad. Fue... la lucha de una clase contra otra clase, una suerte de Guerra Servil.»[8] Para Marx se trató, más precisamente, de una lucha entre el «proletariado» y la «burguesía» y agregó, con palabras casi idénticas a las de Tocqueville, que de entonces en adelante la revolución (y no sólo en Francia) significaría «el derrocamiento de la sociedad burguesa mientras que antes de febrero había significado el derrocamiento de la forma de gobierno»[9]. Para los contemporáneos, que no sentían demasiados remilgos ante términos tales como «lucha de clases», ninguna de las dos formulaciones hubiese parecido extrema. Se aceptaba en general (y no tendría sentido acumular pruebas para demostrarlo) que la revuelta de junio fue una protesta armada de los obreros de París, si no contra los capitalistas, al menos contra los propietarios o «los ricos».

¿Es este punto igualmente aceptable para nosotros, o requiere un examen? El conflicto no se planteó, por cierto, entre los obreros de las fábricas y sus empleadores; ello hubiese sido imposible en aquellas circunstancias. París, como hemos visto, era aún una ciudad de pequeños talleres y artesanos y había cambiado muy poco, en este, aspecto, desde

la primera gran revolución de 1789. Si examinamos las ocupaciones de las 11.693 personas que fueron acusadas en la ocasión, encontramos una notable similitud entre los oficios de éstas y los de aquellas que asaltaron la Bastilla y tomaron las Tullerías sesenta años antes. Encontramos entre ellos no menos de 554 albañiles, 510 ensambladores, 416 zapateros, 321 ebanistas, 286 sastres, 285 cerrajeros, 283 pintores, 140 carpinteros, 187 torneros, 119 joyeros y 191 comerciantes en vinos. Además, la mayoría de estas ocupaciones están entre las doce categorías mayores a que pertenecían los prisioneros. Y hasta es probable —aunque aquí las pruebas no son tan precisas como para ser concluyentes— que entre estos prisioneros, los tenderos, artesanos independientes y maestros de talleres pequeños sobrepasasen en número a los obreros, en una proporción de dos a uno[10]. Rémi Gossez, un historiador francés que ha estudiado la cuestión más profundamente que muchos, agrega que, a causa de la predisposición del gobierno a considerar a todos los *hommes en blouse* como rebeldes en potencia, la proporción de obreros que hubo entre los que fueron arrestados y luego liberados fue considerablemente mayor que entre los que fueron realmente condenados. Además, Gossez procede a demostrar que no hubo una clara división de clase entre las dos fuerzas que se enfrentaron: en la Guardia Nacional servían obreros junto con propietarios, tenderos, empleados y profesionales; la Guardia Móvil estaba principalmente compuesta por obreros jóvenes, muchos de los cuales habían luchado en las barricadas de febrero; y en cuanto a los empleadores industriales, la mayoría permanecieron neutrales en la lucha a fin de proteger sus fábricas y negocios, mientras que algunos lucharon junto a sus empleados en las filas de los insurrectos. De ello extrae la conclusión de que, a pesar de que el conflicto social fue genuino, alineó a los pequeños productores, inquilinos y subarrendatarios (y no sólo a los obreros) en contra de los tenderos y comerciantes y en contra de los terratenientes y arrendatarios «principales» (a menudo tenderos), más bien que en contra de los dueños de fábricas, maestros artesanos y empleadores industriales[11].

Tales puntos son dignos de atención y sugieren que, en algunos aspectos al menos, la insurrección de junio recuerda formas anteriores de protesta social llevadas a cabo por pequeños consumidores y productores, de las que ya hemos hablado en capítulos anteriores. Pese a lo sorprendente de ciertas similitudes entre las muchedumbres de 1789 y las de junio de 1848, las diferencias son también grandes. En primer lugar, en la revolución anterior la iniciativa fue tomada por lo general por los maestros de taller, que eran más educados y estaban políticamente mejor entrenados que sus aprendices y oficiales, y los oficios tradicionales desempeñaron el principal papel en la insurrección popular. Esta vez las cosas fueron algo diferentes. El ímpetu inicial, como ya hemos visto, provino de los obreros de los talleres nacionales: esto era, en sí, algo nuevo ya que cuando en París se cerraron talleres similares en 1789 y en 1791, ello apenas si alteró la lucha de los partidos políticos. Pero en junio fue sólo una minoría de los obreros de los talleres la que tomó parte y ello se debió, sin duda, a la decisión del gobierno de seguir pagando los salarios aun después de que hubo comenzado la lucha. Lo más sustancial de la insurrección provino de otros grupos. Así, los obreros de la construcción representan la mayor categoría de los arrestados y se advirtió que todos los principales centros de resistencia eran defendidos por sus propias asociaciones laborales: carreteros en La Villette, cargadores de carbón y estibadores a lo largo del canal St. Martin, obreros del bronce en el Boulevard du Temple y ensambladores y ebanistas en el barrio de San Antonio. Pero hubo algo más significativo aún: el desarrollo industrial, aunque lento y poco difundido, había introducido los ferrocarriles y el comienzo de la industria mecanizada y fue así como entre los insurrectos arrestados, junto con los ensambladores, ebanistas y cerrajeros de los antiguos oficios y talleres, encontramos los nombres de unos 80 obreros de ferrocarril y 257 *mécaniciens*[12]. Fueron los obreros de los talleres ferroviarios de La Chapelle, que era ya un floreciente suburbio industrial al norte de la antigua ciudad, quienes construyeron las primeras barricadas en el Faubourg Poissonnière. Además, encontramos también

obreros ferroviarios junto a los obreros portuarios, construyendo las barricadas sobre la isla de la Cité. Estos trabajadores habían figurado, desde febrero, entre los mejor organizados y los más capacitados militantes de la capital. Gossez dice de ellos que formaban «la vanguardia de la insurrección»[13].

Los ferrocarriles desempeñaron, por lo tanto, un papel ambivalente. Por una parte, al transportar las tropas y los voluntarios de las provincias que llegaban para engrosar las fuerzas del orden, jugaron un importante papel en el aplastamiento de la insurrección; por otra, al crear un nuevo tipo de obrero industrial, imprimieron un nuevo sello al movimiento obrero, lo cual habría de tener importantes consecuencias en el futuro. Marx (que, al igual que Tocqueville, no tuvo la ventaja de poder estudiar los archivos policiales y militares) puede haber mirado demasiado lejos al escribir como si el proletariado parisiense hubiese estado ya completamente formado, pero sin duda tenía razón al enfatizar las nuevas relaciones que estaban desarrollándose entre las clases y al destacar su significación no sólo para Francia sino también para el resto de Europa. El Segundo Imperio de Napoleón III asistió a un nuevo avance en cuanto al crecimiento industrial, la organización obrera y las relaciones entre capital y trabajo y poco después las manifestaciones del tipo de la *taxation populaire* y de los ataques ludistas a las maquinarias, que sobrevivían aún en 1848, estarían totalmente extinguidas.

Notas

1. L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXe. siècle*, Paris 1950; C. H. Pouthas, *La population française pendant la première moitié du XIX siècle*, Paris, 1956; C. Seignobos, *La Révolution de 1848*, Paris, 1921, pp. 358 y sigs.
2. Véanse las listas muy incompletas de los Archives de la Préfecture de Police, Aa 369-370, 420.
3. Arch. Pref. de Police, Aa 421.
4. Véase L. A. Loubere, «The Intellectual Origins of French Jacobin Socialism», en *International Review of Social History*, IV (1959), 415-431.
5. *The Recollections of Alexis de Tocqueville*, ed. J. P. Mayer. Meridian Books, Nueva York, 1959, pp. 11-12.
6. *Ibid.*, pp. 78 y sigs.
7. *Ibid.*, pp. 169-170.
8. *Ibid.*, p. 150.
9. K. Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, cap. I.
10. Liste générale en ordre alphabétique des inculpés de juin 1848, Archives Nationales, F7 *, 2585-2586.
11. R. Gossez, «Diversité des antagonismes sociaux vers le milieu du XIXe. siècle», *Revue économique*, I (1956), 439-458.
12. G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire*, Paris, 1946, pp. 42-43; *Liste générale... des inculpés de juin 1848*.
13. R. Gossez, «L'organisation ouvrière a Paris sous la Seconde République», en 1848. *Revue des révolutions contemporaines*, XLI, 1949, 31-45; *«Diversité des antagonismes sociaux...»*, p. 451.

12 | El cartismo

Así como 1848 constituyó en Francia una vertiente de nuevas tendencias, así el cartismo en Gran Bretaña marcó una transición similar desde las antiguas formas de movimiento popular hasta las nuevas. El cartismo fue el primer movimiento independiente de la clase obrera inglesa y dominó todo el pensamiento político y los asuntos internos durante los primeros diez años del reinado de la Reina Victoria. Fue, en resumen, un movimiento de la mayor significación, aunque estuvo lleno de contradicciones y matices diversos. Por una parte, extrajo su programa político no (como los artesanos parisienses) de un nuevo conjunto de ideas socialistas, sino, de los reformistas radicales del pasado. Cuando William Lovett y la Asociación de Trabajadores de Londres, ayudados por Francis Place, redactaron los seis puntos de la *People's Charter* (o Carta del Pueblo) en 1838, incluyendo el sufragio masculino, el pago a los miembros, el voto secreto y los parlamentos anuales, estaban repitiendo casi en detalle lo que un Comité de Reforma en Westminster, del cual Charles Fox había sido miembro, había redactado cincuenta y ocho años antes. Y en ciudades como

Londres y Birmingham, ciudades de antiguos artesanos y pequeños talleres, gran parte del entusiasmo suscitado por la Carta surgió de la decepción de los artesanos radicales ante el fracaso de los *whigs* en darles el voto por la *Reform Bill* (o Ley de Reforma) de 1832. Para estos hombres, la campaña por la Carta constituía una nueva etapa en una larga y prolongada lucha no para ganar algo nuevo sino para reclamar antiguos derechos «naturales».

No obstante, el cartismo fue mucho más que una apelación a la tradición; fue también el producto de la nueva Inglaterra industrial, de las «chaquetas de fustán, las barbas y las manos ampolladas» de las cuales el irlandés Feargus O'Connor se convirtió en indiscutido líder y campeón. Para estos hombres, la Carta era más un medio que un fin: un medio para llenar estómagos vacíos y remediar males sociales tales como la Nueva Ley de Pobres, los magros salarios, las largas jornadas de trabajo, el desempleo y el elevado costo de los alimentos. Fue tanto una cuestión política como una cuestión «de estómago», una panacea que —a través del voto de los trabajadores y de la transformación radical del Parlamento— proporcionaría al obrero (para citar a un cartista de Wiltshire) abundante *roast beef*, pastel de ciruelas y cerveza, «trabajando tres horas diarias»[1]. Pero aun entre las «chaquetas de fustán» que proporcionaron al cartismo su principal apoyo, había elementos sociales divergentes, de los cuales algunos miraban con nostalgia hacia el pasado y otros, a tientas, hacia el futuro. Entre los primeros estaban obreros de la industria doméstica, los tejedores, cardadores y medieros de los condados occidentales y de las Midlands, que estaban siendo oprimidos, desarraigados y empobrecidos por el nuevo sistema industrial y para quienes el futuro asumía la forma de un inevitable desastre. Entre los segundos figuraban los obreros de las nuevas zonas industriales, los trabajadores del algodón de Lancashire y Escocia y los mineros de Northumberland, Durham y el distrito minero de las Midlands, que habían llegado a aceptar las maquinarias y que cada vez más buscaban soluciones a través de los gremios, la cooperación y las asociaciones

obreras, y cada vez menos a través de los antiguos métodos de «justicia natural» del pasado.

Esta diversidad de elementos sociales en las filas del cartismo se reflejaba también entre sus dirigentes: radicales en el viejo estilo, como William Lovett en Londres y Thomas Attwood en Birmingham; agitadores anti-Ley de Pobres, como el *tory* Richard Oastler y el pastor metodista J. R. Stephens en el norte; campeones de tradeunionismo como el doctor Peter McDouall; jacobinos o jacobinos socialistas como Julian Harney y James Bronterre O'Brien; socialistas del nuevo tipo como Ernest Jones, que mantenía correspondencia con Marx y, por sobre todo, el extrañamente impredecible Feargus O'Connor que, quizás a causa de que no ofrecía solución particular alguna y podía responder a todas las tendencias, parecía tener respuestas más amplias y profundas que los otros. Fue a través de su vinculación con estos hombres como el cartismo, pese a sus tendencias centrífugas, se convirtió en un movimiento nacional. Sin embargo, permaneció siempre profundamente arraigado en la tradición y el descontento locales inclinándose, por lo tanto, a recurrir a sus propias formas locales de acción[2]. Ello constituyó tanto su debilidad como su fuerza.

El cartismo, entonces, significó cosas diferentes para los diferentes hombres: para algunos, el derecho a votar, para otros, el fin de los odiados asilos de la Nueva Ley de Pobres, la jornada de diez horas, «un buen salario para un buen día de trabajo» o simplemente más comida para llenar un estómago vacío. Era natural, por lo tanto, que operase a distintos niveles y que tuviese tanto manifestaciones nacionales y regionales como parroquiales. Estas manifestaciones podían mezclarse y superponerse, o estar separadas en el tiempo y el espacio, o seguir líneas paralelas que —aunque vinculadas a la Carta— parecían no tener ninguna relación mutua. En el centro de las actividades había siempre una unidad de propósitos subyacente: los dirigentes podían estar divididos acerca de si debía emplearse la fuerza «física» o la «fuerza moral» o en su actitud hacia la Liga anti-*Corn Law*, el Plan de Tierras de O'Connor

o las clases medias. Pero el común denominador, la campaña en pro de la Carta del Pueblo, nunca fue perdida de vista durante mucho tiempo. En realidad, la historia del cartismo es, en cierto sentido, la historia de las diversas tentativas de imponer los Seis Puntos de la Carta a un Parlamento reticente y por lo general amargamente hostil. El nudo de la campaña fue la recolección de firmas solicitadas en talleres, fábricas, minas y reuniones públicas, para una serie de Peticiones Nacionales dirigidas a la Cámara de los Comunes. La primera Petición, emitida en Birmingham en 1838, había reunido, hacia julio de 1839, 1.280.000 firmas, pero fue lacónicamente rechazada por los Comunes después de haber escuchado a Lord John Russell condenar la Carta como una amenaza a la propiedad. La experiencia se repitió en 1842 y en 1848. Antes de que se enviase la segunda Petición, los cartistas dieron con el nuevo sistema de formar una Asociación Nacional de la Carta. Hacia 1842 la Asociación contaba con 48.000 miembros. Esta vez la Petición fue firmada por 3.317.702 personas, una cifra mucho mayor que la de los votantes de todo el país, pero el Parlamento no se dejó impresionar y la rechazó, como había rechazado la primera. Durante algunos años, las graves divisiones existentes entre los dirigentes cartistas dieron la impresión de que el cartismo hubiese muerto, pero en 1848, bajo el estímulo de la depresión económica y de los acontecimientos que se desarrollaban en Francia, el movimiento resucitó. Esta vez se afirmó que se habían reunido seis millones de firmas (aunque sólo debe haber habido la mitad de esa cifra) y se realizó una gran manifestación en Kennington Common, en Londres, para enviar la petición. Los manifestantes se mostraron bastante pacíficos, pero el gobierno, temiendo más a los agentes franceses y a los rebeldes irlandeses que a los revoltosos ingleses, convocaron a 170.000 condestables especiales y a una gran fuerza militar al mando del anciano duque de Wellington para dispersarlos. Fue, según escribió Lord Palmerston, «un día glorioso, el Waterloo de la paz y el orden». Fue también, en realidad, el fin del cartismo como movimiento político nacional[3].

Pero la campaña en pro de la Carta en términos de Peticiones Nacionales al Parlamento fue sólo un aspecto del cartismo y, para nuestros fines, no el más significativo. Sin duda que esta campaña no hubiera justificado en sí la afirmación de Charles Kingsley de que, en aquellos años, «los jóvenes creían (y no se equivocaban) que las masas eran sus enemigos naturales y que tendrían que luchar, en un momento u otro, por la seguridad de sus propiedades y el honor de sus hermanas»[1]. La intensa hostilidad entre las clases, similar a la de Francia en junio de 1848, de la cual el cartismo fue tanto síntoma como causa, no se debió tanto a la Carta misma como a la gran serie de huelgas, revueltas, insurrecciones y manifestaciones populares que se desarrollaron en sus comienzos y que unieron a sus partidarios, particularmente a las «chaquetas de fustán». Estos estallidos, que algunas veces precedieron y otras siguieron a los movimientos peticionantes de los cartistas, pero que con mayor frecuencia aún les sirvieron como una suerte de telón de fondo, acontecieron también en tres ciclos principales, cada uno de los cuales correspondió a un período de depresión financiera: la primavera de 1837, hasta enero de 1840; desde mediados de julio hasta fines de septiembre de 1842; desde febrero hasta agosto de 1848[2]. Las cuestione fueron muy diversas y aunque el apoyo a la Carta fue por lo general u factor común, no siempre fue ello así.

El primer estallido comenzó en 1837 con un gran movimiento de protesta en los distritos manufactureros del norte, contra la aplicación de la Ley de Pobres de 1834. Este movimiento precedió en varios meses a la publicación de la *People's Charter* y sólo gradualmente, a través de dirigentes tales como J. R. Stephens y Feargus O'Connor, se unió al movimiento cartista. Entre agosto de 1838 y julio de 1839, el acento estuvo puesto estrictamente sobre la campaña política en pro de la Carta, pero una vez que la Petición hubo sido presentada al Parlamento, el movimiento cambió de forma. Aun antes de que la Petición hubiese sido presentada, 30.000 mineros de Tyneside abandonaron sus tareas en apoyo de la Carta y apoyaron a la Convención

cartista en Birmingham —ocasión en que el Parlamento se mantuvo obstinado— para que convocase a un «Mes Sagrado» o huelga general, para obligar al Parlamento a cambiar de idea. En el término de una semana, los dirigentes cartistas habían convocado a huelgas de protesta y fue así como se produjeron «marchas» y manifestaciones de los hilanderos de Bolton y de los mineros de Durham y Northumberland y revueltas en Birmingham, Manchester y Macclesfield en julio y en agosto. Pero el movimiento adolecía tanto de falta de apoyo como de divisiones entre los dirigentes. A ello siguió la marcha armada de John Frost sobre Newport en Monmouthshire en noviembre de 1839 y un levantamiento breve e igualmente frustrado en Sheffield y el *West Reading* durante el invierno de 1839-1940. La segunda fase del movimiento social cartista comenzó en el verano de 1842. Al igual que la primera, comenzó con casi absoluta independencia de los dirigentes cartistas nacionales. Las revueltas «Plug-Plot», como se las llamó, se preocuparon esencialmente en sus primeras etapas de cuestiones económicas tales como el aumento de los salarios y la abolición del sistema de *truck* (o pago en mercaderías en lugar de salarios), y se extendieron rápidamente a través de las principales zonas manufactureras. Fue recién después de varios días de demora que una conferencia cartista, reunida en Manchester, decidió otorgarles su beneplácito. Mientras tanto, también los huelguistas habían vinculado sus demandas económicas a los objetivos políticos de la Carta pero para entonces el movimiento estaba ya casi agotado. Terminó poco después, en una serie masiva de arrestos y sentencias a prisión o a deportación*. La última fase, mucho menos difundida y significativa, fue la de 1848. Para entonces, después de una nueva depresión en 1848, las condiciones económicas estaban mejorando y sólo disturbios menores, incluyendo una revuelta del hambre en Glasgow, precedieron a la presentación de la tercera Petición Nacional al Parlamento, el 10 de abril. A ello siguió una serie de «insurrecciones»

* Véanse págs. 219-225.

armadas, en menor escala, en Manchester y en Londres pero éstas no fueron tanto estallidos sociales locales como los últimos coletazos de un movimiento político agonizante.

El cartismo fue, en realidad, un movimiento popular rico y polifacético, heredero de una tradición política radical pero también hijo de las malas cosechas y la pobreza, las malas viviendas, las enfermedades y el desempleo que acompañaron al crecimiento de una nueva sociedad industrial. Como tal, miraba tanto hacia las realidades del presente como hacia el pasado y sus formas de acción y expresión, al igual que sus dirigentes y que los elementos sociales divergentes que lo componían, mezclaban lo viejo con lo nuevo. Para ilustrar este punto, examinemos más detalladamente la que quizá fue la más significativa de sus manifestaciones, el movimiento social de 1842. Fue este —entre los que compusieron un ciclo de años de pobreza— el que justificó la expresión, refiriéndose a la década de los 40, de «Década del Hambre». En marzo, el secretario del Interior, Sir James Graham, informó que en una población de 16 millones de habitantes había 1.427.187 personas en la miseria. Se había producido una sucesión de malas cosechas, y el precio medio de la arroba de trigo en 1841-1842 oscilaba entre 64 chelines y 57 chelines 3 peniques en un momento en que los salarios tendían a bajar. Los obreros del algodón en las fábricas de Lancashire y Cheshire ganaban 9 chelines 7 peniques por semana; los salarios de los tejedores estaban por debajo de 1 penique la hora y se afirmaba que en Leeds 20.000 personas (una de cada siete u ocho) se veían obligadas a vivir con un ingreso medio de 11½ peniques por semana. En Stockport se habían producido tantos desalojos por falta de pago que algún bromista había escrito en las paredes: «Se alquila Stockport». Comentando el estado de cosas en junio de ese año, el periódico cartista *Northern Star* llegó a la conclusión —en términos que podrían haber sido casi de inspiración jacobina— de que el vasto incremento de la riqueza nacional había caído en manos de un pequeño grupo de grandes capitalistas y

«compradores», mientras que «tanto el capital de los maestros como los salarios de los obreros han desaparecido»[6].

El 22 de julio el precio de la arroba de trigo subió (desde 60 chelines 5 peniques en mayo y 62 chelines 3 peniques en junio), hasta alcanzar un tope de 64 chelines 5 peniques[7], y pocos días después los señores Bailey, manufactureros textiles de Stalybridge, junto a Ashtonunder-Lyne, anunciaron su intención de reducir los salarios de tejedores e hilanderos. Los cartistas locales habían desplegado gran actividad antes de la huelga, pero al parecer ésta comenzó como una disputa puramente industrial, dentro de la cual la cuestión de la *People's Charter* sólo fue introducida más tarde. Este movimiento fue conocido con el nombre de Revueltas *Plug-Plot* (o complot de las clavijas) porque tomó la forma de un movimiento expansivo en el cual los *turn-outs* (o manifestantes) marchaban de pueblo en pueblo, interrumpiendo el trabajo merced al procedimiento de quitar las clavijas de las calderas de las fábricas. El movimiento se extendió rápidamente desde Ashton hacia Oldham y Manchester y casi simultáneamente estalló en el Tyneside y en Escocia. Desde Manchester irradió hacia Lancashire, Yorkshire, Staffordshire, Cheshire, *las Potteries*, Warwickshire y Gales del Sur. La prensa informó ampliamente sobre él y el relato que el *Annual Register* hizo de los acontecimientos de Manchester puede dar una idea del tono de esta información.

> Los revoltosos procedieron a reclutar trabajadores en Ashton y Oldham y las diversas fábricas de la vecindad, y a la mañana siguiente se dirigieron, con la misma intención, a Manchester. Llegaron a Holt Town, en número de aproximadamente 5.000, a las diez, pero fueron interceptados en Pollard-street por una tropa de caballería comandada por el coronel Wemys, una compañía de rifleros y un gran cuerpo policial. Estas fuerzas detuvieron su avance momentáneamente, pero después de haber aceptado dispersarse, los insurrectos se dividieron en varios grupos que continuaron sus arbitrarios reclutamientos en las fábricas, impusieron contribuciones a los alma-

cenes de víveres y terminaron reuniéndose en gran número en un terreno baldío cerca de Granby-row, donde fueron arengados por varios oradores populares y declararon su decisión de no retornar al trabajo hasta que los salarios fuesen devueltos a las cifras de comienzos de 1840. Durante la tarde tuvo lugar una refriega en la fábrica de los señores Birley. Las ventanas fueron totalmente destrozadas y una niñita fue muerta por un proyectil arrojado desde el techo. El día 6 se produjeron revueltas similares en diversos lugares de Manchester y una estación policial en Newton fue completamente destruida. Dos policías, que habían sido gravemente heridos, fallecieron al día siguiente en la enfermería[8].

En Manchester, los manifestantes cerraron unas 130 fábricas de algodón y quizás otros tantos talleres de teñido, fundiciones y talleres de maquinarias, involucrando con todo ello a unos 50.000 obreros. No hubo pillaje excepto de pan, y los desórdenes fueron notablemente escasos[9]. Pero el día 7 en Stockport se produjeron revueltas en el transcurso de las cuales fue atacado el asilo, del cual se sacaron 672 panes de siete libras y 7 libras en cobres. Al día siguiente, en Preston, el ejército abrió fuego y cuatro huelguistas resultaron muertos. En Salford, las tropas que defendían la fábrica Adelphi hirieron a cinco personas. Para entonces (hacía apenas una semana que había comenzado el movimiento), el *Annual Register* informó que «las revueltas se habían extendido a Rochdale, Bury, Macclesfield, Bolton, Huddersfield y todos los distritos vecinos. Se hicieron varios intentos de dañar los ferrocarriles, pero afortunadamente sin éxito». Dos días más tarde, las huelgas se habían extendido a Halifax, Bradford y Leeds en Yorkshire y a los distritos mineros de Staffordshire y Warwickshire.

No obstante, para entonces y bajo la influencia de los cartistas locales, el movimiento había asumido una forma política. Ya el 7 de agosto, una gran reunión de manifestantes en Lancashire y Cheshire en Mottram Moor, cerca de Stalybridge, había resuelto que «cesará toda labor hasta

que la Carta se convierta en la ley del país». Durante la semana siguiente, la moción fue aceptada por asambleas de huelguistas en numerosas ciudades fabriles y una representación de los diversos gremios, reunida en Manchester para dirigir la huelga, decidió apoyarla. El 15 de agosto, la resolución fue aprobada en una reunión de mineros en Hanley, en las *Potteries*, dirigida por el cartista de Leicester Thomas Cooper. Dos días más tarde, la Asociación Nacional de la Carta se reunió también en Manchester y aunque los dirigentes estaban divididos no pudieron eludir la cuestión: ¿debía desalentarse a los manifestantes, o extender la huelga bajo la bandera de la Carta? Julian Harney, aunque firme partidario de la «fuerza física», temió caer en una trampa y recomendó no cooperar, y el mismo O'Connor, cuya opinión pesaba más que la de los otros, atribuyó la culpabilidad de las huelgas a las maquiavélicas intrigas de la Liga anti-*Corn Law*. «Han desmandado al pueblo. ¿Cómo harán para frenarlo?» No obstante, algunos opinaban lo contrario; entre ellos, Thomas Cooper, recién llegado de Hanley, y el Dr. McDouall, que tenía estrechas vinculaciones con los sindicatos. Durante un breve lapso, O'Connor cambió de opinión («No hay más que dos alternativas: inclinarse o resistir ante la voluntad del tirano»), y McDouall fue autorizado para publicar un manifiesto solicitando el apoyo de la conferencia para una huelga general. Se había dado un paso importante: los dirigentes cartistas, bajo la presión de los acontecimientos y de sus propios partidarios «de abajo» habían otorgado una vez más su consentimiento para una huelga general. Pero su decisión se produjo demasiado tarde para ser eficaz. Harney se opuso a la huelga en Sheffield y O'Connor cambió nuevamente de idea y condenó a McDouall por su «grave gesto de audacia», en el *Northern Star*. Las Revueltas *Plug-Plot* terminaron en una serie de recriminaciones mutuas; los huelguistas retornaron al trabajo (aunque algunos no lo hicieron hasta la primavera de 1843) y el cartismo político y los sindicatos, aunque fugazmente unidos, se separaron nuevamente.

Aun cuando la alianza fue breve, la experiencia no fue totalmente inútil para el futuro. En ciertos aspectos, los acontecimientos de 1842

constituyen un hito importante en la historia laboral de Inglaterra, pero demostraron también que, junto con disputas laborales de corte moderno y movimientos obreros de sesgo político, otras formas de acción masiva apropiadas a una época anterior persistían aún y hasta podían, en ocasiones, prevalecer. Quizá lo que mejor ejemplifique la cuestión sea el caso de las ciudades alfareras. Los mineros de Staffordshire y los obreros del hierro habían estado ya en huelga en julio a causa de una rebaja en sus salarios y en agosto ellos y los alfareros se apresuraron a unirse a los «manifestantes» que marchaban hacia las *Potteries* desde los distritos fabriles vecinos. Como ya hemos visto, la exhortación a extender la huelga y a vincularla con la Carta llegó a Hanley el mismo día en que Thomas Cooper hablaba en una gran concentración de mineros. Un herrero local cartista, Joseph Capper, presentó la moción, que fue aprobada por aclamación. Se detuvieron las bombas en las minas, se llamó a los alfareros y todas las fábricas del distrito se cerraron. Pero Cooper que, aunque había inflamado a su auditorio con palabras violentas, no tenía intención de provocar revueltas, había partido para asistir a la conferencia cartista en Manchester. Capper y el comité cartista local perdieron el control de los hechos y se produjo un violento y espontáneo estallido de revueltas en Hanley, Fenton, Longton, Burslem, Stoke-on-Trent y otras ciudades de las *Potteries*. Se incursionó en los puestos policiales en busca de armas y los prisioneros fueron liberados, los archivos policiales y los libros de contribuciones a la Iglesia fueron destruidos y las casas de los magistrados locales, dueños de minas, párrocos y recolectores de impuestos fueron «echadas abajo» o incendiadas[10]. El informe del proceso a los veintinueve prisioneros («la mayoría jóvenes, y hasta muchachos»), acusados de haber destruido la casa del reverendo Benjamin Vale en Longton, cerca de Stoke-on-Trent, se asemeja a una escena de las revueltas de Gordon o al ataque a la casa de Priestley en Birmingtham en 1791.

> El primer testigo (escribió el *Annual Register*) fue Mary Anne Vale, quien describió el ataque a la casa. El 15 de agosto, ella vio que una

turba se aproximaba a la casa y procedió inmediatamente a cerrar las persianas. Pero la turba llegó a la casa antes de que pudiera hacerlo. Estaba sumamente alarmada, porque su esposo no se hallaba en la casa. Los revoltosos exigieron bebida y dinero y al principio ella se negó a dárselos, pero finalmente les entregó su monedero, que contenía alrededor de 5 ó 6 chelines y ordenó a la servidumbre que les diese de beber. Luego se dirigieron al estudio y comenzaron a destruir y quemar los libros y el mobiliario. Algunos subieron por las escaleras y prendieron fuego a las habitaciones, otros siguieron a un criado hasta el sótano e intentaron incendiarlo y luego comenzaron a beber whisky. Tan pronto como vio la casa en llamas, la testigo huyó y buscó refugio en una vivienda vecina; en ese momento, Jabez Phillips, uno de los prisioneros, apareció y dijo: «Iban a Londres a incendiarlo todo y a poner las cosas en su lugar».

El Dr. Vale regresó mientras su casa ardía, pero un amigo le impidió entrar en ella. La turba hizo una fogata con los muebles, frente a la casa, y sólo dificultosamente se pudo detenerlos...

Cuando vi que la casa se incendiaba (dijo George Bailey, un albañil) fui a buscar a los bomberos y ayudé a apagar el fuego... Williams intentó impedirnos que accionáramos la bomba. Primero puso un pie sobre la manguera y luego pidió un cuchillo a Cartledge para cortarla, pero fue tomado prisionero por Mr. Richard Cyples antes de que pudiese hacerlo. Vi a Wright poner una cama sobre el fuego frente a la casa. Yo lo conocía. Vi también a Joseph Whiston, conocido por el apodo de Joco. Lo vi incendiar un piano. Decía que el Señor estaba de su lado y que las llamas no lo quemarían...

En ese momento había cuatrocientas o quinientas personas. Uno de los prisioneros fue sorprendido robando pequeños objetos, gorras, tijeras, etc., y poniéndolos en sus bolsillos. Las personas que habían llamado a los bomberos estaban apagando el fuego cuando llegó el ejército y varios de los revoltosos fueron detenidos[1].

El abogado defensor alegó que varios de los prisioneros habían estado alcoholizados; habían encontrado un barril de whisky en el sótano y (argumentó) bien podía imaginar el jurado «que semejante estímulo aplicado a personas que estaban al borde de la inanición debe haberlas conducido a un estado de locura temporaria, tornándolas en gran medida inconscientes de sus actos». No obstante, el jurado declaró culpables a todos los prisioneros excepto uno y el mismo veredicto fue pronunciado contra la mayoría de las 245 personas más que fueron juzgadas por la Comisión Especial de Staffordshire por haber cometido ataques similares contra las casas del reverendo Charles Ellis Atkins, de Hanley, contra Lord Granville, un dueño de minas, y su agente, Forrest, de Shelton, contra Mr. Barwell de Burslem y contra William Parker, un juez de condado y terrateniente de Shelton. Fueron sentenciados a prisión con trabajos forzados 146, y 54 a ser desterrados por términos que variaron entre siete años y destierro perpetuo. De estos últimos, 3(figuran en los archivos de desterrados a Tasmania. La lista incluye a 1(mineros, 9 alfareros, 2 jornaleros, un albañil, un carpintero, un zapatero, un carretero, un mozo de cuadra, un maquinista de ferrocarril y un tornero[12].

Este fue sin duda el mayor contingente de prisioneros arrestados, encarcelados y deportados por participar en los desórdenes cartistas. Pero estos disturbios no fueron; de ninguna manera, típicos de los estallidos y de los movimientos cartistas populares en general. Fueron, al igual que las ocasionales incursiones a los almacenes de víveres y las amenazas a los ferrocarriles, fábricas y maquinarias, desprendimientos arcaicos del pasado más bien que manifestaciones características de los movimientos obreros de la década de 1840. En 1842, la policía, los magistrados y el ejército de Manchester y otras ciudades fabriles no hubiesen podido evitar desórdenes aún más violentos si los huelguistas o sus dirigentes hubiesen decidido repetir en mayor escala los métodos de las revueltas «anticatólicas» en Londres o de las revueltas «por la Iglesia y el Rey» en Birmingham, que se habían producido cincuenta años

antes[13]. Pero la índole de las disputas industriales y de las manifestaciones populares estaba cambiando y aunque había, dentro del cartismo, elementos que añoraban tanto la violencia como la «edad dorada» de un pasado idílico, había otros para quienes el presente ofrecía otras posibilidades y nuevos métodos para reparar injusticias. Tanto entre los dirigentes como entre sus partidarios había muchos que soñaban con retornar, a través de la Carta, desde las oscuras realidades sociales del presente hasta el antiguo ideal jacobino de una sociedad de pequeños maestros y artesanos capacitados. Y O'Connor, para quien las máquinas y la era industrial constituían un anatema, creía que podría resolver los problemas de los obreros barriendo con la población urbana sobrante y devolviéndola a la tierra. Pero a pesar de todas estas nostalgias y especulaciones utópicas, el cartismo, como producto de una sociedad industrial en evolución, debía, a fin de perdurar, buscar nuevos medios de influir sobre la conciencia nacional. Los encontró en la agitación política por la Carta, en la Asociación Nacional para la Carta, que fue un temprano antecedente de un partido «obrero», y en los movimientos obreros industriales, particularmente los de 1842. Estos tenían también raíces tradicionales: la Carta misma, como la hemos visto, derivó de modelos radicales anteriores y el movimiento industrial podía aún, como en las *Potteries*, manifestarse a través de ataques a la propiedad según el viejo estilo. Pero en ninguno de los casos hubo realmente una vuelta al pasado. Los Seis Puntos significaban algo muy diferente cuando se dirigían a los «manos negras» de las zonas industriales que lo que podían haber significado dirigidos al clero, la clase media y los jefes de familia «acomodados» de Westminster. En cuanto a los alfareros y a los mineros de Hanley, pese a sus formas anticuadas de acción, habían adquirido —a través de la Carta— una conciencia política del futuro que no tuvieron los revoltosos de 1780 y 1791. En resumen: a pesar de que el cartismo reflejó los últimos estertores de una sociedad agonizante, fue al mismo tiempo la expresión del alumbramiento de una nueva.

Notas

1. Citado por Asa Briggs, en *Chartist Studies*, Londres, 1959, p. 10.
2. *Ibid.*, p. 1-28.
3. Para una descripción puramente fáctica y descriptiva del cartismo, particularmente en sus primeras etapas, véase M. Hovell, *The Chartist Movement*. Londres, 1918.
4. Citado de F. C. Mather, *Public Order in the Age of the Chartists*, Manchester, 1959, p. 1.
5. *Ibid.*, pp. 8-28. Mr. Mather agrega un cuarto ciclo: el de las revueltas de Rebeca, noviembre 1842-octubre 1843. (Véase mi capítulo número 10).
6. G. D. H. Cole y R. Postgate, *The Common People*, 1746-1938, Londres, 1945, pp. 296-299; G. Kitson Clark, «Hunger and Politics in 1842», en *Journal of Modern History*, XXV (1953), 355-374.
7. Para los precios del trigo en 1842, véase *Gentleman's Magazine*, nueva serie, XVII, 119, 231, 343, 455, 567, 674; XVIII, 111, 223, 335, 447, 559, 679.
8. *Annual Register*, LXXXIV (1842), 133-134.
9. Véase «Chartism and the Trade Unions», en *Our History*, folleto N.° 31, otoño 1963, pp. 6-7.
10. Para un relato vivido, basado principalmente en materiales documentales locales, véase la novela de Frederick Harper, *Joseph Capper*, Londres, 1962, pp. 138-156.
11. *Annual Register*, LXXXIV (1842), 157-159.
12. *Ibid.*, p. 163; Tasmanian State Archives, MSS, 2/244, 2/260, 2/267, 2/79.
13. Mather, *op. cit.*, pp. 14-16.

PARTE SEGUNDA

La multitud preindustrial

13 | Caras en la multitud

Hemos visto, en los capítulos anteriores, algo acerca de la cambiante composición de lo que he llamado la multitud preindustrial. Destacamos, por ejemplo, el papel desempeñado por los campesinos y los artesanos rurales en las revueltas rurales francesas y por los obreros industriales en las inglesas; la particular propensión de los tejedores y mineros a destruir las maquinarias en las disputas industriales inglesas; la juventud de algunos de los insurrectos, pero no de otros, el papel desempeñado por las mujeres en algunas de las grandes *journées* de la Revolución Francesa; y el respectivo papel de los arrendatarios y de sus jornaleros en las revueltas rurales inglesas de las décadas de 1830 y 1840 así como también el de los trabajadores de los talleres ferroviarios en París en junio de 1848. Todos estos ejemplos sugieren que la naturaleza de los disturbios y de las actividades de la multitud está íntimamente vinculada a la situación (social, ocupacional, etc.) de aquellos que tomaron parte en ellos. Pero este aspecto de la cuestión ha sido casi unánimemente negado tanto por los historiadores como por los sociólogos. Los historiadores, como ya hemos visto, se inclinaron a refugiarse detrás de etiquetas tan amplias,

prejuiciosas o «de orientación valorativa» como «turba» o «el pueblo». Y al adoptar como modelos a la «gentuza sin nombre» de Clarendon, a la *canaille* de Taine o a *le peuple* de Michelet, parecieron dar por supuesto que —independientemente de que las actividades de la multitud fuesen estimables o reprobables— la multitud misma debía seguir siendo un fenómeno abstracto, sin cara y sin identidad. Y en cuanto a los especialistas en ciencias sociales, a pesar de su seria preocupación por la conducta de la multitud y sus motivos subyacentes, no lograron mucho más en este aspecto*.

Como destacamos ya en un capítulo anterior, no es fácil enfrentar este problema. No sólo debe el historiador confiar para sus respuestas en pergaminos «muertos» sino que la información carece con frecuencia de corrección y de precisión. Si hemos de ocuparnos tanto de las distinciones sociales como de las ocupacionales ¿cómo podremos saber, por ejemplo, si un «carpintero» es un maestro o un oficial? Según nos recuerda el profesor Soboul, Maurice Duplay, en cuya casa se hospedó Robespierre en la Rue St. Honoré en París, es descripto simplemente como un *menuisier* (ebanista). No obstante, este hombre tenía treinta obreros y una renta anual de 10 a 12.000 *livres* y (según nos dice su propia hija) jamás hubiese soñado con permitir a ninguno de sus oficiales o *garçons* que se sentaran a comer a su mesa[1]. No se trata, por supuesto, de que los compiladores de los archivos de la época fuesen precisamente descuidados en estos asuntos, sino de que nuestro actual «lenguaje de clases» (para usar la expresión del profesor Brigg) ha evolucionado lentamente y de que los observadores del espectáculo social durante el siglo XVIII y comienzos del XIX, aun cuando fuesen tan metódicos y diligentes como los *commissaires de police* parisienses y sus escribientes, pensaban en función de categorías sociales diferentes de las que son hoy de uso corriente. Mientras la sociedad continuó siendo

* Véase, por ejemplo, a Neil Smelser quien, aunque reconociendo la importancia de la cambiante composición de las multitudes durante el transcurso de los disturbios, limita su discusión del tema a unas pocas líneas. *Theory of Collective Behavior*, Londres, 1962, pp. 253, 260-261.

jerárquica y «aristocrática» y la movilidad entre las clases relativamente inusual (y si no inusual al menos oficialmente reprobada), era normal considerar la sociedad en función de diferentes «órdenes» «rangos» «grados» o «posiciones» más bien que en función de diferentes «clases». Y ello continuó siendo así, debido a diversas circunstancias históricas, durante más tiempo en Francia que en Inglaterra.

En Francia se daba generalmente por supuesto, antes de la Revolución, que las divisiones significativas eran las que separaban a los *privilégiés* (la nobleza y el alto clero) de los *roturiers* (o plebeyos) y a los fines oficiales estos últimos eran agrupados sin distinción, ya se tratase de campesinos, banqueros, maestros u oficiales, bajo el rótulo común de Tercer Estado. Es cierto que, de manera no oficial, se comenzaba ya a hacer distinciones entre los propietarios u *honnêtes gens* (fuesen nobles o no) y por productores manuales, mientras que a los campesinos se los consideraba por lo general como pertenecientes a una categoría propia. Pero el término *ouvrier* seguía aplicándose tanto a los maestros como a sus obreros y fue recién en este siglo que un *ouvrier* se convirtió, por definición, en un individuo que no sólo trabajaba con sus manos sino que lo hacía por un salario y para un empleador*. En Inglaterra, donde la sociedad industrial surgió antes y se desarrolló más rápidamente, la transición al moderno «lenguaje de clases» fue menos prolongada pero atravesó similares etapas de evolución. En la década de 1820, un *manufacturer* podía ser tanto un obrero como un empleador. La palabra «clase» no fue usada como un término de distinción puramente social hasta 1805 y aun cuando términos como «clase trabajadora» y «clase media» se tornaron corrientes después de 1812, continuaron estando oscurecidos por expresiones tales como *industrious classes* (adviértase el equivalente francés, *classes laborieuses*) hasta mediados del siglo. Transcurrieron treinta años más hasta que las antiguas frases tales como «órdenes», «rangos» y «grados» fueron finalmente abandonadas[2].

* Véase el *Dictionnaire de l'Académie Française*, 1935 y compárese la definición de *ouvrier* con la que figura en la edición de 1878.

Estas consideraciones nos recuerdan que aun cuando los documentos sean relativamente fieles en cuanto a nombres, identificación y distinción entre un tipo de revoltoso o huelguista u otro, debemos aún esforzarnos por interpretarlos correctamente. Por otra parte, debemos evitar la tentación de leer el pasado en función del presente y aplicar a la multitud preindustrial rótulos sólo apropiados para épocas posteriores. Precisamente por esta razón un escritor francés, Daniel Guérin, fue censurado por sus críticos cuando presentó a los *sans-culottes* parisienses de 1793-1795 como si fuesen un proletariado industrial en embrión. Pero de la misma manera debemos evitar caer en el error opuesto, que consiste en ceñirse demasiado literalmente a las etiquetas sociales usadas por los escritores y observadores de la época. El hecho de que un escribiente o un agente de policía de 1789 puede, al usar términos tales como *ouvriers* o *industrious classes*, no hacer distinción alguna entre empleadores y obreros, no nos obliga a hacer lo mismo. Sea lo que fuere lo que los observadores de la época puedan haber pensado, la sociedad está continuamente en desarrollo y debe existir un lapso que separe al surgimiento de las nuevas formas y fuerzas sociales de su reconocimiento en el «lenguaje de clases» usado por diccionarios y enciclopedias. Para poner un ejemplo obvio: la aparición de nuevas clases de obreros fabriles y de empresarios industriales en Inglaterra, producto de su revolución industrial, era ya una realidad social mucho antes de que la opinión de la época hubiese tomado plena conciencia de lo que estaba sucediendo. En este caso el historiador, aunque con tanta frecuencia se encuentra en desventaja, tiene la ventaja de poder mirar hacia atrás y contemplar todo el curso del desarrollo y evaluar así con mayor precisión el punto exacto de transición, a fin de elaborar etiquetas sociales adecuadas para cada caso. Aun así, las trampas son muchas y el investigador debe andar con cuidado. Todas las conclusiones que extraigamos de los documentos acerca de la composición de la multitud preindustrial deben ser provisionales y no pretender arrojar conclusiones definitivas.

En primer lugar, intentemos ocuparnos de una falacia corriente. Escritores como Taine y Gustave Le Bon han sugerido que la típica multi-

tud revoltosa o revolucionaria está compuesta de elementos criminales, gentuza, vagabundos (los *gens sans aveu* franceses), o desechos sociales. Le Bon llega aún a explicarlo de dos maneras: por una parte afirma que la multitud reduce sus elementos sanos y racionales a un nivel común de animalidad y por la otra, que ésta tiende a atraer a tipos criminales, degenerados y personas con instintos destructivos[3]. Los historiadores sociales del siglo XVIII en Inglaterra tendieron a adoptar este punto de vista y, aunque evitando las más prejuiciosas de estas etiquetas, se inclinaron a considerar a la «turba» urbana en términos de la «gente baja» de las grandes ciudades, de los más pobres entre los pobres. Dorothy George, por ejemplo, adjudica la mayor responsabilidad en las revueltas de Gordon de 1780 a «los habitantes de los distritos peligrosos de Londres, que estaban siempre dispuestos al pillaje». Más recientemente, Dorothy Marshall hizo la afirmación aún más audaz de que la «turba» estaba constituida en gran medida por desechos sociales, rufianes, prostitutas, ladrones y estafadores[4]. Y hay sin duda suficientes pruebas de que éste era el punto de vista predominante entre los observadores de la época, ya perteneciesen a la nobleza o a la clase media.

Pero, a pesar de lo respaldado que está por un sólido cuerpo de opinión ¿es este punto de vista válido? ¿Tiende en realidad la generalidad de los revoltosos, huelguistas e insurrectos de aquellos tiempos a ser extraídos de la gentuza, de los «distritos peligrosos» de George o de lo que Louis Chevalier ha denominado les *classes dangereuses*?[5] En el estado actual de nuestros conocimientos, sería ridículo pretender dar una respuesta definitiva a esta cuestión, ya que ni la índole de los documentos disponibles ni la profundidad de las investigaciones realizadas hasta ahora garantizarían tal respuesta. No obstante, existen sólidas razones para sostener que el punto de vista tradicional es, en general, falso. No hay duda de que a primera vista, hay muchas circunstancias que lo apoyan. Difícil sería negar que las condiciones de conmoción social bajo las cuales se produjeron las revueltas de aquella época, como de cualquier otra, proporcionaron excelentes oportunidades a los ladronzuelos y rateros

para unirse a la refriega y, bajo las apariencias de la revuelta o la revolución, hacer una buena cosecha. En nuestros capítulos anteriores hemos citado ya numerosos casos para ilustrar este punto. En las revueltas de Gordon, por ejemplo, los manifestantes «anti-católicos» irrumpieron en las cárceles y varios centenares de prisioneros —incluyendo a 134 de Newgate y 119 de Clerkenwell Bridewell— fueron dejados en libertad en las calles de Londres. Y Horace Walpole puede no haber exagerado cuando escribió que «más personas murieron como consecuencia de la bebida que por las balas o las bayonetas». Uno de los incidentes más espectaculares de la Revolución de París en julio de 1789 fue el saqueo metódico, por parte de los pobres y desocupados locales, del monasterio de St. Lazare, en las afueras de la ciudad, y en la larga historia de las revoluciones ello no fue, sin duda, una excepción. Pero tales incidentes, aunque proporcionan un útil material ilustrativo para aquellos que comparten las opiniones de Taine y de Le Bon sobre la índole de la «turba», son insuficientes para probarlas. En realidad, las pruebas suministradas por los archivos policiales y judiciales —reconocidamente inadecuados, pero más confiables que los relatos casuales y a menudo prejuiciosos de observadores accidentales— tienden a refutarlas.

He aquí algunos ejemplos. De las 160 personas juzgadas después de las revueltas de Gordon, sólo unas pocas habían tenido condenas anteriores. Y es notable cuántos de estos prisioneros fueron descriptos como personas de buena conducta por sus vecinos o empleadores, hecho mucho más sorprendente porque contrasta agudamente con los malos antecedentes de muchos de los que declararon en su contra. Además, estos prisioneros eran casi sin excepción hombres y muchachas de residencia y ocupación estable. Sólo quince de entre ellos fueron específicamente acusados de robo y en ocho de estos casos el cargo no pudo ser probado[6]. Los archivos referentes a las revueltas del hambre francesas de 1775, que describimos extensamente en un capítulo anterior, son mucho más detallados y nos permiten arribar a conclusiones más seguras. Como hemos visto, varios centenares de personas fueron arrestadas al finalizar

los hechos y fueron minuciosamente investigadas e interrogadas por la policía, que tuvo por lo tanto amplia oportunidad de descubrir cuántos de entre sus prisioneros habían sido sobornados y cuántos habían sido encarcelados anteriormente por sus fechorías. De estas investigaciones surgió que casi todos eran gente de la zona; pocos eran vagabundos, aunque muchos (particularmente aquellos arrestados en París) vivían en hospedajes y sólo un puñado de ellos había cumplido sentencias anteriores y sólo en un caso por un delito que podría ser considerado como algo más que leve[7].

Hechos similares surgen, aunque las pruebas no son siempre completas, de los informes oficiales referentes a los que fueron arrestados, muertos o heridos —o simplemente participaron— en las diversas *journées* de la Revolución Francesa de 1789-1795. En los primeros meses de 1789, París había sido invadido por obreros rurales desocupados, hecho que preocupó bastante tanto a las viejas como a las nuevas autoridades de la ciudad. Pero fuera del incidente del monasterio de St. Lazare que ya hemos destacado, los vagabundos, *gens sans aveu* y elementos criminales sólo desempeñaron un papel menor y marginal en los disturbios de ese año. De 68 personas arrestadas, heridas y muertas en las revueltas de Réveillon en el barrio de San Antonio, a fines de abril, sólo tres no tenían residencia fija y sólo tres habían cumplido condenas anteriores y de éstos, sólo uno había sido marcado con la «V» del *voleur*, o ladrón convicto. No se hicieron arrestos después de la caída de la Bastilla (signo seguro de una operación exitosa), pero sabemos los nombres de cada uno de los 662 llamados *vainqueurs de la Bastille*, y de éstos todos tenían domicilio fijo y ocupación estable, proviniendo la mayoría del barrio de San Antonio y los distritos adyacentes. En los levantamientos posteriores la pauta permaneció casi idéntica. La gran demostración popular que siguió fue la del 17 de julio de 1791, cuando miles de personas se reunieron en el Campo de Marte, a invitación del Club de los Cordeleros, para firmar una petición reclamando la abdicación de Luis XVI. En el transcurso de la agitación que acompañó a este hecho fueron arrestadas unas 250 personas por la policía y la Guardia Na-

cional, por múltiples cargos. De estas personas dos eran mendigos, otros tres no tenían ocupación estable (*sans état*), cuatro habían cumplido condenas anteriores (todas por delitos leves) y, una vez más, la abrumadora mayoría eran hombres y mujeres con residencias fijas y empleos estables. Lo mismo sucedió, sin duda, con los ciudadanos armados que redujeron las Tullerías y derrocaron a la monarquía en agosto de 1792. Fuera de lo que los archivos nos informan, no podría haber sido de otra manera, ya que sólo los jefes de familia eran aceptados en las unidades militares que llevaron a cabo la operación. Las pruebas son menos concluyentes en el caso de los disturbios de 1793-1795 pero de todas maneras tienden a confirmar la impresión de que la multitud de la Revolución Francesa —y no sólo la que estuvo comprometida en las grandes *journées* políticas— estaba compuesta en su mayoría por sobrios jefes de familia y ciudadanos, sin duda de humilde condición y que podían estar temporariamente sin trabajo, pero entre los cuales los vagabundos, ladrones, prostitutas y desechos sociales sólo desempeñaron un papel insignificante[8].

En el caso de las revueltas rurales inglesas, particularmente las del siglo XVIII, las pruebas son mucho menos detalladas e impresionantes, ya que por lo general debemos depender de las observaciones casuales y fragmentarias de testigos, magistrados o corresponsales de periódicos. No obstante, una vez más tenemos la impresión de que la revuelta y el crimen, aunque ocasionalmente pudiesen ir juntos, eran más bien compañeros casuales que frecuentes. Después de las revueltas que arrasaron los condados del sur, del sudeste y del oeste en 1766, el *Gentleman's Magazine* informó desde Berkshire:

> *William Simpson* y *John Skelton*, dos delincuentes condenados por las cortes superiores reunidas en comisión especial en *Reading*, por robo en la vía pública, fueron ejecutados allí. *No figuraban entre los insurrectos*[9].

Es cierto que esta información no nos dice nada acerca de los antecedentes policiales de los que tomaron parte en los disturbios, aunque

quizá sea significativo que el corresponsal haya subrayado tan deliberadamente la distinción entre un tipo de acción popular y otro. También hemos visto que las revueltas de Rebeca en Gales y los disturbios, ludistas en el norte de Inglaterra estuvieron, en cierta etapa, acompañados por estallidos de gangsterismo, robo e indiscriminados ataques a las personas y las propiedades, pero estos hechos parecen haber estado más bien al margen que en el centro de los movimientos y haber sido la obra de personas que aprovechaban la confusión provocada por las revueltas*.

No obstante, las pruebas referentes a algunos de estos últimos disturbios son más completas porque en los archivos de deportación a Australia de las décadas de 1830 y 1840 volvemos a encontrarnos con la precisión de los informes de la policía francesa de medio siglo atrás. Es así como descubrimos que entre los treinta alfareros, mineros y otros deportados a Tasmania por destruir casas y propiedades en las ciudades fabriles de Staffordshire en 1842, ocho habían cumplido condenas anteriores, algunos por asalto, otros por romper cercos o por vagancia o por haber abandonado el servicio de su empleador, y dos por los delitos más serios de violación y desfalco**. También entre el número mucho más elevado (464 en total) de los deportados a las colonias australianas por tomar parte en las revueltas «Swing» de 1830, 94 de los 325 enviados a Tasmania y 11 de los 139 enviados a New South Wales habían sido previamente arrestados o condenados. Entre el primer grupo, el delito más general era el de cazar en vedado (en 32 de los 94 casos) y sólo 8 ó 10 habían cumplido sentencias de seis meses o más, principalmente

* Véanse páginas 102 y 202. Nótese el comentario del Dr. Darvall sobre los ludistas: «Los ludistas propiamente dichos se redujeron a cometer sus delitos específicos: destrucción de maquinarias y (en el norte) recolección de armas... No fueron responsables de robos ordinarios, que eran evidentemente obra de diferentes grupos, bandas o ladrones comunes que usaban el nombre de ludistas sabiendo que ello los salvaría de todo riesgo, de resistencia o persecución». F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, Londres, 1934, p. 184.

** Archivos del Estado de Tasmania, 2/44, 2/60, 2/67, 2/79, 2/83, 2/88. Uno de los treinta —el autor de la violación— fue deportado por «destruir y entrar en un negocio, en el cual robó».

por asalto o hurto[10]. Así, alrededor de uno de cada cuatro de los insurrectos condenados en 1842 y dos de cada nueve de los de 1830 habían sido arrestados antes o habían cumplido sentencia a prisión*. A pesar de que esta proporción es considerablemente mayor que la que se dio entre los arrestados durante las revueltas del hambre de 1775 o en las revueltas de la Revolución Francesa en París, podemos en este caso obtener un cuadro más equilibrado si comparamos los antecedentes delictivos de estos hombres con los del común de los condenados enviados a las dos colonias australianas por diversos delitos, durante todo el período de la deportación. En el caso de los condenados comunes, el porcentaje de «delitos anteriores» ha sido calculado por el Dr. Lloyd Robson en un 61 por ciento de todos los deportados[11]. Además, en el caso de los insurrectos enviados a Tasmania podemos llegar aún más lejos comparando el número de fechorías que cometieron posteriormente en la colonia con las cometidas por los condenados en general. Los resultados demuestran que los revoltosos de 1842 incurrieron en castigos o penas por un total de 91 delitos, o sea un término medio de alrededor de 3 delitos por hombre y los revoltosos «Swing» de 1830 por un término medio combinado de 1,7 por hombre, mientras que la estimación general del Dr. Robson para los convictos varones de todo tipo deportados a Tasmania entre 1803 y 1852 se eleva a 6 delitos por cabeza hasta 1840 y 4 por cabeza después de esa fecha. Por supuesto, en ambos grupos de deportados por insurrección hubo una minoría que cometió muchas más fechorías que los demás en la colonia, elevándose en algunos casos a doce o quince por hombre y comprendiendo serios casos de violación, asalto y robo. Pero la reputación general de los hombres de 1830, en particular, fue sumamente elevada entre las autoridades y el gobernador Arthur en más de una ocasión los elogió como hombres de conducta ejemplar y como

* Debiera advertirse, sin embargo, que los delitos tales como caza en vedado, incendio premeditado, robo de leña, asalto a guardabosques o abandono del servicio de un empleador odioso (que explican la mayoría de estas condenas) no eran considerados reprobables ni siquiera por los más respetables de entre los pobres (véanse también pp. 262-265).

condenados «de la mejor clase»[12]. Podemos entonces llegar en general a la conclusión, con bastante certeza, de que también en este caso el crimen y la revuelta, lejos de ser compañeros inseparables, fueron sólo compinches ocasionales y bastante incómodos.

Evidentemente, tales pruebas no bastan para refutar el argumento de que la multitud preindustrial era reclutada frecuentemente entre las «gentes bajas» de las grandes ciudades o entre sus distritos o clases sociales «peligrosos». Sólo se podrá dar una respuesta final a este interrogante cuando se haya realizado una investigación mucho más profunda. La brecha existente es particularmente seria, ya que incluye el estudio detallado de las revueltas de Londres y París a comienzos del siglo XIX. El trabajo de M. Rémi Gossez sobre París en 1848 no ha aparecido aún y el libro de Louis Chevalier sobre las clases «laboriosas» y «peligrosas» del París de las décadas de 1820 a 1840, aunque es un excelente estudio social y demográfico de la población en general, arroja poca luz sobre los miembros de la multitud revoltosa y rebelde[13]. Por otra parte, el Londres del siglo XIX espera aún a su historiador «sociológico». En consecuencia, debemos hacer servir esos estudios como lo hemos hecho ya con los de la Revolución Francesa y los de la «turba» londinense del siglo XVIII. Estos, al menos, sugieren fuertemente que existe escasa concordancia entre los principales baluartes ciudadanos del crimen y el populacho y aquellos en los cuales los estallidos populares, las huelgas y las *journées* revolucionarias ocurrieron con mayor frecuencia. Quizá sería reconfortante para el moralista o para el campeón de un orden social tradicional que así hubiese sido, pero existen escasas pruebas que lo confirmen. En París, durante la Revolución Francesa, los principales centros de agitación y respuesta revolucionaria fueron sin duda los principales centros de pequeños artesanos y talleres, como los barrios de San Antonio y St. Marcel y el distrito de Gravilliers, aunque también es cierto que los barrios bajos que rodeaban a los mercados centrales y al Hôtel de Ville les siguieron en importancia. En Londres, la falta de concordancia es aún más marcada. Los habitantes de St. Giles-in-the-Fields o de los som-

brios barrios de Holborn (tales como Field Lane, Chick Lane o Black Boy Alley) —centros de embriaguez, ratería, trabajo casual o residencia de los inmigrantes irlandeses más pobres— pueden haber figurado entre aquellos que se precipitaron ansiosamente a Tyburn Fair para presenciar las ejecuciones públicas, según lamentó Francis Place. Pero no fueron ellos sino sus conciudadanos de los distritos más tranquilos y de ocupación estable como la City de Londres, el Strand, Southwark, Shoreditch y Spitalfields quienes tomaron parte más activamente en las revueltas[14].

Entonces, si los habitantes de los barrios bajos y los elementos criminales no fueron la principal fuerza de choque de la multitud preindustrial o el estado mayor de la revuelta y la revolución ¿quiénes fueron? La breve respuesta difícilmente sorprenderá a nadie. Básicamente, fueron las «clases bajas» o *menu peuple* de las ciudades y la campiña o aquellos que, en París y otras ciudades durante la Revolución Francesa, fueron llamados *sans-culottes*. Excepcionalmente, podían ser reclutados entre otros grupos sociales. Existen multitud de ejemplos en los disturbios de 1787-1795 en París, de estudiantes ocasionales, maestros, profesionales, sirvientes civiles, pequeños *rentiers* y escribientes que tomaron parte en los hechos. En cierta ocasión, la del levantamiento realista de octubre de 1795 (el 13 Vendimiario), estos elementos parecen haber desempeñado un papel decisivo. También en Londres se advirtió durante los disturbios wilkistas de 1763-1771 que ciudadanos de «lo mejor» se mezclaban en ocasiones con la «turba» vulgar. Pero por lo general los comerciantes, capitalistas o los jefes de familia más prósperos no participaron en manifestaciones ni tomaron fusiles para sitiar una Bastilla o capturar un palacio real por la fuerza de las armas. En las huelgas y las revueltas del hambre este punto es tan evidente que casi no merece la pena mencionarlo, pero aun en los casos en que las simpatías de una importante parte de las clases propietarias estaban evidentemente enroladas del lado de los que tomaban parte, tales actividades fueron por lo general dejadas a la gente común. Así sucedió en París durante los acontecimientos revo-

lucionarios de 1789 y 1792 y una vez más en julio de 1830 y en febrero de 1848 y en Inglaterra (aunque los paralelos no son exactos) durante el *affair* wilkista, en las etapas iniciales de las revueltas de Gordon y en la agitación de la *Reform Bill* de 1831. (Pero en Inglaterra las «clases bajas» se encontraron en la mayoría de los casos sin apoyo efectivo de la clase media, con consecuencias políticas que serán consideradas en un capítulo posterior.)

En Francia, entonces, los que tomaron parte en las revueltas y disturbios preindustriales fueron, en las ciudades, predominantemente pequeños maestros de taller, tenderos, aprendices, artesanos independientes, oficiales, obreros y pobres rurales, y en la campiña, viñateros, pequeños propietarios rurales, jornaleros sin tierra y artesanos rurales. En Inglaterra había pequeños tenderos, buhoneros, artesanos, oficiales, sirvientes y obreros en un caso y tejedores, mineros, cardadores, pequeños hacendados, arrendatarios y propietarios, jornaleros rurales y artesanos aldeanos en el otro. Los obreros fabriles sólo comienzan a aparecer en grandes cantidades en los disturbios ingleses (fuera de las huelgas) en la década de 1830. En Francia no existían en las revueltas de la Revolución de 1789-1795 y prácticamente tampoco en las de febrero y junio de 1848, y en 1789 al menos, aun los obreros manufactureros (textiles, del vidrio, tabaco, tapicería, porcelana) desempeñaron un papel mucho menos importante que el de los artesanos o el de los obreros portuarios o de la construcción.

Afirmar todo esto es, por supuesto, lo mismo que decir que la composición de los revoltosos en las ciudades y aldeas tendía a reflejar las pautas sociales de una era preindustrial. Pero esto no es de ninguna manera todo lo que puede decirse, ya que hubo considerables variaciones en la composición de estos grupos de revoltosos de las «clases inferiores» entre un estallido popular y otro y tales variaciones pueden ser sumamente significativas en que pueden arrojar más luz sobre la índole de los disturbios mismos. En las disputas industriales, el punto puede parecer tan evidente como una perogrullada pero aun aquí sabríamos algo más

acerca de la verdadera naturaleza de una queja si los documentos nos dijesen si aquellos que la expresaban estaban entre los peor o los mejor pagados entre los miembros de su oficio. Por cierto que los cargadores de carbón de Londres, los tejedores, vidrieros y sombrereros que se declararon en huelga en 1768-1769 recibían ya salarios más elevados que la mayoría de los obreros de esa ciudad.

Durante la Revolución Francesa encontramos sólo un caso en el cual los obreros asalariados, como diferentes de otros grupos entre los *sans-culottes*, parecen haber predominado en lo que no fue principalmente una disputa industrial; pero ello se produjo durante las revueltas de Réveillon de abril de 1789, cuando la cuestión de los salarios, aunque secundaria con respecto a la de los precios de los alimentos, desempeñó un cierto papel. De la misma manera, encontramos que las mujeres desempeñaron un papel más importante en aquellas ocasiones —como la marcha hacia Versalles en octubre de 1789, las revueltas del hambre de 1792-1793 y el levantamiento final de los *sans-culottes* en mayo de 1795— cuando los precios de los alimentos y otras cuestiones cotidianas eran las que se planteaban en primer lugar. En otras ocasiones, fueron los artesanos de los pequeños talleres —maestros, artesanos independientes y oficiales— los que desempeñaron el principal papel. Ello fue así sobre todo en las cuestiones más organizadas tales como la manifestación en el Campo de Marte y los ataques armados a las Tullerías y a la Bastilla. En tales casos, los pequeños tenderos y los maestros de taller, que eran los principales portadores de las ideas y eslóganes revolucionarios entre el *menu peuple*, llevaron a menudo a sus oficiales, *garçons* y aprendices como compañeros en una empresa común[15].

En las revueltas rurales inglesas de comienzos del siglo XIX, hemos visto ya que la composición de los grupos de aldeanos que tomaron parte podía cambiar fundamentalmente de un incidente a otro. En 1830 fueron los obreros rurales de los condados del sur los que destruyeron maquinarias y quemaron las parvas de los propietarios y arrendatarios mientras que en las revueltas de la década de 1840 en Gales fueron los

arrendatarios los que planearon las actividades nocturnas de Rebeca y las llevaron a cabo. En los casos en que las revueltas tuvieron gran difusión podemos advertir una diversidad similar entre los que tomaron parte en ellas en diferentes lugares del país. Tal diversidad es obvia en movimientos como la guerra de la harina en Francia en 1775, cuando el interés común de los pequeños consumidores de las ciudades y de la campiña involucraba no sólo a los viñateros, pequeños propietarios rurales y artesanos rurales de las aldeas y ciudades-mercado sino también a los estibadores y a los obreros de la ciudad. Es menos obvio aunque no por ello menos significativo, en un movimiento puramente rural como el de los jornaleros ingleses de 1830. En este caso, la mayoría de los que intervinieron eran indudablemente obreros rurales en el sentido más estricto del término: labradores, cosechadores, segadores, ordeñadores, mozos de cuadra, pastores, etc. Pero una importante minoría eran artesanos rurales: carpinteros, ensambladores, albañiles, zapateros remendones, hojalateros, sastres, tejedores y fabricantes de papel. Entre los deportados a Australia hubo significativas variaciones entre un condado y otro pero, en general, alrededor de uno de cada tres de los enviados a New South Wales y entre uno cada cuatro y uno cada cinco de los enviados a Tasmania eran de esta clase[15].

A veces la diversidad podía asumir otras formas y el ingreso de nuevos elementos sociales en una revuelta ya en marcha podía cambiar su sentido. En las revueltas de Gordon, por ejemplo, los «más distinguidos comerciantes» que siguieron a Lord George Gordon hacia Westminster para presentar la petición de la Asociación Protestante fueron muy pronto apartados del camino por las «clases bajas» de Londres —pequeños comerciantes, oficiales, aprendices y sirvientes— que pasaron de las palabras a los hechos y comenzaron a incendiar casas, escuelas y capillas católicas. Y éstos, a su vez, fueron reforzados pocos días después por prisioneros liberados de Newgate y otros «indeseables», lo cual puede explicar las indiscriminadas orgías que caracterizaron las etapas finales de la revuelta. Hicimos notar también el sesgo tomado por las revueltas

de Rebeca, cuando los pequeños hacendados arrendatarios, que hasta el verano de 1843 habían controlado firmemente el movimiento, comenzaron a ser desplazados por los obreros desocupados de Glamorgan y los «profesionales» como Dai'r Cantwr y Shoni Sgubor Fawr. Fue en este momento que Rebeca entró en su fase «lunática» y comenzó a expresar los reclamos de los jornaleros contra los arrendatarios*. En ambos casos, según lo hicimos notar, la aparición de estos elementos nuevos causó un cambio de actitud entre los más «respetables» de los primitivos partidarios del movimiento. En el primero, entre los jefes de familia de la City, que estrecharon filas junto al gobierno cuando sus propias propiedades —y no sólo las de los católicos— parecieron estar en peligro. Y en el segundo, entre los arrendatarios que habían comenzado a alarmarse ante la creciente militancia de los jornaleros.

En mayor escala aún, vemos desarrollarse un proceso similar en París en 1848. Fue la entrada de los *faubourgs*, el 23 de febrero de 1848, lo que convirtió una manifestación política contra el ministro en una insurrección que obligó al Rey a abdicar. Además, gran parte de lo que sucedió entre febrero y junio puede ser explicado en función del deseo de los revolucionarios más «respetables» de librarse de sus embarazosos aliados de la «clase inferior». O bien podía producirse un proceso similar pero a la inversa: los insurrectos de una clase social superior continuaron un movimiento comenzado por obreros o por pobres urbanos. Algo así fue lo que sucedió en París en octubre de 1789 y en septiembre de 1793. En el primer caso, una revuelta del hambre iniciada por las mujeres de los mercados fue convertida en una manifestación política de alcances mucho más vastos por la entrada en escena de los *volontaires de la Bastille* de Stanislas Maillard y los batallones de la Guardia Nacional. En el segundo, una manifestación de las «clases bajas» de los *sans-culottes* en demanda de un *maximum* general (o tope a los precios de los alimentos) fue temporariamente transformada por Hébert y los dirigentes de la

* Véanse pp. 201-202.

Comuna en una marcha masiva de los distritos parisienses para imponer sus propias exigencias políticas a la Convención Nacional. En abril de 1848, una gran reunión obrera organizada por los dirigentes de los clubes fue eclipsada y oscurecida por una contra-manifestación de la Guardia Nacional pequeño-burguesa, convocada para exteriorizar su lealtad a Lamartine y al gobierno provisional. Sin duda toda revolución es rica en ejemplos similares.

Esto no agota, de ninguna manera, la diversidad de componentes que han de buscarse en la multitud preindustrial. Otras variables tales como la edad, ilustración, religión o distribución geográfica u ocupacional, pueden ser igualmente significativas. He aquí algunos ejemplos que bastarán para ilustrar este punto. En los disturbios «anticatólicos» de Londres, es casi seguro que una elevada proporción de los que destruyeron propiedades católicas o no católicas eran jóvenes o muchachos. Los observadores de la época como Horace Walpole, los cronistas posteriores como Charles Dickens y los expedientes judiciales referentes al caso están de acuerdo en este punto. Walpole destaca el papel desempeñado por los «aprendices»; y efectivamente, el número de aprendices, oficiales y obreros jóvenes de todas las clases que figuraban entre las 160 personas juzgadas, lo confirma. Aunque los archivos de Old Bailey no proporcionan una información completa acerca de las edades de los prisioneros, es sorprendente la frecuencia con que un testigo se refiere a los acusados como «un individuo joven», «un muchacho» o «un chico» o calcula su edad entre 15, 16 ó 18 años o aun (en un caso) como «menos de 14». Y entre las veinticinco personas colgadas, una (aunque por cierto no tantas como sugirió Walpole) era un muchacho de 15 años. Pero esta juventud no era de ninguna manera un rasgo común a todos los disturbios. La edad media de los treinta insurrectos deportados por «echar abajo» casas en las ciudades alfareras en 1842 era de unos 25 años y catorce de ellos eran casados. En cuanto a la edad media del contingente —mucho mayor— deportado por destrucción de maquinarias en 1830, era aún más elevada: un término medio de 29 años en el caso de los enviados a

Tasmania y de 27 entre los enviados a New South Wales. Alrededor de la mitad de estos hombres eran casados y tenían hijos*.

Este punto tiene alguna importancia, ya que quizá podría suponerse que los padres de familia no hubiesen sido tan fácilmente arrastrados a tan desesperadas aventuras sin el acicate de alguna abrumadora aflicción o de una profunda convicción. Las edades de las personas heridas o arrestadas, o que simplemente tomaron parte en los disturbios de la Revolución Francesa, pueden también ser significativas a este respecto. La edad media de los 662 *vainqueurs de la Bastille* fue de 34 años, la de los heridos o muertos en el asalto a las Tullerías de 1792, 38 años y la de los arrestados después de la insurrección de mayo de 1795, 36. Estos hombres eran bastante mayores que los arrestados por tomar parte de las revueltas del hambre francesas de 1775 (edad media, 30), en los disturbios *pro-parlement* (23) y en las revueltas de Réveillon (29) en vísperas de la Revolución, y en el *affair* del Campo de Marte de 1791 (31). La proporción de personas que sabían leer y escribir, a juzgar por su capacidad para firmar el informe del funcionario policial en ocasiones similares también varió considerablemente de un disturbio a otro: desde un 33 por ciento en las revueltas del hambre de 1775 hasta un 62 por ciento en las revueltas de Réveillon y un 80 a 85 por ciento respectivamente en el caso de las *journées* de julio de 1791 y mayo de 1795**. Tales diferencias sugieren, sin duda, que los participantes de cierto tipo de disturbios eran más refinados que los de otros. Pero infortunadamente, en tales casos las pruebas son fragmentarias e inadecuadas y sólo permiten extraer conclusiones provisionales.

---

* Compárese esta estimación con el cálculo del Dr. Robson de 25, 9 años para todos los varones ingleses deportados a las dos colonias australianas entre 1787 y 1852, de los cuales —según Robson— algo más de la cuarta parte estaban casados, *op. cit.*, pp. 25-26.

** *The Crowd in the French Revolution*, p. 249 (Appendix V). En el caso de los insurrectos de «Swing» de 1830, el porcentaje de los que sabían leer y escribir oscilaba entre 66 y 75 por ciento, según el barco en el cual viajasen. Pero no hay certeza alguna acerca de que los métodos para medir esta capacidad fuesen los mismos en todos los casos (véase nota 12).

Quizá sea igualmente significativa la tendencia de ciertas ocupaciones a ser más radicales, revoltosas o revolucionarias que otras. Hemos destacado ya la propensión de los mineros del estaño de Cornwall, los tejedores y cardadores de los condados occidentales, los tejedores de seda de Spitalfields y los mineros ingleses en general a ser arrastrados tanto a las revueltas del hambre como a violentas disputas con sus empleadores. Los escritores han enfatizado la reputación de radicalismo, en ese momento o en otros, de los pescadores franceses, los aserradores suecos, los esquiladores australianos y los zapateros vieneses[16]. En el transcurso de mis propias investigaciones he notado que los artesanos parisienses más destacados por su participación en los eventos revolucionarios de 1789-1795 fueron cerrajeros, ensambladores, ebanistas, zapateros, sastres y albañiles. Y entre los de oficios menos especializados, comerciantes en vinos, aguadores, estibadores, cocineros y sirvientes domésticos. Es notable cuántos de estos oficios reaparecen medio siglo más tarde entre los miles de arrestados y condenados por tomar parte en los «días» de junio de 1848[17]. Naturalmente, no hay en esto demasiado misterio: los pescadores franceses (para poner un ejemplo) pueden haber sufrido, a través de su larga historia, algo más que su buena dosis de inseguridad en el trabajo. Además, no es sorprendente que en las condiciones históricas de que estamos ocupándonos, los artesanos fuesen más decididamente militantes que los obreros fabriles o los trabajadores domésticos y que, entre ellos, los más decididos de todos fuesen los pertenecientes a oficios populosos como la ebanistería o el oficio de sastre o zapatero. De la misma manera, a medida que las condiciones históricas cambian, es probable que investigaciones similares acerca de la composición de la multitud en la sociedad industrial más desarrollada de la década de 1860 o de 1880 arrojase resultados bastante diferentes.

Este último punto plantea una nueva pregunta: ¿hasta dónde es la multitud representativa de los grupos sociales de los cuales provienen sus miembros? Resulta, por supuesto, bastante claro que del hecho de que cierto número de cerrajeros o grabadores tomase parte en el sitio de la

Bastilla (y en este caso conocemos el número exacto de los que reconocieron oficialmente haberlo hecho) no se desprende que tales individuos contasen con el apoyo y la buena voluntad de los cerrajeros y grabadores parisienses en general. Michelet suponía que así era y, aunque probablemente haya exagerado, su optimismo estuvo probablemente más justificado en este caso que en otros. Los historiadores se han inclinado con demasiada frecuencia a tratar a la multitud rebelde o revolucionaria como una minoría militante que debe ser cuidadosamente diferenciada del número mucho mayor de ciudadanos pertenecientes a su misma clase u ocupación que, aun cuando no fuesen abiertamente hostiles, no desempeñaron papel activo alguno en los hechos. Así, es común trazar una línea divisoria entre los militantes, o «activistas», y la mayoría pasiva. Ahora bien: ¿se justifica tal suposición? Es éste un problema crucial y menos susceptible de solución por medio de la exhibición de datos estadísticos, que varios de los otros que hemos tratado en este capítulo. Para que un cálculo estadístico tuviese la más remota posibilidad de ser convincente, debería basarse en una suerte de encuesta Gallup realizada entre la población en general, procedimiento que —infortunadamente— no está al alcance del historiador.

Pero aun careciendo de tales recursos, quizá pudiese argumentarse que esta distinción entre militantes y «pasivos» no debe ser llevada demasiado lejos. Ella puede ser válida, sin duda, en el caso de los pequeños grupos de «activistas» o *meneurs* que, aun en los movimientos aparentemente más espontáneos, desempeñaron un papel destacado. Volveremos a referirnos a ellos en un capítulo posterior. La multitud podía estar compuesta en general por un cuerpo de decididos militantes, que habían elegido deliberadamente reunirse y cuya devoción, determinación y lucidez política los distinguiesen más o menos agudamente de sus conciudadanos más pasivos. Este puede haber sido el caso en las operaciones casi militares de la Revolución Francesa, como el asalto a las Tullerías en agosto de 1792 o la marcha sobre la Convención de los batallones de *sans-culottes* en mayo de 1795. No obstante, ello sólo pudo

suceder después de que la Revolución hubo tenido tiempo de producir una élite política entre los mismos *sans-culottes*, entrenada en los clubes, asambleas de distrito y Guardia Nacional y a través de la experiencia obtenida por una sucesión de *journées* populares. Pero no pudo acontecer en años anteriores ni pudo tampoco producirse hasta mucho tiempo después en Inglaterra, donde las revueltas nunca alcanzaron la etapa de la revolución. En otros casos, particularmente en las huelgas y revueltas del hambre, es dudoso que pueda establecerse una distinción clara y válida de este tipo entre el grueso de los que se unieron a la multitud y aquellos que permanecieron como meros espectadores o no salieron de sus casas. La cuestión se complica aún más por el hecho de que, en tales ocasiones, testigos inocentes o participantes ocasionales pueden ser abatidos por las balas o, si se entregan a un momentáneo despliegue de entusiasmo, detenidos como «dirigentes». Los archivos policiales franceses abundan en tales ejemplos*.

Otro problema vinculado al anterior consiste en dilucidar hasta dónde la minoría de participantes activos disfruta de la simpatía de la mayoría pasiva. Es imposible, una vez más, discutir esto salvo en términos generales. Hay ocasiones en que la multitud (usando el término en su sentido más amplio) sólo puede imponer su autoridad u obtener una silenciosa aquiescencia de la mayoría, por medio del terror de la violencia destructiva o a través del despliegue de una fuerza superior. Es indudable que sólo por tales medios las bandas de *armées révolutionnaires* reclutadas en París y otras ciudades pudieron imponer su voluntad a la población rural francesa durante el otoño de 1793. Y fue probablemente un temor similar a las consecuencias lo que contribuyó a la inactividad de los condestables y magistrados londinenses durante las revueltas «anticatólicas» de 1780. Sin embargo, ello no fue así en el caso de las revueltas de Réveillon en París en abril de 1789. Y mucho después de que los disturbios hubieron terminado, la población local demostró de qué lado estaban

* Véanse pp. 290-291.

sus simpatías negándose a entregar a la justicia a conocidos participantes en los hechos. Hemos destacado ejemplos similares durante los estallidos ludistas en las Midlands y en el norte de Inglaterra y cuando las revueltas de Rebeca en Gales occidental. En tales casos existe un evidente vínculo de simpatía e intereses comunes entre los pocos activos y los muchos inactivos. Quizá podamos arrojar más luz sobre esta cuestión cuando, en capítulos subsiguientes, consideremos los motivos subyacentes de los disturbios populares y las causas de su éxito o su fracaso.

Notas

1. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, Paris, 1958, p. 440.
2. A. Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-Century England», en A. Briggs y J. Saville (eds.), *Essays in Labour History in Memory of G. D. H. Cole*, Londres, 1960, pp. 43-73.
3. G. Le Bon, *The Crowd: A Study of the Popular Mind*, Londres, 1909, pp. 36 y sigs.; *La Révolution française et la psychologie des révolutions*, Paris, 1912, pp. 53-61, 89-93.
4. M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, Londres, 1951, pp. 118-119; Dorothy Marshall, *Eighteenth-Century England*, Londres, 1962, pp. 36-37.
5. L. Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, Paris, 1958.
6. G. Rudé, «The Gordon Riots: A Study of the Rioter and their victims», en *Transactions of the Royal Historical Society*, 5th. Series, VI, 1956, 104-105.
7. G. Rudé, «La Taxation populaire de mai 1775 a Paris et dans la région parisienne», *Ann. hist. de la rév. franc.*, n.° 143, abril-junio 1956, pp. 139-179; y «La Taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie et dans le Beauvaisis», *ibid.*, n.° 165, julio-sept. 1961, pp. 305-326.
8. Véase mi obra *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, págs. 186-190, 249.
9. Gentleman's Magazine, XXXVII, 48. Febrero 26, 1767. (Bastardilla en el original.)
10. Tasmanian State Archives, 2/132-2/178, 53/4328; *The Names and Descriptions of All Male and Female Convicts Arrived in the Colony of New South Wales during the Years 1830 to 1842*, 11 vols., Sydney, 1843, II, 43-52.
11. L. L. Robson, *The Origin and Character of the Convicts Transported to New South Wales and Van Diemen's Land 1787-1852*. (Tesis inédita para obtener el Ph. D. Universidad Nacional Australiana, Canberra, 1963.) pp. 28-29.
12. Véase mi artículo «Captain Swin'g and Van Diemen's Land», próximo a aparecer en *Tasmanian Historical Research Association: Papers and Proceedings*.
13. L. Chevalier, *op. cit.*, pp. 551-553.
14. G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, pp. 185-186; Wilkes and Liberty, Oxford, 1962, pp. 13-16; «The London "Mob" of the Eighteenth Century», *The Historical Journal*, II, i (1959), 1-18.
15. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 179-187.
16. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, p. 122 (citando al doctor Ernst Wangermann); W. G. Runciman, *Social Science and Political Theory*, Cambridge, 1963, pp. 95-96 (citando a André Siegfried).
17. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 185, 234-235, 246-248. (Apéndice IV.)

14 | Motivos y creencias

Mientras la multitud en la historia no fue considerada digna de atención seria fue natural que el estudio de sus motivos haya sido algo superficial. Las explicaciones acerca de por qué la multitud se desmandaba o rebelaba han tendido, naturalmente, a variar según las actitudes sociales o *valores* del escritor. En opinión de aquellos para quienes las acciones de la multitud eran en general censurables, ésta parecería haber estado impulsada por los más bajos motivos: la inclinación al pillaje, el dinero, la violación o el propósito de satisfacer otros sombríos instintos criminales. Para aquellos a quienes la multitud pareció, por el contrario, un objeto digno más bien de simpatía o compasión que de censura (aunque ello variase según la ocasión), los nobles ideales y particularmente los de profunda inspiración liberal o de clase media, desempeñarían un papel importante. Y para otros, aquellos a quienes Marx llamó en su época los proponentes, de un materialismo «vulgar», los factores económicos inmediatos parecieron la explicación más válida de todo tipo de intranquilidad popular y todos los disturbios se convirtieron, casi por definición, en una revuelta del hambre o *émeute de la faim*.

Ninguna de estas explicaciones deja de tener algún mérito, pero todas son superficiales o engañosas. Las razones de ello se pondrán en evidencia, según espero, en el transcurso del presente capítulo. Pero es necesario decir algunas palabras preliminares acerca de la primera de estas interpretaciones que, siendo la más difundida de las tres, requiere un comentario aparte. El supuesto que la sustenta parece ser que las masas no tienen aspiraciones dignas que les sean propias y que, siendo naturalmente venales, pueden ser impulsadas a la acción sólo con la promesa de una recompensa por parte de agentes o «conspiradores» ajenos a ellas. «En la mayoría de los movimientos populares», escribe Mortimer-Ternaux, historiador del Terror revolucionario francés, «el dinero desempeña un papel mucho más importante que el sentimiento o la convicción (la *passion*).» Taine y su escuela ofrecen explicaciones similares de por qué cayó la Bastilla o la monarquía francesa fue derrocada[1]. Pero este punto de vista, pese a su evidente sesgo social, no fue de ninguna manera un invento de estos autores; por el contrario, recibe una amplia confirmación de las opiniones de los observadores contemporáneos. Porque mientras no se hizo ninguna tentativa seria de probar las aspiraciones más profundas de los pobres, sus periódicos estallidos de revuelta o de rebelión eran susceptibles de ser atribuidos a las maquinaciones de un opositor político o de una «mano oculta».

Tal actitud era absolutamente compartida por las autoridades, fuesen aristocráticas o de clase media, conservadoras, liberales o revolucionarias, aunque el tipo de insurrección que podría, excepcionalmente, ser indultado, variaría naturalmente según la clase o el partido político. Cuando Sir Robert Walpole, Primer Ministro del Rey, atribuyó las revueltas de 1736 en Inglaterra a una conspiración jacobita y algunos de sus agentes hablaron sombríamente de «alta Iglesia» o «sacerdotes católicos», Lord Granville, un par de la oposición, se apresuró a atribuir tales «tumultos» a la «opresión». Y cuando los ministros de Jorge III y sus agentes sugirieron que las revueltas de Gordon podrían haber sido instigadas por el oro francés o americano, ciertos dirigentes de la oposición

se inclinaron a culpar al gobierno mismo de fomentar deliberadamente la revuelta como un pretexto para convocar al ejército e imponer la ley marcial. En realidad, era frecuente en la Inglaterra del siglo XVIII que un partido acusase a otro de «provocar una revuelta». En Francia, Voltaire, pese a ser un crítico de la aristocracia y amigo de Turgot, estaba convencido de que los insurrectos de las revueltas del hambre de 1775 estaban pagados por los enemigos de Turgot en la corte. Durante la Revolución Francesa, tanto los dirigentes revolucionarios como sus opositores aristocráticos fueron notablemente liberales en el uso de estos cargos, toda vez que les convenía: Montjoie, periodista realista, afirmó tener pruebas de buena fuente (que resultaron infundadas) de que los que participaron en las revueltas de Réveillon habían sido sobornados con *louis d'or*. Y en cuanto a los girondinos y jacobinos, también se mostraron dispuestos a creer que los insurrectos que invadieron los almacenes de París en febrero de 1793 habían sido pagados por agentes de Pitt o de los «aristócratas»[2]. Treinta o cuarenta años más tarde, estas explicaciones tan simples habían perdido gran parte de su fuerza: basta con leer los debates del Parlamento inglés acerca de los ludistas y cartistas para apreciar la diferencia. Pero durante el siglo XVIII, la policía —quizá la francesa más obstinadamente que la inglesa— siguió adherida a su convicción de que los agentes de la rebelión eran el soborno y la «conspiración».

Para ejemplificar este punto, citamos el notable interrogatorio hecho por la policía de Beauvais a un cardador arrestado en el mercado de Mouy durante las revueltas del hambre de 1775:

Pregunta. ¿Cómo se supo que había revueltas en otras partes?
Respuesta. Todos lo decían en el mercado de Mouy.
P. ¿Vinieron «extraños» que incitaron a la gente a rebelarse?
R. No vio a ninguno.
P. ¿Qué aspecto tenían estos «extraños»?
R. Repite que no vio a ninguno.
P. ¿De qué hablaban?

R. Repite que no vio «extraños».

P. ¿Afirmaron traer órdenes del rey y mostraron papeles tratando de probarlo?

R. Repite que no vio «extraños».

P. ¿Dieron, prestaron o prometieron dinero?

R. No vio a nadie ofreciendo dinero.

P. ¿Mostró alguno de ellos pan mohoso... para incitar a la gente?

R. No vio van mohoso.

P. ¿Cómo fue que los habitantes de todas las aldeas se reunieron el mismo día y a la misma hora?

R. Siempre sucede así los días de mercado.

P. ¿Había visto pegar o distribuir carteles?

R. No.

P. Estos carteles, ¿eran impresos o escritos a mano?

R. Repite que no vio ninguno.

P. ¿Podría reconocer la letra de los escritos a mano?

R. Repite que no vio ninguno.

P. ¿Dónde habían estado bebiendo los «extraños» con quién, y quién pagó las bebidas?

R. Repite que no vio a ninguno[3].

Es notable que este tipo de investigación e interrogatorio prolongado haya arrojado, en este caso y en otros, resultados absolutamente negativos. Ocasionalmente un prisionero o un testigo, a diferencia del prisionero del presente ejemplo, admite haber oído rumores acerca de que se estaba distribuyendo dinero para provocar desórdenes. Pero ni una sola vez parece haber estado presente en las transacciones o haber participado personalmente en ellas. No queremos con ello sostener que todos los rumores fuesen igualmente infundados, aunque el hecho sugiere claramente que los casos de soborno en los movimientos populares no eran tan frecuentes como las autoridades lo creían[4]. Ello no excluye tampoco el hecho del soborno en otros casos, como cuando bandas de hombres

fuertemente armados eran reclutados por un hombre de «calidad» para castigar o intimidar a un opositor político. Tal fue el caso en las elecciones de Middlesex de diciembre de 1768, cuando el candidato de la corte, Sir William Beauchamp Proctor, alquiló una banda de silleros irlandeses —a dos guineas por día, según afirmó el jefe— para sacar a los partidarios de su opositor radical de las asambleas[5]. Este era el conocido sistema de «provocar una revuelta», pero no tenía nada que ver con la clase de movimiento popular que estamos discutiendo.

En todos los casos, estas explicaciones, aun cuando contengan una sólida base de verdad, han sido demasiado simplificadas. La multitud puede levantarse porque está hambrienta o teme estarlo, porque tiene una profunda aflicción social, porque busca una reforma inmediata o el milenario o porque quiere destruir a un enemigo o aclamar a un «héroe». Pero rara vez lo hace por una sola de estas razones. Por supuesto, sería ridículo rechazar las respuestas simples y obvias por el mero hecho de que lo sean. Puede suponerse, por ejemplo, que los motivos económicos son dominantes en las huelgas y revueltas del hambre, así como las cuestiones políticas desempeñan un papel de diversa importancia tanto en los movimientos radicales de reforma como en los movimientos dirigidos en contra de las reformas radicales, como sucedió con las revueltas de Priestley en Birmingham en 1791. Cuando los mineros del estaño de Cornwall o los tejedores de los distritos occidentales queman las casas o las fábricas de sus empleadores o destruyen sus maquinarias en el transcurso de una disputa industrial, no necesitamos poseer especiales poderes de adivinación para arribar a la conclusión de que, cualquiera que sea la forma asumida por los disturbios, lo que los insurrectos buscan es mejorar sus salarios. De la misma manera, cuando los revoltosos amenazan a los panaderos, invaden los mercados y abren las bolsas de harina o de trigo, podemos suponer que su verdadero propósito no consiste tanto en intimidar o en destruir como en hacer bajar el precio de los alimentos. Y cuando los parisienses asaltan y toman la Bastilla y los londinenses «echan abajo» las casas y capillas católicas, debemos supo-

ner que lo que pretendían hacer era exactamente eso. Por lo tanto, al indagar los motivos no debemos ser tan sutiles o tortuosos como para ignorar la intención evidente o primaria. No obstante, esta última sólo nos proporciona una clave para la naturaleza general de un disturbio. Y en este momento no nos interesa tanto eso como descubrir qué fue lo que impulsó a la gente, proveniente a menudo de diversos grupos sociales, a tomar parte en los hechos. Aun cuando los motivos inmediatos o evidentes salten a la vista, debemos todavía explorar aquellos que permanecen bajo la superficie. Y si están implicadas personas de diferentes clases y credos, algunos pueden ser impulsados por un motivo y otros por otro. En consecuencia, los motivos no sólo variarán de una acción a otra sino también entre los diferentes grupos que participaron en el mismo disturbio. Aun así, caeremos en la más absoluta confusión si no intentamos hacer cierta distinción entre lo que podemos llamar motivos o creencias dominantes y subyacentes. Se propone aquí, a los fines de la claridad, dividir a los primeros en «económicos» y «políticos» y considerar qué papel desempeñaron —tanto separadamente como juntos— en las actividades de la multitud preindustrial.

Comencemos con aquellos disturbios en los cuales las cuestiones económicas eran claramente dominantes. A este tipo pertenecieron las revueltas del hambre (en esta época las más frecuentes), las huelgas, los ataques de los campesinos a los *châteaux*, la destrucción de barreras de peaje y cercos, el incendio de parvas y la destrucción de maquinaria industrial y agrícola. Estos motivos explican, como ya hemos visto, la gran mayoría de los disturbios en los cuales la multitud preindustrial de Francia e Inglaterra estuvo involucrada. Y debemos suponer que en estos casos (a menos que tengamos pruebas en contrario) la gente común de las ciudades y la campiña estaba impulsada por la urgencia de mantener o mejorar sus condiciones de vida, de elevar los salarios o evitar su deterioro, resistir a las intromisiones en su posesión de la tierra o en sus derechos al pastaje común, proteger sus medios de subsistencia contra la amenaza de los nuevos dispositivos mecánicos y, por sobre todo, asegu-

rar una provisión constante de alimentos buenos y abundantes. Pero ni siquiera las condiciones económicas malas o ruinosas fueron un «detonador» automático de los disturbios. En Inglaterra, las huelgas y la actividad gremial tendieron a producirse no en momentos de fuerte depresión económica y desempleo sino más bien en el momento ascendente de una expansión, como en 1792, 1818, 1824 y 1844-1846[6] (el año 1768 parece haber sido una excepción). Durante la Revolución Francesa, según lo destacamos, las disputas industriales más prolongadas fueron las de 1791 y 1794, que fueron años de relativa prosperidad, y cuando la vertiginosa inflación y el desempleo se afirmaron, como en el invierno de 1794-1795, las huelgas terminaron y las revueltas del hambre ocuparon su lugar. Las revueltas del hambre, a diferencia de las huelgas, fueron el resultado directo de las malas cosechas y la depresión económica, los precios elevados y la escasez de mercaderías, pero no se produjeron necesariamente en la cúspide de un ciclo de precios ascendentes. Tendieron más bien, como en los grandes disturbios de este tipo antes de 1789 —los de 1766 en Inglaterra y los de 1775 en Francia— a surgir como resultado de un súbito y agudo movimiento ascendente que condujo a la escasez y al pánico. O sea que las huelgas, las revueltas del hambre y los movimientos campesinos —aun cuando las cuestiones predominantes fuesen puramente económicas— podían producirse dentro de un panorama político que les otorgaba mayor intensidad o les imprimía una nueva dirección. En Londres, en 1768, las disputas industriales ya existentes fueron transformadas por el movimiento político wilkista: encontramos a tejedores y cargadores de carbón huelguistas aclamando a John Wilkes. Y en Francia, en 1789, parece improbable que los campesinos hubiesen elegido ese momento particular para ajustar cuentas con sus señores si las condiciones políticas generales hubiesen sido diferentes.

Y a la inversa, los motivos económicos se introdujeron a menudo en movimientos que eran esencialmente políticos. Las revueltas urbanas, en las cuales intervenían por lo general cuestiones políticas, tuvieron lugar frecuentemente dentro de un panorama de precios ascendentes o escasez

de mercaderías: hemos visto ejemplos en París en 1720, 1752 y 1788 y en Londres en 1736, 1768 y 1794. Aunque aquí las revueltas de Gordon y los posteriores disturbios wilkistas parecen haber sido excepciones*. Igualmente las revoluciones francesas de 1830 y 1848 estallaron durante períodos de escasez de alimentos y depresión económica y hemos destacado ya el particular papel desempeñado por el desempleo en París en junio de 1848. La misma intrusión de las cuestiones económicas es evidente en los disturbios ingleses de comienzos del siglo XIX. El profesor Rostow ha ilustrado vividamente este punto en su «carta de la tensión social» para los años 1790 a 1850[7].

En tales ocasiones la escasez y los elevados precios del pan y los alimentos parecen haber actuado como un estímulo para la participación popular en movimientos que se preocupaban ostensiblemente de otros objetivos y cuestiones. Durante la primera Revolución Francesa la preocupación por el precio del pan atraviesa todas las etapas de la lucha de los partidos y casi todas las grandes *journées* populares y explica, mejor quizá que cualquier otro factor, la unidad y militancia de los *sans-culottes* parisienses. La crisis revolucionaria de 1789 se produjo contra un telón de fondo de precios en vertiginoso ascenso: hemos visto ya cómo el movimiento campesino comenzó con incursiones a los mercados, molinos y graneros antes de convertirse en una guerra contra los señores. Y las revueltas de Réveillon, que destruyeron las casas de dos fabricantes impopulares, también incursionaron en los almacenes y exigieron una reducción en el precio del pan. En octubre, las mujeres de los mercados que marchaban hacia Versalles para traer a la familia real a París cantaban, mientras marchaban (o al menos así lo quiere la tradición), «cojamos al panadero, a la mujer del panadero y al hijo del panadero». Y Barnave, al describir los acontecimientos del día a sus constituyentes *Dauphinois*, escribió que mientras «la burguesía» se preocupaba principalmente de las cuestiones políticas, «el pueblo» estaba igualmente preocupado por la escasez de alimentos. El comienzo de la

* Véase capítulo 3.

guerra trajo nuevos problemas: no sólo el pan sino también la carne, el vino, el café y el azúcar comenzaron a desaparecer de los almacenes y en París las revueltas del hambre precedieron o acompañaron a cada una de las *journées* políticas de 1792 y 1793. En septiembre de 1793, como ya hemos visto, fue como resultado directo de la agitación popular en los mercados, calles y distritos, que la Convención Nacional adoptó la ley del Máximo General, que fijaba un tope a los precios de los artículos de primera necesidad. Y después de que los jacobinos hubieron caído y el *maximum* hubo sido abandonado, los insurrectos de mayo de 1795 llevaban en sus gorras y en sus blusas los dos lemas «Constitución de 1793» y «Pan»[8].

No estamos sosteniendo, por cierto, que los factores económicos inmediatos eclipsasen a todos los otros y que todos los movimientos populares de este período, aun los movimientos de orientación política como los de la Revolución Francesa, fuesen revueltas del hambre disfrazadas. Vimos en un capítulo anterior que aun antes de 1789 las ideas políticas de los *parlements* de París y del Ayuntamiento de la City en Londres desempeñaron cierto papel en los disturbios populares. Mr. Edward Thompson afirma que la multitud londinense de las décadas de 1760 y 1770 «recién había comenzado a desarrollar su propia organización o sus dirigentes» y que, poseyendo apenas una teoría diferente de la de sus *managers* de clase media, era aún un instrumento incierto de las ideas radicales[9]. Esto es bastante cierto y la prueba está en el hecho de que la misma multitud que había gritado «Wilkes y Libertad» en 1768 estaba, una docena de años más tarde, canalizando sus energías hacia cuestiones difícilmente propicias a la causa radical: la destrucción de casas y capillas católicas. Pero las lecciones políticas aprendidas no fueron olvidadas por completo y revivieron y se enriquecieron bajo el impacto de la Revolución Francesa. Porque tanto en Inglaterra como en Francia, la Revolución de 1789, al plantear decididamente en sus múltiples aspectos los nuevos conceptos de los «derechos del hombre» y la «soberanía del pueblo», agregó una nueva dimensión a los disturbios populares y dio un nuevo contenido a la lucha de los partidos y las clases.

Algunos historiadores han dudado de la profundidad de la penetración de estas ideas políticas entre las gentes del pueblo. El profesor Cobban, por ejemplo, ha cuestionado la importancia de la circulación de unos pocos eslóganes políticos porque (afirma) «es sabido lo fácil que resulta enseñarle a una multitud a cantar esto o aquello y cuán escaso contenido político serio esos estribillos pueden tener»[10]. Ello podría ser así si sólo se tratase de corear eslóganes prestados, aunque aun éstos fueron de alguna importancia para prestar apoyo popular a una causa radical. Es significativo, por ejemplo, que aun antes de que los Estados Generales se reunieran en Versalles el 5 de mayo de 1789, las multitudes parisienses hubiesen adoptado ya el grito de *Vive le Tiers Etat!* y le hubiesen otorgado (al igual que los campesinos de Arthur Young algunos meses antes)[11] un significado propio y especial. Y estas ideas y estos lemas no fueron sin duda conservados, por así decirlo, para las grandes ocasiones políticas; por el contrario, existen suficientes pruebas de que penetraron cada vez más profundamente a medida que la Revolución progresaba. Ya en agosto de 1789, encontramos a un oficial artillero arrestado en Versalles por hablar despectivamente del general Lafayette defendiendo su derecho a ser oído con una apelación a los «derechos del hombre». Y Malouet, un observador hostil, relata cómo por entonces los silleros reunidos a las puertas de la Asamblea Nacional discutían ansiosamente los pro y los contra del derecho real al «veto». Un año más tarde, los demócratas del Club de los Cordeleros estaban formando clubes y sociedades populares a través de las cuales comenzaron a impartir instrucción sistemática a los pequeños artesanos y obreros en las más avanzadas doctrinas revolucionarias. Y en los archivos policiales leemos acerca de Jornales y sirvientes domésticos suscriptos a la prensa radical y hasta en algunos casos suscribiéndose al más exclusivo Club Jacobino[12]. Bajo la presión de este ímpetu, los *sans-culottes* no sólo formaron organizaciones políticas propias sino que más tarde, cuando dominaron los distritos y la Comuna de París, comenzaron a proponer ideas y soluciones que resultaron sumamente embarazosas para sus aliados jacobinos. Y más aún;

porque habiendo asimilado sus ideas, les infundieron un nuevo contenido que correspondía mejor a sus propios intereses que a los de sus maestros de clase media[13].

El movimiento *sans-culotte* terminó, como hemos visto, en el estallido y desastre final de mayo de 1795, y cuando reapareció en la década de 1830 había adquirido un nuevo contenido social y nuevos gritos de batalla y lemas. Como destacamos en el capítulo 11, fue el advenimiento de la revolución industrial y el desarrollo de un movimiento obrero durante los años intermedios, lo que determinó en gran medida la transformación. Ya Babeuf, durante la primera de las revoluciones políticas, había impreso un nuevo giro socialista a las ideas de 1789, pero llegó demasiado tarde para encontrar una audiencia efectiva entre los *sans-culottes*. Fue recién después de 1830 que sus ideas y las ideas similares a las suyas provocaron una profunda respuesta en los clubes y organizaciones obreras que surgieron en París y que desempeñaron un papel tan importante en los acontecimientos de 1848. Lo nuevo era no sólo el contenido de las ideas mismas sino la clase de hombres que las expresaban. Entre los arrestados después de los «días» de junio de aquel año, estaban Antoine Bisbambilia, un mecánico (*mécanicien*) oscuro e ignorante quien, en una nota dictada a la policía, desde la prisión de La Roquete, expresó sus convicciones políticas como sigue:

> Todo el mundo sabe que no comprometo mi conciencia y que, mientras viva, la usaré para el triunfo de la Democracia y la República Social[14].

Admitimos que esta declaración aparece en un documento aislado y que apenas si podríamos esperar encontrar otros semejantes. Pero la índole de la revuelta de junio y el gran número de los arrestados y condenados sugieren que tales opiniones eran compartidas por muchos otros. Lo que es cierto es que para entonces, los obreros —ferroviarios, de la construcción y oficiales de los oficios tradicionales— estaban desempe-

ñando un papel mucho más importante en los movimientos políticos que el que habían desempeñado en la primera revolución y que estaban aún (como los tenderos y artesanos de 1793) expresando exigencias políticas propias.

Una evolución similar había tenido lugar en Inglaterra y, en algunos aspectos, había progresado más rápidamente que en Francia. Dado que Inglaterra no tuvo una revolución propia, las nuevas ideas revolucionarias de los derechos del hombre y la soberanía popular fueron en gran parte importadas desde el otro lado del Canal. A través de las obras de Thomas Paine y otros, estas ideas comenzaron a circular desde comienzos de 1792, entre los demócratas, disidentes y maestros artesanos de las grandes ciudades y de las ciudades fabriles. Este fue también el año en que la *London Corresponding Society* de Thomas Hardy comenzó a reunirse en The Bell en Exeter Street, formada por pequeños artesanos y comerciantes urbanos, composición social similar a la de los que se reunían en los clubes y comités del París revolucionario. Pero en algunas de las sociedades inglesas, como la de Sheffield, parece haber habido un porcentaje mayor de la «clase inferior de Manufactureros y Obreros» que en organizaciones francesas similares[15]. En este sentido quizá pueda afirmarse que en Inglaterra las nuevas ideas revolucionarias se encontraron con una respuesta proporcionalmente mayor entre los obreros que la encontrada en Francia misma. Sin embargo, las sociedades inglesas fueron efímeras, sucumbieron ante las primeras represiones y tuvieron pocas oportunidades de reclutar partidarios entre la naciente población fabril.

Pero las ideas jacobinas subsistieron, encontraron gradualmente una audiencia cada vez mayor, «introducidas en las aldeas de tejedores, los talleres de los pequeños tejedores de Nottingham y los *croppers* de Yorkshire, y en las fábricas de algodón de Lancashire, se propagaron en cada período de privaciones y precios elevados»[16]. Salieron una vez más a la superficie en la atmósfera política más libre de la elección de Westminster en 1807, cuando los radicales Burdett y Cochrane fueron llevados a la victoria por el voto popular e inspiraron a los tejedores de Lancashire

que fueron diezmados por el cuerpo de guardia durante la reunión para la reforma parlamentaria realizada en St. Peter's Fields en agosto de 1819. Después de esto, la tradición jacobino-radical, enriquecida por recuerdos de «Peterloo», tomó una nueva forma con el advenimiento de las ideas socialistas propuestas por Robert Owen y otros. Fue una mezcla semejante de ideas la que moldeó el pensamiento político de hombres como George Loveless, tradeunionista y mártir de Tolpuddle en 1834 quien, algunos años antes que Marx, escribió que «nada podrá hacerse para aliviar el sufrimiento de las clases trabajadoras a menos que ellas lo tomen en sus propias manos»[17]. Y en escala aún mayor, fueron estas mismas ideas las que encabezaron la agitación nacional por la Carta que, como hemos visto, extrajo su inspiración del pasado al mismo tiempo que miraba hacia el futuro.

Quizá no escapará a la atención del lector que hasta ahora nos hemos ocupado sobre todo de los aspectos «prospectivos» de los motivos que tuvieron las multitudes para entregarse a la rebelión y a la revuelta. Al parecer hemos estado sosteniendo que, si los hombres y mujeres fueron arrastrados a tales actividades, fue porque estaban hambrientos o querían poner fin a una opresión real o imaginaria o asegurarse un futuro más feliz o más próspero o bien por una mezcla de razones similares. Pero todo esto es sólo una parte de la historia. Si limitamos nuestra atención a esta clase de factores, ¿cómo podremos explicar las manifestaciones populares como las revueltas de Gordon, los movimientos milenaristas, el ludismo o las manifestaciones «por la Iglesia y el Rey» o tan siquiera la paradoja de los *sans-culottes* parisienses y revolucionarios que, como vanguardia de una democracia radical, miraban hacia el futuro y para solucionar sus males económicos soñaban con retornar a las condiciones idílicas de un pasado imaginario?[18] Para hacer inteligible semejante fenómeno debemos también considerar algunos de los motivos subyacentes y ciertos mitos y creencias tradicionales —que los psicólogos de la multitud han denominado creencias «fundamentales» o

«generalizadas»* —que desempeñaron en tales disturbios un papel no carente de importancia.

Para comenzar, está el tradicional instinto «nivelador» común en todos los casos que impulsa a los pobres a buscar un cierto grado de justicia social elemental a expensas de los ricos, *les grands*, y los que tienen autoridad, independientemente de que sean funcionarios gubernamentales, señores feudales, capitalistas o dirigentes revolucionarios de clase media. Esta es la base común sobre la cual, más allá de los eslóganes de los partidos litigantes, los *sans-culottes* militantes se identifican con los insurrectos del movimiento «por la Iglesia y el Rey» o con los campesinos que buscan su milenio. Aun en períodos de relativa paz social, la encontramos en los métodos tradicionales de «ayuda propia» de la población rural, comunes a Francia e Inglaterra. Toda vez que aprieta la escasez o que se ofrece una oportunidad, los pequeños hacendados y propietarios, los campesinos y los *cottagers* se proveen de leña y caza a expensas del terrateniente o del arrendatario rico y, cuando se les ofrece resistencia, asaltan a los guardias de coto o incendian las parvas del arrendatario. Tales delitos son castigados severamente por la ley —en Inglaterra cada vez con mayor severidad después de 1815— pero no son condenados, como el asesinato o el robo común, por la población rural. La misma forma elemental de protesta social estuvo presente en el alegre desenfado con que las multitudes londinenses, durante las revueltas wilkistas, destrozaron las ventanas de los caballeros y las damas y pintaron el símbolo de Wilkes, el «45», en las suelas de las botas del embajador de Austria. La encontramos también en las revueltas londinenses contra la Ley de Cereales de 1815, cuando el *Morning Post* informó que:

* Así, Le Bon distingue entre las «ideas accidentales y pasajeras creadas por las influencias del momento» y las «ideas fundamentales a las que el medio, las leyes de la herencia y la opinión pública otorgan gran estabilidad». *The Crowd*, Londres, 1909, p. 68. Con respecto a las «creencias generalizadas», véase N. Smelser, *Theory of Collective Behavior*, Londres, 1962, pp. 79-130; 202-203.

La turba está particularmente irritada contra las grandes parroquias de St. Maryle-Bow, St. George Hanover Square y St. James, que comprenden las principales casas de casi todas las grandes familias del Reino Unido[19].

Pero hasta entonces, el instinto «nivelador» de la multitud podía ser aparejado tanto a una causa radical como antirradical. En las revueltas de Gordon, los blancos elegidos por la multitud demuestran que les interesaba más destruir las propiedades de los católicos ricos que las de los católicos en general. Nos encontramos, por ejemplo, con un insurrecto de Bermondsey diciendo a su víctima, que había afirmado ser protestante: «Protestante o no, ningún caballero necesita poseer más de 1.000 libras anuales. Esa suma le basta para vivir a un caballero»[20]. Hemos advertido un motivo similar detrás de los disturbios «por la Iglesia y el Rey»: si los jacobinos eran atacados en las calles de Nápoles en 1799, ello acontecía tanto porque viajaban en carruajes como a causa de que eran aliados de los «ateos» franceses. Y en Birmingham, Priestley y sus partidarios fueron elegidos no sólo porque eran disidentes o reformistas radicales sino también porque eran fabricantes, magistrados y hombres ricos*. De la misma manera, los campesinos de la Vendée reaccionaron contra el París revolucionario porque, por razones bastante particulares, su odio hacia la burguesía urbana era mayor que su odio hacia el señor local. Tocqueville, aunque su sentido de la historia no era tan agudo como el de Marx, demostró poseer bastante buen criterio al presentar la insurrección de junio como un conflicto entre los «poseedores» y los «desposeídos», o como «una suerte de Guerra Servil»[21].

Naturalmente, este elemento no fue de ninguna manera peculiar de la multitud preindustrial. De mayor importancia aún fue su antipatía hacia la innovación capitalista. A medida que el mercantilismo y el deseo de «progreso» invadían las aldeas, las tierras públicas eran

* Véanse pp. 172-174,182-183

divididas y cercadas, se levantaban barreras de portazgo y el trigo era almacenado en graneros y retirado de la circulación, al mismo tiempo que los precios seguían los vaivenes de la oferta y la demanda hasta encontrar su nivel «natural». Asimismo, a medida que se desarrollaba la industria, las maquinarias que ahorraban trabajo eran introducidas en las minas y las fábricas y los salarios, al igual que los precios, encontraban un nivel «natural» a través de un forcejeo directo entre los maestros y sus obreros. Así, gradualmente la antigua legislación protectora contra el cercado, la acaparación y el monopolio, así como también las leyes que autorizaban a los magistrados a fijar precios y salarios, fueron revocadas. Entonces, las viejas nociones del precio y el salario «justos» impuestos por la autoridad o sancionados por la costumbre, dieron paso a las nuevas y predominantes ideas de salarios y precios «naturales» dentro de un mercado libremente competitivo. La transformación abarcó un lapso de más de 150 años y siguió un curso muy similar en Francia y en Inglaterra. En Inglaterra comenzó antes pero en Francia recibió un fuerte impulso durante las décadas de 1760 y 1770 y en la legislación de la Revolución. En ambos países el proceso estaba ya cumplido hacia 1800, pero en ambos también quedaban resabios de antiguas prácticas. En Francia, en la supervivencia de muchas de las tradiciones colectivas de la aldea y en Inglaterra en el *Speenhamland System*, por el cual los salarios de los trabajadores agrícolas siguieron dependiendo de las contribuciones a la Iglesia hasta la década de 1830[22].

Hemos visto ya cómo los pequeños consumidores y productores urbanos y rurales reaccionaron ante estas innovaciones. Adhiriendo porfiadamente a la antigua legislación paternalista y proteccionista a medida que ésta era gradualmente abandonada por sus gobernantes, apelaron al Parlamento, a los magistrados y hasta al rey para restablecer o poner en vigencia la antigua legislación: prohibir el cercado, eliminar las barreras de peaje, autorizar a los jueces para fijar precios y salarios y reglamentar la provisión y distribución de pan y de hari-

na. Durante la Revolución Francesa fueron aún más lejos e insistieron en que debía fijarse un *maximum* general para todos los artículos de consumo, tendiendo así a lograr una economía más centralizada que la que hubiesen podido contemplar cualquiera de las antiguas leyes o estatutos. Asimismo denunciaron a los hacendados y comerciantes como acaparadores o *accapareurs* y en Francia, desde la época de Luis XV se mantuvo la persistente creencia popular de que se había planeado deliberadamente un *pacte de famine* para hacer sufrir hambre al pueblo. En Inglaterra encontramos una tendencia similar expresada en un panfleto distribuido en Retford en 1795:

> Esos crueles Villanos, los Molineros, Panaderos, etc., elevan la harina al precio que les place por un Complot con el propósito de provocar un Hambre Artificial en una tierra de abundancia[23].

En ocasiones, encontraron sus aliados entre una generación mayor o más conservadora o entre aquellos que se oponían al gobierno: entre los magistrados y hacendados o, como en Francia, en los *parlements* del Antiguo Régimen. A veces estos aliados reeditaban o aplicaban los antiguos métodos (hemos visto ejemplos de las revueltas de 1766 y 1775). Si ello no se producía, el pueblo tomaba la ley en sus propias manos. Hemos destacado el éxito de las revueltas del hambre y contra los cercados en el siglo XVIII, la destrucción de maquinarias de los ludistas y obreros de 1830, las travesuras de las «hijas de Rebeca» a principios de la década de 1840 y hasta (aunque en este caso el objetivo no era ni los alimentos ni los salarios) las depredaciones de los revoltosos «anticatólicos» en Londres. Y era opinión general que tales actos, lejos de merecer censura o violentas represalias, estaban moralmente justificados y se realizaban como una especie de solemne deber público. Porque si el Rey, mal aconsejado por sus ministros, «violaba su juramento de coronación» exaltando a los católicos o los magistrados no hacían uso de sus poderes para aplicar los antiguos estatutos ¿quién sino el pueblo

podía arreglar las cosas? Ned Ludd, desde su despacho en el bosque de Sherwood, proclamaba seriamente el derecho a destruir los telares de los medieros según los términos de la carta de la Compañía de Tejedores[24]. También acontecía que la gente esperase recompensas por cumplir con aquellos deberes. Hemos visto cómo los revoltosos de «Swing» cobraban ciertas tarifas por destruir las trilladoras; los insurrectos de Gordon recolectaban dinero «para la pobre Turba» y los «asesinos» de París exigían su retribución en alimentos y bebida.

Una de las consecuencias de todo esto fue que se introdujo aún más profundamente una cuña entre la multitud revoltosa que adhería a estas viejas costumbres y la clase media progresista, radical o revolucionaria o la aristocracia liberal. Wilkes tuvo la suerte de no verse obligado a enfrentar este problema, ya que Londres y Middlesex estaban relativamente libres de revueltas del hambre o de cercado. Pero Voltaire, como vimos, no pudo dejar de llegar a la conclusión de que los revoltosos del hambre de 1775 —que tan evidentemente ayudaban a minar las reformas de Turgot— estaban pagados por sus opositores políticos. Gibbon Wakefield, en 1830, se las arregló para eludir la cuestión al dar por sentado que la destrucción de maquinarias y el incendio de parvas por parte de los trabajadores sólo demostraban su hostilidad hacia sus enemigos, los señores y el clero de la Iglesia de Inglaterra, al mismo tiempo que indicaba su respeto por las propiedades de sus amigos, los arrendatarios. Los revolucionarios de la clase media francesa de 1792-1794 no pudieron hacerse tales ilusiones: la hostilidad de los pequeños campesinos y *sans-culottes* hacia el libre comercio del trigo, el pan, la carne y el vino, ayudó a sacar del poder a los girondinos —los más decididos defensores del *laissez-faire*— y contribuyó, un año más tarde, a derrocar a sus sucesores jacobinos[25].

Íntimamente vinculada a la preocupación por la «justicia» estaba la creencia en el Rey como protector o «padre» de su pueblo. Siendo Inglaterra una monarquía parlamentaria, la tradición era hilar fino y los reclamos de protección, en casos como los que hemos enumerado

más arriba, eran dirigidos con mayor frecuencia al Parlamento o a los jueces que al Rey en persona. En países gobernados por una monarquía absoluta, sin embargo, el Rey era símbolo y fuente de toda justicia y legislación y la creencia en su paternal benevolencia persistía aún a través de períodos de revolución y revueltas campesinas, cuando los ministros del Rey habían caído en descrédito y el poder real mismo estaba en decadencia. Abundan los mitos folklóricos acerca de la generosa preocupación por su pueblo de emperadores, sultanes, zares y reyes franceses, desde San Luis hasta Enrique IV y Luis XVI. «No disparéis sobre nosotros», gritan los campesinos rebeldes del Volga al general enviado para masacrarlos, «estáis disparando sobre Alejandro Nikoleyevitch, estáis derramando la sangre del Zar.»[26] En Francia, los campesinos de Burdeos de 1674 se rebelaron contra el impuesto a la sal en nombre del rey; los que participaron en las revueltas del hambre de 1775 estaban convencidos de que tenían derecho a negarse a pagar los elevados precios exigidos por hacendados, molineros y panaderos porque, según creían firmemente, el Rey había ordenado que se pagase un precio «justo»; y los campesinos de 1789 exhibían «órdenes» presuntamente expedidas por Luis XVI mismo a fin de justificar legalmente sus ataques a los castillos de los señores. Naturalmente, tal paradójico estado de cosas no podía durar eternamente. La Revolución debía, tarde o temprano, reimplantar estas antiguas nociones en función de la «Iglesia y el Rey» (como en la Vendée) o desterrarlas por completo. La guerra, sobre todo, expuso al Rey y no sólo a sus ministros, al repudio general y eventualmente al merecido cargo de traición. Es notable sin embargo, que su popularidad entre la gente común haya sobrevivido a tantas crisis y que aún en junio de 1792 (tres años después del comienzo de la Revolución), la multitud que invadió las Tullerías y obligó a Luis a brindar por «la Nación», mezclara a su vulgar familiaridad un resto de reverencia. Pero después de la caída de la monarquía en agosto, no fue un dirigente individual sino la Asamblea Nacional o la «Montaña sagrada» (los jacobinos) quien reemplazó

al Rey como figura popular y paterna. Es así como en las revueltas del hambre de 1792 nos encontramos con que los campesinos y artesanos del Beauce que fijaban los precios no invocaban —como los campesinos de 1789— la autoridad del Rey sino la de la Convención Nacional recientemente elegida[27].

En Inglaterra, otro tema reiterado constantemente en la ideología popular es el del «derecho de nacimiento» o las «libertades» del hombre inglés. La convicción de que los ingleses eran «libres» y no «esclavos» y no sufrían hambre o usaban «zuecos» —como los extranjeros en general y los extranjeros católicos en particular— estaba profundamente arraigada y ello había sido así desde los conflictos religiosos y sociales de los siglos XVI y XVII. Durante la campaña realizada contra la *Gin Act* de 1736, una circular dirigida a los destiladores londinenses declaraba: «Si somos ingleses, demostremos que tenemos temple inglés y que no nos sometemos dócilmente al yugo que quieren imponernos». Este tema recorre, en una forma u otra, todas las revueltas inglesas de la época y está vinculado también a la actitud predominante hacia el delito, de la cual ya hemos hablado[28]. Se vincula también al chauvinismo o a la xenofobia popular con que las multitudes londinenses, en el siglo XVIII, se unieron a la causa de ciertos dirigentes nacionales belicosos como el primer Pitt y sus aliados de la City y rechazaron las aperturas más pacíficas de hombres como Walpole, Bute y los duques de Newcastle y Bedford. Antes y durante las guerras francesas de fin de siglo, este sentimiento ayudó a promover la causa de la «Iglesia y el Rey», mientras que reformistas como Priestley en Birmingham y Thomas Walker en Manchester eran tildados de amigos de los franceses. Sólo los americanos, cuando estuvieron en guerra con Inglaterra, escaparon a este tipo de xenofobia. No existen pruebas de antiamericanismo entre los otros prejuicios populares expresados en tiempos de las revueltas de Gordon. Quizá no sea difícil dar con la razón. ¿Acaso los americanos no compartían con los ingleses un común «derecho de nacimiento» e idéntica preocupación por la «libertad» y la «causa protestante»?

No sólo se trataba de defender las «libertades» inglesas existentes contra los ataques extranjeros. Habría otro problema, mayor aún: devolverles su «prístina pureza» dentro del país. También en este caso se apeló constantemente a los precedentes, a las glorias de un pasado distante o imaginario antes que a las posibilidades ofrecidas por el presente. La Magna Carta, el Complot Católico, la Declaración de Derechos y la «Gloriosa Constitución» de 1689 recordaban que estas «libertades» habían sido constantemente defendidas contra la tiranía interna. Pero una de las convicciones más notablemente persistentes fue la de que las «libertades» perfectas habían existido bajo el reinado de los reyes sajones y que les habían sido arrebatadas, junto con sus tierras, a los ingleses «libres», por los caballeros normandos invasores dirigidos por Guillermo el Bastardo en 1066. Este mito del «yugo normando» persistió hasta la época cartista y fue perpetuado por generaciones de Niveladores, *whigs* enrolados en los «principios revolucionarios» radicales londinenses del siglo XVIII y demócratas nutridos en las doctrinas más recientes de la «soberanía popular» y los «derechos del hombre». En 1780, el mismo comité de reformistas de Westminster cuyas exigencias anticiparon en medio siglo los Seis Puntos de la Carta, reclamaron la «restitución» de la representación igualitaria, los Parlamentos anuales y el sufragio universal que (según decían) «habían sido disfrutados esencialmente en tiempos del inmortal Alfredo»[29]. En 1793 circuló en Londres un panfleto protestando contra el uso de casas «señuelo» y otras medidas gubernamentales opresivas. En él se formulaba la siguiente pregunta: «¿Hubiéramos debido sufrir tales atrocidades en tiempos de Alfredo?...» «¿Para esto derramaron su sangre Sydney y Russell?»[30]. Los miembros de las sociedades radicales inglesas en la década de 1790 llevaban vestiduras sajonas y se organizaron en divisiones basadas en los tythings *sajones*, y John Frost, después dirigente cartista, atribuía en 1822 las desigualdades en la distribución de las riquezas a «la depredación de Guillermo el Bastardo»[31]. Estas nostálgicas teorías no eran exclusivas de los ingleses. Mientras éstos añoraban

las «libertades» sajonas y los galeses convocaban a los Hombres de Harlech para echar a los «hijos de Hengist», los franceses de la Revolución buscaban la «pristina pureza» de las costumbres e instituciones republicanas de los días de la antigua Roma*.

También las ideas religiosas y milenaristas desempeñaron cierto papel en los disturbios populares. El milenio podía asumir una forma secular o religiosa, aunque (a diferencia del ideal wesleyano) existía la convicción general de que habría de realizarse en la tierra y no en el cielo. Las fantasías milenaristas se esconden, sin duda, detrás de muchas de las acciones de los pobres durante el transcurso de la Revolución Francesa, pero en ninguna de ellas son tan evidentes como en la súbita esperanza que surgió entre ellos ante la noticia de que los Estados Generales habrían de reunirse en el verano de 1739. La noticia fomentó lo que los historiadores franceses, desde Taine, han llamado la *grande espérance*: la esperanza de que al fin las promesas pasadas se cumplirían y las cargas, sobre todo la odiada *taille*, serían levantadas de las espaldas de los campesinos, al mismo tiempo que comenzaría una nueva era dorada. El estado de exaltación así engendrado produjo igualmente su corolario: la convicción, una vez que estas esperanzas parecieron peligrar, de que su realización estaba siendo frustrada por un *complot aristocratique*. Se ha sostenido que este fenómeno dual explica en gran parte el fervor casi místico con que el *menu peuple* persiguió a sus enemigos «aristocráticos» durante la Revolución[32]. O, como en Inglaterra, las fantasías milenaristas podían envolverse en el ropaje de la imaginería poética del «Jerusalem» de Blake o de las extravagancias apocalípticas de un Richard Brothers, cuyo *Conocimiento Revelado de las Profecías y los Tiempos* se publicó en Londres a principios de 1794. Fue ésta una época en la cual las ideas jacobinas estaban aún abriéndose paso entre las «clases bajas», y se ha dicho

* También los aristócratas franceses habían invocado, antes de la Revolución, las «libertades de los nobles francos libres»; pero probablemente ello tuvo escasa influencia en la mitología popular.

que hombres como Brothers, que mezclaban sus disertaciones acerca de «la prostituta de Babilonia» y el «Anticristo» con denuncias de los nobles y poderosos, pueden haber alimentado aspiraciones políticas similares a las sustentadas por *Los Derechos del Hombre* de Tom Paine[33]. Pero las ideas milenaristas, si bien podían en ciertas circunstancias estimular más que debilitar un movimiento político ya existente, podían también actuar como antídoto contra la militancia popular o como consuelo ante una derrota política. Bien pudo haber sido esto lo que sucedió en Francia después de Waterloo y en Inglaterra en 1838, en el extraño caso de «la batalla de Bossenden Wood»[34].

En este último caso, cierto número de obreros de Kent creían implícitamente que su líder, el espurio Sir William Courtenay, era el Mesías. Pero este es sólo uno de los disfraces con los cuales puede presentarse el motivo religioso en las revueltas. Otras veces, aunque abiertamente proclamado, podría no ser tan profundo como se le pretende hacer aparecer o, por el contrario, podría estar inmerso bajo la superficie de los hechos. Son ejemplos evidentes del primer tipo las revueltas anticatólicas, los ataques de la «High Church» a los temoplos y capillas metodistas y presbiterianos y las explosiones urbanas «por la Iglesia y el Rey». Independientemente de sus implicaciones sociales, tales movimientos nunca fueron exactamente lo que aparentaron ser. Hemos visto ya que los caóticos lemas «destruyamos a los presbiterianos» y «abajo los católicos» aparecieron juntos en las revueltas de Birmingham. Y uno de los condenados a muerte por haber participado en las revueltas de Gordon, respondió al ser interrogado: «Maldito sea, yo no tengo religión, pero debo mantenerme firme por el bien de la causa»[35]. No se trata, precisamente, de que en tales movimientos el elemento religioso no existiese o fuese un mero ropaje para ocultar otras cuestiones (aunque algunos contemporáneos lo creían firmemente) sino de que en ellos los motivos religiosos, políticos y sociales están sorprendentemente entremezclados. Quizás, en vista de su declarado propósito de mantener una Iglesia establecida como parte integrante de un orden establecido, debamos tra-

tarlos menos como movimientos religiosos que como manifestaciones políticas antirradicales.

El caso varía algo cuando una tradición religiosa disidente sirve de tendencia oculta más que de declarado objeto de perturbación. En Londres, y particularmente en el West Country inglés, la disidencia religiosa y el radicalismo popular han estado largamente vinculados. Y el metodismo, aun cuando declaraba rechazar la revuelta y poner sus esperanzas en el cielo, trajo consigo un nuevo fervor y un objetivo moral que, tarde o temprano, habrían de dejar su huella en los movimientos sociales populares. Tal fue sin duda el caso en Inglaterra y en Gales durante los disturbios de 1830 y 1840. En las revueltas de «Swing» y de Rebeca así como también en el movimiento cartista galés, el disconformismo protestante, tanto el wesleyano como el otro, desempeñó su papel[36].

Tampoco debemos dar por supuesto que las ideas racionalistas y seculares como los «derechos del hombre» y otros productos de la Ilustración debieran, al ser aprehendidas por el pueblo, servir necesariamente de antídoto a la religión. Esta fue sin duda la intención de muchos pensadores racionalistas y reformistas o revolucionarios aristocráticos o de clase media en Inglaterra y Francia durante el siglo XVIII y hubo momentos durante la Revolución Francesa en que parecieron tener éxito. Por cierto que el monopolio y la autoridad de la Iglesia Católica establecida fueron sucesivamente minados y destruidos, para no recobrarse jamás. Las multitudes parisienses organizaron manifestaciones al grito de *A bas la calotte!* (¡Abajo los curas!) y ayudaron, en el momento álgido de la «descristianización» durante el otoño de 1793, a cerrar todas las iglesias de la ciudad. Pero el movimiento antirreligioso (a diferencia del anticlerical) fue relativamente efímero. Todavía en junio de 1793, los parisienses del revolucionario barrio de San Antonio realizaron manifestaciones en defensa de su derecho a preservar la tradicional procesión de Corpus Christi y hasta el mismo Robespierre trató de ganar el apoyo popular para el Gobierno Revolucionario propugnando un culto religioso absolutamente nuevo, el Culto del Ser Supremo. Este fue sólo el más publici-

tado de los numerosos intentos de simular una fusión entre la religión y las ideas políticas corrientes. En muchos distritos, el pueblo mismo tomó la iniciativa y la Revolución asistió a la resurrección de nuevos cultos religiosos. Solemnes ceremonias, acompañadas de todo el misticismo de las antiguas prácticas religiosas, fueron dedicadas a los nuevos «santos» locales o a los grandes mártires populares de la Revolución: Marat, Chalier y Lepeletier[37]. Pero una vez concluida la Revolución, estos cultos parecen haber dejado escasas tradiciones y ni ellos ni la Iglesia Católica reimplantada, ni los grupos religiosos minoritarios, parecen haber desempeñado un papel significativo en las revoluciones de 1830 y 1848.

El análisis podría ser profundizado más aún, pero en consideración al azoramiento y a los sentimientos del lector, propongo detenerlo aquí. Lo que hemos examinado es una rica diversidad de motivos y creencias, a través de los cuales las cuestiones económicas y las apelaciones a los derechos consuetudinarios coexisten con las nuevas concepciones acerca del lugar del hombre en la sociedad y con la búsqueda del milenio. Semejante mezcla de creencias y aspiraciones aparentemente contradictorias no es, en modo alguno, un rasgo peculiar de la multitud preindustrial sino que aparece con la misma claridad, aunque con diferentes énfasis y variaciones, en los disturbios actuales y en los de las épocas antigua y medieval. Pero a través de la confusión surge cierta pauta común, peculiar de la época. No obstante, difícilmente seremos conscientes de ello a menos que ubiquemos las revueltas y rebeliones dentro de su contexto histórico y comparemos las de comienzos y mediados del siglo XVIII con las de la Revolución Francesa y con las que siguieron. Y aun cuando lo hagamos, no veremos una gradual y firme desaparición de las apelaciones a las costumbres y a las fantasías milenaristas; éstas persistieron, aunque por momentos con menor vigor, a lo largo de todo el periodo que nos ocupa. Pero hay significativos puntos de cambio en los cuales entran las nuevas concepciones y —aunque sin eclipsar totalmente las antiguas ideas— las transforman o reducen su importancia relativa. Tales puntos de cambio son la revolución de 1789

en Francia y el desarrollo de movimientos obreros independientes en la década de 1830.

Recientemente, el profesor Reinhard Bendix ha enfatizado el contraste entre los tipos de protesta popular que surgieron en el período «predemocrático» y los que se produjeron en el período «democrático» de la historia de Europa occidental[18]. El punto tiene importancia porque una vez que las nuevas y esencialmente progresistas ideas de los «derechos del hombre» y la «soberanía popular» hubieron prendido en la imaginación popular, las revueltas y los disturbios tendieron a adquirir una nueva dimensión y a asumir un contenido social e ideológico estable, del que habían carecido anteriormente. Pero de la misma manera, la naciente sociedad industrial en Francia e Inglaterra creó una clase obrera industrial, movimientos obreros e ideas políticas de clase obrera. Así, otras ideas nuevas y otras fuerzas sociales, desconocidas en 1789, comenzaron a entrar en escena. Hemos visto ejemplos de ello en la revolución francesa de 1848 y en el movimiento cartista inglés. Estos peldaños no son menos significativos porque muchas de las antiguas y atrasadas ideas persistiesen aún, ni porque las formas antiguas continuaran dándose la mano con las nuevas. Además, las creencias tradicionales podrían, en vez de ser abandonadas, transformarse y adaptarse para satisfacer nuevas necesidades. En este sentido, no existe ruptura radical entre el antiguo deseo de «protección» y el ideal socialista de una sociedad más cabalmente colectivista.

Fue así como, gradualmente, la pauta de la protesta popular y las ideas que la sustentaban sufrirían un gran cambio. En 1848 este proceso no había sido aún completado pero la nueva multitud «industrial», con su rico bagaje de conceptos progresistas, aparecía ya claramente en el horizonte.

Notas

1. M. Mortimer-Ternaux, *Histoire de la Terreur*, 8 vols., Paris, 1862-1881. VIII, 455; H. Taine, *Les origines de la France contemporaine. La Revolution*, 3 vols., Paris, 1878, I, 129.
2. *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 191-193.
3. Archives de l'Oise, B 1584. (La traducción es mía.)
4. Para una discusión más amplia de las pruebas, véase mi obra *The Crowd in the French Revolution*, pp. 191-196.
5. Véase mi *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, p. 59.
6. E. J. Hobsbawm, «Economic Fluctuations and Some Social Movements since 1800», *Economic History Review*, 2.ª serie, V, i (1952), 8.
7. W. W. Rostow, *British Economy of the Nineteenth Century*, Oxford, 1948, p. 124.
8. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 201-207.
9. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, pp. 70-71.
10. A. Cobban, *The Social Interpretation of the French Revolution*, Londres, 1963, pp. 70-71.
11. A. Young, *Travels in France and Italy*, Everyman Library, Londres, 1915, pp. 172-173.
12. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 196-199.
13. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, Paris, 1958, pp. 505-648.
14. Arch. de la Préfecture de Police, Aa 429, fo. 441.
15. Thompson, *op. cit.*, pp. 149-157.
16. *Ibid.*, p. 185.
17. G. Loveless, *The Victims of Whiggery: A Statement of the Persecutions Experienced by the Dorchester Labourers*, Londres, 1837, p. 23.
18. Véase G. Rudé, J. Zacker, Sophie A. Lotte y A. Soboul, «I Sanculotti: una discussione tra storici marxisti», *Critica Storica*, I, iv (1962), 369-398.
19. Citado por D. G. Barnes, *A History of the English Corn Laws from 1660 to 1846*, Nueva York, 1961, p. 136.
20. *Old Bailey Proceedings* (Surrey Special Commission), Londres, 1780, p. 11.
21. *The Recollections of Alexis de Tocqueville*, ed. J. D. Mayer, Meridian Books, Nueva York, 1959, p. 150.
22. Véanse pp. 45 y 73 y Thompson, *op. cit.*, pp. 67-68.
23. Citado por Thompson, *op. cit.*, p. 67.
24. F. O. Darwall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, Londres, 1934, p. 170.

25. A. Soboul, *op. cit.*, pp. 1023-1031.
26. Citado por E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, p. 121.
27. M. Vovelle, «Les taxations populaires de février-mars et novembre-décembre 1792 dans la Beauce et sur ses confins», *Mémoires et documents*, N.° XIII, Paris, 1958, p. 137.
28. G. Rudé, «The London 'Mob' of the Eighteenth Century», *The Historical Journal*, II, i (1959), 13-14; Thompson, *op. cit.*, pp. 59-61.
29. Citado por S. Maccoby, *The English Radical Tradition 1763-1914*, Londres, 1952, p. 36.
30. *Old Bailey Proceedings* (1794), p. 1327.
31. C. Hill, «The Norman Yoke», en *Democracy and the Labour Movement*, ed. J. Saville. Londres, 1954, pp. 11-66; Thompson, *op. cit.*, pp. 84-88, 150. D. Williams, *John Frost: A Study in Chartism*, Cardiff, 1939, p. 50.
32. G. Lefebvre, *Quatre-Vingt-Neuf*, París, 1939, pp. 112-114.
33. Thompson, *op. cit.*, pp. 116-119.
34. P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood*, Londres, 1961. Véanse pp. 170-171.
35. *Old Bailey Proceedings* (1780), pp. 446-452.
36. Thompson, *op. cit.*, pp. 350-400.
37. A. Soboul, «Sentiment religieux et cultes populaires pendant la Révolution: saintes patriotes et martyrs de la liberté», *Archives de sociologie des religions*, julio-dic. 1956, pp. 73-86.
38. R. Bendix. «The Lower Classes and the 'Democratic Revolution'», *Industrial Relations*, I, i (oct. 1961), 91-116.

15 | La pauta de los disturbios y la conducta de las multitudes

Hemos considerado, hasta aquí, más bien los componentes de la multitud que la multitud misma. Discutimos las clases sociales, los grupos y los individuos de los cuales surgió la multitud preindustrial, los oficios a que pertenecían y las ideas y motivos que sustentaban sus actos. Pero hemos dicho poco aún acerca de la multitud como ente colectivo, acerca de las reacciones y conducta de sus integrantes como grupo y no nos hemos referido a lo que Le Bon —y Georges Lefebvre después de él— denominaron «unidad mental» o «mentalidad colectiva» de las multitudes[1]. Por cierto que algunos escritores, incluyendo a Le Bon mismo, enfatizan estos factores a expensas de todos los otros, tendiendo así a reducir la multitud a una pura abstracción o a una masa incipiente, desarraigada de sus amarras históricas y sociales. Pero negar estos factores en bloque tampoco significa ser más realista, ya que sólo cuando aparece en su forma más organizada o reglamentada —como en ocasiones estrictamente ceremoniales— puede decirse de la multitud que está constituida por la suma de sus partes[2].

Siendo ello así, debemos todavía formular ciertas preguntas referentes a los actos y conducta de la multitud. ¿Cuál fue la pauta de conducta de la multitud preindustrial y por qué tendió a comportarse de ciertas maneras y no de otras? ¿ Cómo se constituyeron los individuos o grupos en multitudes y cómo llegó un tipo de disturbio a transformarse en otro? ¿Cómo se desarrolló la «mentalidad colectiva» de la multitud, es decir, sus formas de violencia, audacia o heroísmo? ¿En qué medida fueron sus acciones organizadas o espontáneas? ¿Cuáles eran las relaciones de la multitud con sus dirigentes y cómo se transmitían los lemas o las órdenes de marcha? ¿Es acertada la opinión de que estas multitudes, como las otras, eran volubles, irracionales y propensas a entregarse a una violencia destructiva? He aquí los problemas que discutiremos o trataremos brevemente en este capítulo.

En capítulos anteriores hemos destacado ya la pauta general de la conducta de la multitud. Pese a que la multitud se comportaba de maneras diferentes ante situaciones diferentes, los elementos comunes eran la acción directa y la imposición de cierta forma de justicia «natural» elemental. Los huelguistas tendían a destruir las máquinas o «echar abajo» las casas de sus empleadores; los manifestantes de las revueltas del hambre, a invadir mercados y panaderías e implantar un control popular de los precios, o *taxation populaire*; los insurrectos rurales, a destruir los cercos y barreras de portazgo o las maquinarias y los asilos, o a incendiar las parvas del hacendado o del señor; y los insurrectos urbanos a destruir los templos y capillas de los disidentes, a atentar contra las casas y propiedades de sus víctimas y a quemar imágenes de sus enemigos políticos. En los grandes eventos revolucionarios, como los de 1789-1795, 1830 y 1848 en Francia, tales formas de acción iban acompañadas de otras en escala más heroica, como los asaltos armados a la Bastilla, las Tullerías o el Hôtel de Ville, o la erección de barricadas; pero la pauta general seguía siendo en esencia la misma. No obstante, hubo importantes desviaciones de esta norma y en las revueltas y disturbios de la era preindustrial comenzaron a surgir formas de acción vin-

culadas a épocas más recientes. En Manchester, por ejemplo, hubo en 1810 una huelga de hilanderos de algodón que se asemejó notablemente a las huelgas de épocas más recientes*; y en Francia el tipo moderno de disputa industrial parece haber sido más frecuente que en Inglaterra. La petición había aparecido ya como centro de la acción popular. Hemos visto ejemplos de las disputas obreras londinenses de la década de 1760 y en Francia, una petición concebida en términos perfectamente «modernos» motivó la gran concentración y la posterior masacre del Campo de Marte.

Además de éstas hubo otras formas de acción más tradicionales, que pretendieron también persuadir más bien por medio de la manifestación pacífica que de la violencia. Se contaron entre ellas los grandes desfiles populares y las coloridas ceremonias que fueron casi tan típicas de la época como las apelaciones a la justicia «natural». Durante la agitación wilkista en Londres, los partidarios de Wilkes, tanto los pertenecientes a las clases «media» como «baja» desfilaron frecuentemente con banderas y a tambor batiente, entonando estribillos y desplegando los colores de su héroe. En una ocasión entre tantas, «un numeroso grupo de propietarios (de Middlesex), precedidos por una banda de música, con banderas al viento, marcharon a lo largo de Pall Mall y se detuvieron frente al Palacio, donde prorrumpieron en tres estruendosos "¡Hurra!" al mismo tiempo que la banda comenzaba a tocar». Una semana más tarde, la victoria de Wilkes en las elecciones sobre su opositor el coronel Luttrell fue saludada en la pequeña ciudad de Somerton en Somerset con tañido de campanas, iluminación y una solemne procesión encabezada por «2 preceptores de la Escuela de Gramática que representaban a la Libertad» y «45 caballeros letrados, con insignias azules»[3]. Manifestaciones similares, pomposas y ordenadas, fueron una característica corriente del París de antes y después de la Revolución de 1789 y fue el mismo despliegue de banderas y penachos flameantes el que treinta

* Véanse pp. 80-81.

años más tarde fue salvajemente desbaratado por el cuerpo de guardia del rey en St. Peter's Fields en Manchester. Porque, pese a sus pretensiones pacíficas, estos despliegues masivos y colectivos alarmaban a las autoridades y a las clases pudientes casi tanto como los actos de violencia. Hardy, el librero parisiense que comentó las procesiones casi diarias de comerciantes y obreros (hombres y mujeres) que recorrían los recodos de la Rue St. Jacques hasta la nueva Capilla de Ste. Geneviève en agosto y septiembre de 1789, hizo notar después de una de estas procesiones que «a mucha gente le pareció ver algo terrorífico en su organización, su composición y su número». Y bien puede ser que los alabarderos de «Peterloo» fuesen incitados a la huelga tanto por la disciplina de los tejedores de Manchester como por los lemas militantes inscriptos en sus banderas[4].

Estos temores no carecían de algún fundamento, ya que las manifestaciones ceremoniales podían —ya por un acto de provocación, ya por un giro imprevisto de los acontecimientos— transformarse en actitudes más violentas. Esto es tanto más posible cuanto que en ese momento las «clases bajas» o los *sans-culottes* carecían prácticamente de todo medio de agitación pacífica para asegurar una reparación de las injusticias. No sólo no tenían derechos políticos sino que las «combinaciones» y asambleas —lo que los franceses llamaban *attroupements*— estaban prohibidas por la ley y eran a menudo vigorosamente reprimidas. En consecuencia, el «estallido hostil» no corría mayores riesgos de represión que la manifestación pacífica. Además, la experiencia demostraba que un ataque súbito tenía más probabilidades de éxito que la prolongada agitación por medios pacíficos, es decir, a través de la negociación, la petición o los despliegues ceremoniales que, en todo caso, podían tener escasa relevancia fuera de las ciudades grandes como París o Londres, Lyon o Manchester. Por otra parte, en esa época los conflictos directos entre el gobierno o las clases poseedoras y las «clases bajas» se producían con mayor frecuencia en los distritos rurales ya que era allí donde se erigían cercos, donde las fábricas y las minas eran equipadas con maquinarias modernas y donde el alza

repentina del precio del trigo se hacía más evidente. De allí entonces que las circunstancias de la época no sólo fuesen una constante provocación al desorden popular sino que también tendiesen a determinar la naturaleza del estallido. Porque sería difícil imaginar una forma de protesta social más adecuada para las zonas rurales, aldeas mineras o pequeñas ciudades-mercado o aun para los suburbios de las nacientes ciudades fabriles, que recurrir a los métodos de acción directa o justicia «natural» practicados por Ned Ludd en Derbyshire y Cheshire, por Rebeca en el oeste de Gales, por los revoltosos de «Swing» en el sur de Inglaterra o por los campesinos franceses e ingleses de 1766 y 1775.

Pero no fueron sólo factores físicos los que determinaron la naturaleza de tales disturbios, porque de ser ello así ¿por qué habrían de prolongarse en ciudades como París y Londres durante el siglo XVIII o en Bristol y Nottingham hasta 1831? Debe buscarse una explicación más profunda en la supervivencia de las ideas y valores tradicionales. La difusión de las ideas políticas radicales habría de comprometer, durante el transcurso del siglo XIX, a pequeños comerciantes, artesanos y obreros fabriles, en la lucha por la obtención de los derechos políticos y por las grandes causas de los derechos del hombre y la hermandad de los seres humanos. Fue así ya durante la Revolución Francesa y en los años posteriores, cuando la lealtad popular hacia los individuos tendió a ceder el paso a la lealtad hacia las causas o las instituciones revolucionarias; y este proceso alcanzó una etapa posterior de desarrollo y se estableció más sólidamente durante las revoluciones y la agitación cartista de la década de 1840. No obstante, y hablando en general, este período estuvo caracterizado aún por el hecho de que la adhesión y la antipatía popular tendían a concentrarse no tanto en las causas o instituciones como en los héroes y villanos individuales. Así como la multitud tenía sus héroes, como Wilkes, Lord George Gordon, Marat o la semimítica Rebeca, tenía también sus villanos claramente identificables en la figura del empleador individual, el mercader, el acaparador, el panadero, el terrateniente o el oficial. Y estos hombres se convertían en el blanco natural de su venganza cuando bajaban los salarios, se elevaban los precios,

fallaban las cosechas o los derechos tradicionales se veían amenazados. Sólo gradualmente estos blancos personales fueron reemplazados o eclipsados por principios o causas y, consecuentemente, los antiguos métodos de la justicia «natural» comenzaron a desaparecer.

Pero el recuerdo y la tradición oral pueden haber desempeñado también cierto papel en la prolongación de la supervivencia de estas formas de acción después de la época en que podían haber sido más útiles y apropiadas. Hacia 1831 en Bristol y en 1842 en Stoke-on-Trent, por ejemplo, el «echar abajo» casas era un anacronismo y hacía años que ya no se producía en ciudades grandes como París y Londres. La *mystique* de las barricadas —útil arma de defensa popular en el París casi medieval de 1830 y 1848— persistió, después de que París hubo sido reconstruida bajo Napoleón III, en las luchas callejeras de 1871. Y la revolución de 1848 en Francia estuvo poblada por el hechizo de los recuerdos de 1789 y 1793. Los campesinos franceses que en 1775 y 1789 invocaban la autoridad del Rey para fijar precios e incendiar castillos, seguían la tradición de sus antecesores de Bordeaux, que cien años antes se habían levantado al grito de *Vive le Roi et sans gabelle!* Y la marcha de las mujeres hacia Versalles fue, en cierto sentido, una repetición de manifestaciones similares llevadas a cabo por los parisienses en 1709, 1775 y 1786, aunque sus consecuencias fueron mucho más impresionantes.

En Inglaterra, los incendios deliberados y particularmente el incendio de las parvas de trigo o de heno, era un arma muy usada en las disputas agrícolas. «Breve argumento, el fuego», escribió Carlyle que, como Gibbon Wakefield, pudo elogiarlo al menos por su eficacia. El incendio era reconocido como un método peculiarmente inglés y todavía en 1854 (cuando no había perdido aún su prestigio en la campaña inglesa*) un italiano, figura prominente en la *Eureka Stockade* australiana, habla del «co-

* De 2.255 ingleses varones desterrados a Australia en 1846-1847, 89 lo fueron por incendiarios; en 1852, la proporción fue de 32 en 2.422 y este fue el último año de deportaciones (Tasmania State Archives, MSS 2/282 - 2/321).

nocido grito de guerra de los ingleses: ¡Fuego! ¡Fuego!» y agrega que «las gentes inglesas en general toman la espantosa Calamidad del Fuego como una fiesta y se divierten enormemente con ella»[5]. Hemos visto también que la destrucción de maquinarias, la demolición de casas y la aplicación del control popular sobre los precios en las revueltas del hambre eran métodos que tuvieron una historia de 150 años o más. En ciertas revueltas rurales, como las francesas de 1789, los disturbios siguieron sendas muy holladas y tradicionales. El recuerdo y la tradición oral, así como también las condiciones materiales o las relaciones sociales del momento, sirvieron para perpetuar las formas de los disturbios populares.

Pero aunque las revueltas tendieron a seguir pautas tradicionales, aun las más efímeras de entre ellas rara vez se presentaron absolutamente determinadas. Hasta una huelga local o una revuelta del hambre cobraba impulso a partir de comienzos menos violentos y tenía puntos de partida claramente definidos, un punto culminante y un final. Las excepciones fueron las acciones militares más organizadas, como el asalto al Palacio de las Tullerías en agosto de 1792, o los disciplinados desfiles de obreros convocados por los clubes parisienses en 1848; pero estas acciones no eran típicas de la conducta de la multitud, porque en estos casos los participantes respondían casi desde el principio hasta el fin a las órdenes de líderes reconocidos. En su forma más característica, la revuelta o rebelión surgió de incidentes relativamente leves en un mercado, una taberna, una panadería, una carnicería o una vinería o bien fue «desencadenada» por una palabra dicha al azar o por un acto de provocación. Por estos y por otros medios, la revuelta podía entonces asumir una dimensión y un impulso que nadie, ni siquiera los dirigentes más experimentados, hubiese planeado o esperado. Estos casos fueron frecuentes en Francia y en Inglaterra, tanto antes como después del estallido de la Revolución Francesa, cuando grupos de pequeños consumidores reunidos en almacenes y mercados se transformaban en manifestaciones masivas, ataques a la propiedad y hasta insurrecciones o rebeliones generales. En Francia, hacia fines de abril de 1775, la ne-

gativa de los cargadores de la pequeña ciudad-mercado de Beaumont a pagar los elevados precios exigidos por los comerciantes «detonó» un movimiento que, quince días más tarde, rodeó la capital y media docena de provincias adyacentes. En Londres, en junio de 1780, la negativa del Parlamento a considerar la petición anticatólica de la Asociación Protestante transformó a las multitudes reunidas en Westminster en bandas de iracundos revoltosos que se adueñaron de las calles de Londres por una semana. En 1830, vimos cómo la introducción de las máquinas trilladoras en una aldea de Kent desencadenó un amplio movimiento de destrucción de maquinarias e incendios deliberados, que se extendió a más de una docena de condados. Y tanto las revueltas ludistas como las de Rebeca tuvieron su origen en episodios similares*.

Para ejemplificar este punto podríamos tomar una vez más la Revolución Francesa como modelo, particularmente en sus etapas iniciales, antes de que la Guardia Nacional, los clubes populares y las asambleas Seccionales hubiesen creado un marco dentro del cual el desafío a la autoridad podía organizarse sistemáticamente. Las grandes insurrecciones parisienses de julio y octubre de 1789 proporcionan ejemplos clásicos del tipo de transformación que estamos describiendo. En la primera, una multitud dominguera de transeúntes más o menos pacíficos, reunida en el Palais Royal, fue imbuida de ardor revolucionario por la noticia de la destitución de Necker y el llamado a las armas formulado por los oradores al servicio o *entourage* del duque de Orleans. A ello siguió una serie de acontecimientos que no podrían haber sido planeados o previstos ni siquiera por los más astutos, perspicaces y decididos de los enemigos de la corte: los desfiles a lo largo de los bulevares, con bustos de Necker y Orleans; el asalto a las aduanas y al monasterio de St. Lazare; la búsqueda de fusiles en las armerías, conventos y arsenales; las manifestaciones masivas frente al Hôtel de Ville, donde se estaba constituyendo el nuevo gobierno municipal; el ataque al Hôtel des Invalides

* Véanse pp. 72, 99-100, 188-191, 198.

en busca de armas para la milicia de los ciudadanos que se acababa de crear; y finalmente (en parte planeado, aunque fundamentalmente resultado de una serie de hechos fortuitos), el asalto frontal a la Bastilla, que cerró la primera etapa de la Revolución.

En octubre el proceso de crecimiento y desarrollo de la Revolución fue similar, aunque las etapas finales de la insurrección tienen ya el sello de una dirección política más consciente. Por cierto que para la mayoría de las amas de casa y mujeres del pueblo que se unieron a las manifestaciones en demanda de pan en la mañana del 5 de octubre —así como también para el observador casual— las escenas iniciales de la insurrección pueden haber parecido sólo una continuación de toda una serie de manifestaciones similares acaecidas en septiembre. Aun la invasión masiva del Hôtel de Ville fue nada más que una repetición en mayor escala de las formas similares de protesta de las semanas anteriores. Pero la marcha de las mujeres hacia Versalles (en parte resultado de semanas de agitación por parte de los «patriotas» y en parte fruto de la intervención de Stanislas Maillard y sus *volontaires de la Bastille*) confirió a su manifestación un sentido enteramente nuevo, un sentido político. A partir de ese momento, aunque profesando aún objetivos principalmente económicos, se mezcló con la insurrección política iniciada por los «patriotas» y apoyada por los contingentes de la Guardia Nacional parisiense[6].

Estos ejemplos nos recuerdan que aun durante los períodos de efervescencia revolucionaria, cuando los grupos políticos se disputaban el apoyo popular, los disturbios rara vez seguían pautas cuidadosamente predeterminadas, con la excepción, naturalmente, de las cuestiones militares o ceremoniales que ya hemos mencionado. En todos los casos el elemento fortuito desempeñó un papel notablemente persistente y ello niega las afirmaciones de muchos historiadores de la época y posteriores, de que tales movimientos fueron el resultado de «conspiraciones» perfectamente planeadas. Hasta cierto punto, entonces, debemos asignar considerable importancia al origen, desarrollo y culminación de los disturbios populares.

Pero debemos también cuidarnos de llevar las cosas demasiado lejos. Si bien hemos enfatizado las imprevistas derivaciones de las insurrecciones parisienses de 1789, debemos puntualizar también que no hubo nada puramente fortuito en los hechos mismos. En ambas ocasiones, los actos de provocación del partido de la corte en Versalles sirvieron evidentemente de «detonador» para desatar los disturbios que se produjeron en las calles de la capital, pero no podrían haberlo hecho sin la existencia de una larga serie de incidentes anteriores que les confirieron sentido y —sobre todo— si el clima político para la rebelión no hubiese estado ya bien preparado. En realidad, las ideas políticas predominantes y la clase de «creencias generalizadas» discutidas en el capítulo 14 fueron elementos esenciales sin los cuales no hubiese habido respuesta, y menos aún una gran respuesta popular, ante los actos de la corte. También los ataques de los campesinos a los *châteaux* en el verano de 1789 fueron «detonados» por el rumor de que se aproximaban «bandidos», rumor que a su vez fue «detonado» por las circunstancias que rodearon la caída de la Bastilla en París. Pero esta secuencia de hechos, totalmente fortuita e imprevista en sí misma, no podría haberse producido sin el profundo odio tradicional de los campesinos hacia los deberes y obligaciones señoriales y las esperanzas de reivindicación que había despertado la convocación de los Estados Generales en Versalles.

Casi tan notable como ello, aunque aparentemente incongruente, es la sucesión de causa y efecto que vincula la epidemia de cólera de París en 1832 con la insurrección obrera armada de ese año. El cólera se cobró 39.000 víctimas, muchas de ellas habitantes de los tugurios de las calles adyacentes a los mercados centrales y al Hôtel de Ville. Se rumoreó que el gobierno de la *bourgeoisie* había infectado deliberadamente el agua y envenenado a los internados en hospitales y cárceles. En cuanto a los historiadores, vieron en el levantamiento de junio el resultado del pánico y el odio así engendrados[7]. También en este caso (si aceptamos la hipótesis) debemos distinguir entre el «detonador» y la causa subyacente, porque parece difícil que ni siquiera el terror provocado por el cólera

hubiese podido conducir a los hechos de junio sin la crisis económica, la pobreza, la corrupción y los amargos odios que acompañaron a la revolución de 1830.

Asimismo, hasta en los levantamientos aparentemente más espontáneos existió siempre cierto grado de unidad, impuesta no sólo por las ideas subyacentes o «creencias generalizadas» sino también por los lemas, los dirigentes o cierta forma de organización elemental o más desarrollada. Hemos destacado ya el papel desempeñado por eslóganes como «Wilkes y Libertad», «Abajo el catolicismo y los zuecos», «Viva el Tercer Estado» o «Por una República democrática y social». Estos lemas contribuyeron, sin duda, a moldear y dirigir la opinión. Así como las «creencias generalizadas» más difundidas fueron fundamentales para preparar un clima militante de opinión, así como también estos lemas sirvieron para unificar a la multitud misma y para dirigir sus energías hacia blancos y objetivos precisos. Es probable que este hecho no fuese tan evidente en las huelgas y en las revueltas del hambre, cuando las cuestiones en discusión eran bastante claras, sobre todo para aquellos que sentían el aguijón de los bajos salarios y del aumento de los precios, pero en las manifestaciones políticas constituyeron un medio eficaz para reunir partidarios y aterrorizar o desalentar a los opositores. Las escarapelas y banderas servían para fines similares. La campaña wilkista londinense parece haber debido gran parte de su éxito a la distribución de «insignias» adornadas con el color azul de los wilkistas (este color reapareció en las revueltas anticatólicas de 1780), y ya hemos visto el papel que desempeñó la escarapela tricolor y el *bonnet rouge* en 1789 y la bandera roja de los clubes socialistas en 1848. Por estos medios fue posible reunir a grupos e individuos de variados motivos y creencias en apoyo de una causa común y centralizar sus protestas sobre un blanco común.

Por supuesto, esta unidad se ponía aún más en evidencia cuando los que tomaban parte activa en los hechos eran miembros de la misma organización. En una época anterior a la aparición de los sindicatos, los

partidos políticos o las hermandades de consumidores, una organización de este tipo rara vez era completa. También en este caso la excepción se daba cuando los insurgentes estaban organizados en unidades militares, como la Guardia Nacional que asaltó las Tullerías o la milicia de *sans-culottes* que expulsó a los diputados girondinos de la Convención Nacional en junio de 1793. Las cosas fueron algo diferentes en la Bastilla, donde sólo una parte de los insurrectos pertenecía a las fuerzas armadas. Hubo también casos, aun en el siglo XVIII, en que los que tomaron parte en las disputas industriales estaban organizados en sindicatos. Vimos ya en capítulos anteriores que este fue el caso de los obreros del papel, los carpinteros y los impresores franceses y los sombrereros, sastres y tejedores londinenses y que, durante la Revolución, las *compagnonnages* o «combinaciones» obreras desempeñaron cierto papel en la huelga de los carpinteros de 1791. En las huelgas y revueltas rurales, la comunidad aldeana proporcionaba siempre un elemento de organización. En París, hacia 1793, los *sans-culottes* habían llegado a adquirir un grado de organización política a través de sus sociedades populares y asambleas seccionales que no era muy diferente del otorgado más tarde a sus miembros por los partidos políticos. Algo parecido les aconteció a los pequeños propietarios de Middlesex en tiempos de Wilkes y a los artesanos londinenses de la Corresponding Society de Hardy. En todos estos casos, sin embargo, la experiencia fue relativamente efímera y fue recién en 1830 que las formas estables de organización popular no sólo hicieron una breve aparición sino que perduraron. Naturalmente, su advenimiento afectó la forma y la pauta de los disturbios populares. El antiguo tipo de revuelta del hambre y los levantamientos espontáneos como los de las ciudades alfareras en 1842 se habían convertido en la excepción; y vimos ya la sólida contribución hecha por los clubes y las organizaciones obreras a los acontecimientos de 1848 en París y por los gremios y la Asociación Nacional de la Carta al cartismo, en Inglaterra*.

* Véanse capítulos 11 y 12.

También los dirigentes contribuyeron a dar a la multitud cohesión y unidad y a guiar y dirigir sus energías. Pero probablemente no disfrutaron jamás de la solitaria eminencia ni desempeñaron el sobresaliente papel que en tales hechos les adjudicaron Taine y Le Bon y otros defensores de la teoría de la «conspiración» de la revolución. Le Bon, por ejemplo, afirma que «tan pronto un cierto número de seres vivientes se reúne, ya se trate de animales o de hombres, se colocan instintivamente bajo la autoridad de un jefe» y agrega que los dirigentes de las multitudes «se reclutan sobre todo entre las filas de los nerviosos enfermizos, los excitables, las personas semitrastornadas que lindan con la locura»[8]. Caracterizar a los dirigentes de las multitudes de todos los tiempos y todos los lugares en semejantes términos equivale, por supuesto, tanto a desvirtuar un peculiar sesgo social como a reducir a los dirigentes, como a la multitud misma, a una pura abstracción. En realidad, el estudio de la multitud en la historia parece indicar no sólo que el papel de los dirigentes varió de un tipo de disturbio a otro sino también que ellos eran hombres de diferente personalidad y orígenes sociales y —por sobre todo— que debe establecerse una distinción entre los dirigentes que actúan desde afuera de la multitud, aquellos extraídos de la multitud misma y aquellos que actúan (o parecen actuar) como intermediarios entre ambos. El primer grupo de dirigentes está constituido por aquellos que más bien podrían ser llamados los «héroes» de la multitud, por hombres en cuyo nombre ella se levanta o se rebela, a cuyos llamados responde y cuyos discursos, manifiestos o ideas sirven como respaldo o justificación ideológica de sus actividades. Estos hombres fueron Chatham, Wilkes y Lord George Gordon en Londres durante el siglo XVIII; Robespierre, Danton, Marat y Hébert en la Revolución Francesa; Ledru Rollin, Luis Napoleón y Louis Blanc en la Revolución de París en 1848 y la original y anónima Rebeca, el general Ludd y hasta (si es que existió alguna vez) el «capitán Swing», en las revueltas que siguieron a las guerras napoleónicas en Inglaterra.

Ocasionalmente, lejos de ejercitar la «autoridad despótica» que Le Bon les adjudica, estos hombres fueron dirigentes más bien reticentes que entusiastas y hasta llegaron a renunciar al liderazgo que les había sido impuesto. Un ejemplo notable tomado de una época anterior es el de Martín Lutero, quien lejos de elogiar las acciones de los campesinos alemanes que se rebelaban en su nombre, los condenó abiertamente como «Hordas de Campesinos asesinos y ladrones». Parece razonable sugerir que Luis XVI desempeñó un papel igualmente reticente en los disturbios rurales de Francia en 1775 y 1789, cuando los pequeños consumidores y los campesinos citaban su autoridad para imponer los precios de los alimentos y ajustar cuentas con sus señores feudales. Existen, por supuesto, ejemplos extremos. Quizá sea más típico el ejemplo de Lord George Gordon en Londres de 1780. Sus palabras y sus actos, particularmente sus violentos ataques a los católicos, provocaron sin duda las revueltas anticatólicas, pese a lo cual él pudo afirmar con absoluta sinceridad que jamás se había propuesto provocar las consecuencias que se desencadenaron después. Estas situaciones ambivalentes tienden a surgir en las revoluciones; en 1793, tanto Marat como Robespierre tuvieron oportunidad de denunciar actos realizados en su nombre y Louis Blanc, el dirigente socialista, se desvinculó abiertamente de los insurrectos parisienses de junio de 1848. Wilkes reprochó más de una vez a sus entusiastas partidarios por tomar su nombre en vano y hasta Rebeca, que controlaba las actividades de la multitud más estrechamente que la mayoría de los dirigentes «de afuera», se vio obligada a suspender su campaña cuando ésta se le fue de las manos.

No queremos decir con esto que la influencia del dirigente «de afuera» o la del «héroe» que actuaron en movimientos similares fuese puramente casual o incidental. Por el contrario: fue indispensable para conferirles unidad y dirección. Pero a causa de que estaba situado «fuera» de la multitud, el dirigente corría siempre el peligro de perder su control por un período prolongado o de ver sus ideas adaptadas a fines diferentes de los que él se había propuesto. Hemos visto ya cómo los

sans-culottes parisienses, al mismo tiempo que continuaban aclamando el liderazgo jacobino y las ideas jacobinas, los adaptaron a sus propios fines, con resultados que fueron sumamente molestos para sus promotores originales. Una de las razones de esta ambivalencia del liderazgo fue que los dirigentes provenían casi invariablemente de clases sociales diferentes de las de sus seguidores. John Wilkes era hijo de un próspero destilador; Lord Gordon fue un aristócrata escocés, hijo de un duque; y en cuanto a los líderes más destacados de la Revolución Francesa, fueron casi sin excepción, ex-nobles, doctores, periodistas, sacerdotes o artesanos prósperos. Un resultado de ello fue que hubo siempre una cierta falta de concordancia entre las aspiraciones sociales y políticas de los dirigentes y las de sus seguidores; otro de los resultados fue que los dirigentes (particularmente en el caso de un movimiento prolongado como la Revolución Francesa) se vieron obligados a veces, para mantener su autoridad, a modificar sus políticas para adaptarse a l deseos de la multitud. Esto fue precisamente lo que sucedió cuando l jacobinos, cediendo ante la presión popular, controlaron los precios y la distribución de los alimentos. De tal manera los dirigentes, lejos de ejercer un control indiscutible sobre sus seguidores, podían ser dominados por ellos y, en cierto sentido, los papeles del dirigente y del seguidor podían invertirse.

Rara vez la comunicación entre los dirigentes más destacados y sus seguidores era directa. Los despliegues de oratoria ante grandes multitudes constituían más bien la excepción que la regla. No obstante, hubo ocasiones en que ello se produjo, como cuando Lord George Gordon arengó a sus protestantes en St. George's Fields, cuando las concentraciones en el Campo de Marte o cuando los dirigentes de 1848 hablaban a sus partidarios desde el balcón del Hôtel de Ville en París. Pero fue recién en 1848 en Francia y en la época cartista en Inglaterra que tales despliegues se convirtieron en acontecimientos más o menos frecuentes. Por lo general la prensa, el Parlamento y el club político eran elegidos como tribuna con mayor frecuencia que la plaza pública. La oratoria

de Robespierre se limitaba a la Asamblea Nacional y al Club Jacobino; Wilkes escribió sus discursos y manifiestos desde la prisión real; Marat utilizaba las columnas de su diario, *L'Ami du Peuple*; y Ned Ludd impartía sus instrucciones desde su cuartel general en el bosque de Sherwood. Estos mensajes y exhortaciones eran enviados a sus partidarios por diversos medios: la prensa y los panfletos; las reuniones públicas; oralmente, en los talleres, tabernas, mercados y panaderías; y en las grandes ocasiones políticas, por medio de emisarios o dirigentes intermediarios que actuaban a manera de vínculo entre los dirigentes «de afuera» y la multitud. Estos intermediarios podían también difundir los lemas y las directivas a seguir y (cuando la ocasión lo exigía) confeccionar las «listas» de víctimas y dar la orden de iniciar la marcha.

Naturalmente, no había misterio alguno en estos canales de comunicación cuando se trataba de operaciones altamente organizadas, como cuando las unidades militares (en París en 1792 y 1793) actuaban bajo las órdenes de sus propios comandantes. No obstante, en algunas ocasiones el misterio era total. ¿Quién, por ejemplo, transmitió los eslóganes, banderas e ideas de la Asociación Protestante a sus partidarios menos «respetables» y más revoltosos, en las calles de Londres? ¿Y quién dio la orden de atacar la casa de Priestley en Birmingham? En otras ocasiones, podemos atisbar el proceso de comunicación —cuando el incendio de los puestos aduaneros en París, por ejemplo— al enterarnos, a través del testimonio de numerosos testigos, de que los dirigentes locales tales como Du Hamel que había sido herrero, actuaban bajo las órdenes directas del Palais Royal, cuartel general del duque de Orleans. Y en los «días» de octubre nos encontramos con Stanislas Maillard dirigiendo operaciones en colaboración con voceros de las mujeres, con Fournier l'Américain reclutando refuerzos para los manifestantes en su propio distrito electoral e incitando a las mujeres de los mercados en Versalles a exigir el regreso del Rey a París[9]. En Inglaterra, a comienzos del siglo XIX, los Ned Ludd y los «Swing» locales y en Gales las Rebecas locales y otros dirigentes de la zona como los cartistas John Frots y Zephaniah

Williams, que dirigieron el ataque a Newport, pueden haber desempeñado un papel similar. En otros lugares, el mecanismo de la revuelta popular puede escapársenos por completo pero quizá podamos suponer que fue también por medio de dirigentes secundarios como éstos que se mantuvieron los vínculos entre los líderes prominentes y los participantes comunes.

Pero también estos hombres eran por lo general «extranjeros». ¿Qué dirigente exaltó la multitud misma, ya en ocasiones como las que hemos descripto, ya en huelgas o revueltas del hambre, cuando actuaba por su propia cuenta? En algunos casos puede no haber habido ninguno. Vimos ya las respuestas precisas que dio a la policía en 1775 un obrero de la ciudad-mercado de Mouy*. Y después de la revolución de julio de 1789 en París, un velero, al preguntarle la policía «quién los dirigía (a los insurrectos) cuando fueron al Palais Royal y a otros lugares», replicó firmemente que «ellos no tenían dirigente y que cada hombre era tan libre como los otros»[10]. Pese a lo sorprendente que ello pueda parecer, así debe haber sido para un pequeño sector de las revueltas o al menos puede haberle parecido así a uno de los miles de individuos que tomaron parte en ellas. En tales ocasiones, la policía o la milicia se inclinaba a detener y a interrogar no tanto a los dirigentes en el sentido corriente del término sino más bien a aquellos que momentáneamente daban rienda suelta a su entusiasmo, demostraban mayor temple, decisión o arrojo que sus compañeros, entonaban estribillos, participaban en espectaculares actos de violencia o simplemente eran denunciados por sus vecinos. Podemos, por ejemplo, citar el caso de la obrera de Yerres que, al ser arrestada como cabecilla en las revueltas del hambre de 1775, declaró ante la policía que «había sido arrastrada... que se excitó como todo el mundo y que no sabía lo que hacía o decía». Lo mismo pudo haber sucedido con otra mujer, Marie-Jeanne Trumeau, que fue arrestada y sentenciada a muerte (aunque más tarde indultada) por en-

* Véanse pp. 257-258.

tonar estribillos e incitar al saqueo y al incendio en las revueltas de Réveillon de abril de 1789. Otros líderes o probables líderes locales de este tipo surgen de los polvorientos archivos de la policía de París. Uno de ellos fue la *femme* Lavarenne, una enfermera analfabeta que, según Stanislas Maillard, actuó como vocero de las mujeres que marcharon hacia Versalles; otro fue Dumont (alias Cadet), un estibador que desempeñó un importante papel en el asalto a los puestos aduaneros en 1789[11]. En las revueltas del hambre de 1775, los grupos de insurrectos locales estaban conducidos a veces por personas sumamente respetables, como arrendatarios, maestros de escuela, funcionarios locales y hasta el *curé* de la aldea*.

En Inglaterra se reconocía a ciertos «capitanes» de revueltas que comandaban a sus seguidores de una hora o de un día para destruir trilladoras, echar abajo cercos o barreras o saquear y destruir las casas de las víctimas que habían elegido. Podemos citar entre ellos a Tom el Barbero, vocero de los insurrectos antiirlandeses de East London en Goodman's Fields en 1736, y a William Pateman, un carretero y a Thomas Taplin, maestro cochero, que dirigía bandas de revoltosos durante los disturbios «anticatólicos» de Londres en 1780. Y también hubo muchos arrestados en calidad de dirigentes entre las multitudes que «echaron abajo» la casa de Priestley en Birmingham, incendiaron parvas y destruyeron máquinas trilladoras en los condados del sur o atacaron propiedades en Bristol y las ciudades alfareras en las décadas de 1830 y 1840.

Un rasgo distintivo de estos dirigentes es que su autoridad era puramente local y absolutamente temporaria y vale la pena destacar el hecho de que, de los varios centenares de personas deportadas a Australia por su participación en los disturbios de Bristol, las *Potteries* o en los de «Swing», no figura ni una sola que haya tenido posteriormente actuación política o radical. Su militancia, como liderazgo (fuese real o

* Véanse pp. 36-37.

supuesto) fue en realidad ocasional y no tuvo ni futuro ni continuidad. Así, una vez más la distinción entre «militantes» y participaciones más casuales en las actividades de la multitud desaparece virtualmente. No obstante, hubo excepciones, aun en el siglo XVIII. John Doyle y John Valline, por ejemplo, que fueron colgados en Londres en diciembre de 1769, no fueron insurrectos casuales ni hombres de autoridad momentánea, sino dirigentes huelguistas y hombres de asambleas, que habían tomado parte en varias de las «transacciones» de los tejedores. En esa época tales casos se reducían al ámbito de las disputas industriales y hasta el advenimiento de la Revolución Francesa no encontramos este tipo de continuidad en los movimientos políticos populares. En la refriega del Campo de Marte en 1791 fueron arrestadas tres personas que habían sido reconocidas previamente como «vencedores» de la Bastilla y cuatro de estos mismos «vencedores» figuraron entre los que, un año después, fueron muertos o heridos en el asalto a las Tullerías. Además, muchos otros militantes con experiencia, entrenados en los clubes y *armées révolutionnaires*, estaban entre los varios miles arrestados y desarmados después del levantamiento popular de mayo de 1795[12].

Estos casos se volvieron mucho más frecuentes tanto en Francia como en Inglaterra después de 1830. En 1832 en Francia, vimos que los obreros industriales tomaban ya parte en sucesivos disturbios económicos y políticos y destacamos también el refinado radicalismo de George Loveless, dirigente de los obreros rurales de Dorchester, que no sólo fue deportado como militante en 1834 sino que regresó tres años más tarde también como militante*. Con la difusión de las ideas radicales y socialistas y el crecimiento de los movimientos obreros este proceso habría de ir mucho más lejos. Y una de las características de la nueva sociedad industrial fue el surgimiento, desde la multitud misma, de sus propios militantes y dirigentes, no ya ocasionales, esporádicos y anónimos sino permanentes y abiertamente declarados. Nos resta aún

* Véanse pp. 204 y 264.

una serie final de preguntas referentes a la conducta de la multitud. ¿Hasta qué punto es veraz la afirmación de Le Bon de que la multitud (y frecuentemente equipara «multitud» a «masas») tiende a ser voluble, irracional, violenta y destructiva?[13] Por supuesto, la volubilidad o «movilidad» de la multitud es un lugar común que ha sido consagrado por la repetición constante. La palabra *mob* (turba) deriva del latín *mobile vulgus* y no es sorprendente que las clases dominantes, toda vez que se sentían incapaces de controlar sus energías, hayan mirado a la multitud como un monstruo voluble, carente tanto de armonía como de razón. ¿Hasta dónde nuestro estudio de la multitud preindustrial confirma este punto de vista? Naturalmente, poco habría que decir acerca de esto en el caso de los actos muy organizados o ceremoniales, cuando la multitud se reunía para escuchar discursos o cumplir las instrucciones específicas de sus dirigentes. Esto es tan evidente que quizá no merezca la pena repetirlo. Pero aun tales manifestaciones podían transformarse en virtud de la intromisión de un pánico súbito: en «Peterloo», por ejemplo, cuando el cuerpo de guardia rompió las disciplinadas filas de los tejedores y sus familias; o en las Tullerías en 1792, cuando el repentino grito de «¡Traición!» condujo a la masacre de los guardias suizos que defendían el palacio. En circunstancias bastante diferentes vimos ya cómo los campesinos franceses de 1789 abandonaron sus planes de habérselas con míticos «bandidos» para dedicarse a la actividad más fructuosa de enfrentar a sus señores; y vimos también cómo el pacífico desfile de Rebeca a través de Carmarthen se transformó, después de la llegada de la «chusma de la ciudad», en un violento ataque al asilo local*.

En resumen: la intrusión de lo inesperado podía crear el pánico o bien desviar a la multitud de sus propósitos originales. En este último caso, la acusación de volubilidad parecería tener mayor fundamento. Pero en general, tal «movilidad» de la conducta no era típica de la multitud revoltosa. Hemos citado ya numerosos casos que ejemplifican todo

* Véase p. 201.

lo contrario, es decir, la notable concentración y la selectiva determinación de las multitudes, aun de aquellas cuyos actos parecen ser muy espontáneos. Vimos cómo los insurrectos de Gordon en Londres y los revoltosos «por la Iglesia y el Rey» en Birmingham, habiendo elegido cuidadosamente a sus víctimas, tuvieron sumo cuidado de no destruir o dañar las propiedades de sus vecinos. Los destructores de maquinarias de 1830 parecen haber discriminado entre un tipo de arrendatario y otro y en cuanto a los insurrectos de Réveillon en París saquearon comercios, pero sólo comercios de alimentos. Ned Ludd y Rebeca eligieron invariablemente sus blancos con gran cuidado; las multitudes que incendiaron los puestos aduaneros de París respetaron los pertenecientes al duque de Orleans; en las «masacres» de septiembre sólo se ejecutaron a las víctimas que habían sido declaradas culpables por tribunales improvisados y el lector recordará sin duda a aquellos mineros de Cleelhill en 1766 que, según informó el *Annual Register*, «entraron en el pueblo (de Ludlow) de manera muy ordenada, se dirigieron a la casa la echaron abajo y luego se retiraron, sin ejercer violencia sobre ning na otra persona»[14]. En realidad, el estudio de la multitud preindustri sugiere que ésta se rebeló por motivos precisos y que rara vez participo en ataques indiscriminados a las propiedades o a las personas.

De la misma manera, aunque las revueltas podían extenderse por «contagio» o por otros medios, más allá de los límites rurales o urbanos dentro de los cuales habían comenzado, casi nunca alcanzaron zonas no afectadas por los motivos de queja que les dieron origen. Podemos tomar el ejemplo de Wiltshire, que fue afectada sucesivamente por las revueltas de los condados del sur de 1830 y por la agitación cartista de 1839. En 1830, los obreros rurales incendiarios de parvas se detuvieron cerca de los centros textiles tradicionalmente revoltosos de las zonas occidentales del condado, mientras que en 1839, cuando las quejas antiguas fueron reemplazadas por otras nuevas, fueron los centros textiles los que se levantaron, instigados por el cartismo partidario de la «fuerza física», al mismo tiempo que el incendio de parvas permaneció en su

nivel más bajo durante toda una década[13]. Esto sólo demuestra una vez más la necesidad de estudiar la conducta de las multitudes, así como también la de los dirigentes, dentro de su contexto social e histórico. Los ejemplos citados sugieren, además, que la multitud no era de ninguna manera «irracional» en el sentido más amplio del término. Podía ser desviada o provocada por el pánico de la misma manera que podía ser instigada por sueños utópicos o por fantasías milenaristas, pero sus fines eran por lo general muy racionales y la llevaban con frecuencia, como ya hemos visto, a elegir no sólo los blancos sino también los medios más adecuados para la ocasión*.

Pero si bien la multitud preindustrial no se destacó ni por su volubilidad ni por su irracionalidad, sí se entregó en cambio a actos de violencia, sobre todo a la destrucción metódica y violenta de la propiedad. Ello se produjo con una regularidad tan persistente en las huelgas, revueltas y rebeliones que difícilmente podríamos atribuirlo a la casualidad, el azar o el pánico súbito. Tal violencia podía ser el resultado de los planes deliberados de dirigentes «de afuera», como en las revueltas ludistas y en las de Rebeca en Inglaterra; podía acontecer contra la voluntad de los dirigentes «de afuera», como en los disturbios wilkistas o «anticatólicos» de Londres y, sobre todo, podía producirse cuando la multitud actuaba por su cuenta como en las huelgas, revueltas del hambre, el *affair* Réveillon en París y (más espectacularmente) en las revueltas de «Swing» de 1830 en Inglaterra. En algunas ocasiones, como ya vimos, la aparición de elementos nuevos e inesperados cambiaba el curso de los acontecimientos y conducía a ataques indiscriminados, fuera de los blancos elegidos. Pero aun con estas intrusiones, la enumeración de las casas, capillas, cercos, barreras, maquinarias y fábricas destruidas hubiera bastado.

La destrucción de la propiedad, por lo tanto, es un rasgo constante de la multitud preindustrial; pero no la destrucción de vidas humanas,

* Véanse pp. 278-280.

que se vincula más bien a las *jacqueries*, insurrecciones de esclavos, rebeliones campesinas y estallidos milenaristas del pasado así como también con las revueltas raciales y los disturbios comunales de épocas más recientes. Dentro de nuestro contexto particular, la «sed de sangre» de la multitud es una leyenda, basada en unos pocos incidentes cuidadosamente seleccionados. Examinemos los datos. En las grandes revueltas inglesas de las décadas de 1830 y 1840, urbanas o rurales, hubo pocos accidentes fatales entre las víctimas de los insurrectos. No hubo ninguno en los disturbios wilkistas, de Birmingham, de Bristol, antiirlandeses, anticatólicos y «Swing» ni tampoco en otros y ni siquiera en el levantamiento armado de Newport en 1839. Las revueltas del hambre estuvieron singularmente libres de muertes o heridas, ya que ningún hacendado, molinero, magistrado o acaparador parece haber sido mortalmente herido en las revueltas de 1766. Por otra parte, las revueltas de Porteous en Edimburgo (1736), las revueltas ludistas y las revueltas de Rebeca sólo se cobraron una víctima fatal. El asesinato puede haber sido más frecuente en las disputas industriales: un marinero fue muerto por los cargadores de carbón en Shadwell en 1768 y un soldado por los tejedores de Spitalfields en 1769. Esta enumeración contrasta agudamente con la cantidad de vidas cobradas por el ejército y por las cortes de justicia. Veinticinco insurrectos de Gordon fueron colgados en 1780, una docena o más de revoltosos del hambre en 1766, 8 cargadores de carbón londinenses y 2 (o quizá 3) tejedores en 1769, 30 ó más ludistas en 1812-1813 y 9 revoltosos de «Swing» en 1830. El ejército se cobró un precio aún más alto: 5 insurrectos fueron muertos en Norwich en 1740; 10 fueron muertos y 24 heridos en las revueltas de las barreras de portazgo de West Riding en 1753; más de 100 mineros fueron muertos o heridos en Hexham en 1761; 8 revoltosos fueron muertos en Kidderminster, 8 en Warwick, 2 en Frome y 1 en Stroud en las revueltas del hambre de 1766; 11 manifestantes (casi no podía llamárseles insurrectos) fueron muertos en St. George's Fields en Londres en 1768; 285 fueron muertos o murieron como consecuencia de las heridas en las revueltas

de las barreras de Bristol en 1793; 24 murieron en Newport en 1839 y, veinte años más tarde, la guarda de Lancashire mató a 11 e hirió a 420 o más en la masacre de «Peterloo»[16].

Las revueltas rurales francesas, como las inglesas, también estuvieron dirigidas más bien contra la propiedad que contra las personas y no hubo heridas mortales entre las numerosas víctimas de los insurrectos en los disturbios de 1775. En realidad, fue recién durante la gran ola de disturbios de 1789 que las revueltas del hambre fueron acompañadas por el asesinato de muchos panaderos y molineros. Pero la Revolución Francesa de París, pese a toda la violencia destructiva que la acompaño, no se caracterizó por una violencia asesina por parte de las multitudes. En las revueltas *pro parlement* de 1788, las multitudes no mataron a nadie pero las tropas mataron a 8 por lo menos e hirieron a 14. En las revueltas de Réveillon de abril de 1789, las multitudes destruyeron propiedades pero no se cobraron vidas humanas; las tropas mataron a «varios centenares» (la cifra exacta no se conoce) y tres supuestos cabecillas fueron ahorcados después del hecho. En el sitio de la Bastilla, 150 asaltantes fueron muertos o heridos por los defensores y una vez tomada la fortaleza, las multitudes masacraron a 6 ó 7 guardias suizos, al gobernador de la cárcel, de Launay y a un funcionario municipal. Entre julio y octubre de 1789, 4 personas más (incluyendo a un panadero) fueron linchadas por las multitudes y 5 insurrectos fueron colgados por estos y otros delitos. Durante todos los disturbios campesinos del verano de 1789 se registraron 3 víctimas (o cuando más 4). En Versalles, en octubre, la multitud mató a dos de los guardias que habian disparado sobre uno de los suyos. En el episodio del Campo de Marte de julio de 1791, 2 hombres fueron linchados por la multitud y más de 50 manifestantes fueron muertos por la Guardia Nacional de Lafayette. No hubo víctimas fatales en ninguna de las partes durante las revueltas del hambre de París de febrero de 1792 y 1793 ni tampoco en los levantamientos de mayo-junio y septiembre de ese año. En el último levantamiento armado de los *sans-culottes* en mayo de 1795, las multitudes que invadieron la

Convención mataron al diputado Féraud y en la represión que siguió 36 personas, incluyendo a 6 diputados jacobinos, fueron guillotinadas por orden de un tribunal militar*.

De este balance de violencia y represión se desprendería, entonces, que fueron más bien las autoridades que la multitud quienes se destacaron por sus atentados contra la vida de las personas. Hubo, sin embargo, dos incidentes excepcionales: el de agosto y el de septiembre de 1792. En el primero, 376 insurrectos antirrealistas fueron muertos o heridos por los defensores mientras que los asaltantes, en las represalias que siguieron, asesinaron a 600 guardias suizos después que se les había ordenado deponer las armas. En el segundo, no menos de 1.100 a 1.400 prisioneros, la mayoría de ellos delincuentes comunes más bien que aristócratas o sacerdotes, fueron sacados de las cárceles y masacrados después de su condena por parte de tribunales improvisados apresuradamente[17]. Estos son los incidentes sobre los cuales descansa fundamentalmente la acusación de Taine y Le Bon contra la «turba asesina». Pero pese a lo repugnantes que estos incidentes puedan parecer, no puede decirse de ninguno de ellos que fuese típico de la conducta de la multitud. El primero fue sobre todo una acción militar llevada a cabo por hombres que actuaban bajo las órdenes de sus comandantes y de la reciente Comuna Revolucionaria de París. El segundo caso fue algo diferente. Fue un hecho civil y no militar, pero se produjo como consecuencia del pánico provocado por una derrota militar, por la entrada de los prusianos en Verdún y la convicción de que el enemigo, en combinación con los presos de las cárceles desataría una sangrienta venganza sobre la población parisiense. La gran mayoría aprobó el hecho pero se mantuvo apartada y las ejecuciones fueron llevadas a cabo por pequeñas bandas de *mas-*

* Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 37-38; 56; 67-75; 89; 96-98; 116-117; 155-156. G. Lefebvre, *La Grande Peur de 1789*. París, 1932, p. 242; K. Tonnesson, *La défaite des sans-culottes*, Oslo y París, 1959, p. 330. He omitido el levantamiento realista de octubre de 1795, cuando murieron doscientas o trescientas personas de cada lado porque ésta no fue una revuelta estrictamente popular. *The Crowd in the French Revolution*, p. 173.

de las barreras de Bristol en 1793; 24 murieron en Newport en 1839 y, veinte años más tarde, la guarda de Lancashire mató a 11 e hirió a 420 o más en la masacre de «Peterloo»[16].

Las revueltas rurales francesas, como las inglesas, también estuvieron dirigidas más bien contra la propiedad que contra las personas y no hubo heridas mortales entre las numerosas víctimas de los insurrectos en los disturbios de 1775. En realidad, fue recién durante la gran ola de disturbios de 1789 que las revueltas del hambre fueron acompañadas por el asesinato de muchos panaderos y molineros. Pero la Revolución Francesa de París, pese a toda la violencia destructiva que la acompañó, no se caracterizó por una violencia asesina por parte de las multitudes. En las revueltas *pro parlement* de 1788, las multitudes no mataron a nadie pero las tropas mataron a 8 por lo menos e hirieron a 14. En las revueltas de Réveillon de abril de 1789, las multitudes destruyeron propiedades pero no se cobraron vidas humanas; las tropas mataron a «varios centenares» (la cifra exacta no se conoce) y tres supuestos cabecillas fueron ahorcados después del hecho. En el sitio de la Bastilla, 150 asaltantes fueron muertos o heridos por los defensores y una vez tomada la fortaleza, las multitudes masacraron a 6 ó 7 guardias suizos, al gobernador de la cárcel, de Launay y a un funcionario municipal. Entre julio y octubre de 1789, 4 personas más (incluyendo a un panadero) fueron linchadas por las multitudes y 5 insurrectos fueron colgados por estos y otros delitos. Durante todos los disturbios campesinos del verano de 1789 se registraron 3 víctimas (o cuando más 4). En Versalles, en octubre, la multitud mató a dos de los guardias que habían disparado sobre uno de los suyos. En el episodio del Campo de Marte de julio de 1791, 2 hombres fueron linchados por la multitud y más de 50 manifestantes fueron muertos por la Guardia Nacional de Lafayette. No hubo víctimas fatales en ninguna de las partes durante las revueltas del hambre de París de febrero de 1792 y 1793 ni tampoco en los levantamientos de mayo-junio y septiembre de ese año. En el último levantamiento armado de los *sans-culottes* en mayo de 1795, las multitudes que invadieron la

Convención mataron al diputado Féraud y en la represión que siguió 36 personas, incluyendo a 6 diputados jacobinos, fueron guillotinadas por orden de un tribunal militar*.

De este balance de violencia y represión se desprendería, entonces, que fueron más bien las autoridades que la multitud quienes se destacaron por sus atentados contra la vida de las personas. Hubo, sin embargo, dos incidentes excepcionales: el de agosto y el de septiembre de 1792. En el primero, 376 insurrectos antirrealistas fueron muertos o heridos por los defensores mientras que los asaltantes, en las represalias que siguieron, asesinaron a 600 guardias suizos después que se les había ordenado deponer las armas. En el segundo, no menos de 1.100 a 1.400 prisioneros, la mayoría de ellos delincuentes comunes más bien que aristócratas o sacerdotes, fueron sacados de las cárceles y masacrados después de su condena por parte de tribunales improvisados apresuradamente[17]. Estos son los incidentes sobre los cuales descansa fundamentalmente la acusación de Taine y Le Bon contra la «turba asesina». Pero pese a lo repugnantes que estos incidentes puedan parecer, no puede decirse de ninguno de ellos que fuese típico de la conducta de la multitud. El primero fue sobre todo una acción militar llevada a cabo por hombres que actuaban bajo las órdenes de sus comandantes y de la reciente Comuna Revolucionaria de París. El segundo caso fue algo diferente. Fue un hecho civil y no militar, pero se produjo como consecuencia del pánico provocado por una derrota militar, por la entrada de los prusianos en Verdún y la convicción de que el enemigo, en combinación con los presos de las cárceles desataría una sangrienta venganza sobre la población parisiense. La gran mayoría aprobó el hecho pero se mantuvo apartada y las ejecuciones fueron llevadas a cabo por pequeñas bandas de *mas-*

* Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 37-38; 56; 67-75; 89; 96-98; 116-117; 155-156. G. Lefebvre, *La Grande Peur de 1789*. Paris, 1932, p. 242; K. Tönnesson, *La défaite des sans-culottes*, Oslo y Paris, 1959, p. 330. He omitido el levantamiento realista de octubre de 1795, cuando murieron doscientas o trescientas personas de cada lado porque ésta no fue una revuelta estrictamente popular. *The Crowd in the French Revolution*, p. 173.

sacreurs que actuaban (según parece) bajo las órdenes de los miembros de la Comuna y los distritos parisienses[18]. ¿Es posible entonces afirmar que la multitud (en el sentido en que hemos venido usando el término) fue un agente pasivo o un agente activo en el hecho? El punto es discutible pero, en cualquiera de los dos casos, el incidente aparece aislado y no fue típico de los actos y la conducta de la multitud preindustrial.

En resumen: la multitud era violenta, impulsiva, susceptible a los rumores y propensa al pánico. Pero no fue voluble, particularmente irracional o dada por lo general a los ataques sangrientos contra las personas. La imagen convencional de la multitud pintada por Le Bon y heredada por escritores posteriores no carece de sutileza e imaginación, pero ignora los hechos históricos y es, por lo tanto, exagerada, tendenciosa y engañosa.

Notas

1. G. Le Bon, *The Crowd*, Londres, 1909, p. 26; G. Lefebvre, «Foules révolutionnaires», en *Etudes sur la Révolution française*, París, 1954, p. 273.
2. Lefebvre, *op. cit.*, p. 272.
3. *Middlesex Journal*, abril 13-15 y 20-22, 1769.
4. Hardy's Journal, VIII, 475; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, pp. 681-682.
5. Raffaello Carboni, *The Eureka Stockade*, ed. G. Serle Melbourne, 1963, p. 179.
6. G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 220-221.
7. G. Vauthier, «Le choléra a París en 1832», *La Révolution de 1848*, XXV (1928-1929), 234-241; L. Chevalier, *Classes laborieuses et classes damgereuses*, París, 1958, p. XIX.
8. Le Bon, *op. cit.*, pp. 113-114.
9. Véase *The Crowd in the French Revolution*, pp. 48-49, 73-77, 229.
10. Archives Nationales, Z2 4691, julio 29, 1789.
11. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 230-231.
12. Véase mi *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, pp. 101-102; y *The Crowd in the French Revolution*, pp. 108, 230-231.
13. Le Bon, *op. cit.*, pp. 16-17, 42, 73.
14. *Annual Register*, IX, 1766, 149.
15. E. J. Hobsbawm, «Economic Fluctuations and Some Social Movements since 1800», *Economic History Review*, 2.ª serie, V, i, 1952, 8.
16. Véase mi *Wilkes and Liberty*, pp. 51, 203-204; R. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of England of the Eighteenth Century*, Londres, 1945, pp. 19-91; D. Williams, *The Rebecca Riots*, Cardiff, 1953, p. 253; F. O. Darvall, *Popular Disturbance and Public Order in Regency England*, Londres, 1934, pp. 104, 120, 130; E. P. Thompson, *op. cit.*; p. 687; M. Hovell, *The Chartist Movement*, Manchester, 1959, p. 180; y pp. 59, 70, 76, 86, 89 y 155.
17. *The Crowd in the French Revolution*, pp. 104-105, 110.
18. P. Caron, *Les massacres de septembre*, París, 1935, pp. 76-102.

16 | El éxito y el fracaso de la multitud

Queda aún una pregunta importante por responder. Todo el vigor, el heroísmo y la violencia descriptos y analizados en estos capítulos ¿tuvieron resultados positivos? ¿Qué logró la multitud, en esta fase de su historia en Francia e Inglaterra? En términos de ganancias inmediatas, debe admitirse que logró relativamente poco. En las huelgas y movimientos salariales, mientras los gremios fueron débiles y estuvieron dispersos y proscriptos, los obreros sólo pudieron alentar la esperanza de obtener resultados efímeros y limitados. Los obreros parisienses de 1794 que abandonaron el trabajo en un momento de guerra y escasez de trabajo, obtuvieron salarios considerablemente más elevados, pero fueron devorados por la inflación de los meses siguientes. Los ludistas, aunque no pudieron detener los telares a vapor, arrancaron algunas concesiones temporarias a los pañeros de Yorkshire y a los medieros de las Midlands pero también éstas les fueron arrebatadas o se eclipsaron en la depresión que continuó mucho tiempo después de que sus revueltas hubieron sido suprimidas. En las revueltas rurales inglesas, los tejedores, mineros, *cottagers*, propietarios y obreros mantuvieron su

protesta social por un día o dos. Derribaron cercos, «echaron abajo» haciendas o molinos e impusieron control sobre los precios del trigo, la harina, la carne y la manteca, hasta que la milicia entró en escena, abrió fuego y arrestó a los «cabecillas» que fueron colgados, encarcelados o deportados. Entonces volvió a reinar la normalidad. Las revueltas del hambre en Francia en 1775 alarmaron profundamente al gobierno a causa de su alcance y de la amenaza que significaban para la seguridad de la capital, pero Turgot envió un fuerte contingente militar y redujo a los insurrectos, sin hacer la más leve concesión a los pequeños consumidores que habían reaccionado ante la opresión económica.

En realidad, de las numerosas revueltas del hambre de ese período, probablemente sólo las de la Revolución Francesa —particularmente las de 1793— lograron los objetivos que se habían propuesto.

Fuera de las revoluciones, las revueltas urbanas no corrieron mejor fortuna que las rurales. En las revueltas de Gordon, las multitudes londinenses «anticatólicas» se adueñaron de las calles durante una semana, pero la *Catholic Relief Act*, contra la cual se habían rebelado, siguió vigente. Después de las revueltas de 1791, Priestley se sintió obligado a dejar Birmingham y buscar refugio en los Estados Unidos, pero ello se debió tanto a la continua hostilidad de las autoridades como a la potencia destructiva de los disturbios «Por la Iglesia y el Rey». Las revueltas urbanas francesas, antes de 1787, fueron explosiones menores y lograron menos aún que las inglesas. Y en cuanto a los resultados de explosiones como las de Bristol y Nottingham en 1831 y las de Birmingham y las ciudades alfareras en 1839-1842, no es posible determinarlos, porque estas insurrecciones formaron parte de movimientos más amplios: la agitación de la *Reform Bill* en el primer caso y la del cartismo en el segundo.

Pero además de sus fracasos la multitud obtuvo también éxitos indiscutibles. Las revueltas de Rebeca no sólo destruyeron las odiadas barreras, que no fueron reconstruidas, sino que se redujo su número y se encargó a juntas gubernamentales la administración de los antiguos e

impopulares trusts. Los éxitos de «Swing» fueron menos espectaculares pero, en algunos distritos, la coalición de los hacendados aseguró que las máquinas trilladoras destruidas por los trabajadores no serían restauradas. Los disturbios wilkistas en Londres no sólo lograron una notable serie de victorias personales para Wilkes sino que contribuyeron esencialmente al crecimiento de un movimiento radical masivo en Inglaterra. El cartismo, pese a ser un fracaso en su momento, no lo fue a largo plazo ya que cinco de sus Seis Puntos fueron adoptados por los Parlamentos que se sucedieron en los cien años siguientes. Y por último, sería tedioso relatar las profundas influencias ejercidas sobre la vida nacional francesa —y su repercusión fuera de Francia— por la revolución de 1789 y, en menor grado, por las de 1830 y 1848.

Pero, ¿por qué algunas de estas «explosiones hostiles» fueron exitosas y otras constituyeron fracasos tan evidentes? Por supuesto, en sus aspectos más amplios esta cuestión plantea una serie de problemas —algunos sociales e ideológicos, otros políticos y administrativos— que surgieron antes y después del estallido de la revuelta*. Pero en este breve capítulo final sólo nos ocuparemos de los que aparecieron después de la insurrección misma. En primer lugar, nos referiremos a la explosión y a la «penetración» inicial. En este aspecto, a menos que la superioridad numérica fuese abrumadora, los primeros éxitos podían depender de factores tales como una acometida rápida, tomar la iniciativa o aprovechar los accidentes del terreno. En las revueltas rurales, por ejemplo, era relativamente fácil hacer una «penetración» sorpresiva antes de que se pudiese convocar a la milicia o enviar el ejército. Fue así como en 1775 los franceses que participaron en las revueltas del hambre actuaron libremente en los mercados y en las aldeas durante una semana y habían entrado ya en París y en Versalles antes de que Turgot pudiese reunir una fuerza armada adecuada para controlarlos. Y en Londres en marzo

* Véase N. J. Smelser, *Theory of Colective Behavior*, Londres, 1962, pp. 261-268, 364-379, con referencia a lo que el autor denomina el «control social» de las tensiones y los disturbios.

de 1768, las multitudes que celebraban la primera victoria electoral de Wilkes en Middlesex tuvieron un buen comienzo mientras los condestables estaban en Brentford, donde habían tenido lugar las elecciones. De la misma manera, en las revueltas del hambre de París en febrero de 1793, los rebeldes pudieron ocupar los almacenes sin oposición porque la Guardia Nacional se encontraba ese día cumpliendo otras funciones en Versalles.

En otras ocasiones, el estallido casi simultáneo de disturbios en una vasta zona hacía casi imposible que ni siquiera los más astutos y decididos jefes policiales o comandantes militares utilizaran eficazmente sus fuerzas. Así aconteció sin duda durante las etapas iniciales de las revueltas ludistas y de Rebeca en Inglaterra y, en abril de 1848, la Convención Cartista, incitada por Ernest Jones, planeó deliberadamente desviar la atención de las autoridades de Londres —donde se llevarían a cabo las principales acciones— organizando manifestaciones simultáneas en las provincias, de «manera que los esbirros del poder en la campiña pudiesen ser controlados por los valerosos hombres de la zona»[1].

Naturalmente, tales recursos sólo podían servir para obtener un alivio momentáneo, a menos que existiesen otras razones más sólidas para el éxito. Y en uno de los casos que he citado, estas razones existían. En Londres, en 1768, aun cuando los condestables regresaron, las fuerzas de la ley y el orden fueron incapaces de dominar el ruidoso despliegue de entusiasmo de los partidarios de Wilkes. En París, en febrero de 1793, por el contrario, el regreso de la Guardia Nacional con el cervecero Santerre a la cabeza, puso rápido fin a las revueltas y en los otros ejemplos citados las autoridades sólo necesitaron tiempo para reunir sus fuerzas a fin de dominar los disturbios. En 1775 Turgot alistó dos ejércicios completos, uno al mando del marqués de Poyanne en la Ile de France y el otro bajo las órdenes del veterano duque de Biron en París, luego de lo cual las revueltas fueron sofocadas en menos de una semana. En Inglaterra en el verano de 1812, como ya hemos visto, los ludistas fueron dominados por un ejército de 12.000 hombres (el más

numeroso enviado nunca para sofocar desórdenes civiles)*. Durante los principales años de la agitación cartista en Inglaterra, se enviaron grandes contingentes de tropas regulares a las zonas rebeldes: 10.500 hombres en 1839 y 10.000 en 1842. Y en abril de 1848, para enfrentar la última amenaza cartista se enroló a casi 170.000 condestables especiales y 7.123 pensionados «regulares» y 1.200 armados, sólo en la capital [2].

Las cifras son impresionantes pero, en el balance final, lo que resultó decisivo no fue tanto el número de hombres como la decisión y la habilidad de las autoridades para utilizados. Mucho podía depender, como hemos visto, de la rapidez y eficacia con que se reunía a las tropas y mucho más aún de la decisión de los magistrados, condestables y tropas para aplastar los disturbios. En las revueltas inglesas hubo muchos casos en que la rápida intervención de los jueces, que inspiraban respeto, bastó para poner fin a las revueltas locales[3]. En junio de 1848, las tropas apostadas en Londres para dominar a los cartistas eran «tan feroces que Lord Londonderry dijo al duque de Wellington que estaba seguro de que, en caso de enfrentamiento, los oficiales de su regimiento no podrían refrenar a sus hombres»[4]. Aún más notable fue la ferocidad con que ese mismo mes los *gardes mobiles* parisienses, aunque reclutados entre obreros y desocupados jóvenes, aplastaron a los insurrectos de junio en las barricadas. En 1830 el duque de Wellington recurrió a un grupo social algo diferente para derrotar a los insurrectos de «Swing» en Hampshire:

> Induje a los magistrados (escribía el duque) a montar a caballo, cada uno a la cabeza de sus propios sirvientes y criados, mucamos, cazadores, guardias de coto, todos ellos armados con látigos, pistolas, escopetas de caza o lo que pudieran conseguir, y a atacar juntos si era necesario, o por separado, a estas turbas, dispersarlas y tomar

* Antes del final de las revueltas de Gordon en 1780 había 10.000 hombres acampando en los parques y plazas de Londres. P. de Castro, *The Gordon Riots*, Londres, 1926, p. 263.

prisioneros y encarcelar a los que no pudieran escapar. Todo esto se hizo con el mayor entusiasmo y es sorprendente comprobar con qué rapidez se tranquilizó al país y todo ello de la mejor manera, gracias a la acción y el temple de los caballeros[5].

Estas «entusiastas» apelaciones a cierta clase podían por cierto, como en este caso, resultar sumamente eficaces para organizar la resistencia contra los disturbios, pero hubo ocasiones en que los odios así suscitados, al ultrajar a los no comprometidos y enajenarse su apoyo, revertieron sobre las cabezas de los iniciadores y se convirtieron más bien en un riesgo que en una ventaja. Ello fue sin duda lo que aconteció con Lafayette y la Guardia Nacional parisiense, cuyo celo para disparar sobre los manifestantes desarmados del Campo de Marte en julio de 1791 encendió pasiones que no resultó fácil apaciguar. Resultados similares aunque no tan drásticos se produjeron como consecuencia de las «masacres» de los partidarios de Wilkes en St. Georges Fields por parte de los *Foot Guards* (guardia de infantería) en 1763 y de la matanza de tejedores de Lancashire a manos de la guardia real en «Peterloo», medio siglo más tarde.

Pero más que el celo excesivo fue precisamente lo contrario lo que en muchas ocasiones pudo poner en peligro a las autoridades y minar sus defensas. Por cada magistrado vigoroso, respetado o severo que actuó en los disturbios ingleses había por lo general otro cuya fatuidad, arrogancia, timidez o indecisión le enajenaba partidarios o confundía y paralizaba a los condestables y a los comandantes militares a sus órdenes. Además, la anticuada maquinaria del orden, en particular las anomalías que rodeaban la aplicación de la *Riot Act* (o Ley de Revueltas), llevaba a interminables confusiones. Y el proclamado «derecho de resistencia» a la opresión de los ingleses, sobre todo cuando la oposición parlamentaria decidía explotarlo, podía interpretarse casi como un derecho a la rebelión[6]. Hubo también casos en que los magistrados (y esto se aplica tanto a Francia como a Inglaterra) no sólo fueron cautelosos y tímidos para

convocar al ejército sino que abierta o secretamente simpatizaron con la causa de los insurrectos. Aun en las revueltas del hambre francesas de 1775, que fueron severamente reprimidas, algunos magistrados —sin desafiar abiertamente la autoridad de Turgot— se inclinaron a hacer concesiones a los revoltosos. En las revueltas de Gordon en Londres, muchos magistrados de la City se mostraron aún más reticentes en el cumplimiento de sus deberes. Siendo tan hostiles a la amnistía católica como la multitud misma, suprimieron prácticamente toda intervención hasta que los rebeldes se convirtieron en una amenaza no sólo para las propiedades de los católicos sino también para la propiedad en general. Tal coalición entre magistrados y revoltosos llegó a veces aún más lejos: en Francia en 1788, difícilmente podía esperarse de los *parlements* que tomaran medidas severas contra aquellos que se rebelaban en su nombre. Y en Birmingham, tres años más tarde, existían fuertes sospechas de que algunos de los instigadores de las revueltas de Priestley podían encontrarse entre los magistrados mismos*.

Pero fue sólo en circunstancias excepcionales, como las que rodearon la «revuelta aristocrática» francesa de 1788, que la insubordinación o coalición de los magistrados pudo proporcionar algo más que una ventaja temporaria a los revoltosos o rebeldes; por lo general, su apoyo podía asegurarles un éxito total sólo en acciones tan limitadas y negativas como las emprendidas en nombre de la Iglesia y el Rey. En realidad, tanto en Francia como en Inglaterra, las autoridades confiaron siempre en última instancia en el ejército para defenderse contra los disturbios populares y mientras éste se mantuviera leal ninguna amenaza seria al gobierno o al orden establecido podía resultar realmente posible. En teoría, era posible imaginar que si un gran número de ciudadanos tenían acceso a las armas y municiones, podrían apoderarse del poder con tal velocidad que el ejército no tuviese tiempo ni de oponer resistencia ni de intranquilizarse. Pero en realidad esto no ocurrió nunca y no

* Véanse pp. 37, 72, 116-117 y 184.

ha ocurrido nunca desde entonces. En Inglaterra el ejército permaneció tenazmente leal al Rey y al Parlamento durante todo este período, aunque hubo momentos en 1839 y 1840 en que el general Napier, que comandaba la zona norte, expresó sus temores de que sus tropas estuviesen siendo contaminadas por la propaganda cartista[7].

En Francia, pese a la impopularidad de los ministros, el ejército nunca se apartó realmente de su alianza con el rey, hasta el otoño de 1787; y tanto fue ello así que Sébastien Mercier, escribiendo en 1783 pensaba que era inconcebible que una ciudad tan bien defendida como París pudiese estar expuesta a tumultos como los que Londres había sufrido durante las revueltas de Gordon, precisamente por carecer de tales defensas[8]. Naturalmente —y Mercier no tardaría en descubrirlo— no se trataba de una simple cuestión aritmética sino de que la eficacia de los ejércitos en los disturbios civiles depende mucho menos del número que de su voluntad de obedecer. Y fue esto precisamente lo que el ejército francés, en 1738 y más aún en 1789, no estaba preparado para hacer. El descontento no surgió entre los soldados sino entre los oficiales. Estos, provenientes en su mayoría de la pequeña *noblesse* de provincias, tenían antiguos resentimientos con respecto a su estatus y a sus oportunidades de ascenso y la «revuelta aristocrática» les proporcionó una excelente ocasión para expresarlos. En Bretaña, Dauphiré y otras provincias, los oficiales ordenaron a sus tropas que no dispararan sobre los manifestantes, se negaron a arrestar a los magistrados rebeldes y dieron a sus soldados —que también tenían sus propios resentimientos— un ejemplo de desobediencia que éstos se apresuraron a imitar.

En febrero de 1789, aun antes del estallido de la Revolución, Necker advirtió al rey que el ejército estaba demasiado desconforme como para confiar en él como instrumento de supresión del desorden civil y de allí en adelante se llevaron a Versalles principalmente tropas extranjeras o provenientes de provincias distantes para defender a la corte y más tarde para dominar la capital. En París, la Guardia Francesa era lo suficientemente leal como para disparar sobre los insurrectos de Réveillon

en abril, pero hacia junio desfilaban al grito de *Vive le tiers état!* y en julio desempeñaban un papel fundamental en la toma de la Bastilla.[9] Después de esto surgió un ejército nacional que proclamó su alianza con la nación y con las autoridades revolucionarias, pero fue mantenido fuera de París, cuya defensa fue encomendada a la Guardia Nacional. La Guardia, sólidamente burguesa en sus comienzos, fue eficaz para sofocar la manifestación de julio de 1791 pero gradualmente se convirtió tanto en instrumento de los *sans-culottes* como de la Asamblea y sólo cuando se convocó nuevamente al ejército en mayo de 1795, la larga serie de disturbios populares que habían caracterizado todo el desarrollo de la Revolución en París llegó a su fin.

En 1830 y en 1848, la defección de las fuerzas armadas fue una vez más decisiva para asegurar la derrota del gobierno real y el éxito del desafío revolucionario. Pero la pauta no fue idéntica a la de 1789. La insurrección de 1830 fue un hecho efímero y, después de tres días de lucha callejera, Carlos X fue destituido y Luis Felipe instalado en su lugar por los próximos dieciocho años. En febrero de 1848, fue la defección de la Guardia Nacional de París, aún más que la del ejército (que se mostró más bien pasivo que abiertamente rebelde) lo que a su vez llevó a Luis Felipe al exilio. Esta vez las fuerzas populares que desafiaron la autoridad del nuevo gobierno y de la nueva Asamblea revolucionarios fueron mucho más fuertes y estuvieron mejor organizadas que en 1789. Y sin embargo no fueron reducidos después de seis años sino después de cuatro meses. Ello se debió en parte a la construcción de ferrocarriles, que permitieron enviar tropas a la capital más rápidamente, pero quizá se debió más aún a la lealtad del grueso de la Guardia Nacional y de la Guardia Móvil, que fueron los verdaderos triunfadores de la insurrección de junio.

Casi parecería entonces una perogrullada repetir que el factor clave en la determinación del resultado de las rebeliones y disturbios populares es la lealtad o el descontento de las fuerzas armadas puestas a disposición del gobierno. «Es evidente», escribe Le Bon, «que las revolu-

ciones no se han producido nunca, ni se producirán, sin la ayuda de una importante facción del ejército.»[10] Y el profesor Crane Brinton afirma más o menos lo mismo cuando dice «que se puede afirmar casi con certeza que ningún gobierno corre el riesgo de ser derrocado en tanto no pierda su capacidad de utilizar adecuadamente sus fuerzas militares y policiales»[11]. Tales afirmaciones son, en alguna medida, exactas. Pero no expresan toda la verdad y hasta tienden, al ser presentadas en términos tan escuetamente militares, a dejar de lado la cuestión más profunda y más importante de por qué el ejército se niega a obedecer o por qué el gobierno pierde el control de sus medios de defensa. Esencialmente, esta cuestión es más bien social y política que militar. Porque si los magistrados absuelven a los insurrectos o los soldados confraternizan con los rebeldes y se niegan a disparar contra ellos, es porque los vínculos de clase o de afiliación política son en ese momento más fuertes que la adhesión al orden establecido o al gobierno.

Hemos visto ya pruebas de ello en las acciones de los oficiales aristocráticos franceses de 1788 y de sus tropas al año siguiente. Y en febrero de 1848, la Guardia Nacional que abandonó a Luis Felipe demostró claramente —en realidad lo expresaron con demasiadas palabras— que, al igual que sus compañeros de oficio que no vestían uniforme, habían sido contaminados por las exigencias de reformas políticas de la clase media. Pero esto no podía por sí solo asegurar el éxito de la revolución de febrero. Ese éxito dependía no sólo de la Guardia Nacional sino también de su colaboración con los periodistas radicales de clase media y con los diversos elementos sociales que componían la multitud revolucionaria. Por razones sociales y políticas la alianza fue efímera y en junio la insurrección popular fracasó porque encontró escaso o ningún apoyo entre sus aliados de febrero. De la misma manera, en 1789, las grandes insurrecciones y levantamientos populares del momento se realizaron a través de una acción conjunta de los *sans-culottes* —los principales elementos de la multitud revolucionaria— y una combinación de grupos de clase media y hasta aristocrático-liberales. Cuando esta combinación

de fuerzas sociales se quebró, como sucedió en la primavera de 1795, el pueblo parisiense no tuvo más posibilidades de obtener victorias por medio de manifestaciones callejeras y revueltas que las que tuvieron los campesinos y los pequeños consumidores de 1775.

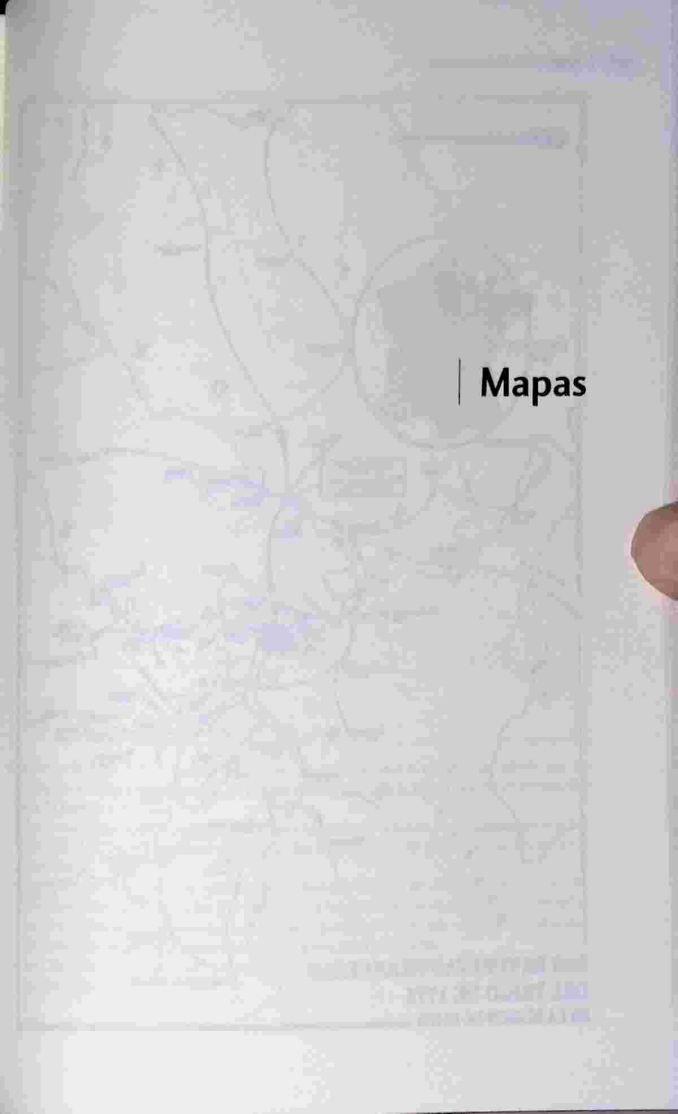
En Inglaterra, como ya hemos visto, tales victorias fueron mucho menos frecuentes que en Francia. Y probablemente el momento en que Inglaterra se encontró más cerca de la revolución fue 1831, cuando el malestar irlandés, los disturbios rurales y la exaltación popular y de la clase media a causa de la Ley de Reforma se combinaron para llevar al país al borde de la guerra civil. Esto no se produjo a causa de que el metodismo o cualquier otro movimiento religioso distrajese a los hombres de la lucha en este mundo, evitando así una revolución. Pero de todos modos, y al menos hasta la década de 1840, ningún movimiento rebelde de las «clases bajas» inglesas, urbanas o rurales, tuvo posibilidad alguna de éxito sin el apoyo de cierta combinación de otros grupos sociales. Y en Inglaterra ello acontecía con escasa frecuencia y en los casos en que se produjo fue demasiado efímero para obtener algo más que resultados limitados. En el movimiento wilkista de las décadas de 1760 y 1770, el radicalismo popular obtuvo algunas victorias pero éstas sólo duraron mientras la agitación de las multitudes en las calles fue apoyada por la de los propietarios de Middlesex y por los artesanos, tenderos y comerciantes londinenses. De la misma manera, en las revueltas de Gordon la multitud pudo adueñarse de las calles mientras los magistrados y los propietarios de la City indultaron sus delitos, pero una vez levantada esta medida, el movimiento no tuvo más futuro. En Birmingham, en 1791, es dudoso que la multitud hubiese podido destruir la casa de Priestley y expulsarlo de la ciudad, sin la aprobación activa o tácita de algunos magistrados. Las «hijas de Rebeca» debieron su éxito no a una defección del ejército (que eventualmente fue movilizado en número suficiente como para dominarlas) sino al apoyo de toda la población rural y hasta, en parte, a la inclinación del gobierno a eliminar los abusos que los habían impulsado a rebelarse. Los objetivos

inmediatos de los cartistas fracasaron porque su número, aunque considerable, no alcanzó a compensar la falta de apoyo de la clase media. Y, con el tiempo, la mayor parte de sus Seis Puntos fueron aplicados precisamente porque ese apoyo, que les fuera negado en la década de 1840, les fue concedido más tarde.

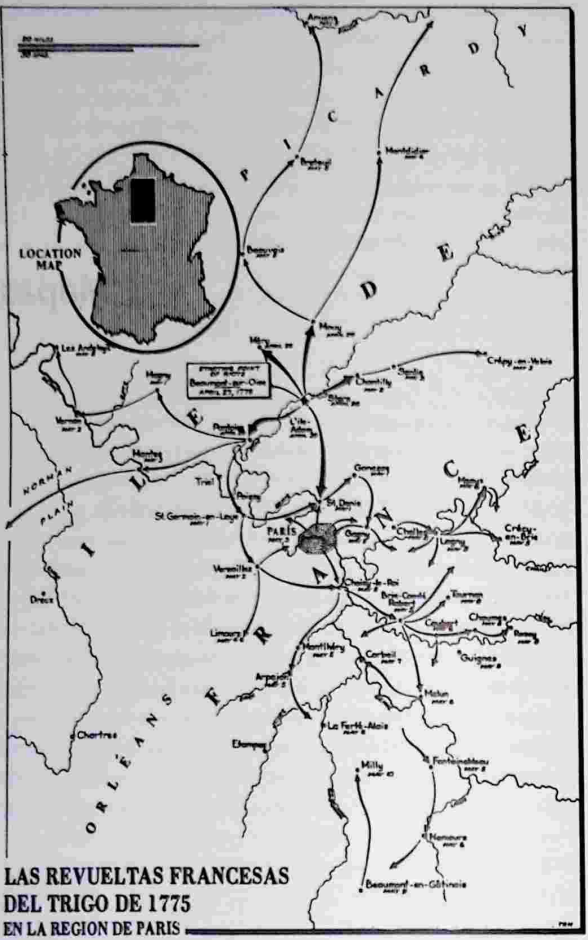
Pero, ¿debemos juzgar la importancia de la multitud en la historia sólo en función de sus éxitos o sus fracasos? Es indudable que su influencia sobre los hechos fue mucho más marcada en algunos casos que en otros. En este sentido, las multitudes revolucionarias de 1789 y 1848, tanto en cuanto a su madurez como a sus realizaciones, pueden muy bien proclamar su superioridad sobre las que persiguieron fines más primitivos y a menudo aparentemente más triviales, como destruir casas en nombre de la Iglesia y el rey, destrozar barreras y maquinarias o imponer efímeros controles de precios a los alimentos. Estas distinciones son indudablemente válidas, pero en un sentido más amplio la multitud preindustrial, independientemente de sus éxitos y sus fracasos, señala una etapa importante en el proceso histórico. Así como la sociedad fue cambiando, así cambió la multitud con ella y, al hacerlo, dejó su legado a las generaciones posteriores. Así como los *sans-culottes*, los pequeños propietarios y los *cottagers* dieron paso al obrero fabril y al obrero rural, así también los destructores de maquinarias, incendiarios de parvas y revoltosos «anticatólicos» dieron paso al gremialista, al militante obrero y al consumidor organizado de la nueva sociedad industrial. Es cierto que en algunos casos el cambio se limitó a poner el vino nuevo en odres viejos, pero quizá no sea desatinado ver en estas pruebas de fuerza primitivas, inmaduras y a menudo torpes, un antecedente de movimientos posteriores cuyas consecuencias y cuyos éxitos han sido significativos y perdurables.

Notas

1. Citado por F. C. Mather, *Public Order in the Age of the Chartists*, Manchester, 1959, p. 22.
2. E. Lavisse, ed., *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, 9 vols., París, 1911, IX, 33; F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, Londres, 1934, pp. 259-260; F. C. Mather, *op. cit.*, pp. 152, 163; M. Hovell, *The Chartist Movement*, Londres, 1918, p. 290.
3. Véase por ejemplo, Darvall, *op. cit.*, pp. 244-245; y Mather, *op. cit.*, pp. 60-61.
4. Mather, *op. cit.* p. 180.
5. Citado por D. Williams, *John Frost*, Cardiff, 1939, pp. 59-60.
6. E. Halévy, *A History of the English People in 1815*, 3 vols., Londres, 1937, I, 193-198.
7. Mather, *op. cit.*, pp. 177-181.
8. L. S. Mercier, *Tableau de Paris*, 12 vols., Amsterdam, 1783, VI, 22-25.
9. Véase mi capítulo sobre «The Outbreak of the French Revolution», a punto de aparecer en *The New Cambridge Modern History*, vol. VIII.
10. G. Le Bon, *The Psychology of Revolution*, Nueva York, 1913, p. 49; citado por N. Smelser, *Theory of Collective behavior*, Londres, 1962, p. 372.
11. Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution*, Nueva York, 1960, pp. 266-267.



Mapas



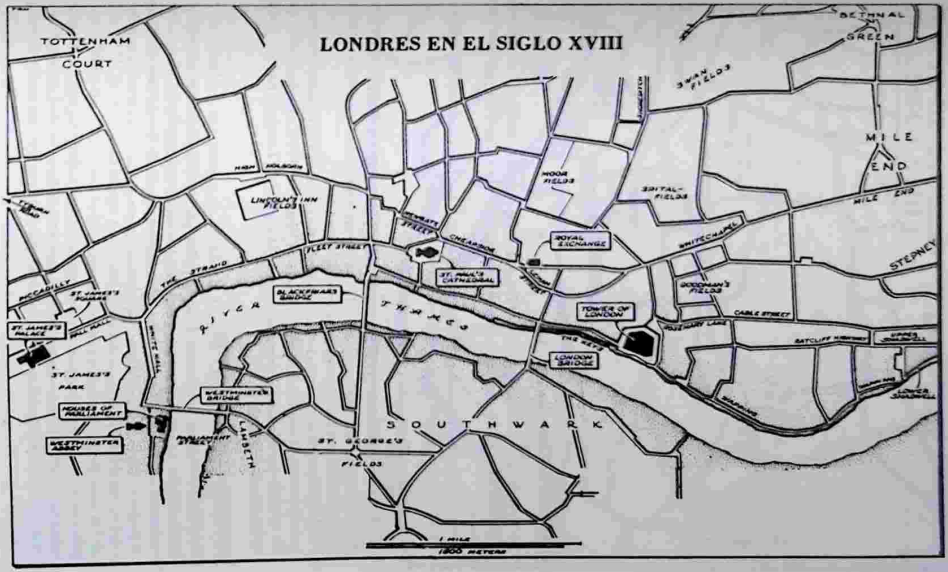
LAS REVUELTAS FRANCESAS DEL TRIGO DE 1775
EN LA REGION DE PARIS

Las revueltas de 1775 fueron una serie de movimientos a manera de «alud» que se produjeron como consecuencia de la alarma popular por la súbita alza de los precios del trigo, la harina y el pan.

- Los revoltosos, tanto campesinos como habitantes urbanos, tenían por blanco a los hacendados, los campesinos prósperos, los comerciantes en granos, los molineros y los panaderos.
- Aunque los disturbios se prolongaron durante menos de dos semanas, cientos de revoltosos fueron arrestados por el ejército y las milicias. Sin embargo, los magistrados locales de ciertas ciudades-mercado, o bien por temor o bien por una genuina simpatía, hicieron por lo general concesiones a las demandas populares.
- En ningún momento se pretendió derrocar al gobierno o modificar el orden establecido.

LAS REVUELTAS DEL HAMBRE EN INGLATERRA EN 1766

- Las malas cosechas y un súbito aumento del precio del trigo desataron las revueltas de 1766, cuando los pequeños consumidores, presas del pánico, inundaron los mercados o incursionaron en los molinos para hacer justicia por su mano.
- En el transcurso de 12 semanas los disturbios se propagaron a una extensa zona del sudoeste de Inglaterra y alcanzaron los Middlands y los condados orientales.
- Se necesitó de las milicias locales, el ejército, la justicia y la iniciativa privada para dominar a los revoltosos.
- Aunque los precios en general siguieron siendo elevados hasta el verano de 1768, hacia octubre de 1766 se advirtió una tendencia descendente, debida en parte a las tardías medidas tomadas por el gobierno para asegurar un mejor abastecimiento.


LONDRES EN EL SIGLO XVIII
TOTTENHAM COURT
BETHNAL GREEN
MILE END
LINCOLN'S INN FIELDS
MOOR FIELDS
ROYAL EXCHANGE
ST. PAUL'S CATHEDRAL
BLACKFRIARS BRIDGE
TOWER OF LONDON
LONDON BRIDGE
ST. JAMES'S PARK
HOUSES OF PARLIAMENT
WESTMINSTER ABBEY
WESTMINSTER BRIDGE
ST. GEORGE'S FIELDS
SOUTHWARK
THAMES
STEPNEY
1 MILE
1800 METERS

El estallido anti-irlandés de 1736

- Los estallidos anti-irlandeses de julio de 1736 no fueron de índole política y comenzaron en Shoreditch y Spitalfields por el empleo de mano de obra irlandesa con más bajos jornales.
- Aunque los revoltosos atacaron las casas irlandesas y las tabernas, los daños fueron comparativamente leves. La acción duró sólo una semana.

Las revueltas wilkistas de 1760 y 1770

- La carrera y la personalidad política de John Wilkes y las excitadas pasiones políticas de los primeros años del reinado de Jorge III fueron responsables de las revueltas wilkistas que se manifestaron intermitentemente entre 1763 y 1774.
- «Wilkes y Libertad» se convirtió en el principal eslogan político de la multitud londinense y continuó hasta la elección de Wilkes como Lord Mayor en 1774, acontecimiento que fue saludado por una salva de ventanas rotas en la ciudad de Londres. Éste fue el final de las revueltas wilkistas.

Las revueltas de Gordon en 1780

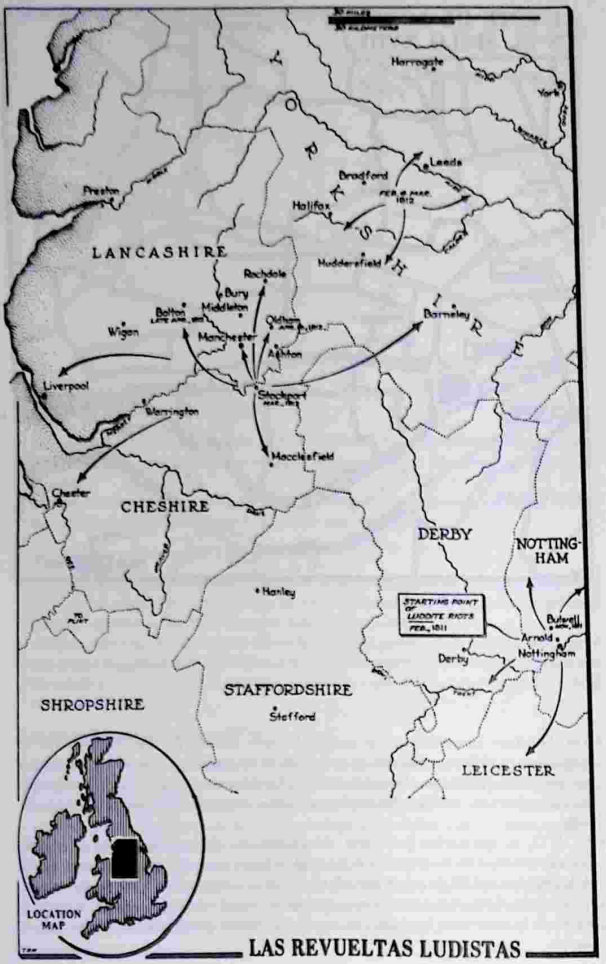
- La *Relief Act* (o Ley de Amnistía) de 1780, que derogaba una serie de restricciones que pesaban sobre los católicos romanos, fue violentamente rechazada en Escocia. Esta resistencia se extendió a Londres y sus alrededores, donde se fundó una asociación protestante para el rechazo de la ley. Se produjeron revueltas y las escuelas, capillas y casas católicas fueron dañadas o destruidas.

  El 7 de junio, Londres parecía «un mar de llamas».

  Sólo cuando el ejército tomó el control de la situación, pocos días después, pudieron ser sofocadas las revueltas más violentas y destructivas en la historia de Londres. Fueron muertos 285 revoltosos, 173 heridos y 160 llevados a proceso, de los cuales 25 fueron colgados.

EL ESTE DE LONDRES EN EL SIGLO XVIII

- Los disturbios industriales en el este de Londres durante los años 1760 y 1770 se originaron en el descontento por la reducción de los salarios, el aumento de los precios y el uso de máquinas que ahorraban trabajo. En diferentes fechas y zonas, participaron los cargadores de carbón, toneleros, marineros, aserradores, sastres y tejedores de seda.
- En 1773, la aprobación por parte del Parlamento de la *Spitalfields Act* (o Ley de Spitalfields) dio a los magistrados la facultad de fijar y hacer cumplir las tasas de salario de los tejedores. A fin de mantener informados a los magistrados del estado del trabajo, los tejedores formaron una organización permanente conocida como la «Unión» a través de la cual tanto los maestros como los obreros presentaban sus casos ante la justicia.

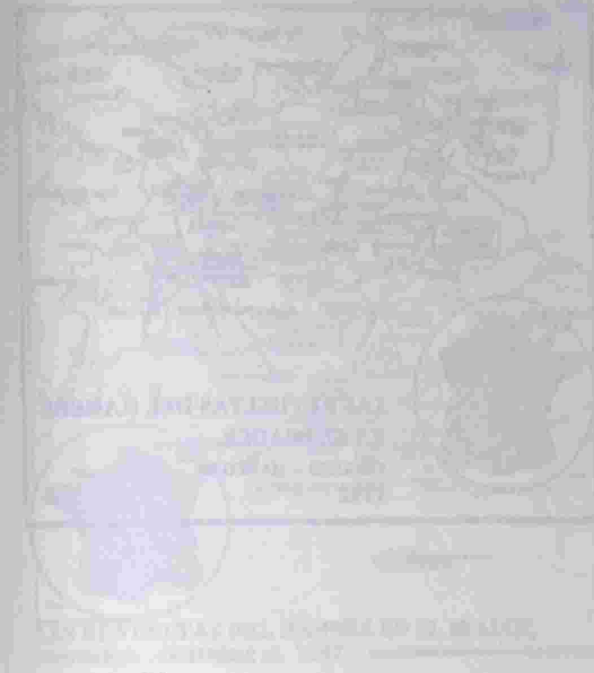


LAS REVUELTAS LUDISTAS

◀El cierre del mercado americano, en respuesta a las *orders in council* inglesas y una sucesión de malas cosechas en Inglaterra trajeron como consecuencia el desempleo general y el descontento, especialmente, en aquellos sectores industriales que producían para el mercado de exportación.

- La ola principal de las revueltas ludistas tuvo lugar en 1811 y 1812; comenzó entre los medieros y tejedores de encaje de las *Midlands* y se extendió entre los cultivadores de Yorshire y los tejedores de telares manuales en los condados de Cheshire y Lancashire.
- Tres olas menores siguieron en 1812-1813, 1814 y 1816.
- Los disturbios tomaron la forma de incursiones de destrucción de máquinas y revueltas del hambre; sólo pudieron ser sofocadas después de numerosas penas capitales y por el despliegue de un ejército de 12.000 hombres.

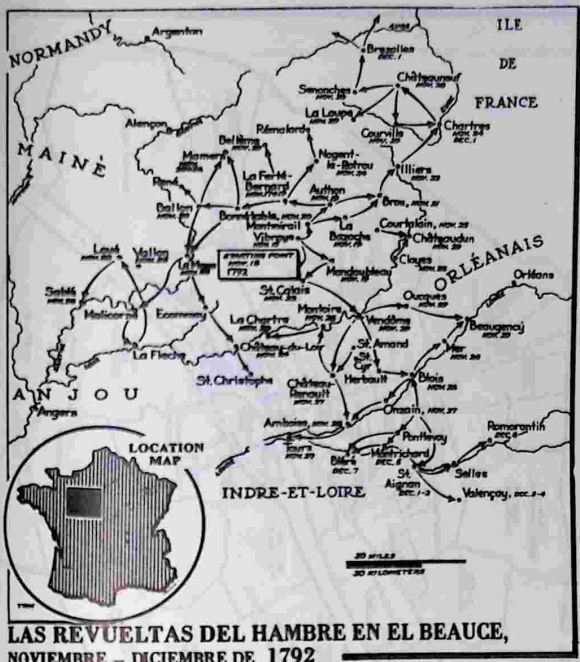
PARIS EN 1789
CHAMP DE MARS
LUXEMBOURG
CHARONNE
MONTMARTRE
CHAILLOT
MONCEAUX
MONTROUGE
GRENELLE
VAUGIRARD
ENFER
CHARTRES
ORLEANS
CHAMPS ELYSEES
TUILERIES
LOUVRE
PALAIS ROYAL
HOTEL DE VILLE
BASTILLE
TEMPLE
ARSENAL
ST. ANTOINE
ST. MARCEL
ST. VICTOR
ST. JACQUES
ST. MICHEL
ST. GERMAIN
ST. SULPICE
ST. THOMAS
ST. ROCH
ST. EUSTACHE
ST. MERRY
ST. LAZARE
ST. LOUIS
ST. MARTIN
ST. DENIS
ST. LAURENT
ST. GERVAIS
ST. PAUL
ST. JEAN
ST. MARGUERITE
ST. ANTOINE
ST. MARCEL
ST. VICTOR
ST. JACQUES
ST. MICHEL
ST. GERMAIN
ST. SULPICE
ST. THOMAS
ST. ROCH
ST. EUSTACHE
ST. MERRY
ST. LAZARE
ST. LOUIS
ST. MARTIN
ST. DENIS
ST. LAURENT
ST. GERVAIS
ST. PAUL
ST. JEAN
ST. MARGUERITE
19



La revuelta política

- Los disturbios en defensa del *parlement* del otoño de 1787 involucró sólo a escribientes y jornaleros de la *cité*. Los mercados y *faubourgs* no tuvieron, entonces, participación.
- Durante los meses siguientes, a causa de tensiones políticas y del aumento del precio del pan, la crisis se agravó y, hacia el final de agosto de 1788, la revuelta se extendió de la ciudad a los otros distritos.
- La insurrección popular en el barrio de San Antonio en abril de 1789 fue el comienzo de una serie de acontecimientos que llevaron a la colaboración de los *sans-culottes* con la burguesía revolucionaria en la revolución de julio en París.
- Después que los insurrectos se hubieron asegurado 30.000 fusiles del Hôtel des Invalides, el grito de «a la Bastilla» creció. Persuadido por su guarnición, el jefe de la Bastilla ordenó la rendición de la fortaleza el 14 de julio, primera gran *journée* popular de la revolución.

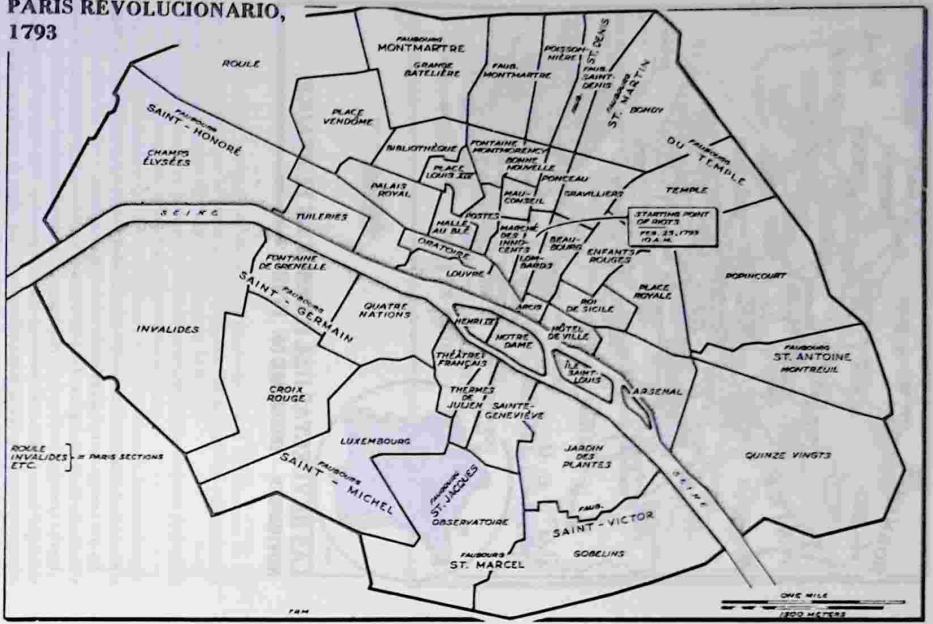
- El acaparamiento por parte de los grandes productores y el agotamiento de las provisiones de grano por las ventas a otras zonas, más que las cosechas pobres, fueron las causas de las revueltas del hambre del *Beauce* en 1792.
- El movimiento comenzó en febrero de 1792 ente los leñadores y los herreros de Breteuil y muy pronto se extendió a todos los otros mercados vecinos.
- Algunas de las autoridades locales simpatizaron con el movimiento e, impulsados por los revoltosos, impusieron precios máximos no sólo sobre los cereales y el pan sino también sobre los huevos, manteca, madera, carbón y hierro.
- Otro centro de agitación se manifestó, un poco después, en La Loupe y Chateauneuf y se extendió hacia el este en Seine-et-Oise.
- Aunque casi agotado hacia abril, este primer movimiento en la llanura del *Beauce* se mantuvo latente hasta el otoño. La Asamblea Nacional restableció algunos controles sobre los alimentos pero hizo muy poco para reabastecer los mercados del *Beauce*.



LAS REVUELTAS DEL HAMBRE EN EL BEAUCE, NOVIEMBRE – DICIEMBRE DE 1792

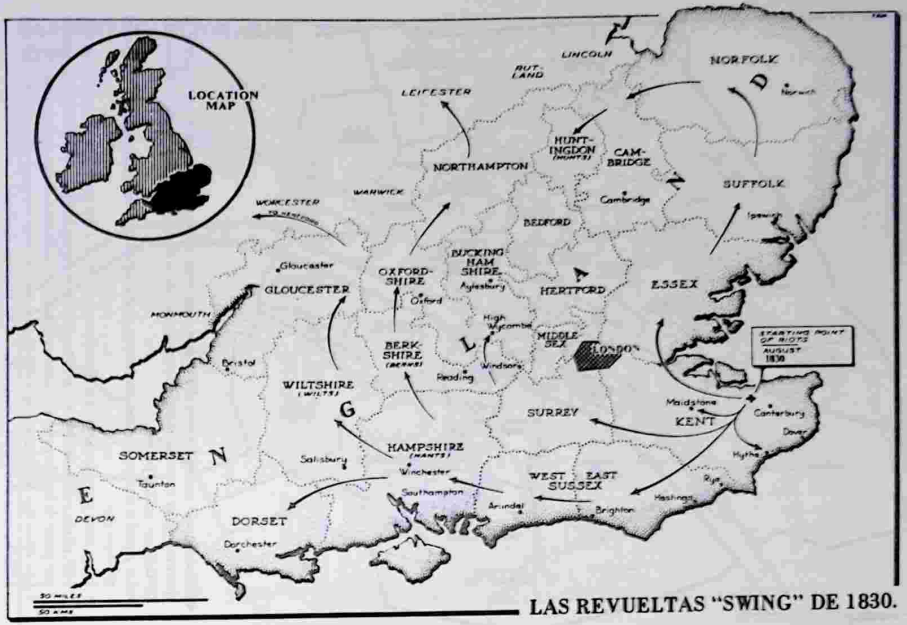
- En noviembre de 1792 un nuevo y más extenso movimiento se desarrolló en el *Beauce*. En tres semanas se había extendido a ocho departamentos.
- Partiendo desde las regiones boscosas cerca de Vibraye, los guardabosques, artesanos, bandas armadas de aldeanos se desplegaron en todas direcciones.
- Aunque en muchas ocasiones los revoltosos lograron la reducción de los precios del grano, la guardia nacional demostró ser, en general, digna de confianza y, al comienzo de diciembre de 1792, el movimiento había perdido su fuerza.

PARIS REVOLUCIONARIO, 1793

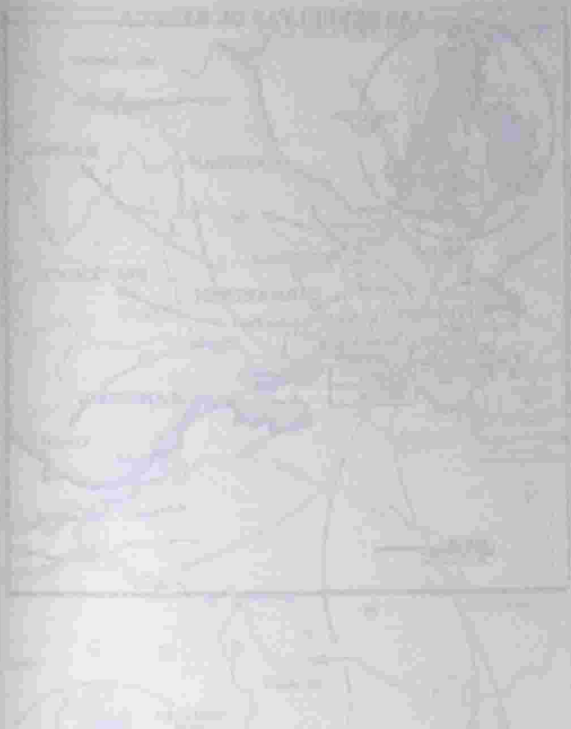


◀Comenzando en los barrios del centro comercial en la mañana del 25 de febrero, el movimiento se extendió rápidamente al resto de la ciudad y tomó la forma de fijación de precios por acción popular.

- La guardia nacional entró en escena al día siguiente y terminó rápidamente con el movimiento.
- Las causas inmediatas de los disturbios de 1792 a 1793 fueron la escasez de azúcar, café, jabón y velas debida a la guerra civil en las Indias Occidentales y el acaparamiento por parte de los mayoristas y comerciantes que esperaban el alza de los precios.
- Las revueltas de febrero de 1793 fueron mucho más extensas que aquellas del año anterior e involucraron a casi todos los 48 Distritos de París.



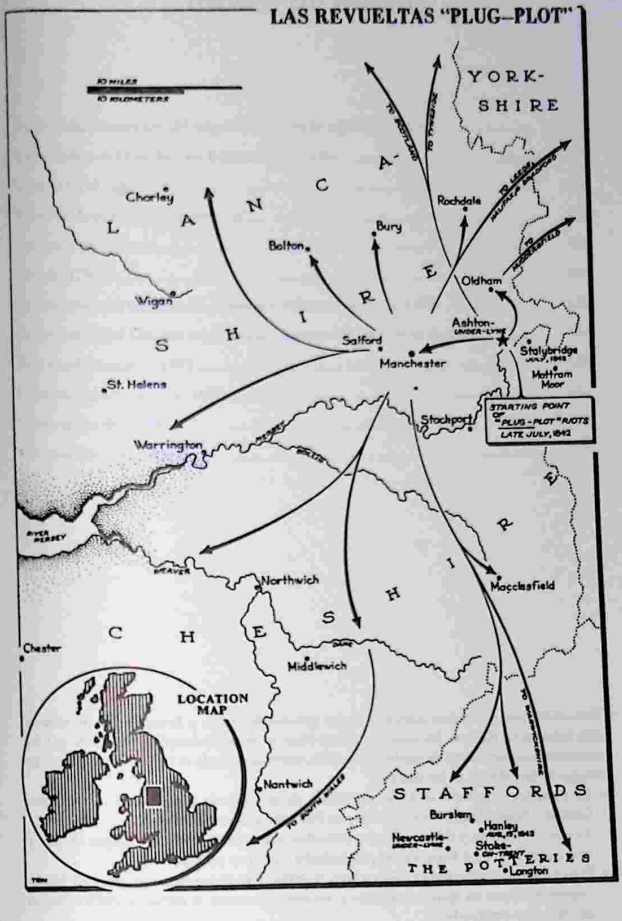
LAS REVUELTAS "SWING" DE 1830.



◀El descontento existente entre los obreros de las aldeas y los «hombres con un buen empleo» respecto de las rentas elevadas, los diezmos, la pobreza, la depresión agrícola, los hurtos de caza y las leyes de caza, la agitación radical y, posiblemente, la influencia de la Revolución Francesa de julio trajeron como consecuencia las revueltas «Swing» de 1830.

- El uso cada vez más frecuente que hacían los arrendatarios de las máquinas trilladoras que ahorraban trabajo fue la chispa que desencadenó el movimiento.
- Entre agosto y diciembre, dieciséis condados fueron afectados más o menos seriamente y 1.406 revoltosos conducidos a proceso, de los cuales 9 fueron colgados, 657 encarcelados y 464 deportados a Australia.

- La pobreza, los altos impuestos y rentas, los diezmos, la tiranía de los magistrados, las nuevas leyes de pobres, las malas cosechas y los emisarios cartistas de Inglaterra se combinaron para fomentar la insatisfacción; pero la chispa que desencadenó el movimiento de Rebeca en el oeste de Gales fue la difusión del sistema de barreras de peaje que operaban en los caminos del país en 1839.
- Aunque el objetivo principal de los revoltosos era la destrucción de las «injustas» barreras de peaje, el movimiento tomó también otras formas. Las revueltas terminaron recién en 1843.


LAS REVUELTAS "PLUG-PLOT"
10 MILES
10 KILOMETERS
YORK-
SHIRE
TO PRESTON
TO TODMORDEN
TO LEEDS HALIFAX & BRADFORD
TO ASHTON-UNDER-LYNE
LANCASHIRE
Charley
Rochdale
Bury
Bolton
Oldham
Wigan
Ashton-UNDER-LYNE
Salford
Manchester
Stalybridge JULY, 1842
Mottram Moor
St. Helens
STARTING POINT OF "PLUG-PLOT" RIOTS LATE JULY, 1842
Stockport
Warrington
MERSEY
WEAVER
Northwich
Macclesfield
CHESHIRE
Chester
Middlewich
LOCATION MAP
Nantwich
TO SOUTH WALES
TO WOLVERHAMPTON
STAFFORDS
Burslem
Hanley AUG. 17, 1842
Newcastle-UNDER-LYME
Stoke-ON-TRENT
Longton
THE POTTERIES

◀ Provocadas por el abrupto aumento de los precios del trigo y la amenaza de salarios más bajos en las fábricas, las revueltas «Plug-Plot» se desencadenaron a medida que los manifestantes marchaban de pueblo en pueblo interrumpiendo el trabajo al arrancar las clavijas de las calderas de las fábricas.

- En semanas, la revuelta se había extendido de la zona de Manchester a Yorkshire, Cheshire, Staffordshire, Warwickshire, las Potteries y el sur de Gales.
  Cientos de molinos y fábricas fueron cerrados; hubo poco saqueo, excepto de pan y (con excepción de las Potteries) las propiedades sufrieron escasos daños.
- El movimiento asumió forma política bajo la influencia de los cartistas; pero los líderes cartistas le dieron un apoyo mezquino y, en muchas zonas, el movimiento terminó al mes de haber empezado.

Índice de mapas

Las revueltas francesas del trigo de 1775 en la región de París 326

Las revueltas del hambre en Inglaterra en 1766 328

Londres en el siglo XVIII 329

El este de Londres en el siglo XVIII 331

Las revueltas ludistas 332

París en 1789 334

Las revueltas del hambre en el Beauce, febrero-marzo de 1792 336

Las revueltas del hambre en el Beauce, noviembre-diciembre de 1792 337

París revolucionario, 1793 338

Las revueltas «Swing» de 1830 340

Las revueltas de Rebeca 342

Las revueltas «Plug-Plot» 343